ÁLVARO ABÓS
(compilador)

El libro de Buenos Aires

Crónicas de cinco siglos

Desde la primera fundación al siglo XXI,
94 escritores, entre ellos *Borges, Arlt, Cortázar,*
Bioy Casares y *Marechal,* retratan la ciudad

MONDADORI LECTURAS ARGENTINAS

Álvaro Abós nació en 1941 en Buenos Aires, ciudad en la que ha vivido siempre salvo durante el lapso 1977-1983, en que residió en Europa. Escribió desde muy joven aunque su narrativa inicial fue sacrificada por rigor autocrítico y sólo llegó a la imprenta el relato *Los estampidos* (1964). Mientras tanto, frecuentó la militancia política y la abogacía sindical. En el exilio comenzó su plena dedicación a la escritura. Sus columnas periodísticas se han publicado en más de ochenta medios de Europa y América, entre ellos *Clarín*, *La Nación* o *El País* (Madrid). Ha publicado ensayos político-sociales como *La columna vertebral. Sindicatos y peronismo* (1984), *El poder carnívoro* (1985), *El posperonismo* (1986) o la biografía *Augusto Vandor* (1999). También libros en los que combina la crónica, la narrativa y el ensayo como *El país del aguante. Cartas a un joven sentado en la vereda* (1996), *El cuarteto de Buenos Aires* (1997), traducido al italiano y sueco, y *Delitos ejemplares. Historias de la corrupción en la Argentina* (1999). Es autor de las novelas *Restos humanos* (1991, reeditada en 1994) y *El simulacro* (1994, publicada en la Argentina y España, donde ganó el Premio Jaén de Novela) y del libro de cuentos, *De mala muerte* (1985). Su narrativa breve ha sido premiada en los más prestigiosos certámenes de la lengua: Casa de las Américas (La Habana), Plural (México), Edmundo Valadés (Puebla), Max Aub (Castellón), Jauja (Valladolid) y con el Primer Premio de Narrativa de Alcalá de Henares.

Álvaro Abós
(compilador)

El libro de Buenos Aires

Crónicas de cinco siglos

MONDADORI

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright,* bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la fotocopia y el tratamiento informático.

Diseño de cubierta: Estudio MB
Ilustración: Xul Solar, *Ciudad-lagui,* acuarela sobre papel, 37.5 x 52 cm., 1963. Propiedad Pan Klub-Museo Xul Solar.

© 2000, Grijalbo S.A. (Grupo editorial Grijalbo-Mondadori)
Av. Belgrano 1256/64 - (1093) Buenos Aires
info@grijalbo.com.ar

Primera edición

ISBN: 950-28-0260-8
Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Verlap, S.A., Comandante Spurr 653, Avellaneda (1870), Buenos Aires, Argentina, en el mes de mayo de 2000.

Buenos Aires, como toda ciudad,
es una metáfora.
JULIO CORTÁZAR

ÍNDICE

Nota de los editores 13
Agradecimientos 15
Prólogo. El enigma de Buenos Aires 17

Primera parte. 1535-1799. Una orilla barrosa 23

1535. *Ulrico Shmidl.* Derrotero y viaje 29
1535. *Enrique Larreta.* Las dos fundaciones 31
1536. *Isabel de Guevara.* Una carta 37
1537. *Manuel Mujica Lainez.* El hambre 39
1580. *Juan de Garay.* Tierra de Buenos Aires 43
1657. *Ascarette de Biscay.* Aire templado 45
1750. *Alejandro Malespina.* Veintidós cuadras 49
1773. *Concolorcorvo.* El Lazarillo 51
1778. *Leopoldo Marechal.* Una mañana de verano 55
1787. *Arturo Capdevila.* Robos 59

Segunda parte. 1800-1899. La gran aldea 65

1800. *Manuel A. Bilbao.* Comidas 71
1807. *Alexander Gillespie.* Reuniones familiares 75
1810. *Ricardo Llanes.* Riñas de gallos 79
1819. *Emeric Essex Vidal.* Seis mil casas 83

1820. *Un inglés.* Mujeres coquetas 85
1820. *José Antonio Wilde.* Patrullas y cadáveres 87
1825. *Un inglés.* Carnavales 91
1840. *Víctor Gálvez.* La Mashorca 93
1845. *Lucio V. Mansilla.* La casa de mis padres 97
1846. *John Brabazon.* Un mate 101
1847. *Samuel Greene Arnold.* Casas rojas 103
1850. *Xavier Marmier.* Ciudad de Oriente 105
1857. *Pastor Obligado.* El primer ferrocarril 109
1860. *Miguel Cané.* Chacarita de los Colegiales 111
1870. *Robert B. Cunninghame Greene.* La vida cotidiana ... 115
1871. *Manuel Bernárdez.* La fiebre amarilla 119
1883. *Lucio Vicente López.* Las tiendas 123
1890. *Julián Martel.* La Bolsa 127
1892. *Macedonio Fernández.* La calle Florida 131
1897. *Fray Mocho.* Memorias de un vigilante 135
1899. *Baldomero Fernández Moreno.*
Avenida de Mayo 1130 139

Tercera parte. 1900-1949. Fervor de Buenos Aires 145

1900. *Bernardo González Arrilli.* El organillo 151
1901. *León Benarós.* El Almacén del Burro Blanco 155
1904. *Juan José de Soiza Reilly.* Recuerdos del fútbol
del tiempo viejo 159
1904. *Conrado Nalé Roxlo.* Barrio de Flores 163
1910. *Georges Clemenceau.* Una gran ciudad 167
1910. *Horacio Salas.* La bomba en el Colón 171
1914. *Enrique Gómez Carrillo.* Teatros 173
1915. *José Antonio Saldías.* Los Inmortales 177
1918. *J. González Carbalho.* El día que nevó
en Buenos Aires 181
1919. *María Rosa Oliver.* La Semana Trágica 185
1925. *Victoria Ocampo.* Carta a Alberto Salas 191
1925. *Last Reason.* El hombre que jugaba a las carreras ... 195
1925. *Enrique Wernicke.* El cine ABC 199

1926. *Enrique González Tuñón.* Camas desde un peso ... 205
1927. *Adolfo Bioy Casares.* Diario para monos 209
1928. *Roberto Arlt.* El ómnibus de extramuros 211
1929. *Albert Londres.* El camino de Buenos Aires 215
1931. *Carlos de la Púa.* Che, Carlitos...
¡largá la canzoneta! 221
1931. *Raúl Scalabrini Ortiz.* Libreta de apuntes 225
1937. *César Tiempo.* Nuestro gueto 229
1938. *Pedro Orgambide.* La Boca 233
1939. *Paul Morand.* Aires indianos 237
1940. *Arturo Cancela.* Calles de Buenos Aires 241
1940. *Alberto Salas.* La casa 245
1945. *Florencio Escardó.* La pampa en la ciudad 249
1946. *Ezequiel Martínez Estrada.* Estadio y regreso 251
1946. *Baldomero Fernández Moreno.* Subterráneo 255
1948. *Ramón Gómez de la Serna.* El conferenciante ... 257
1949. *Luis J. Medrano.* El hombre que no va al fútbol 261
1949. *Juan José Sebreli.* Constitución 267

Cuarta parte. 1950-2000 (¿o 3536?). La reina destronada ... 271

1950. *Ernesto Goldar.* La casa 277
1952. *César Bruto.* La boemia 281
1955. *Witold Gombrowicz.* Fin de año 285
1955. *José Pablo Feinmann.* Villa Urquiza 287
1966. *Nicolás Olivari.* Los remates pobres 291
1968. *Jorge Luis Borges.* Monserrat 295
1968. *Julio Cortázar.* Buenos Aires Buenos Aires 299
1969. *Juan José Saer.* Palos borrachos 303
1972. *César Fernández Moreno.* El colectivo 307
1973. *Isidoro Blaisten.* San Juan y Boedo Antiguo 313
1975. *Bruce Chatwin.* Una semana en Buenos Aires .. 315
1976. *Edgardo Cozarinsky.* Shangai Blues 319
1977. *Jorge Asís.* Disfrazado de turista 323
1984. *Antonio Dal Masetto.* Tema: la muerte 325
1987. *Vicente Battista.* Discotecas y bailantas 329

1990. *Enrique Medina*. La hora de la verdad 333
1992. *Laura Ramos*. El Chico Aguja 337
1993. *Carlos Ares*. Los días 341
1995. *Horacio González*. Plaza Güemes 343
1996. *Christian Ferrer*. Desde abajo 347
3536. *Bernardo Kordon*. Buenos Ayres Año 3536 349

Nota de los editores

La editorial agradece a todos aquellos, autores o editores, que han concedido su autorización para que se publiquen estas páginas, así como a quienes han colaborado de una u otra forma para que este libro pueda aparecer. También advierte que ha hecho cuanto era posible para encontrar a los derechohabientes de los autores.

Agradecimientos

Como he practicado también el aguafuertismo porteño, me hubiera gustado estar incluido en esta antología, pero no se puede ser al mismo tiempo capitán y marinero y esta vez me ha tocado conducir esta barca tan poblada de talento. Otra vez será. Me resta agradecer a todos los que me ayudaron a investigar sobre papeles de Buenos Aires, a quienes me aportaron textos difíciles de conseguir, propios u ajenos, y a quienes me prestaron su memoria para componer esta antología. Ellos son los escritores Pedro Orgambide, Horacio Salas, Miguel Espejo, Christian Ferrer, Eduardo Romano, Víctor Pesce. También agradezco a los libreros de lance de Buenos Aires, infalibles bibliómanos y guías en el mundo de los papeles antiguos. Y a los empleados de la Biblioteca del Congreso, que están de turno en la madrugada, y a la señora Esperanza, bibliotecaria de la Nacional en el turno de los domingos, que hicieron llevadero, con paciencia, buen humor e idoneidad profesional, mi empecinamiento por obtener aquel periódico o libro que parecía haberse perdido en las tinieblas. En particular, expreso mi reconocimiento a los empleados de la Biblioteca Nacional, cuyas caras no conozco, que en los sótanos de esa biblioteca emplazada en un lugar histórico de la ciudad –allí agonizó y murió Eva Perón– ponían con celeridad en el montacargas tanto material raro, alguno, por cierto, jamás hollado, rezagos de un pasado que este libro quiere hacer vivir. También agradezco a Enrique Mario Mayochi, gran especialista en el géne-

ro de la evocación porteña, y a Delfín Leocadio Garasa, hace poco fallecido, que ha escrito un erudito estudio sobre la literatura narrativa que hace de la ciudad su tema.*

Y a Julia Saltzmann, mi editora, que fletó esta nave de los locos y supo llevarla hacia su puerto de lectores.

A. A.

Buenos Aires, marzo de 2000.

* Enrique Mario Mayochi, Estudio Preliminar al libro de Manuel Bilbao *Tradiciones y Recuerdos de Buenos Aires*, Buenos Aires, Colección Identidad Nacional, Secretaría de Cultura de la Nación, 1990 y Delfín Leocadio Garasa, *La otra Buenos Aires*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987.

Álvaro Abós

El enigma de Buenos Aires

Llamo el enigma de Buenos Aires al hecho de que una ciudad plana, sin ningún mirador natural, construida como un aburrido damero sobre un valle infinito y frente a un río infinito, con un clima benigno pero sometida a tormentas, tórridos veranos, pegajosas humedades ("Horribles Aires" la llamaba Julio Cortázar, que la amó), sin la prosapia, no digamos ya de una ciudad europea fundada cinco o diez siglos antes, sino de urbes pre-coloniales como Lima, México o Guatemala, una ciudad que durante dos o tres siglos fue poco más que un amarradero fluvial o un mero centro burocrático, una ciudad así, decía, hubiera conseguido tener una edad de oro y fundar un abolengo cultural urbano de proyección universal, adquirir un perfil que la distingue entre otras ciudades del mundo, al punto de que André Malraux la definiera como una "capital de un imperio que nunca existió", y hacer que su nombre resulte inconfundible entre la oferta que entregan tantas ciudades como hay en el mundo. ¿Cómo consiguió Buenos Aires, en suma, pasar del caserío al mito urbano?

Los textos sobre Buenos Aires que este libro recoge, escritos por viajeros, conquistadores, aventureros, historiadores, periodistas, ensayistas, narradores, poetas, humoristas, a lo largo de casi cinco siglos, asedian ese enigma desde muy diversas perspectivas. Es posible advertir en estas prosas cómo el mero nombre de Buenos Aires, desde las primeras veces que

es escrito, se va cargando de "prestigio", va desenvolviendo su propia fascinación sintáctica. No es un nombre neutro, tiene entidad sugeridora y quienes le adjudicaron tal nombre –Buenos Aires– a la ciudad que habían fundado, tomándolo de una virgen protectora de los marinos de Cagliari, encontraron un poderoso icono verbal. Pero esto sólo se sabría mucho tiempo después.

Calidad poética del nombre y distinción de la ciudad erigida junto al río interminable, un río sin orilla de enfrente, auténtico mar dulce, al que los argentinos hemos escondido, por un arte de birlibirloque, en un acto de ocultismo que puede verse como otro de los misterios nacionales no resueltos, pero también como un gran fracaso urbano pues finalmente la ribera del río fue entregada al interés de los negocios y el río como paisaje nos fue hurtado. Se redujo la antigua Costanera a un trecho breve y se la sustituyó por esa versión descafeinada y menemista del río que es el nuevo Puerto Madero. La ciudad prefirió –pero, ¿lo prefirió realmente?– el horizonte de cemento al horizonte de agua, y aunque con ello nos hemos privado de un paisaje enriquecedor, hay una coherencia secreta en ese autodespojo. Una ciudad es una construcción cultural más que un accidente natural, una acumulación de fatigas humanas contra la erosión del tiempo fugaz.

A partir de un cierto momento, en Buenos Aires comienza a escribirse sobre el pasado de Buenos Aires. Aparece el género de la evocación urbana, cultivado por escritores como José Antonio Wilde, que en 1881 publica Buenos Aires desde setenta años atrás, *como Pastor Obligado y sus* Tradiciones argentinas *(1888), como Manuel Bilbao y su* Buenos Aires desde su fundación hasta nuestros días *(1902) y desde entonces la ciudad no dejó de producir ese material: a veces la memoria personal, a veces la memoria de tiempos pasados por un autor que no los ha vivido. Se fusionan las vidas de la ciudad, del país, de la familia, de quien narra, los relatores de la ciudad hurgan en el ayer al mismo tiempo que la ciudad viva devora ese pasado, impulsada por la fiebre de la especulación, a veces de las utopías como el arte.*

Cambio frenético, memoria pisoteada, desprecio del tiempo y al mismo tiempo recuperación de ese tiempo.

En Buenos Aires no hay grandes hazañas urbanísticas, no hay castillos, como los tienen Roma o Praga, ni fortalezas como Montevideo, Cartagena, La Habana o Barcelona –había un fuerte que ya en 1806, cuando los ingleses invadieron la ciudad, estaba en decadencia, y años después fue demolido como una rémora vergonzante–, no hay una torre Eiffel como tiene París, ni un Cristo Redentor como tiene Río de Janeiro, ni un monumento simbólico como el de la Libertad en Nueva York; sí hay muchas estatuas de próceres, algunas de las cuales deambulan entre los depósitos municipales y diversos destinos, y un obelisco de 67, 5 metros de altura, abominado por algunos porteños ya desde 1936, cuando se lo erigió, pero convertido desde entonces en emblema de la ciudad. Tampoco hay grandes puentes románticos –está el Puente Alsina, sobre el maloliente Riachuelo–. No hay ramblas, alamedas, grandes bulevares (está la Avenida de Mayo, esa réplica de la Gran Vía madrileña), malecones, majestuosos parques –al de Palermo, antigua propiedad privada de un tirano, la voracidad crematística lo emparchó construyéndole kilómetros cuadrados de feos edificios–, no hay bahías, playas, belvederes, montañas, ni tan siquiera colinas. Nada de eso tiene Buenos Aires, entonces, ¿qué tiene? Buenos Aires tiene las mujeres y hombres que en ella habitan y han habitado, y lo que esas mujeres y hombres han hecho y hacen. Tiene un cierto clima mágico y estimulante, un encanto inapresable y esquivo, un misterio. Y no hay nada que cautive tanto como el misterio.

Y luego, la inmensidad y la intensidad. Buenos Aires es apreciada como centro frenético de actividad, como un volcán de creatividades más individuales que colectivas, a la manera de un monólogo en el que la personalidad del protagonista hiciera olvidar al espectador que es recitado sin escenografía. Buenos Aires es sobre todo la obra de sus creadores, realizadores, emprendedores, los artistas, los deportistas, los constructores de algo, el perfil de sus tipos humanos. El

compadrito, el bohemio, el futbolista u otros ídolos deportivos, el escritor aristócrata, el escritor revolucionario, el erudito sabio y distraído, el colectivero, la pebeta maravillosa, el aficionado al turf, el hincha de fútbol, el hacedor de fortunas, el político con pretensiones carismáticas, y así podría seguir enumerando lo que Rodolfo M. Taboada llamó "la fauna porteña". Y los músicos de tango, los poetas, los narradores que poblaron de historias inventadas las calles, los artistas plásticos que persiguieron las formas y los colores de la ciudad, los cineastas que la recrearon y los que después del cine anexan ya otros formatos. Ellos son los que hicieron de Buenos Aires lo que es, los que atrajeron a tantos viajeros, algunos de los cuales no pudieron resistir la tentación de meter sus manos en la gran masa literaria porteña, ellos y los habitantes de la ciudad, célebres u anónimos, conscientes o inconscientes de que participaban en la gran creación colectiva del mito.

A través de los autores recopilados en este Libro de Buenos Aires, *el lector encontrará textos, ordenados cronológicamente, no por la fecha de su escritura sino por la época a la cual se refieren –que generalmente coincide– sobre la ciudad de Buenos Aires, su vida cotidiana, sus costumbres, sus personajes. Mientras historiadores reconstruyen la vida social y memorialistas y narradores reviven la vida personal, los humoristas buscan la estirpe absurda o festiva de la comedia urbana. Este libro espiga entre lo mucho que se ha escrito sobre Buenos Aires –aunque sin entrar en el tesoro de la poesía de la ciudad ni en su no menos rico teatro–, concentrándose en algunos textos de historia, algunas reconstrucciones narrativas –pocas porque antologizar toda la narrativa sobre Buenos Aires haría interminable el libro–, algunas muestras del humor, algunas de las más lúcidas, audaces, certeras y bellas interpretaciones ensayísticas sobre la ciudad. Pero este* Libro de Buenos Aires *es sobre todo la antología de un género: la crónica ciudadana, el aguafuerte porteño, la viñeta, la glosa, muchas veces de procedencia periodística. Fue cultivado por escritores mayores y menores –si es que tal diferenciación, que sirve para comparar volúme-*

nes geométricos, calado de barcos o fortunas bancarias, tuviera algún sentido en el arte, y desde ya avanzo mi opinión de que no la tiene. El género es modesto en comparación con otros de más prosapia como la novela y la poesía. Tan modesto no ha de ser, sin embargo, puesto que casi todos los mayores escritores que ha dado la Argentina lo cultivaron, con intensidad variada.

Dedico el libro –cuya confección ha sido ardua no tanto por la cantidad de material que debí leer para seleccionar, sino por lo difícil que ha sido, verdadera amputación, prescindir de páginas que me gustaron y que pudieron llenar otros tantos volúmenes– a José González Carbalho, poeta secundario en el grupo que giraba en torno a la revista Martín Fierro *(1924-1927), presidido por la sombra inmensa de Borges –pero sólo a posteriori, pues entonces Borges era un muchacho más. González Carbalho no está nombrado en algunas historias literarias y antologías, pero tiene sus fieles seguidores, y Antonio Requeni, por ejemplo, le ha dedicado un precioso libro. La literatura es actividad recoleta, y los lectores no andan pregonando sus preferencias como los hinchas de fútbol. Le dedico este libro a González Carbalho porque, además de ser un poeta triste y algo penumbroso, hermano poético de Evaristo Carriego, el cantor del suburbio, y de Horacio Rega Molina, el vate de la melancolía dominical –los títulos de los libros de González Carbalho, como* Campanas en la tarde *o* Casa de oración, *muestran el tono de su paleta poética– escribió muchos aguafuertes porteños. Para componer este libro el antólogo ha leído miles de páginas, sesudas radiografías, relatos que documentan el riesgo y la aventura de tantas vidas, volúmenes de historia nacional, ciudadana, parroquial, páginas escondidas en hemerotecas, archivos y cubiertas por el polvo en las trastiendas de librerías de ocasión. De tantos pescadores en el río urbano, González Carbalho fue quien rescató lo sucedido un día irrepetible, el día en que nevó en Buenos Aires, un 18 de junio de 1918, como si la ciudad hubiera compensado los desvelos de su cronista esforzado, regalán-*

dole la oportunidad –pero él la buscó afanosamente en centenares de prosas fugaces que publicaba en Noticias Gráficas *y otros diarios, pues sólo halla lo inesperado aquel que lo espera– de apresar en palabras el más mágico, por fugaz, por único, de todos sus días.*

Primera parte

1535-1799

Una orilla barrosa

Buenos Aires tenía 300 habitantes en el año 1580, que eran 7.500 en 1700 y 25.000 al terminar el siglo XVIII, cuando la ciudad se había convertido en la cuarta capital virreinal de América.

En esta primera parte de la antología se alternan crónicas de actualidad, escritas por los contemporáneos de aquella ciudad dificultosamente surgida de los contratiempos y los azares –por ejemplo, Ulrico Schmidl, Isabel de Guevara o Juan de Garay– con crónicas de los viajeros curiosos como Ascarate de Biscay. El viajero que llega, echa un vistazo y cuenta lo que vio es una especie que se multiplicaría desde entonces y que no cesa, aunque debe admitirse que más de uno, como Cunninghame Greenne, Gombrowicz o Gómez de la Serna, resultaron atrapados en esa trampa. También encontrará el lector evocaciones de la época escritas por Manuel Mujica Lainez, Enrique Larreta, Leopoldo Marechal o Arturo Capdevila. El propósito de este libro es mostrar las facetas de la vida en la ciudad, para lo cual tanto sirve la inmediatez y la veracidad del que escribe sobre un hecho contemporáneo, como la distancia y la perspectiva de quien lo hace transcurrido mucho tiempo. Toda ciudad es su memoria. ¿Qué importa la contemporaneidad para conocer? De hecho, escribir sobre la ciudad es hacerlo sobre una entidad que nunca es igual a la que era un segundo antes. Sólo Ulrico e Isabel no incorporan ese tiempo agregado que tie-

nen las ciudades. Sólo ellos no tenían nada que recordar porque antes no había nada.

En los textos de esta primera parte hay referencias al hambre, al miedo, a las privaciones y a la incertidumbre. Pero también hay esperanza.

Hacia 1525 un navegante español llamado Juan Díaz de Solís exploró estas costas mientras que los indios a su vez lo exploraban a él y a sus hombres. El río, en algunos mapas, se nombraba río de Solís o Mar Dulce, pero prevaleció el nombre de río de la Plata porque lo que más buscaban aquellos aventureros era el argentum, *pese a que, como terminarían de saberlo muchos años después, para encontrar algo de plata había que viajar hasta Potosí, más de mil kilómetros hacia el norte.Tanto recelo entre los viajeros y los indios terminó convirtiendo en amargo el dulce de aquel mar, pues los indios se devoraron a Solís y a varios de los suyos.*

Una década después apareció en el horizonte una flota enorme, al menos para la época. Eran trece grandes naos que habían zarpado de San Lúcar de Barrameda, a las que se unieron tres más en Canarias. En total, 1.500 hombres, más unas cuantas mujeres. Don Pedro fundó Buenos Aires, pero estando gravemente enfermo de sífilis –sin que sea posible saber dónde la contrajo– debió embarcarse de regreso. Los precarios emplazamientos fueron arrasados por los indios. Mendoza ni siquiera pudo llegar a destino, por lo que su cadáver fue arrojado por la borda en medio del Océano. Buenos Aires o lo amargo por dulce.

Cuarenta años después llegó desde el norte, navegando río abajo por el Paraná, el vasco afincado en América Juan de Garay, cuya efigie nadie conoce –la imponente estatua de Gustav Eberlein que se alza en la Plaza de Mayo es una pura fantasía escultórica– y refundó Buenos Aires (1580), de la que no restaban ni vestigios, aunque los once caballos y yeguas traídas por Mendoza habían quedado en el lugar, dedicados al placentero oficio de galopar y amarse, por lo que se habían reproducido en miles y miles de caballos libres que va-

gaban por las pampas. La segunda y definitiva fundación se produjo en un lugar que hoy es el Parque Lezama. Las naves entraban por una estrecha lengua de agua, el Riachuelo, aunque otros dicen que era el río Luján, de ello depende dónde se haya fundado la ciudad, si en el Parque Lezama o en las barrancas del Cazador, en las afueras de la actual ciudad de Bolívar. Tras trazar con escuadra el mapa de la ciudad y precisar la ubicación del Fuerte, de la Catedral, conventos, hospital y las manzanas que repartió entre sus acompañantes, Garay proclamó fundada la ciudad de la Santísima Trinidad, Puerto de Santa María de los Buenos Ayres. Luego, Garay siguió explorando las costas hasta que una noche en Barranca de los Lobos, antes de reposar de sus fatigas, le avisaron que unos indios merodeaban el campamento. Garay dijo: "Estos yndios me temen. Estamos tan seguros aquí como en Madrid". Esa noche él y otros diez fueron asesinado a garrotazos.

A estos inicios abruptos siguió una larga siesta colonial, un período de oscura estabilidad, alterado de vez en cuando por piratas y corsarios, que tampoco venían con frecuencia a causa de los bancos de arena que dificultaban la navegación. La siesta cesó a fines del siglo XVIII por varios hechos. En 1776 se dicta el Reglamento del Comercio Libre y termina el monopolio comercial. Se crea el Virreinato del Río de la Plata, con jurisdicción sobre el territorio de Argentina, Uruguay, Paraguay, Bolivia y el norte de Chile. Y, finalmente, llega, entre tantas mercaderías, la idea de la revolución y luego la revolución misma. Pero en los textos que este libro recoge, esos acontecimientos no tienen un reflejo directo. Como lo verá el lector si sigue leyendo, la ciudad inventa su propio calendario, que a veces coincide y a veces no con el calendario de la Historia, así como a veces somos felices cuando la Historia dice que prevalece la amargura y a veces somos desgraciados en el corazón de la alegría común.

1535

Ulrico Schmidl
Derrotero y viaje

Allí hemos levantado un asiento, éste se ha llamado Buenos Aires; esto, dicho en alemán es: *buen viento*. También hemos traído desde España sobre los sobredichos catorce barcos setenta y dos caballos y yeguas y han llegado al susodicho asiento de Buenos Aires; ahí hemos encontrado en esta tierra un lugar de indios los cuales se han llamado Querandís; ellos han sido alrededor de tres mil hombres formados con sus mujeres e hijos y nos han traído pescados y carne para comer. También estas mujeres tienen un pequeño paño de algodón delante de sus partes. En cuando a estos susodichos Querandís no tienen un paradero propio en el país; vagan por la tierra al igual que aquí en los países alemanes los gitanos. También cuando estos indios Querandís se van tierra adentro para el verano sucede que en muchas ocasiones hallan seco a todo el país por treinta leguas de camino y no se encuentra agua alguna para beber; y cuando acaso agarran o asaetan un venado u otra salvajina, juntan la sangre de éstas y la beben. También en casos hallan una raíz que se llama cardo y entonces la comen por la sed; cuando los susodichos Querandís no quieren morirse de sed y no hallan agua en el pago, beben esta sangre. Pero si acaso alguien piensa que la beben diariamente, esto no lo hacen, por eso compréndelo bien (...)

Después que nosotros vinimos de nuevo a nuestro real, se repartió toda la gente; la que era para la guerra se empleó

en la guerra; y la que era para el trabajo se empleó en el trabajo. Allí se levantó un asiento y una casa fuerte para nuestro capitán general don Pedro Mendoza y un muro de tierra en derredor de la ciudad de una altura hasta donde uno puede alcanzar con un florete. También este muro era de tres pies de ancho y lo que se levantaba hoy se venía mañana de nuevo al suelo; a más la gente no tenía qué comer y se moría de hambre y padecía gran escasez. También se llegó al extremo de que los caballos no daban servicio. Fue tal la pena y el desastre del hambre que no bastaron ni ratas ni ratones, víboras ni otras sabandijas; también los zapatos y cueros, todo tuvo que ser comido...

Ulrico Schmidl (1510-1581). Soldado bávaro que vivió en el Río de la Plata entre 1535 y 1554. Su crónica o Reisebuch (Itinerario) se incluyó en compilaciones latinas como las de Theodor de Bry (1599) o Levinus Hulsis. El fragmento reproducido está tomado de *Derrotero y viaje a España y las Indias*. Traducción de Edmundo Wernicke, Buenos Aires, Espasa Calpe, Colección Austral, 1947.

1535

Enrique Larreta
Santa María del Buen Aire

Bello nombre, nombre de carabela, de carabela venturosa. Henchido, soleado el velamen; blanco por sotavento, rubio por barlovento; la Virgen pintada en la lona. Bonanza.

Sin embargo, de nada le valió esta vez el agüero del nombre. No pudo ser menos feliz el comienzo. Ninguna otra capital de América tuvo comienzo tan desastroso, tan mísero.

Aquí la tierra defendióse con fiereza única. Los naturales no se dejaron intimidar, como en otras partes, por la novedad del caballo (vocación misteriosa), ni por el trueno de la pólvora. Empleaban un arma terrible. La bola arrojadiza. Además, los tigres llegaban hasta el foso, hasta la empalizada, todas las noches.

...Nunca vino de España expedición más brillante. El jefe, un Mendoza, don Pedro de Mendoza, gentilhombre del Emperador, soldado de Italia, cortesano disoluto y magnífico. Muchos trajes y joyas. Harto dinero. Se le decía enriquecido en el saqueo de Roma con tesoros de cardenales y de basílicas. Sus cofres sacrílegos huelen a incienso.

Al tiempo de pillar hinchó la mano.

Canta el maldiciente poeta. No hay que espantarse. En

esos tiempos el saqueo era el medio más honroso de hacer fortuna cuando se trataba de un noble, tal vez porque nada se diferenciaba tanto del paciente oficio manual, que, como es sabido, acarreaba la infamia.

El paraje

Paseo Colón, hacia el sur; luego Almirante Brown. Sobre esta avenida, poco antes de llegar a la Vuelta de Rocha, entre Mendoza, Palos y Lamadrid, se halla, según Groussac, el sitio de la fundación. Margen izquierda del Riachuelo de los Navíos, "media legua arriba", dice Díaz de Guzmán. Ahí estaría la primera manzana, la manzana original. Ciudad, pecado.

Ese riacho fue causa de que no se escogiera otro sitio. Era el único refugio para los barcos.

Padre mitológico de la ciudad. Los antiguos romanos lo habrían representado en forma de un dios de barbas fluviales, reclinado sobre una urna. Como el Tíber. (...)

Año de 1536. Fines de otoño. Las tres de la tarde. El pampero grita en las rendijas y mete en el interior de la choza el frío del desierto. Hacia un rincón, sobre el piso de tierra, un lecho suntuoso, un lecho dorado. Altas columnas. En el sobrecielo de brocatel carmesí, las armas de los Mendoza. "Ave María". Ahí se está don Pedro, arropado hasta las barbas, pálido como un muerto. La cabeza tiene vendada. Menguan las fuerzas, los dolores son cada vez más tenaces y crueles. Hace muchos días que guarda cama. Sufre de un mal que los franceses llaman napolitano y los napolitanos francés. Barco de Centenera, en *La Argentina*, siempre maldiciente, dice que el Adelantado murió

Del morbo que de Galia tiene nombre.

Llevándose de pronto una mano a las rodillas y con una

mueca burlesca, exclama, gime, según su costumbre: "¡Por las llagas de Cristo!" Él tiene una más que Nuestro Señor. Cuatro en la cabeza, otra en una pierna y la sexta en la mano derecha, "que no le deja escrebir ni firmar". (...)

¡Mujeres!

En la expedición de Mendoza, como gran excepción, vinieron muchas mujeres. Estaba prohibido. Algunas se embarcaron con disfraz y conservaron siempre el traje varonil. En los momentos duros llevaban daga y estoque. Una de ellas, Isabel de Guevara, escribió una carta a la princesa doña Juana, gobernadora de España en ausencia de su hermano Felipe II. Descríbele al principio la hambruna que tuvieron que padecer en el nuevo puerto de Santa María de Buenos Aires. Ya Schmidl, el lansquenete que vino con Mendoza, con "Thon Pietro de Monthossa", nos habla de los mismos padecimientos.

Van los bergantines navegando despacio por el Paraná, aguas arriba, hacia el Norte. Sopla un viento desigual; pero entre socollada y socollada algo tiran las velas. Como capas de pordiosero las velas con tanto remiendo. Cielo azul. Ni una nube. Sol frío, plateado, de fines de julio. Los conquistadores semejan cadáveres, así extendidos de espaldas sobre las cubiertas, con los ojos cerrados o muy abiertos y fijos. En sus rostros febriles la tez amarilla desaparece casi bajo la pelambrera de cabellos y barbas. Sus piernas señálanse como cañas bajo la calza andrajosa. Ahora hasta las mujeres descansan. Una que otra le acaricia la mano a algún moribundo o lo besa en la frente.

Pasan, a ambos lados, las costas salvajes, con sus bosques terribles. Aquélla, muy distante; ésta muy próxima. Ha crujido una rama seca. Alguna pesada alimaña. De pronto, en el gran silencio, óyese el grito largo y como sonriente de un

pájaro que parece encantado. El viento empieza a cambiar. Las velas dan ahora parchazos contra el mástil. Otra vez el grito del ave. ¿Se burla o quiere decir que ya está cerca la ciudad de los templos de oro y calles de plata? Isabel despierta a una compañera: "¡Hala!" Se la lleva consigo a los remos. Las dos cantan a compás:

Buena es la que va,
Mejor la que viene,
Bendita la hora en que Dios nació,
La ampolleta muele.
¡Ah, de proa, alerta!

El regreso

Mendoza murió en la carabela *Magdalena*, de regreso a España, el 23 de junio del año siguiente. En sus últimos días no pensaba en Buenos Aires, pensaba en Osorio, pensaba en las heridas de Osorio, en el pescuezo ensangrentado, en los ojales de daga del coleto.

Aquel hombre fue siempre un arder continuo de pasiones desaforadas. "Arrojaron su cuerpo a la mar", dicen las crónicas. Se cree escuchar el rumor de un ascua en el agua. El alma debió desprenderse como una bola de humo. ¡A la mar!, como el de tantos otros compañeros suyos que se habían embarcado punto menos que agonizantes.

Juan de Garay

Han pasado casi cuarenta años. Llega Juan de Garay. Viene de la Asunción, pero de paso se ha detenido unos días en Santa Fe. Tiene allá la familia y muchos amigos. Tráese por tierra vacas y caballos. Otros tiempos. Ya está señoreada toda la costa. Las yeguas de Mendoza han dejado gran descendencia. Manadas salvajes corren los campos. Acompañan a Ga-

ray muchos jóvenes criollos. Los españoles de la comitiva son gentes modestas y laboriosas.

Todo se efectúa tranquilamente. Se acabó la epopeya. Empiezan ahora el orden y el provecho. Uno es el que mata la fiera, otro el que adereza la piel y aforra el capisayo. No hay por qué omitir la ceremonia de una nueva fundación. Garay corta yerbas y tira cuchilladas, como lo prescribe la antigua costumbre. El escribano ahueca la voz. El buen vizcaíno sonríe para sus adentros.

Acá la Plaza, allá el Fuerte, acullá la iglesia Mayor. No olvidarse de los piratas. Todo a buena distancia del Riachuelo, a fin de que nunca puedan llegar los tiros de la artillería.

Con equidad, previsión y mucho seso partió y repartió Garay solares y huertas, echando luego a la suerte las chacras. Todavía en la casona vascongada el amo sentado a la cabecera de la mesa trincha el ave y va poniendo en cada plato la presa. Arte cisoria. Se escribieron tratados sobre ello. (Aquí en Buenos Aires, en tiempos de mi niñez, saber trinchar daba renombre). Tan contentos quedaron todos con la distribución de Garay que éste pudo volverse a los pocos días a Santa Fe, a su dilecta Santa Fe. Ya Buenos Aires quedaba fundada definitivamente. Cabildo, rollo, cruz; y su plano, "en pergamino de cuero".

Enrique Larreta (Buenos Aires, 1875-1961). Nombre literario de Enrique Rodríguez Larreta. Abogado, diplomático, coleccionista de arte. Proveniente de una familia uruguaya, su casa en Belgrano se convirtió en museo. Se lo conoce por *La gloria de Don Ramiro* (1908), novela sobre la vida en la Ávila del siglo XVI. Se incluye un fragmento de *Las dos fundaciones de Buenos Aires* (Buenos Aires, Espasa Calpe, Colección Austral, 1944).

1536

Isabel de Guevara
Una carta

Muy alta y muy poderosa señora:
A esta provincia del Río de la Plata, con el primer gobernador della, don Pedro de Mendoza, habemos venido ciertas mujeres, entre las cuales ha querido mi ventura que fuese yo la una; y como la armada llegase al puerto de Buenos Ayres con mil e quinientos hombres, y les faltase el bastimento, fue tamaña la hambre, que, a cabo de tres meses, murieran los mil; esta hambre fue tamaña, que ni la de Jerusalén se le puede igualar, ni con otra nenguna se puede comparar. Vinieron los hombres en tanta flaqueza, que todos los trabajos cargaban de las pobres mujeres, ansí en lavarles las ropas, como en curarles, hacerles de comer lo poco que tenían, a limpiarlos, hacer centinela, rondar los fuegos, armar las ballestas, cuando algunas veces los indios les venían a dar guerra, hasta cometer a poner fuego en los versos, y a levantar los soldados, los que estaban para ello, dar arma por el campo a voces, sargenteando y poniendo en orden los soldados; porque, en este tiempo, como las mujeres nos sustentamos con poca comida, no habíamos caído en tanta flaqueza como los hombres. Bien creerá Vuestra Alteza que fue tanta la solicitud que tuvieron, que, si no fuera por ellas, todos fueran acabados y si no fuera por la honra de los hombres, muchas más cosas escribiera con verdad y los diera a ellos por testigos. Esta relación bien creo que la escribirán a Vuestra Alteza más largamente, y por eso cesaré.

Pasada esta tan peligrosa turbunada, determinaron subir el río arriba, así, flacos como estaban y en entrada de invierno, en dos bergantines, los pocos que quedaron vivos, y las fatigadas mujeres los curaban y los miraban y les guisaban la comida, trayendo la leña a cuestas de fuera del navío, y animándolos con palabras varoniles, que no se dejasen morir, que presto darían en tierra de comida, metiéndolos a cuestas en los bergantines, con tanto amor como si fueran sus propios hijos. (...)

Servidora de Vuestra Alteza que sus Reales manos besa.

Isabel de Guevara. Integró la expedición de Pedro de Mendoza en 1535. Se conserva de ella una carta enviada a la princesa Doña Juana, hermana de Felipe II. Su texto ha sido tomado de *Relación varia de hechos y cosas de estas Indias Meridionales*, compilación de Alberto M. Salas y Andrés R. Vázquez, Buenos Aires, Losada, 1963.

1537

Manuel Mujica Lainez
El hambre

Alrededor de la empalizada desigual que corona la meseta, frente al río, las hogueras de los indios chisporrotean día y noche. En la negrura sin estrellas meten más miedo todavía. Los españoles, apostados cautelosamente entre los troncos, ven al fulgor de las hogueras destrenzadas por la locura del viento, las sombras bailoteantes de los salvajes. De tanto en tanto, un soplo de aire helado, al colarse en las casucas de barro y paja, trae con él los alaridos y los cantos de guerra. Y en seguida recomienza la lluvia de flechas incendiarias cuyos cometas iluminan el paisaje desnudo. En las treguas, los gemidos del Adelantado que no abandona el lecho, añaden pavor a los conquistadores. Hubieran querido sacarle de allí; hubieran querido arrastrarle en su silla de manos, blandiendo la espada como un demente, hasta los navíos que cabecean más allá de la playa de toscas, desplegar las velas y escapar de esta tierra maldita; pero no lo permite el cerco de los indios. Y cuando no son los gritos de los sitiadores ni los lamentos de Mendoza, ahí está el angustiado implorar de los que roe el hambre, y cuya queja crece a modo de una marea, debajo de las otras voces, del golpear de las ráfagas, del tiroteo espaciado de los arcabuces, del crujir y derrumbarse de las construcciones ardientes.

Así han transcurrido varios días; muchos días. No los cuentan ya. Hoy no queda mendrugo que llevarse a la boca. Todo ha sido arrebatado, arrancado, triturado: las flacas raciones

primero, luego la harina podrida, las ratas, las sabandijas inmundas, las botas hervidas cuyo cuero chuparon desesperadamente. Ahora jefes y soldados yacen doquier, junto a los fuegos débiles o arrimados a las estacas defensoras. Es difícil distinguir los vivos de los muertos.

Don Pedro se niega a ver sus ojos hinchados y sus labios como higos secos, pero en el interior de su choza miserable y rica le acosa el fantasma de esas caras sin torsos, que reptan sobre el lujo burlón de los muebles traídos de Guadix, se adhieren al gran tapiz con los emblemas de la Orden de Santiago, aparecen en las mesas, cerca del Erasmo y el Virgilio inútiles, entre la revuelta vajilla que, limpia de viandas, muestra en su tersura el "Ave María" heráldico del fundador.

El enfermo se retuerce como endemoniado. Su diestra, en la que se enrosca el rosario de madera, se aferra a las borlas del techo. Tira de ellas enfurecido, como si quisiera arrastrar el pabellón de damasco y sepultarse bajo sus bordadas alegorías. Pero hasta allí se hubiera deslizado la voz espectral de Osorio, el que hizo asesinar en la playa del Janeiro, y la de su hermano don Diego, ultimado por los querandíes el día de Corpus Christi, y las otras voces, más distantes, de los que condujo al saqueo de Roma, cuando el Papa tuvo que refugiarse con sus cardenales en el castillo de Sant Angelo. Y si no hubiera llegado aquel plañir atroz de bocas sin lenguas, nunca hubiera logrado eludir la persecución de la carne corrupta, cuyo olor invade el aposento y es más fuerte que el de las medicinas. ¡Ay! no necesita asomarse a la ventana para recordar que allá afuera, en el centro mismo del real, oscilan los cadáveres de los tres españoles que mandó a la horca por haber hurtado un caballo y habérselo comido. Les imagina, despedazados, pues sabe que otros compañeros les devoraron los muslos.

¿Cuándo regresará Ayolas, Virgen del Buen Aire? ¿Cuándo regresarán los que fueron al Brasil en pos de víveres? ¿Cuándo terminará este martirio y partirán hacia la comarca del metal y de las perlas? Se muerde los labios, pero de ellos

brota el rugido que aterroriza. Y su mirada turbia vuelve hacia los platos donde el pintado escudo del Marqués de Santillana finge a su extravío una fruta roja y verde...

© Editorial Sudamericana

Manuel Mujica Lainez (Buenos Aires, 1911-Cruz Chica, provincia de Córdoba, 1984). Narrador, ensayista, poeta y él mismo personaje de la ciudad. Buena parte de su obra recrea la vida en Buenos Aires, en una larga saga compuesta por novelas, cuentos, biografías, crónicas: entre tantos títulos descuellan *Misteriosa Buenos Aires* (1950), *La Casa* (1954), *Canto a Buenos Aires* (1943), una oda que Borges "querría haber escrito" y *Aquí vivieron* (Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1952), al que pertenece *El hambre*.

1580

Juan de Garay
Tierra de Buenos Aires

Los indios llaman isla a la tierra de Buenos Aires. Es muy galana costa y va corriendo una loma llana de campaña sobre la mar, por algunas partes pueden llegar carretas hasta el agua; es tierra muy buena para sementeras; legua y media de la mar se acaba un ramo de cordillera que baja de la tierra adentro: Muestra grandes peñascos y en lo alto campiña y en la costa, en algunas partes, descubre pedazos de peñascos. Donde bate el agua y en aquellos peñascos, hay gran cantidad de lobos marinos. Aquella gente se abriga con mantas de pieles de unos animales que hay como liebres, y de gatos monteses y hacen sus tiendas de cueros de venados. Hallamos entre estos indios alguna ropa de lana muy buena; dicen que la traen de la cordillera, de las espaldas de Chile y que los indios que tienen aquella ropa, traen unas planchas de metal amarillo en unas rodelas que traen cuando pelean y que el metal [lo] sacan de unos arroyos. Dicen que por la costa hay poca gente y que la tierra adentro, hacia la Cordillera, hay mucha gente. Con la carabela avisé a Vuestra Alteza cómo había sabido que había cierta cantidad de ganado caballuno, cerca de Buenos Aires, procedido de unas yeguas que quedaron allí, en el tiempo de don Pedro. Cuando esto escribí, no las habíamos visto, y, en efecto, hay buen golpe de ellas. También supliqué a Vuestra Alteza hiciese merced a la ciudad de la Trinidad y a ésta de Santa Fe, de todo aquel ganado, para que lo puedan tener por dehesa

de ganado común estos dos pueblos, pues por haberse dispuesto a los trabajos y gastos los pobladores, se podrá venir a gozar de ello, aunque hasta agora, por ser la tierra tan rasa y llana, no hemos podido tomar ninguno [de los caballos] ni hemos tenido posibilidad ni espacio para hacer corrales, que son menester hacerse grandes en las aguadas y hemos estado ocupados en edificios y labores y en correr la tierra, porque mientras no la corríamos venían los naturales de noche a darnos asaltos, en el pueblo, y con esto, y castigarlos y correrles sus tierras y tomarles algunas prendas como se ha hecho este verano pasado, se han domesticado algunos y vienen al pueblo, de paz, aunque agora es menester recatarnos más dellos. Torno a suplicar a Vuestra Alteza se nos conceda la merced de este ganado.

Juan de Garay (1528-1583). De origen vasco, llegó al Perú a los catorce años y nunca más volvió a la península. Proveniente del Paraguay, fundó Santa Fe y luego bajó al río de la Plata en 1580 buscando la Ciudad de los Césares. Refundó Buenos Aires, y fue asesinado por los indios.

1657

Ascarete de Biscay
Aire templado

Antes de decir nada de mi viaje al Perú, anotaré lo que observé de remarcable en Buenos Aires, mientras permanecí allí. El aire es bastante templado, muy semejante al de Andalucía, pero no tan caliente: las lluvias caen casi con tanta frecuencia en el verano como en el invierno, y la lluvia en los tiempos de bochorno frecuentemente produce diversas clases de sapos, que son muy comunes en estos países, pero no ponzoñosos. El pueblo está situado en un terreno elevado a orillas del Río de la Plata, a tiro de fusil del canal, en un ángulo de tierra formado por un pequeño riacho llamado Riachuelo que desagua en el río a un cuarto de legua del pueblo. Contiene cuatrocientas casas, y no tiene cerco, ni muro, ni foso y nada que lo defienda sino un pequeño fuerte de tierra que domina el río, circundado por un foso, y monta diez cañones de fierro, siendo el de mayor calibre de a doce. Allí reside el gobernador y la guarnición se compone de sólo 150 hombres, divididos en tres compañías, mandadas por tres capitanes, nombrados por aquél a su antojo y a quienes cambia con tanta frecuencia que apenas hay un ciudadano rico que no haya sido capitán. Estas compañías no siempre están completas, porque los soldados, inducidos por la baratura con que se vive en aquellos países, frecuentemente desertan, a pesar de los esfuerzos que se hacen por retenerlos en el servicio pagándoles altos sueldos, que llegan a cuatro reales diarios, que equivale a un chelín y seis peniques moneda inglesa y un pan

de tres peniques, que es cuanto puede comer un hombre. Pero el gobernador conserva en una llanura inmediata, como mil doscientos caballos mansos para su servicio ordinario, y, en caso de necesidad, para hacer montar a los habitantes del pueblo, formando así un pequeño cuerpo de caballería.

Además de este fuerte hay un pequeño baluarte en la boca del Riachuelo, donde existe una guardia; monta dos pequeños cañones de fierro, de a tres. Este baluarte domina el punto donde atracan las lanchas para descargar o recibir efectos, estando éstas sujetas a ser visitadas por los oficiales del baluarte cuando están descargando o cargando. Las casas del pueblo son construidas de barro, porque hay poca piedra en todos estos países hasta llegar al Perú; están techadas con cañas y paja y no tienen altos; todas las piezas son de un solo piso y muy espaciosas; tienen grandes patios y además de las casas, grandes huertas, llenas de naranjos, limoneros, higueras, manzanos, peros y otros árboles frutales, con legumbres en abundancia como coles, cebollas, lechugas, ajos, arvejas y habas; sus melones especialmente son excelentes, pues la tierra es muy fértil y buena; viven muy cómodamente: a excepción del vino, que es algo caro, tienen toda clase de alimentos en abundancia, como carne de vaca y ternero, de carnero y de venado, liebres, gallinas, patos, gansos silvestres, perdices, pichones, tortugas, y aves de caza de toda especie y tan baratas que puede comprarse perdices a un penique cada una y lo demás en proporción. Hay también numerosos avestruces que andan en tropilla como el ganado y aun cuando su carne es buena, nadie, sino los salvajes, come de ella; hacen paraguas de plumas, que son muy cómodos para el sol; sus huevos son buenos y todos comen de ellos, aunque se dicen que son indigestos...

Las casas de los habitantes de primera clase están adornadas con colgaduras, cuadros y otros ornamentos y muebles decentes y todos los que se encuentran en situación regular son servidos en vajilla de plata y tienen muchos sirvientes, negros, mulatos, mestizos, indios, cafres o zambos, siendo todos éstos esclavos. Los negros proceden de Guinea,

los mulatos son el engendro de un español en una negra, los mestizos son el fruto de una india y un español y los zambos de un indio y una mestiza, distinguibles todos por el color de su tez y su pelo.

Estos esclavos son empleados en las casas de sus amos o en cultivar sus terrenos, pues tienen grandes chacras abundantemente sembradas de granos, como trigo, cebada y mijo; o bien para cuidar de sus caballos o mulas, que en todo el año sólo se alimentan con pasto, o bien en matar toros cerriles y finalmente para cualquier otro servicio. (...)

Observé que [entre los hombres de la milicia] había muchos hombres de edad que no llevaban arma de fuego sino sólo espada al cinto, lanza en la mano y una rodela al hombro. Los más de ellos son hombres casados y jefes de familia y por consiguiente tienen poca afición a los combates. Aman su sosiego y el placer y son devotos de Venus. Confieso que son hasta cierto punto disculpables a este respecto, pues las más de las mujeres son extremadamente bellas, bien formadas y de un cutis terso...

Acarete de Biscay. Nombre supuesto de un viajero inglés –algunos lo escriben Ascarette du Biscay– que estuvo en distintos lugares de América del Sur, incluyendo Buenos Aires, hacia 1659. Su relato, traducido por primera vez en 1867, fue tomado de *Relación de un viaje al Río de la Plata y de allí por tierra al Perú*, Buenos Aires, Editorial Alfer y Ways, 1943. La traducción es de F. Wallace.

1750

Alejandro Malespina
Veintidós cuadras

El que arriba a Buenos Aires no encuentra a su desembarco, ni muelle cómodo ni barcos a propósito que le transporten a tierra. Salen muchachos con caballos o carretas, que el poco fondo del río permite se introduzcan mucho trecho agua adentro. A todos choca este extraordinario desembarco, que, sin embargo, es el menos incómodo si se considera que los botecillos se encallan, hay que sacarlos a fuerza de brazo, y de ellos se toma tierra en hombros de marineros. Es una gran multitud la que se presenta de estos solícitos vadeadores, que arman bullas y ruidos porque se les prefiera.

La ciudad de Buenos Aires se halla situada en un llano; la baña el río por la parte este, y por otras direcciones se sale a hermosas campiñas cubiertas de verde, y a huertas y quintas que hay en sus cercanías.

Su extensión, según el autor del *Lazarillo* o *Guía de camino,* es de veintidós cuadras norte-sur y este-oeste: sus calles están tiradas a cordel: en las aceras se eleva el piso cerca de vara y media –lo que llaman los franceses *trottoirs*– para la gente de a pie, y se ponen maderos perpendiculares a proporcionadas distancias, con faroles para alumbrar a los que transiten. El medio de la calle, que todas son anchas, iguales y capaces, se abandona a los carros y caballerías, y a la sazón de estar allí el autor de estas Memorias no se observaba la correspondiente policía, tolerándose el echar en ellas des-

pojos que las ensuciaban. En tiempo de lluvias hacen grandes lodazales, en que se atascan las grandes carretas que hay para los abastos y las caballerías, y suele imposibilitar el paso a la gente de a pie. La plaza es imperfecta, y sólo tiene portales la hacienda del Cabildo, en la que están la cárcel y otras oficinas públicas.

Alejandro Malespina (Palermo, Italia, 1754-lugar desconocido, 1809). Marino, es autor de un *Viaje al Río de la Plata en el siglo XVIII*, traducido por Editorial La Facultad, Buenos Aires, en 1938.

1773

Concolorcorvo
El Lazarillo

Esta ciudad está situada al oeste del gran Río de la Plata... Su extensión es de veintidós cuadras comunes, tanto de norte a sur como de este a oeste. Hombres y mujeres se visten como los españoles europeos, y lo propio sucede desde Montevideo a la ciudad de Jujuy, con más o menos pulidez. Las mujeres en esta ciudad y en mi concepto, son las más pulidas de todas las americanas españolas, y comparables a las sevillanas, pues aunque no tienen tanto chiste, pronuncian el castellano con más pureza. He visto sarao en que asistieron ochenta, vestidas y peinadas a la moda, diestras en la danza francesa y española, y sin embargo de que su vestido no es comparable en lo costoso al de Lima y demás del Perú, es muy agradable por su compostura y aliño. Toda la gente común y la mayor parte de las señoras principales no dan utilidad alguna a los sastres, porque ellas cortan, cosen y aderezan sus batas y andrieles con perfección, porque son ingeniosas y delicadas costureras, y sin perjuicio de otras muchas que oí ponderar en Buenos Aires, de gran habilidad, observé por muchos días el gran arte, discreción y talento de la hermosa y fecunda española doña Gracia Ana, por haberla visto imitar las mejores costuras y bordados que se le presentaban de España y Francia.

Las de medianos posibles, y aun las pobres, que no quiero llamarlas de segunda y tercera clase, porque no se enojen, no solamente se hacen y pulen sus vestidos, sino los de

sus maridos, hijos y hermanos, principalmente si son de Tornay, como ellas se explican, con otras granjerías de lavar y almidonar, por medio de algunos de sus esclavos. Los hombres son circunspectos y de buenos ingenios. (...)

Esta ciudad está bien situada y delineada a la moderna, dividida en cuadras iguales y sus calles de igual y regular ancho, pero se hace intransitable a pie en tiempo de aguas, porque las grandes carretas que conducen los bastimentos y otros materiales, hacen unas excavaciones en medio de ellas en que se atascan hasta los caballos e impiden el tránsito hasta a los de a pie, principalmente el de una cuadra a otra, obligando a retroceder a la gente, y muchas veces a quedarse sin misa cuando se ven precisados a atravesar la calle...

La carne está en tanta abundancia que se lleva en cuartos a carretadas a la plaza, y si por accidente se resbala, como he visto yo, un cuarto entero, no se baja el carretero a recogerle, aunque se le advierta, y aunque por casualidad pase un mendigo, no le lleva a su casa porque no le cueste el trabajo de cargarlo. A la oración se da muchas veces carne de balde, como en los mataderos, porque todos los días se matan muchas reses más de las que necesita el pueblo, sólo por el interés del cuero.

Todos los perros, que son muchísimos, sin distinción de amos, están tan gordos, que apenas se pueden mover, y los ratones salen de noche por las calles a tomar el fresco en competentes destacamentos, porque en la casa más pobre les sobra la carne, y también se mantienen de huevos y pollos, que entran con mucha abundancia de los vecinos pagos. Las gallinas y capones, se venden, en junto, a dos reales, los pavos muy grandes a cuatro, las perdices a seis y ocho por un real y el mejor cordero se da por dos reales...

Se hace la pesca en carretas, que tiran los bueyes hasta que les da el agua a los pechos, y así se mantienen aquellos pacíficos animales dos y tres horas, hasta que el carretero se cansa de pescar y vuelve a la plaza, en donde le vende desde su carreta al precio que puede, que siempre es ínfimo...

No creo que pasen de diez y seis los coches que hay en

la ciudad. En otro tiempo, y cuando había menos, traían las mulas del campo y las metían en sus casas a la estaca, sin darles de comer, hasta que, de rendidas, no podían trabajar, y mandaban traer otras. Hoy día se han dedicado a sembrar alcacer, que traen a la ciudad con algunas cargas de heno para las caballerías, que se mantienen muy mal, a excepción de las de algunos pocos sujetos, que hacen acopio de alguna paja y cebada de las próximas campañas.

Concolorcorvo. Seudónimo de Calixto Bustamante Carlos Inca, del que sólo se sabe que nació en Cuzco y es el autor del *Lazarillo de ciegos caminantes*, libro impreso en 1773 en Gijón (o, según otros, en Lima) y que narra un viaje desde Buenos Aires hasta la capital del Perú, pasando por Tucumán.

1778

Leopoldo Marechal
Una mañana de verano

¿Con qué gestos ubicaríamos a esa gente en un día remoto de Buenos Aires? El lector podría evocar una mañana de verano de 1778, en la esquina de San Nicolás y San José. Vería, quizás, a un grupo de lavanderas mulatas, con sus grandes atados en la cabeza, sus jabones y palas de batir, dirigiéndose al río para lavar las ropas en los charcos que la marea deja entre las toscas de la playa: visten de colores vivos, y sus charlas, risas y comadreos no son menos vivos que los colores de sus pañuelos y delantales.

Volviendo del río y dando tumbos en las zanjas y desniveles de la calle, un carrito de aguatero, tirado por dos bueyes de astas descomunales, viene hacia el lector y se arrima a la acera, deseoso de sortear el peligro del cruce; podría ser que el lector, a fuer de porteño sensible, protestara en alta voz por el castigo inútil que el aguatero administra sistemáticamente a sus dos animales; pero el aguatero, un pícaro mulato, no le oye, atento a su canción matinal y a su alegría de vivir en una ciudad que, ubicada junto al río más potable del mundo, paga el agua como si fuera un artículo de lujo.

Supongamos ahora que mi lector, después de contemplar a lo lejos el color leonado del Plata, se vuelve hacia el oeste y echa a andar, calle arriba: está en la parte más notable de la calle y, sorteando los desniveles y caprichos de las aceras, pasa frente a las casonas coloniales en cuyo interior van y vienen los esclavos negros, no muy atareados en sus funcio-

nes mañaneras. La mirada del transeúnte, colándose por el portal entreabierto, distingue, tras la hondura del zaguán, una luz de patio, una luz que se filtra en los parrales y es verde y fresca en lo alto, como la luz de los bosques, y se hace roja en los ladrillos del suelo.

Cruza luego algún baldío, entre casa y casa, y entonces le es dado contemplar el verdor de los durazneros que fructifican ya en las huertas íntimas, y un olor de pan casero llega tal vez a sus narices. Más adelante necesita dar un rodeo, pues dos caballos, atados a los gruesos barrotes de una ventana, le cierran el paso. Y aquí y allá se cruza con recatadas señoras que vuelven de misa, apretando entre sus dedos los rosarios colgantes.

Llega, en fin, a una esquina, y no es imposible que dé con el negocio de Francisco Altolaguirre, pulpero rico a juzgar por los seis criados libres que atienden su casa. Don Francisco está junto a las dos puertas esquinadas de su pulpería, y apoyado en el pilar de ángulo conversa con dos otros vecinos que parecen escucharlo sin mayor interés: como estamos en verano don Francisco se queja del calor, tan hostil a su negocio; en invierno se quejará de los vientos fríguidos que ahuyentan a los clientes de pulpería y levantan el polvo de la calle con grave perjuicio de los "géneros de abasto"; y estas quejas pulperiles son recogidas en 1783 por el apoderado de los pulperos, en el escrito que dirige al gobernador intendente de la ciudad.

Pero dejemos al bueno de Altolaguirre y sigamos calle adelante, con el lector. Ahora pasa junto a las viviendas humildes de los artesanos españoles: allí están Pedro Nicolás Giles, el carpintero; Francisco Colas, el sastre; Antonio Álvarez, el zapatero; todos han sacado a la calle sus bancos, materiales y herramientas, y trabajan en la vía pública, aprovechando la luz y el frescor de la mañana, y seguirán haciéndolo hasta que el señor Vértiz se enoje; un enjambre de chicos grita en la calzada polvorienta, persiguiendo mariposas estivales y abatiéndolas con verdes ramas de limonero.

Más adelante se encuentran los artesanos de color, entregados a sus quehaceres; y el transeúnte puede hablar con Baltasar Gómez, el aserrador mulato, que usa la calle como depósito de

sus maderas. La torre de San Nicolás se yergue no lejos, y las viviendas alineadas ralean, dando lugar a los baldíos, huertas y ranchos en los que la ciudad se desbanda. Algunas devotas, en tren de mortificación, vienen de San Nicolás de Bari y se dirigen al centro, salvando los mil y un incidentes de la calle montuosa y arisca. Y el lector podría encontrarse a esa altura con un jinete que arrastra un vacuno muerto, a la cincha de su caballo, o sentirse observado por un grupo de mestizos ociosos que le miran con desconfianza desde alguna ranchería.

Ya está bajo la sombra del templo; más allá verdean las grandes quintas; luego se ahonda el campo amarillento y desnudo, hasta el horizonte.

Y ya que nos referimos a la vida estival de la calle podríamos evocarla en un 6 de diciembre, día de San Nicolás: hay en el aire un tumulto de campanas que llaman a fiesta; desde todos los ámbitos de la calle, y aun de las chacras vecinas, afluyen gentes de diverso color y linaje, ostentando sus ropas domingueras; no faltan los elegantes del barrio sur, que por especial devoción a San Nicolás de Bari llegan al templo en coches y calesas de sopandas, ante la admiración de las comadres y el embobamiento de los chiquilines.

Luego la procesión sale del templo; al frente van los músicos, una trompeta, un contrabajo, un violín y hasta una flauta que toca un negro de levita; después el señor San Nicolás, en hombros de cuatro vecinos caracterizados que sudan y resoplan; detrás la concurrencia de fieles, con sus guiones y banderas; todos bajo un sol de fuego y sorteando las asperezas de la calle.

Leopoldo Marechal (Buenos Aires, 1900-1970). Poeta, narrador, dramaturgo, ensayista, autor de la novela *Adan Buenosayres* (1948), que cuenta lo sucedido durante dos días en la vida de ciertos personajes de la ciudad hacia los años veinte del siglo XX, y es una feliz recreación de la mitología literaria porteña, a la que contribuyó a consagrar. El texto reproducido pertenece a la *Historia de la calle Corrientes* (1937), que le fue encargada por la Municipalidad.

1787

Arturo Capdevila
Robos

—Niña, éntrate. La noche se ha vuelto capa de pecadores. –Y es que la ciudad estaba espantada, en ese año de 1787.

Un ladrón finísimo andaba por Buenos Aires, llenando con sus increíbles robos las crónicas, asombrando las tertulias, aterrando los corrillos, desesperando a las rondas, excediendo a todas las posibles historias del tiempo, con insoportable disgusto del señor virrey.

Realmente era inaudito. Buenos Aires no había nunca sabido de nada igual. Robos jamás imaginados dejaban azorados a los vecinos, atónito al virrey, pálidos a los alcaldes. Todo desaparecía: joyas y telas, pedrería y plata, ropas de mujer y de hombre, y sobre todo, dinero. Día por día verificaba el vecindario que así como por arte de birlibirloque habíase desvanecido alguna alhaja del cofre mejor cerrado.

Tantas y tan repetidas substracciones determinaron que se diese estrechísimo bando, como de tiempo de guerra y plaza sitiada, prohibiendo que nadie anduviese en horas de la noche por la ciudad –así fuese noche de luna, así no– sin llevar luz de farol o linterna.

Y decía con clamor por las calles el pregonero:

"Bando. Ninguna persona deberá andar por las calles de noche, a caballo, después de la batida de retreta en la Plaza, hasta que se toque la diana en el Fuerte al amanecer, no sien-

do con el forzoso motivo de llegar de afuera o de hacer viaje para alguna parte; debiéndose por las justicias que salgan de ronda, por los alcaldes de barrio, patrullas militares u otros comisionados aprehender a cualquiera que no siendo persona conocida induzca en sospecha".

Cumplióse en todas sus partes el bando; privóse la gente en lo sucesivo de la comodidad tan buscada del caballo a la puerta para la nocturna tertulia; todo fue andar a pie, aun en las noches más negras, por esas calles que eran más bien precipicios que usaba entonces Buenos Aires. ¿Y cuál fue el alivio? Como si la ciudad estuviera encantada, como si los duendes se hubieran apoderado de ella, no había cosa de valor que no siguiera esfumándose de la noche a la mañana. Asunto ya no para sabuesos policíacos sino para confesores y exorcistas parecía ser éste.

Como fuese a peor la mejoría, hubo de darse nuevo bando, aun más estrecho que el otro.

A previo toque de tambor lo pregonaron:

"Bando. Después de batida la retreta no podrá persona alguna, sin excepción ni de la más privilegiada –sea eclesiástico o secular– salir por las calles sin llevar luz. Y hallándosele sin ella, sea el que fuese, será conducido a la cárcel. Y desde las 12 en adelante, ni con luz ni sin ella, podrán andar más de dos personas juntas".

Tampoco trajo mejoría el nuevo edicto.

¿Serían los soldados de infantería, o bien esclavos huidos, los autores de tan audaces rapiñas?

Los mal pensados daban a entender que de seguro se trataba de apañados de la autoridad, al paso que los más prudentes se reducían a opinar... que era el progreso.

—Como ya somos virreinato... como ya somos corte...

—Naturalmente –asentía otro–. Al ruido de la vida mundanal, sólo llegan los que medrando al abrigo del lujo, tornan de más en más corrompidos los tiempos. ¿Y asombrará que haya ladrones de manos tan sutiles? ¡Buenos están los años que corren! ¡Qué! ¿No tenemos ya hasta peluquero francés?

En efecto. A los habituales barberos del Plata, modestos,

modestísimos, con su par de jofainas y no muy variados perfumes, había venido a agregarse todo un señor peluquero, el más fino de los Fígaros, maestro peluquero de manos en verdad prodigiosas, incomparable en el arte de componer peinados de señora, mientras con verba fácil y sobre fácil, feliz, narraba alguna linda historia de extranjis.

Era decidor. Era gentil. Contaba cosas de Francia, de la Península y del África. Allí se señaló su mérito en el real servicio, soldado de la expedición de Argel, donde tuvo la honra de formar parte del cuerpo de guardias wallonas y de recibir peleando dos heridas de fuego. Un año y medio sirvió allí bajo los reales pendones como el más pundonoroso, hasta que se vino a estas partes de América, por las buenas noticias que de ellas le diera un primo hermano suyo, cirujano del ejército en los Patagones.

Estaba casado, para mejor, con mujer española, bonita: María del Castillo, cuyo *del* algo sonaba, y tenía tres tiernas y encantadoras niñas. ¿Quién más simpático que el maestro peluquero? En todas las casas linajudas y ricas, tenía franca la entrada; y si por ventura no estaba la cliente, era el maestro, de los de esperar en el recibimiento. Y allá entraba él con su chaleco y sus puños de encaje.

Y un día sucedió lo inesperado. (¡Y cuál no hubiera sido la emoción de Juan María Gutiérrez de conocer los amarillentos expedientes que yo he tenido la melancólica suerte de descubrir, donde todo esto se narra!).

Un jueves, del mes de octubre, el maestro peluquero (cuyo nombre no era otro que el de José Levant) hallábase en el café más concurrido, merendando con un camarada, cuando sacó su resplandeciente reloj de oro, si no por ver la hora, quién sabe si únicamente por darse aires de ricachón. Pero mala cosa es de veras la vanidad. Y hubo de costarle cara esa vez al vanidoso; pues un parroquiano que por acaso estaba en una próxima mesa, como vio el reloj se dijo:

—¡Hola! Yo conozco esta prenda. Y más: La reconozco por mía.

Hubiera llamado al punto a la autoridad el interesado, pero el predicamento de que gozaba Levant lo contuvo. ¿Cómo ha-

cerle tamaña afrenta allí en público? Prefirió el parroquiano poner simplemente la correspondiente denuncia ante la justicia, por lo que allí resultare. Lo hizo. Entonces fue llamado Levant, que llegó muy señor con su capa azul española con vueltas de terciopelo carmesí. Traía el reloj consigo, y preguntado acerca de dónde lo hubo, dijo que un catalán se lo había vendido. Eso fue todo. Se labró el acta de rigor, y José Levant estampó, lleno de dignidad, aquella su firma breve, clara, elegante. Con esto, y las disculpas por haberle molestado, tornó a su casa el maestro peluquero. Tranquilizó a su mujer con una sonrisa, besó a sus hijas, y a cenar a gusto como todas las noches.

Prendido poco después un cierto Danz –el catalán que dijera el declarante– y preguntado y repreguntado con metódica astucia y directa amenaza de suplicio próximo, pronto se confesó adquirente de alhajas que le revendía Levant, y comisionado suyo.

—¿Adquirente? ¿Y de qué modo? ¿Comisionado? ¿Y de qué clase?

Quiso explicar; no pudo. Callar tampoco era posible. La inventiva de un bribón nunca es muy fértil. Más y más debió recostarse sobre la ineludible verdad, hasta que lo dijo todo. Lo dijo todo; y ante el asombro de los jueces empezó a configurarse la culpabilidad del príncipe de los Fígaros. Y es que realmente lo dijo todo el catalán, incluso haber oído a alguien que la mujer de Levant tenía una pollera del mismo género de unas robadas.

Oído que esto fue, ordenó inmediatamente su merced el oidor al teniente alguacil mayor traer con toda seguridad y custodia, y ya como a procesado, al increíble peluquero, previa inspección de su casa.

Eran las nueve y media de la noche, y de hecho dormía Buenos Aires; pero allá fue el despertar, y el acudir a la casa de José Levant muchedumbre de vecinos. Hasta que le vieron salir en tan buena seguridad y custodia que daba pena verle; y ya no a los hombros su capa azul española con vueltas de terciopelo carmesí, tan vistosa, sino, a las muñecas, las ligaduras de los grandes malhechores.

Era, dijimos, muy de noche, y aun más tarde parecía en la cárcel, cuando entraron: que siempre es más de noche en las cárceles. Además aquella lámpara del despacho vertía sobre la mesa del oidor una luz tan desvelada que envejecía las horas.

—¿Edad del acusado?

—Cuarenta y dos años.

—¿Patria?

—Francia.

—¿Otros cómplices?

No estaba el oidor para perder el tiempo y sus preguntas eran mortales.

—¿Cómplices?

La pregunta hace palidecer a Levant. Ciertamente no la esperaba tan resuelta. Piensa un punto en alguna evasiva. Pero el señor oidor frunce de tal modo el ceño que según a las claras se ve no está para interrogaciones volanderas cuando en el contiguo salón se hallan muy a la mano los recursos del tormento. Y bien que lo merece el que tantas burlas hizo a la justicia.

—¿Otros cómplices?

Pues bien: Gregorio el Teatino. El negro Manuel. El mulatillo Bonifacio. Un mulato cochero, llamado Juancho, poseedor de buena ganzúa.

—Está bien. Seguiremos mañana. Por de pronto, al calabozo con él.

La medianoche era por filo. No dormiría aquella noche Buenos Aires, con el asombro del suceso.

Arturo Capdevila (Córdoba, 1889-Buenos Aires, 1967). Poeta, narrador, dramaturgo y ensayista. Autor de más de cien libros, entre ellos algunas novelas o crónicas históricas sobre Buenos Aires, como *En la corte del virrey* (Buenos Aires, A.L.A., 1942), a la que pertenece este fragmento.

Segunda parte

1800-1899

La Gran Aldea

La Argentina se separó de España en 1810, y ratificó su independencia en 1816, sin tener una idea muy clara de qué clase de país era, cómo se llamaba, bajo qué tipo de régimen político deseaba vivir, cuáles eran sus límites y su relación con los países vecinos. Todo esto se fue aclarando a través de conflictos y guerras, exteriores e interiores. Con el Brasil, para que este país no avanzara sobre su geografía; con Francia e Inglaterra, que en dos oportunidades bloquearon Buenos Aires; con los indios que asolaban la frontera del país entonces conocido, a pocos kilómetros de Buenos Aires; o con el Paraguay, país que fue devastado en una guerra tremenda en la que se jugó también el equilibrio de poder entre el interior y Buenos Aires. Al mismo tiempo, Argentina vivió en un estado de guerra civil intermitente, una de cuyas causas fue la relación entre la opulenta ciudad de Buenos Aires, que aprovechaba las rentas de la Aduana, y el resto del país. Esa guerra sólo se detuvo hacia 1880, cuando se federalizó la ciudad, aunque la sangre no dejó de correr por diversos conflictos. Es que, junto a la inmigración que iba a dar su perfil inconfundible a la ciudad, arribaron también ideas rebeldes encarnadas en luchadores sociales que huían de la represión en Europa.

En 1829 la población de Buenos Aires llegaba a los 58.000 habitantes, que eran 65.573 en 1838 y 90.076 en 1858. La ciudad tenía un crecimiento demográfico del 2, 5% anual. A

Buenos Aires le había llevado 278 años alcanzar esa población que, sin embargo, se duplicó en los quince años que siguieron. Y el número de habitantes se volvió a duplicar en los quince años subsiguientes. La Gran Aldea, título de una novela de Lucio V. López publicada entonces, tenía 400.000 habitantes en 1883, y vivió un ciclo de transformaciones que los historiadores fechan entre 1880 y 1930 cuando –escribe José Luis Romero en La ciudad burguesa *– "se modificó profundamente la infraestructura de la ciudad. Se construyó el puerto Madero, se concluyeron las obras de salubridad en la década del 80, se extendieron y electrizaron los tranvías desde 1897, se desarrollaron las líneas suburbanas de ferrocarriles, aumentaron los hospitales, los mercados y los parques, se electrificó el alumbrado público a partir de 1882 se construyó el primer subterráneo, inaugurado en 1913, aparecieron los ómnibus y colectivos y se hicieron sobre el río el Balneario Municipal y la Avenida Costanera..."*

Sobre ese cañamazo de impetuoso crecimiento, los textos que incluye esta segunda parte de El libro de Buenos Aires *son visiones de viajeros, la mayoría ingleses, como si los argentinos estuvieran demasiado concentrados en el interior de la historia y de argentinos como Lucio V. Mansilla y Miguel Cané, quienes escriben sobre la ciudad en la que vivieron de niños. Lucio V. López y Julián Martel lo hacen en textos de procedencia novelística sobre el Buenos Aires del ochenta y del noventa. Ya cerca del siglo que termina se recoge una de las primeras prosas de Macedonio Fernández, quien tenía dieciocho años cuando describe la calle Florida con una prosa que tiene ya toda la densidad filosófica y el humor sutil del que sería maestro de Borges.*

De 1897 es una crónica de Fray Mocho. Con el autor de Memorias de un vigilante *la ciudad gana su cronista popular, retratista de tipos y personajes porteños, aunque él fuera*

*José Luis Romero y Luis Alberto Romero (comp.), *Buenos Aires, Historia de cuatro siglos*, Buenos Aires, Editorial Abril, 1983.

entrerriano, y este hecho confirma que para ser un gran porteño –Miguel Cané nació en Montevideo, Gardel en Toulouse (¿o en Tacuarembó?), para sólo poner dos ejemplos– no viene mal haber nacido en el interior (o en el exterior). Fray Mocho es el primer aguafuertista de los muchos que harían célebres sus crónicas en publicaciones, de gran difusión. En el caso de José Z. Álvarez fue la revista Caras y Caretas, *que contribuyó a fundar y donde publicó casi todas sus prosas. Más avanzado este libro, el lector hallará páginas provenientes de otros diarios y revistas argentinos. Pero ya habrá tiempo de llegar allí.*

1800

Manuel A. Bilbao
Comidas

A principios del siglo XIX el desayuno general era el mate cocido o con bombilla, acompañándosele a veces de un buen churrasco. (...)

Don Tomás Hogg, abuelo que fue del conocido banquero de este nombre fallecido hace poco, transmitía en 1819 en sus cartas a Inglaterra sus impresiones sobre lo que veía: (...)

"Una curiosidad propia de este país es el té paraguayo, que se bebe chupándolo por medio de un cañito de metal de unas ochos pulgadas de largo: el líquido se pone en tazas de madera o unas calabazas ahuecadas abiertas, de un diámetro no mucho mayor de una libra. La gente pudiente considera elegante adornar estas tazas con plata y oro y colocarles tres pies del mismo metal, y he visto algunas muy bonitas y artísticas. Es costumbre tomar esta bebida caliente, como el té, cuatro veces diarias: a la mañana, al mediodía, a la tarde y a la noche; pero la mayoría de las clases altas sólo toman chocolate por la mañana. Una sola taza se utiliza para todos los aficionados al mate, y el cañito es chupado por todas las bocas, inclusive la de los esclavos que se encargan de hacerlo. En muchas casas tomar este té se convierte en un vicio como fumar y se le atribuye el poder de producir la obesidad."

La difusión del mate dio origen a un verso que se decía a los extranjeros cuando eran reacios o no conocían el uso general de éste. El verso decía:

Tomá mate, che; tomá mate, che;
que en el Río de la Plata
no se estila el chocolate.

Se almorzaba a las doce o a la una y se comía a las cinco, cenándose a las nueve de la noche.

El comedor, que hasta entonces no tenía mayor importancia, pasó a ser una de las piezas de más consideración de la casa, haciendo las veces de sala.

Después del almuerzo, se dormía la siesta en verano.

En la mesa se ponían en el centro uno o dos cántaros de plata, del que se servían la bebida los comensales.

Los ingleses introdujeron la costumbre de poner un vaso o copa en cada asiento, de cambiar platos a cada plato, y de brindar al final.

Las comidas de antaño comenzaban generalmente por la sopa de fideos, de arroz o de pan, a la que se le agregaba uno o dos huevos cocidos por invitado.

Seguíale el puchero de cola o de pecho, con chorizo, verdura y garbanzos, acompañado de una salsa cocida o cruda de tomates y cebollas; la carbonada, que en el verano llevaba choclo, peras o duraznos; el quibebe, que era zapallo machacado, al que a veces se le agregaban papas, repollo y arroz; el sábalo de río frito o guisado; las empanadas y pasteles de fuente, con carne o pichones; la humita en chala y el pastel de choclo; el asado de vaca a la parrilla; la pierna de carnero mechada; el pavo relleno, engordado en la huerta de la casa, que se mandaba asar en la panadería próxima; las albóndigas de carne con arroz; el locro; las ensaladas de verdura; etcétera.

La verdura era escasa, pero abundaban el zapallo y la batata.

Las papas se traían de Francia y más adelante de Irlanda, generalizándose su uso con la incorporación a nuestra vida urbana de los ingleses y otros extranjeros, difundiéndose entonces el *beef-steak* con papas y el té, que muchos clasificaban de agua caliente y de remedio, pues durante muchos años se vendía en las boticas.

Los postres eran igualmente sencillos: la mazamorra, el arroz con leche, la yema quemada, las torrejas, los pasteles de dulce de leche o membrillo, la sidra callota, tomate, batata grande, zapallo, etcétera.

Los vinos eran escasos. No se conocía mucho el champaña, pero se bebía buen vino tinto español, el priorato, carlón, jerez y oporto. El vino del país era malo. Se llamaba mistol a un arrope diluido en agua.

Los pulperos tenían el carlón, carlín y carlete, que vendían a distintos precios, siendo los dos últimos *bautizados* en mayor o menor cantidad.

El refinamiento de los gustos, la variedad de cocinas, el abundante uso de salsa y condimentos, agregado todo eso a la falta de frescura de los artículos de consumo, por más que las autoridades se preocupen de ello, son la causa de la infinidad de enfermedades del tubo digestivo que tanto abundan en nuestros días.

La atmósfera cálida, lo mismo en el verano que en el invierno, influye poderosamente en la alteración de los alimentos, y, como consecuencia, en la salud pública.

Si a ésta se agregan los comerciantes poco escrupulosos que venden sus productos sin ninguna clase de precaución que les preserve de las descomposiciones microbianas, tenemos factores importantes que contribuyen a envenenar el organismo humano de toxinas que encuentran campo propicio en el intestino y son causas del malestar general que sufre la población, la cual continuamente recurre a drogas para su curación, sin buscar la causa originaria, que es la que decimos.

Manuel A. Bilbao (Buenos Aires, 1871-1935). Gerente de banco, dirigente de la Unión Cívica Radical y autor de dos libros que recogen memorias de la ciudad: *Buenos Aires desde su fundación hasta nuestros días* (1902) y *Tradiciones y recuerdos de Buenos Aires* (1934), al que pertenece el texto "Comidas".

1807

Alexander Gillespie
Reuniones familiares

Era invierno cuando nos adueñamos de Buenos Aires; durante esa estación se daban tertulias o bailes todas las noches en una u otra casa. Allí acudían todas las niñas del barrio, sin ceremonia, envueltas en sus largos mantos, y cuando no estaban comprometidas, se apretaban juntas, aparentemente para calentarse, en un sofá largo, pues no había chimeneas y se utilizaba el fuego solamente con frío extremo, trayéndose al cuarto en un brasero, que se coloca cerca de los pies, y entonces ningún extranjero deja de sufrir jaqueca por los vapores del carbón. No se ofrecían refrescos en estas ocasiones, a que unos pocos eran especialmente invitados y donde todos, aun los ligeramente presentados, eran bienvenidos. Los valses estaban en boga y la música era de piano acompañado con guitarra, que todos los rangos tocaban. Ninguna otra matrona, a no ser la de casa, estaba presente, quien era su única protectora, y todos se iban a las diez. Cuando cualquiera del clero entraba, se producía una reserva general y tan cohibidas estaban las damas por un sentimiento transitorio de decoro y de servil fanatismo, que exclusivamente se dirigían a él durante su estada. Había algunos literatos y caballeros entre el clero secular, pero la pluralidad que vimos tenía mejores disposiciones para agentes del diablo, por su ignorancia, sus vicios e iliberalidad, que para escogidos espirituales en la propagación de las verdades sagradas de su vocación cristiana y sus generosos preceptos.

La música era teñida como una perfección preeminente, y no se ahorraban gastos con ese fin, sea en instrumentos o composición. Estos artículos siempre tendrán venta fácil en Buenos Aires, pues tienen una debilidad por ambos, cuando son de manufactura inglesa.

Como en todos los países lindantes con un estado natural, la poesía parece el genio conductor de las clases inferiores en esta parte de la América del Sur, pues al pedírsele a cualquiera que toque la guitarra, siempre la adaptará a estrofas improvisadas y convenientes, con gran facilidad.

Los jefes de familia demostraban su gran bondad hacia nosotros, por sus ofrecimientos de dinero y de todas las comodidades, pero siempre había una reserva visible en ellos y un descontento evidente en la enunciación de cualquier tema político o religioso, que necesariamente chocaban con sus nociones. Los que presumían espetarlos, muy pronto se percataban de una enajenación de su favor y de sus maneras cordiales, y algunos ingleses que así se habían conducido, dejaron de ser visitantes bienvenidos. Un día recibí invitación para una comida de un capitán de ingenieros, cuyos detalles describiré como probablemente demostrativos de las costumbres generales en ocasiones de ceremonia. Todos los que se sentaron a una mesa muy larga, profusamente tendida, fueron tres: su esposa, el capitán Belgrano y yo. No había sirvientes presentes en ningún tiempo, excepto cuando entraban o sacaban los servicios, que consistieron en veinticuatro manjares: primero sopa y caldo y sucesivamente patos, pavos y todas las cosas que se producían en el país, con una gran fuente de pescado al final y fuimos servidos durante la comida por cuatro de sus parientes más cercanos, que nunca se sentaban. Los vinos de San Juan y Mendoza se hicieron circular libremente y mientras gozábamos de nuestros cigarros, la dueña de casa con otras dos damas que entraron, nos divirtieron con algunos lindos aires ingleses y españoles en la guitarra, acompañados por esas voces femeninas. Comi-

mos a las dos y la compañía se deshizo, para su siesta, a las cuatro.

Alexander Gillespie. Mayor del ejército inglés que invadió Buenos Aires en 1806. Estuvo prisionero en San Antonio de Areco y Calamuchita. En 1818 escribió sus memorias traducidas al castellano en 1921 por La Cultura Argentina, Buenos Aires, con el título de *Buenos Aires y el interior. Observaciones reunidas durante una larga residencia.*

1810

Ricardo M. Llanes
Riñas de gallos

Durante el período colonial y aun muchos años después de la Revolución de Mayo, la población practicaba las riñas de gallos, casi con pasión. Se reunían los aficionados, formando rueda junto a un cerco improvisado, muchas veces compuesto por sus mismos ponchos, que sostenían en sus manos; mientras peleaban los animales dentro del redondel, cruzaban sus apuestas los jugadores. Esta diversión es muy antigua y al parecer se inició en Grecia en la época de Temístocles. De ahí pasó a Roma y luego a España, de donde la introdujeron en América los conquistadores, como trajeron las corridas de toros y otras diversiones y juegos, que se practicaban en la Península. Se ignora la época en que ocurrió, pero se calcula que fue cuando introdujeron las aves de corral, que aquí no existían. Los primeros reñideros, según parece, estuvieron en Cuba; luego pasaron a México; más tarde al Perú. Posteriormente a la Argentina, pero siempre y en todas partes fue objeto de protestas y prohibiciones.

Cuando el general don José de San Martín se encontraba en el Perú y comenzaron a organizarse las instituciones bajo un régimen democrático, se dio un decreto por el Gobierno Delegado, fecha 16 de febrero de 1822, disponiendo entre otras cosas relacionadas con el espíritu de moral que debe regir las costumbres de un pueblo, que "se abolía el juego de gallos".

En Buenos Aires, como en otros sitios de nuestro país, estuvieron permitidas las riñas y se percibían derechos. La primera casa con instalaciones en regla y de carácter permanente parece que fue la de un español de nombre Juan José de Alvarado, hacia el año 1767, en un local situado a inmediaciones del "Hueco de Monserrat". Fuera de este local se organizaban riñas en diferentes lugares, sin ninguna clase de impedimentos, ya que estaba permitido ese espectáculo, y si se realizaban clandestinamente era sólo para eludir el pago de las patentes o impuestos establecidos por el Cabildo, que corrió con ello hasta 1821 y desde esta fecha estuvo a cargo de la Policía.

Un autor menciona, hablando de la supresión de las corridas de toros y la continuación de las riñas de gallos, que "esa medida, aunque aplaudida por los más, no dejó, por oportuna que ella fuese, de producir descontento en muchos de los habitantes. La civilización nos ha traído en Buenos Aires la abolición de las corridas de toros, pero existe aún, a despecho de ella, el no menos bárbaro entretenimiento, si bien menos peligroso para el hombre, de la riña de gallos".

Uno de los tantos viajeros ingleses que visitó a Buenos Aires en los primeros años de nuestra independencia, ha descrito en un libro sus impresiones acerca de esta diversión, diciendo entre otras cosas: "Junto a las puertas de las casas de la gente pobre hay siempre un gallo atado a la pata, lo que demuestra que las riñas deben ser diversión muy difundida". Luego manifiesta que nunca se sintió atraído por concurrir a uno de los lugares donde se efectuaban riñas.

Uno de los últimos reñideros autorizados que existió estuvo en el barrio de Monserrat, calle Venezuela nº 745. Era propiedad de don José Rivero y se hallaba instalado con suficientes comodidades para que el público pudiera presenciar el espectáculo. Constaba de palcos y gradería de entrada general. La firma Plaza y Cía. tuvo un reñidero en la calle Santo Domingo nº 150 (actualmente Venezuela), próximo a Buen Orden, que fue clausurado en 1885, como consecuencia de la sanción de la ley de protección a los animales. En la

calle Tacuarí entre Chile y México existía un reñidero en el año 1855, propiedad de un tal Miguel Masías.

La afición a las riñas de gallos y la cría de animales aparentes para esta diversión, contaba con personajes bien conocidos, entre los que se hallaban los generales Pacheco, Hornos, Lagos, coronel Rebución. El gobernador de Córdoba, Don Benigno Ocampo, falleció en un reñidero en esa ciudad, y el general Benavídez fue preso en una casa de esa índole en San juan para ser llevado a la cárcel donde fue asesinado el 23 de octubre de 1858.

Ricardo M. Llanes. (Buenos Aires, 1897-1980). Escritor dedicado a la rememoración del pasado de Buenos Aires sobre el cual publicó numerosos libros, entre ellos, *La Avenida de Mayo: media centuria entre recuerdos y evocaciones*, del que se ha tomado el texto reproducido, *El barrio de San Cristóbal* y *Recuerdos de la ciudad porteña*.

1819

Emeric Essex Vidal
Seis mil casas

Antes de que Buenos Aires llegase a ser el asiento del virrey, se la consideraba en rango como la cuarta ciudad en Sudamérica, pero desde esa época ha sido reconocida como inferior a ninguna, salvo a Lima. También ha crecido rápidamente, por las mismas circunstancias, en opulencia y población. Está edificada normalmente, siendo sus calles perfectamente rectas y anchas, sin pavimentar en el medio, pero teniendo veredas a cada lado. Se supone que hay seis mil casas, y el número de habitantes, que solía calcularse en cuarenta mil, se reconoce ahora que no es menorr de setenta mil. La mayor parte de los edificios, públicos y privados, antiguamente tenían paredes de barro, pero un jesuita, que fue empleado para erigir la iglesia de su colegio, hace unos setenta u ochenta años, enseñó a los habitantes el arte de hacer ladrillos y cal, y la ciudad ha adquirido desde entonces una apariencia muy diferente. La arquitectura de la catedral, y la mayoría de las iglesias, es igualmente atribuida a los hermanos legos de esa comunidad, que emplearon indios bajo su dirección, para ejecutar éstos y otros trabajos públicos. De esta manera se recuerda que, en 1668 y en los años siguientes, quinientas de estas personas estuvieron ocupadas en las fortificaciones, el puerto y la catedral de Buenos Aires. Esta última es una construcción espaciosa y hermosa, teniendo una elegante cúpula, y un pórtico, cuyo diseño y ejecución son altamente ensalzados. El interior está

profusamente decorado con tallas y dorados. La media naranja contiene, en divisiones, cuadros representando los actos de los apóstoles. La iglesia de los franciscanos y la que pertenece a la orden de la Merced, le siguen en importancia; ambas tienen atrios y cúpulas, más o menos en el mismo estilo que los de la catedral. En la primera hay un cuadro de la última cena, cuya ejecución se estima como muy importante, considerándose que fue pintado por un artista del país, un indio converso en una de las misiones del Uruguay. El marco también es notable por estar enteramente compuesto de plumas de brillante color dorado, tan ingeniosamente unidas que tienen la apariencia, aun para el cercano observador, de la más bella talla y dorado, y es sólo mediante el tacto que puede descubrirse la diferencia. Este cuadro se lo dieron los jesuitas a los franciscanos, no mucho tiempo antes de su supresión. La iglesia de San Juan, en las orillas de la ciudad, es apropiada para el uso de los indios conversos. Hay varios conventos y monasterios de monjas, y todos estos edificios están construidos con hermosas piedras blancas, halladas en una llanura no lejos de Buenos Aires. La blancura de los edificios públicos se conserva y se acentúa por la frecuencia del viento llamado *pampero*, al cual se le considera como un excelente blanqueador.

Emeric Essex Vidal. Marino y pintor inglés que viajó al Río de la Plata varias veces entre 1808 y 1837. En 1820 un editor inglés le publicó un libro con acuarelas y textos sobre la vida urbana y rural bajo el título *Picturesque Illustrations of Buenos Aires and Montevideo.*

1820

Un inglés
Mujeres coquetas

El traje de las mujeres de Buenos Aires incluye cuanto de encantador tiene la indumentaria femenina. El vestido de calle es muy agradable e igual al vestido de baile en Inglaterra. Predomina el color blanco. El talle no es tan corto como en Francia ni tan largo como en Inglaterra. Llevan chales de todas formas; algunos sirven de velo y de chal, cubriendo el seno y cayendo vaporosamente por detrás de la cabeza: el rostro nunca se cubre.

Cuando hay buen tiempo se quitan el chal de la cabeza y pasean por las calles, conscientes de su belleza, sin prestar atención a los ojos deslumbrados que, contra la voluntad de sus poseedores, se vuelven a mirarlas cual si fueran seres de otro planeta. Muchas veces hice esto, siéndome imposible desviar los ojos hasta que la distancia o el miedo de llamar la atención me obligaron a ello. Algunas hermosas provocativas, llevan la falda y la enagua tan cortas que exponen una parte del tobillo y de la pierna, aumentando nuestra tentación. Los cuerpos de estas bellas son la simetría misma.

Tan grande es la coquetería de las damas porteñas que, para aumentar la belleza de sus pies y tobillos, usan zapatos muy estrechos y su paso, a menudo tambaleante, evidencia la gran molestia con que pagan esta vanidad.

El traje de baile es muy semejante al de teatro, si bien menos sencillo, pero algunas niñas "no han menester otros

diamantes que sus propios ojos". Algunas damas cambian de vestido tres o cuatro veces al día.

Se presta mucha atención al cabello, que se deja crecer muy largo, sosteniéndolo con una peineta por detrás y formando bucles por delante. Únicamente las ancianas llevan gorras o capotas. Las señoras maduras arreglan sus rizos blancos y usan el velo en forma análoga a las jóvenes. No emplean polvos ni otros artificios para disimular su edad. En sociedad son desenvueltas, habladoras y muy alegres. Es interesante observarlas cuando se dirigen a la iglesia vestidas de negro. Visitan constantemente la iglesia; ¡marchitos restos de lo que quizá fue una vez tan bello!

El vestido negro que usan las señoras para ir a la iglesia, y que yo tanto admiro, es una antigua indumentaria española: la basquiña.

No se lleva luto tanto tiempo como en Inglaterra; jóvenes y hermosas viudas no necesitan afearse con esas gorras fúnebres que se usan en mi patria. (...)

Un inglés. Seudónimo de un misterioso viajero que estuvo en Buenos Aires entre 1820 y 1825. Sus observaciones fueron traducidas por Editoriales Argentinas-Soler, Buenos Aires, 1942, bajo el título *Cinco años en Buenos Aires*.

1820

José Antonio Wilde
Patrullas y cadáveres

En aquellos tiempos no había vigilantes apostados en las bocacalles; el servicio de policía, en la noche, se hacía por medio de patrullas encabezadas por un alcalde, un teniente alcalde o algún vecino. Todos los hombres estaban obligados a hacer la patrulla cuando llegaba su turno o a poner un personero que costaba, generalmente, de 20 a 30 centavos.

Casi excusado parece decir que eso se convertía (como todo es susceptible de convertirse) en negocio, y que las *citaciones* se menudeaban para con aquellos que podían pagar. Muchas veces estas patrullas prestaban buenos servicios, impidiendo peleas, llevando a la policía ebrios o mal entretenidos; pero algunas *ganaban* un baile y no salían sino cuando amanecía, hora en que debía terminar su tarea.

Durante la noche empleaban la siguiente fórmula: cuando llegaba cierta hora y veían gente, el comandante de la patrulla daba la voz: "¿Quién vive?" La contestación, de la que la población estaba al corriente, era: "La Patria". "¿Qué gente?". "Patrulla". "Haga alto la patrulla y avance el comandante a rendir santo y seña". Entonces, ambas patrullas hacían alto, los comandantes avanzaban algunos pasos a vanguardia de su respectiva comitiva, y el uno decía en voz baja el "santo" y el otro contestaba la "seña".

Si en vez de patrulla era uno o más individuos, al "¿quién vive?", se contestaba: "La patria", al "¿qué gente?", "paisano",

"militar" o lo que fuese y como es de suponer en ese caso, no había ni santo ni seña.

En estas patrullas iban, ya por tocarles el turno, o como personeros por los 20 centavos, algunos vejetes que podrían derribarse de un soplido, armados, uno de un machete o un latón, otro de un fusil de chispa, tal vez sin gatillo.

La verdad es que la vigilancia armada no era tan necesaria como ha llegado a serlo después; los crímenes de toda clase eran infinitamente menos numerosos.

No queremos decir que absolutamente no se cometía alguno; pero lo cierto es que eran rarísimos; los robos y los asesinatos premeditados, excepcionales: la mayor parte de las muertes violentas resultaban de peleas. Entre los crímenes cometidos recordaremos el siguiente: Creemos que fue en 1824, un genovés, Misereti (ignoramos si era nombre o apodo), que tenía hojalatería, del Colegio media cuadra para el río, fue bárbaramente asesinado por dos negros de su servicio. Éstos fueron fusilados en la plaza del Retiro, y un muchacho cómplice se salvó de la última pena por su poca edad, pero se le obligó a presenciar la ejecución (...)

Preciso es confesarlo; teníamos una mancha negra; el uso del cuchillo. En la clase baja, tanto en la ciudad como en la campaña, en la más trivial contienda, a un dos por tres salían a brillar los cuchillos, dagas o facones; los casos, pues, de heridas en pelea eran casi diarios, y frecuentes los de muerte.

Durante la sabia administración de Rivadavia, debido a la prohibición de *cargar* cuchillo, los casos fueron algo menos repetidos, y no se oía jamás de los crímenes atroces que hoy diariamente registra la prensa, en que aparecen familias enteras asesinadas, mujeres y criaturas, hasta en brazos, bárbaramente degolladas. Con placer declaramos, sin embargo, que hace algún tiempo que no se repiten estas horribles escenas; mucho puede haber influido, la presencia de la policía rural en la campaña; sin embargo, siguen los robos en toda escala, con profusión. (...)

Cansados están los jueces de paz de campaña de enviar a la ciudad criminales famosos que *debían* cuatro, cinco o más muertes, y de verlos cuatro o seis días después, paseándose en su partido con toda desfachatez y como desafiando su autoridad. ¿Qué es lo que ha pasado? Es muy fácil de explicar. Ha llegado el reo a la ciudad con un formidable proceso; crúzase el *empeño* de algún magnate, y hete aquí puesto en libertad al asesino, que vuelve a continuar en su camino de crímenes y a burlar la autoridad que había cumplido con su deber, y a quien no le queda gana de volverlo a cumplir.

Cuando no ha mediado este empeño, viene la inmoral y degradante medida de convertir al presidiario, al feroz asesino, en soldado de línea, deshonrando al Ejército y facilitando la evasión del criminal. "Este hecho solo –dice el doctor Quesada refiriéndose a esta medida–, formaría el proceso y la deshonra de una administración que fuese verdaderamente libre"; y a fe, que tiene razón.

Las reflexiones que han surgido nos han hecho detener demasiado al hablar de las patrullas.

Era costumbre poner en exhibición, bajo los portales del Cabildo, el cadáver de alguien que se hubiese encontrado muerto en las calles, sin duda con el objeto de que fuese reconocido y reclamado por sus deudos. No era raro ver al lado del cadáver un platillo destinado a recolectar limosna para ayudar a sepultarlo, o para velas o una misa (...)

La generalidad de los cuerpos exhibidos eran por peleas, accidentes casuales o muertes repentinas; porque, lo repetimos, hasta entonces, estábamos libres, casi por completo, de esos crímenes premeditados y salvajes que han manchado los anales de las naciones más civilizadas de Europa y que hoy se repiten con aterradora frecuencia entre nosotros.

El suicidio puede decirse que era igualmente desconocido. En el espacio de muchos años sólo ocurrió uno que otro caso y los suicidas fueron extranjeros.

Verdad es que aquellos tiempos eran de abundancia y bienestar; los afanes, las ansiedades consiguientes al sosteni-

miento de una familia, aun numerosa, no preocupaban a nadie en un país en que se vivía sencillamente; en que era tan fácil ganar dinero y en que los artículos de primera necesidad costaban tan poco, y cuando la desenfrenada pasión por el lujo no había establecido su tiránico imperio entre nosotros.

También eran raros los desafíos; no sabemos si porque entonces había menos honor que hoy; lo cierto es que eran rarísimos los duelos; y asimismo se adoptaban medidas tendientes a su supresión, como lo prueba el decreto del Supremo Director, de 30 de diciembre de 1814, inculcando sobre la irremisible aplicación de la pena de muerte a los que se desafiaban y asistían a los duelos en calidad de padrinos: considerándolos a aquéllos *como a verdaderos asesinos, no obstante que un falso y criminal punto de honor se esfuerce en disculparlos.*

José Antonio Wilde (Buenos Aires, 1813-Quilmes, provincia de Buenos Aires, 1885). Médico (como su sobrino, también escritor, Eduardo Wilde), empresario, periodista y comediógrafo. Es autor de *Buenos Aires desde setenta años atrás* (1881) que según Roberto Yahni une "gracia y justeza descriptiva con valor documental".

1825

Un inglés
Carnavales

Llegado el carnaval se ponía en práctica una desagradable costumbre: en vez de música, disfraces y bailes, la gente se divierte arrojando cubos y baldes de agua desde los balcones y ventanas a los transeúntes y persiguiéndose unos a otros de casa en casa. Se emplean huevos vaciados y llenos de agua que se venden en las calles. A la salida del teatro en carnaval, el público es saludado por una lluvia de huevos. Las fiestas duran tres días y mucha gente abandona la ciudad en este tiempo, pues es casi imposible caminar por las calles sin recibir un baño. Las damas no encuentran misericordia, y tampoco la merecen, pues toman una activa participación en el juego. Más de una vez, al pasar frente a un grupo de ellas, he recibido un huevo de agua en medio del pecho. Quienes por sus ocupaciones deben transitar por la calle salen resignados a soportar el baño. Tampoco se divierten los extranjeros. Un armador inglés, recién llegado, fue saludado con un cubo de agua. No teniendo noticias de la costumbre, el hombre recogió unos ladrillos y juró que no dejaría un vidrio sano de la casa. Fue difícil apaciguarle (...)

(Ver nota biográfica en pág. 86.)

1840

Víctor Gálvez
La Mashorca

La ciudad de Buenos Aires estaba silenciosa, las calles sin gente, y los pocos, muy pocos, que por necesidad o por miedo salían, iban a los sitios solitarios. A la ribera concurrían los muchachos a remontar las pandorgas, cometas o *barriletes,* o a lo que era plaza del Parque, depósito a la sazón inmundo de las basuras. Aquellos sitios eran quintas. Donde hoy se levanta la estación del ferrocarril del Oeste y en la manzana de enfrente, altos cipreses elevaban sus copas negruscas al través de las tapias de barro (...)

Corría el mes terrible. La Sociedad Popular llamada la *Mashorca,* dominaba la ciudad; a media voz se decía cada mañana quiénes y cuántos habían sido degollados, qué casas habían sido asaltadas, qué damas azotadas con vergas e infamadas por los parches colorados pegados con cola. No he visto esto, porque no salía de mi casa, pero lo recuerdo como sucesos de mi infancia grabados en mi memoria con colores sombríos: recuerdo las angustias de mi hogar, ¡qué días aquellos! En torno de mi madre todos guardábamos silencio, temiendo cada vez que llamaban a la puerta, temiendo por los ruidos de la calle, temiendo en el silencio de las noches; y los muchachos estábamos allí sobrecogidos por un contagio moral que había quitado las alegrías bulliciosas de esa edad. Tales son mis recuerdos.

Paréceme rever aquel triste grupo, porque hasta los gritos de los niños parecían despertar el peligro. ¿No se han en-

contrado ustedes en alguna casa donde se vele el cadáver de un padre o de una madre? Entonces los niños no ríen porque ven en todos los semblantes el sello de la desgracia. ¿Por qué no ríen? No lo sé, pero ésa era la impresión de aquellos días; no se hacía negocio, no creo que hubiera comercio, al menos mi memoria no me permite apreciarlo: sí sé que en ese mes no íbamos a la escuela, ignoro la causa.

Tal vez temían que fuésemos asaltados en la calle, que cometiésemos alguna indiscreción con los otros niños o que oyésemos los cuentos tristes de los degüellos. Lo que recuerdo es que no íbamos a la escuela, y los muchachos estábamos de vacaciones. Sólo nos llevaban por la tarde a remontar pandorgas en el bajo del río o en la Plaza del Parque, bajo la vigilancia personal de nuestro padre, que nos guiaba y a quien acompañábamos. No era posible ni prudente ocultarse, y entonces ésas eran sus salidas, nosotros y un criado cuyo nombre conservo aún, el mulato Agustín, que llevaba las pandorgas a veces, cuando nosotros estábamos aburridos de la carga. Nos acompañaba en fin, no sé por qué; pero él remontaba los barriletes y en esas excursiones corríamos y dábamos movimiento a nuestras piernas y supongo que nos alegraríamos. Volvíamos luego al caer la tarde, para reunirnos en torno de mi madre, silenciosos de nuestro paseo y esperando la hora en que nos mandaban a dormir. Pero, aunque niños, no era fácil conciliar el sueño, el instinto me decía que había un peligro desconocido y terrible que podía alcanzar a mi padre; y niños como éramos ¿qué haríamos si no teníamos fuerza para defenderlo? ¡Qué angustiosos momentos! Mis hermanos tampoco se dormían y de cuando en cuando alzábamos nuestras cabezas para oír los pasos, las voces, el movimiento de la casa. Y eso que en la familia no se hablaba jamás en nuestra presencia de aquellas escenas lúgubres; no recuerdo haber escuchado en tales conversaciones nada sobre la situación. Ese miedo que los niños teníamos era una enfermedad; preguntábamos en secreto qué había y se nos contestaba: ¡nada! Y entre nosotros, pequeños entonces, guardábamos silencio y mirábamos a los criados

como si estuviésemos bajo sus garras: ¡les habíamos cobrado miedo, y eran sin embargo tan buenos!

A veces yo rogaba que no me acostasen temprano y quería estar cerca de mi padre, que fumaba mucho y siempre cigarros de hoja hechos en el país y que se vendían en la calle de San Martín, en una pequeña cigarrería de un italiano bajo, delgado, que tocaba el violón en la orquesta del teatro, cuando había compañías; yo lo conocía porque me había llamado la atención aquella figurita con un instrumento tan grande, cuando alguna vez le había visto en el Teatro Argentino. En aquel mes no sé si funcionaban los teatros; sí sé que no salíamos de noche porque éramos niños y siempre nos hacían acompañar por un criado o nuestros padres nos llevaban a la casa en que había un gran patio y allí jugábamos con otros niños corriendo y brincando. Pero en ese mes estábamos en reclusión.

En una de esas noches, la familia se hallaba reunida en la sala, en la cual no había luz. Por la gran puerta que daba al patio se recibía la luz del farol que lo alumbraba, y por la ventana de la calle, cuyos vidrios estaban abiertos, penetraba la vacilante luz del alumbrado público. Los muchachos estábamos sentados en las sillas como si nos hubieran puesto en penitencia: esperábamos la orden para acostarnos. No pasaba nadie por la calle. A las diez de la noche se nos llevó a dormir, después que se dio orden de cerrar la puerta de la calle. Nos sometimos a la orden y nos fuimos a la cama, después de haber comido cada uno medio pan.

No sé el tiempo que transcurrió; pero de repente golpes seguidos y violentos en el llamador de la puerta de calle pusieron en alarma a toda la familia; los muchachos nos despertamos sobresaltados y nos echamos fuera de la cama. En el aposento de mis padres estaban éstos ya en pie. Volvieron a oírse aquellos golpes formidables y desesperados. ¿Qué hacer? Algo extraordinario sucedía cuando en aquella hora y en esas noches se llamaba así a la puerta de la casa. No olvido el semblante de mi madre y de mis tías: mi padre estaba grave y de pie. Era preciso saber quién o quiénes golpeaban;

y en todo evento, convenía que mi padre no fuese visto. Los muchachos estábamos allí sin que nadie hiciera atención de nuestra presencia. Mi madre y una de mis tías resolvieron abrir la ventana de la sala que daba sobre la calle; estaba colocada en alto, muy elevada sobre el piso de la vereda y con formidables barrotes de fierro: la casa era antigua y de teja, hacía muy difícil una evasión por las azoteas, en caso que aquella fuera una visita de la "Sociedad Popular".

Abrieron la ventana y lo recuerdo como si lo viera ahora mismo: una mujer con el cabello suelto, vestida de blanco o en paños menores, pidió que le abrieran, que acababan de sacar a su marido y ella corría desalentada, buscando asilo y protección para que la llevasen a casa de sus abuelos. ¡Qué cuadro! ¡No me rechacen!, decía con una voz desgarradora. Esa dama era doña Mercedes del Sar de Terry. (...)

Víctor Gálvez (seudónimo de Vicente G. Quesada, Buenos Aires, 1830-1913). Historiador y político, padre del también historiador Ernesto Quesada, reservó el nombre de Víctor Gálvez para sus evocaciones de hechos y personajes de los que fue testigo: *Memorias de un viejo* (Buenos Aires, Peuser, 1888).

1845

Lucio V. Mansilla
La casa de mis padres

La casa solariega de la calle de Potosí tenía aljibe. Esto de "aljibe" que no parezca nota baladí. Las fincas que lo tenían eran contadas, indicantes de alta prosapia o de gente que tenía el riñón cubierto, daban notoriedad en el barrio, prestigio, y si por la hilacha se saca la madeja tal o cual vecino pasaba por grosero por los muchos baldes de agua fresca que pedía; y tal o cual propietario por tacaño, porque sólo a ciertas horas no estaba con llave el candado de la tapa del precioso recipiente.

La casa estaba distribuida poco más o menos como las casas antiguas, algo centrales. A la derecha había una pieza independiente con ventanas a la calle. A la izquierda estaba la sala con dos ventanas *idem*. Seguía una antesala con sólo puerta al primer patio, en el que una gran alberca, adornada de plantas diversas, estaba cantando: aquí se aman las flores. Seguía el dormitorio de mis padres, el famoso costurero de mi madre, y cuatro piezas más sin ventanas a la calle. El comedor quedaba entre el primero y segundo patio con salida a los dos; tenía una ventana de reja que permitía ver la puerta de calle, algo velada por la alberca, y pasar, de cuando en cuando, uno que otro pedestre o jinete. Comunicaba con el costurero.

Un zaguán a la izquierda del primer patio daba acceso al segundo. Era sombrío de día; tenebroso de noche.

En el segundo patio, también con gran alberca y parral de

uvas blancas y negras, de riquísima cepa, había un pequeño cuarto independiente, al lado del pozo; luego la cocina grande con fogón de campana. El sumidero estaba en el centro. Por ahí corrían las aguas pluviales y todas las glutinosas de la cocina, despidiendo constantemente unas emanaciones sutilísimas parecidas al olor del puerro, a pesar del perfume de los azahares de un limonero que con otras plantas, a cual más olorosa, se alzaba de la alberca gallardo y siempre verde. Otro zaguán por el estilo del ya pintado, (...) conducía a un patiecito a la derecha, en el que había un chiribitil de madera y a otro a la izquierda, pasando por una pieza dividida en dos cuartos (el terreno hacía martillo) con dos piezas sin luz al fondo, baja la una, alta la otra. A ésta, con sólo puerta como su compañera, se llegaba por una escalera de material sin pasamano a ningún lado, y quedando en el centro mismo del patio, no era cosa de subir o bajar.

Aquí en este cuarto patio, había dos grandes lebrillos de barro cocido vidriado sobre asiento de material y desagüe al albañal, por medio de un bitoque, y cuerdas tendidas para secar la ropa blanca de toda clase que en ellos se lavaba con un jabón negro que hacía tanta espuma como feo olor tenía. Pero las burbujas irisadas nos divertían. La pieza esa, dividida en dos, servía: la de la izquierda para guardar alfombras, trastos viejos y encerrarme a mí cuando me conducía mal, hasta que a fuerza de gritar como un becerro me sacaban para no molestar al vecino. La otra se llamaba "cuarto de la plancha"; para aplanchar servía. Petrona, una parda gruesa, con pechos como balcones, buenaza, estaba siempre ahí, dale que dale, entre montones de ropa y planchas hechas ascuas, que guarnecían un gran brasero. De cuando en cuando me dejaba echar una manita, diciéndome: "¡Cuidado!... ¡No te vas a quemar!...". Y probaba si el instrumento no estaba muy caliente, humedeciendo primero el dedo índice con saliva, que aplicaba en la parte lisa opuesta al asa.

Suma total: la casa tenía, entre piezas grandes y chicas, con las divisiones contadas como cuartos, diez y seis. En una de las del fondo estaba la despensa. Pero había que pasar por

otra de ellas, que se llamaba cuarto de baño, por la sencilla razón de que allí, entre cachivaches diversos, estaba la tina de latón de mi madre, destinada al efecto. Otra tina de baño había, media pipa de aguardiente cepillada, en el segundo patio, que, dándole el sol en verano se templaba fácilmente. Un toldo improvisado la cubría, y en ella, por turno, se refrescaban los que no iban al río. El agua de ambas bañaderas servía después para regar las plantas y las veredas. Polvo, ciclones, no faltaban en la Atenas del Plata, como no faltan en la griega, sino cuando llovía.

Lucio Victorio Mansilla (Buenos Aires, 1831-París, 1913). Hijo del general y político Lucio Mansilla, sobrino de Juan Manuel de Rosas, hermano de la novelista Eduarda Mansilla, fue militar (llegó al grado de general), político, diplomático, pero es recordado como autor de un libro clásico de la literatura argentina, *Una excursión a los indios ranqueles* (1870). Sus textos cortos, divagatorios y vivaces, fueron casi siempre publicados como colaboraciones periodísticas. El aquí seleccionado pertenece al libro *Mis memorias. Infancia-adolescencia* (París, 1904).

1846

John Brabazon
Un mate

Al dejar el servicio del Dr. Gordon entré a trabajar, el 29 de enero de 1846, en el Almacén Naval de Patrick Fleming, por igual paga. Allí tenía que atender a los capitanes de los barcos, desde las 12 p.m. hasta las dos de la mañana, pues aquellos concurrían a los altos del Almacén para jugar a las cartas y beber punch. Y cuando regresaban a sus barcos sus pobres marineros los estaban esperando y a veces tenían que cargarlos sobre sus espaldas o arrastrarlos hasta los botes.

Yo siempre bajaba a la playa porque aquel era el único lugar donde uno podía encontrar un pasatiempo. Un día, en que estaba mirando a una lavandera negra, un negrito me convidó un mate, que es un té que en este país preparan con una planta originaria del Paraguay y del Brasil, con un poco de azúcar, aunque generalmente lo toman solo, y que sorben por medio de un tubo llamado bombilla. La taza que utilizan para tomar el mate es un fruto redondo, como un pequeño melón, que tiene una costra dura, a la que le hacen un agujero. Cuando el negrito me dio el mate lo tomé por la bombilla pensando que estaba asegurado a la taza, pero ésta cayó al suelo y se rompió; y como el negrito se echó a llorar diciendo ¡se rompió el mate! ¡el mate se quebró! tuve que darle 5 pesos, lo que consideré que era una suma grande de acuerdo con mi sueldo.

John Brabazon. Es el autor de *Andanzas de un irlandés en el campo porteño 1845-1864*, publicado en 1981 por Ediciones Culturales Argentinas, en traducción de Eduardo A. Coghlan.

1847

Samuel Greene Arnold
Casas rojas

Las casas son, en su mayor parte, de un piso, aunque muchas tienen dos y muy pocas tres; todas son de ladrillo revocado y pintadas de blanco, aunque algunos rosistas exagerados han pintado las suyas de *rojo,* el color federal. Los techos son chatos. Las casas se construyen con dos y a menudo tres patios, con piso de ladrillo y a veces de mármol: la piedra escasea en este país. No hay árboles por la ciudad. Las ventanas sobre la calle y los patios del frente están todos protegidos por verjas de hierro, para poder dejar aquéllas abiertas sin peligro con el tiempo caluroso. El clima de aquí es muy parecido al nuestro en verano, variable: hoy cálido y mañana frío, sujeto a repentinas y frecuentes tormentas. He visto el termómetro arriba de 90° y al día siguiente abajo de 70°,* pero en invierno es mucho más suave que el nuestro. El agua es muy mala, llena de insectos, provoca disenterías y puede beberse únicamente con vino; empero la gente de aquí no le da importancia y se sorprenden de que a mí no me *gusten* los insectos vivos que se mueven y flotan en el agua. La fruta es abundante: duraznos e higos y sandías especialmente; los duraznos son sabrosos cuando están maduros, pero generalmente se les recoge cuando están duros y no son buenos. Hay aquí mucha po-

* Grados Farenheit. Corresponden a nuestros 33° y 23°.

breza, en las calles abundan los ciegos y toda clase de enfermos. Los mendigos tienen permiso del gobierno; el sábado es el único día que salen a pedir. Las principales enfermedades de este país son nerviosas y reumáticas; el tétano es muy frecuente, una ligera herida superficial a menudo lo provoca. Hay unos desórdenes nerviosos y una parálisis repentina que son un misterio, con dolores e inflamaciones en las articulaciones; todo desaparece como apareció, sin causa aparente, después de un corto tiempo. A esta clase de enfermedades las llaman "un aire". Observé que el dolor de muelas es muy común en Brasil y también aquí.

© Emecé Editores

Samuel Greene Arnold. Publicó sus crónicas en el libro *Viajes por América del Sur 1847-1848*, traducido en 1951 por la Editorial Emecé.

1850

Xavier Marmier
Ciudad de Oriente

Según me aproximo, la ciudad aparece a mi vista de modo muy singular y me hace pensar en las ciudades de Oriente, con sus casas blancas y grises de techos planos, y sus cúpulas redondas. Pero este cuadro, bastante pintoresco, parece de segundo plano; no se ven bosques ni colinas; sólo una prolongada línea de edificios que, elevándose a una altura de algunos pies sobre el nivel del agua, corta el horizonte. Más allá, no hay nada sino la llanura, que no se percibe, la inmensa pampa solitaria que se desenvuelve con triste uniformidad hasta el pie de los Andes.

... Nada más gracioso, por otra parte, que el acogimiento expansivo, propio de las porteñas. Se acercan y tienden la mano, desde la primera visita, con las palabras más afectuosas: —"Señor, mucho gusto de ver a usted. Esta casa está a su disposición. Le quedaremos muy agradecidos si quiere venir a visitarnos con frecuencia". Terminados estos cumplimientos, sirven el mate, y la bombilla que uno pone entre los labios, pasa sucesivamente de boca en boca. Hay en el abandono y en la *franqueza* de las gentes del país, costumbres más singulares todavía. Por ejemplo: a la segunda o tercera visita que se hace a una familia argentina, se dará el caso de que una señorita corte con sus dedos un trozo de bizcochuelo con dulce, para ofrecerlo en la mano, y sin ninguna ceremonia, al visitante. Otra señorita, para cerciorarse de que el té que a uno le han servido tiene bastante azúcar, meterá su

cuchara en la taza para probarlo, después de haber probado el suyo. En la mesa, mientras los hombres proponen, a la manera inglesa, beber con ellos un vaso de vino Madeira, la dueña de casa, o una de sus hijas, pincha un bocado escogido de su plato y se lo manda al huésped con la sirvienta, en la punta del tenedor. Y esta gentileza no puede rehusarse a riesgo de pasar por un hombre muy mal educado. Es claro que viniendo de dos manecitas blancas y de labios rosados, no hay dificultad en aceptar estas gentilezas argentinas. Pero hay ciertos casos... Sea como sea, es una ley del país y todo viajero queda sometido a las leyes del país que visita...

...El mismo espíritu de uniformidad que ha regulado el ancho de las calles, preside la construcción de las casas. Casi todas han sido edificadas sobre el mismo plano: un piso bajo con ventanas de hierro que dan sobre la calle; en la parte del frente generalmente un comercio, adentro un patio cuadrado al que se abren los departamentos interiores; luego un zaguán; a veces, un segundo y un tercer patio. Estas series de patios, sombreados por parrales y árboles, forman un conjunto delicioso; sustraídos a los ruidos de la calle, iluminados por un cielo hermoso y cubiertos de flores, son dignos del retiro de un poeta. Cada una de estas casas tiene su azotea donde, al atardecer, brillan constelaciones que harían eclipsar a la cabellera de Berenice. Muchos jóvenes astrónomos, apasionados por el estudio de esas estrellas –que lucen entre dos crenchas de cabellos negros cubiertas por una mantilla de encaje–, suben también a las azoteas. Yo no sabría decir lo que allí ocurre entre los astros vivientes y sus adoradores. Lo ignoro, porque nunca tuve ocasión de llegar a las elíseas umbrías de la ciudad argentina. (...)

Las porteñas, sin excepción alguna, hasta las más afables y de apariencia más frívola, no tienen más que un solo objetivo, del que no se desviarán jamás: el casamiento. Todas sus gracias naturales, así como sus dones adquiridos, deben ejercitarse para llegar lo más pronto posible al santo sacramento, que es su máxima esperanza. Las tareas enormes que se imponen algunas, como la de aprender a balbucir el francés

o el inglés, a deletrear un cuaderno de música, a dibujar una flor, todas están destinadas a adquirir superioridad sobre sus rivales para obtener más pronto la corona nupcial. Esta continua preocupación hace de cada hogar argentino que tiene jóvenes casaderas, una especie de claro en el bosque, donde las Dianas estuvieran acechando de continuo. ¡Ay del pájaro vagabundo y temerario que se detenga cerca de ellas! Cada rayo de sus ojos es una flecha, cada sonrisa de aquellas bocas bermejas, cada bucle de cabellos, es un lazo...

El extranjero presentado en la sociedad argentina con el feliz privilegio de soltero, puede estar seguro de ser muy pronto el objeto de tramas ingeniosas y de tiernas conspiraciones. Y si en un círculo de familia, aparenta cierta inclinación por una de varias hermanas que secretamente experimentan pretensiones por él, de inmediato se establece un tácito acuerdo y todas ellas se unen para secundar en su campaña matrimonial a la que parece contar con más probabilidades de éxito. Aparte el afecto natural que debe de llevarlas a desear el triunfo de la hermana, media otro motivo de interés. Casada ella, desaparece un rival, y en la víspera de la boda, las hermanas heredan sus chales, vestidos y collares. Si con todos sus proyectos de libertad, el viajero cae algún día en esta red de conspiraciones, no creo que le llegue el momento de arrepentirse.

Xavier Marmier. El texto reproducido pertenece a *Buenos Aires y Montevideo en 1850*, traducción de José Luis Busaniche, Buenos Aires, Editorial El Ateneo, 1948.

1857

Pastor Obligado
El primer ferrocarril

De aquella inolvidable época en que la Plaza del Parque, con su mala banda de música y árboles sin sombra, hacía competencia a la del Retiro, lugar de cita de las más elegantes domingueras, apenas se conserva la fachada del cuartel, pero sin el coronel Martínez en su balconcito.

Donde se alza el palacio Miró, un amplio y selvático jardín del mal servido *restaurant*, competía con el vecino café del Parque, contiguo a la botica del mismo nombre, en cuyas glorietas no cabían tres personas.

Por la soledad y tinieblas de esta plaza, plagada de viznaga –antes de la llegada del tren–, pocos eran los que se atrevían a cruzarla a medianoche, temiendo encontrarse con la *viuda del Parque*. Del propio solar (antiguo basurero), donde se levanta hoy el monumental teatro Colón, salió la primera locomotora que vino a modificar costumbres y paisajes. En lo relativo a éstos, recordaremos solamente que, donde se yergue la estatua del general Lavalle, se instaló *el banco de las camelias*, y en él, al caer la tarde, viejos patriotas se congregaban a suspirar por las cosas pasadas, recordando que *siempre el tiempo pasado fue mejor...*

Pastor Servando Obligado (1841-1924). Político, abogado, sus crónicas históricas se publicaron en *Revista de Derecho, Historia y Letras*, en *Atlántida* y en *Caras y Caretas*. Comenzó a compilar esas páginas en 1888, titulándolas *Tradiciones argentinas*. El último de los diez tomos apareció en 1920.

1860

Miguel Cané
Chacarita de los Colegiales

Pasábamos las vacaciones en nuestra casa de campo, como considerábamos legítimamente el punto que hasta hace poco tiempo fue conocido con el nombre de *Chacarita de los Colegiales* y que más tarde, al perder el último término de su denominación, debía adquirir tanta fama por los acontecimientos de junio de 1880.

Pocos puntos hay más agradables en los alrededores de Buenos Aires. Situado sobre una altura a igual distancia de Flores, Belgrano y la capital, el viejo edificio de la Chacarita, monacal en su aspecto, pero grande, cómodo, lleno de aire, domina un paisaje delicioso, al que las caprichosas ondulaciones del terreno dan un carácter no común en las campiñas próximas a la ciudad. En aquel tiempo poseíamos como feudo señorial, no sólo los terrenos que aún hoy pertenecen a la Chacarita, sino los que en 1871 fueron destinados al cementerio tan rápidamente poblado. Así, nuestros límites eran extensos, y no nos faltaba, por cierto, espacio para llenar de aire puro los pulmones, organizar carreras y dar rienda suelta a la actividad juvenil que nos castigaba la sangre. A pesar de la inmensidad de nuestros dominios, teníamos pleitos con todos los vecinos, sin contar el famoso proceso con la Municipalidad de Belgrano, especie de *Jarndyce versus Jarndyce* del que habíamos oído hablar como de una tradición vetusta, cuyo origen se perdía en la noche de los tiempos, proceso cuyos antecedentes ignorábamos en absoluto, lo que no

nos impedía declarar con toda tranquilidad que el Municipio de Belgrano era representado por una compañía de ladrones, neta y claramente clasificados. Este viejo pleito tenía para nosotros, sin embargo, algunas ventajas.

Cuando cruzábamos frente al juzgado de paz de Belgrano, a galope tendido, algunos honorables miembros de la partida de policía, viendo la traza arcaica de nuestros corceles (fuera de funciones en esos momentos, por cuanto su profesión habitual era arrastrar carradas de leña o sacar agua), abandonaban el noble juego de la taba en que estaban absorbidos, y cabalgando a su vez, emprendían animosos nuestra persecución. Generalmente íbamos dos en cada caballo, lo que, como se supone, no aumentaba sus condiciones de velocidad. Pero compensábamos este inconveniente por una metódica y razonada división del trabajo *avant-goût* de nuestros estudios económicos del futuro. La dirección del cuadrúpedo estaba entera y absolutamente confiada al que iba adelante, tarea grave y trascendental, no sólo por las veleidades fantásticas de la bestia y por la necesidad de cortar campo, sino por la preocupación incesante del jinete para evitar la probable operación de la talla, practicada inconscientemente por la cruz pelada y puntiaguda, a favor del convulsivo movimiento de una manquera tradicional. El ciudadano que ocupaba el anca desempeñaba las funciones de foguista; él debía suministrar, con medios a su arbitrio, los elementos necesarios para producir el movimiento. Por lo demás, se procedía siempre de acuerdo con una tabla sancionada por la estadística experimental; se sabía que el uso del rebenque firme, apoyado por el talón incansable, producía el trote; si el compañero de adelante podía distraerse hasta el punto de menear talón a su vez, se obtenía un simulacro de galopito expirante; y por fin el "máximum", esto es, un galope normal, de tres cuadras exactas de duración, se alcanzaba por la hábil combinación del rebenque, cuatro talones y una pequeña picana, dirigida con frecuencia hacia aquellos puntos que el animal, en su inocencia, había dado muestras de considerar como los más sensibles de su individuo.

Se me dirá, tal vez, que con semejantes elementos era una verdadera insensatez arrostrar las iras policiales de la partida; pero esa crítica cesará cuando se sepa que los medios de locomoción de nuestros adversarios, eran de una fuerza análoga a aquellos de que disponíamos. Iniciada la persecución, oíamos un ruido confuso de latas y denuestos tras de nosotros; silenciosos, como convenía a hombres que tenían en juego, a más de sus cinco sentidos, todas sus articulaciones, aspirábamos a llegar a los terrenos ya casi neutrales del otro lado del circo; en general, según cálculo hecho y resultado previsto, rodábamos tres veces antes de llegar allí. Pero sabíamos también que el honorable miembro de la partida a quien tal fracaso sucedía, no conseguía poner en pie su cabalgadura, sino después de media hora de exhortaciones expresivas. Llegados a campo abierto, entre zanjas, arroyos y alambrados, habíamos vencido; porque, echando pie a tierra, abandonábamos la bestia que partía con increíble velocidad hacia la Chacarita, mientras nosotros saltábamos un cerco, detrás del cual, por medio de cascotes, rechazábamos con pérdida las cargas efímeras de la caballería enemiga. Cuando una hora más tarde el sargento de la partida osaba llegar a nuestro castillo y presentar sus quejas a las autoridades del Colegio, ya éstas habían sido informadas por nosotros de los desafueros que, a causa del proceso pendiente, se habían permitido los seides del juez de paz de Belgrano. El sargento salía corrido, y las hostilidades tomaban un carácter feroz.

Miguel Cané (Montevideo, 1851-Buenos Aires, 1905). Hijo de un escritor antirrosista, fue diputado, senador, intendente de Buenos Aires, diplomático, decano de la Facultad de Filosofía y Letras. Fue colaborador del presidente Julio A. Roca. El texto aquí incluido pertenece a *Juvenilia* (1884), evocación de la vida de los estudiantes del Colegio Nacional de Buenos Aires entre los doce y los diecisiete años, publicado por primera vez en Viena.

1870

Robert B. Cunninghame Greene
La vida cotidiana

En aquellos días ya olvidados (1870), la ciudad conservaba, hasta cierto punto, su aspecto colonial. La mayor parte de las casas tenía techos planos, aunque aquí y acullá se erguía alguna horrenda manzana de edificios modernos sobrecargados de detalles, que empequeñecía a las casas vecinas y parecía un inmenso lurte de estuco sobre un gran mar de ladrillos. Acababan de ser construidas algunas casas, como las de los Anchorena y los Lumb, de estilo semi italiano, con patios de mármol llenos de palmeras, con fuentes y con una grande esfera de vidrio opaco de monstruosas proporciones, balanceada, o sostenida por una columna de mármol, en remembranza de que, después de todo, lo cierto es que el mundo gira alrededor de su eje y que la suerte puede cambiar.

La carne costaba a diez centavos el kilo. El pan era un poco más caro que en París; se importaba la harina de Chile y de los Estados Unidos y toda la ropa se traía hecha de Europa, y si es cierto que era cara, es preciso reconocer que también era mala.

Los hombres vestían todos de negro; llevaban cuellos vueltos, muy bajos, retenidos por corbatas que parecían trencillas de zapatos. Los guantes y el bastón eran desconocidos. Llevar bastón equivalía a pregonar que uno era lo que en esos días se llamaba un *recién yegao,* porque la pronunciación del idioma se ajustaba a un sistema peculiar de aquel

país. Los hombres se ufanaban de tener pie pequeño, como si hubieran sido mujeres, aunque la raza era en realidad atlética y robusta. Exceptuando cuando se iba a misa o a alguna función social de importancia, siempre se llevaba sombrero de anchas alas.

Después de todo aguacero torrencial, las calles laterales se convertían en arroyos furiosos, encerrados entre las altas aceras; entonces aparecían hombres con unas tablas que tendían de una acera a otra, a guisa de puente, recogiendo pingüe ganancia de los transeúntes que querían pasar al otro lado...

Hacía pocos meses que se habían establecido los tranvías, que ya eran muy numerosos, porque nadie andaba a pie, si era posible transportarse de otra suerte. Veinte varas adelante de cada tranvía, iba un muchacho a caballo, al galope, tocando un cuerno. Esto da una idea del tráfico que había en las calles de esos días en que, mucho antes de que los tranvías se hubieran generalizado en Inglaterra, ya llegaban a todo el vecindario de Buenos Aires y corrían por todas las calles de la ciudad.

Una de las principales escenas de Buenos Aires en aquellos días se veía en la gran plaza enfrente de la Bolsa: allí estaban centenares de caballos maneados, quietos, con las riendas atadas en la cabezada de la silla y los cuellos en arco como si fueran caballos de madera en que se mecen los chicos. Raras veces se movían, porque llevaban las maneas muy altas en las manos; de vez en cuando miraban alrededor, y en ocasiones, algún caballo baqueano con las maneas, si divisaba a algún amigo, levantaba los cascos y se iba a brincos hacia él. Acaso la conversación de los dos caballos era tan inteligente como la de los que los habían traído a ese lugar, y seguramente, sí, era menos dañina. Cuando uno estaba recién llegado al país, aquello de arriesgarse a pie en el maremágnum de cuadrúpedos, que se hallaba enfrente de la Bolsa, casi todos los días, parecía aventura peligrosa. Sin embargo, como uno de los distintivos de esa raza caballar es que nunca muerden y que rara vez cocean, pronto se acos-

tumbraba uno y acababa por abrirse paso a empellones entre todos esos cuadrúpedos, con el mismo desprecio que si se tratara de entes de razón que jugaran a la Bolsa...

Los hoteles en Buenos Aires eran escasos y más bien malos; la mayoría de ellos estaba situada en la calle 25 de Mayo, desde el Hotel Argentino, que era el más elegante, hasta el de Claraz, que era una pequeña hostelería tenida por un suizo. Este último, aunque hostelero, era hombre de sólido saber, y después se ha hecho famoso por su libro sobre la flora de las Pampas. Los hombres del campo, que, cuando eran ingleses, frecuentemente eran conocidos entre sus paisanos con el apodo de *pastores,* capitanes de barco, ingenieros de minas y periodistas extranjeros, eran el principal sostén de aquel lugar. Con frecuencia solía verse que a la hostelería llegaba algún individuo trajeado con ropa de buen corte, gris, de paño de vicuña, algún tanto raída por el uso, con camisa de lana sin cuello, y acompañado de un *changador* que le llevaba su *recao.* "Changador" era el nombre que los porteños daban a los mozos de cordel, quienes, por lo general, eran vizcaínos. El pastor gritaba: ¡Claraz! y aquel buen suizo de barba y pelo negro, le salía al encuentro, recibiéndolo como a un viejo amigo. El pastor, después de pagarle al changador, preguntaba quién más había en la casa, y una vez enterado, los hacía llamar a todos a echar un trago. Luego, cumplida esta devoción semisacramental, recibía de Claraz su baúl o su maleta, que Claraz guardaba en algún desván, se endosaba su ropa dominguera, que resultaba un tanto apabullada, y se echaba por esas calles de Dios, ya en asuntos de negocios, ya a correr una juerga; eso sí, usaban siempre el sombrero blando, que parecía ser el signo externo de la guía interior de los hombres de campo, cuando se hallaban en la ciudad.

La hostería estaba construida sobre el plan de un monasterio; los pequeños cuartos, que parecían celdas, daban todos a un corredor. El último de ellos, que en algunas ocasiones me tocó ocupar, cuando visité la ciudad en aquellos tiempos, daba sobre el propio río, y en los días claros, desde

él se alcanzaban a ver las casas de la Colonia, en la República del Uruguay, a diez leguas de distancia. No era prudente pasársela leyendo hasta las altas horas si uno se hospedaba en la casa de Claraz, porque era muy posible que alguno de los pastores, al regresar a casa, después de una noche de zambra y jolgorio, diera en la flor de apagarle a uno la vela a tiros, lo que en dos ocasiones, por lo menos, le ocurrió al pergeñador de estos verídicos relatos.

Robert Cunninghame Greene (Gartmore, Escocia, 1852-Buenos Aires, 1936). Escocés que vivió largas temporadas en la Argentina. También exploró zonas de América y África. Fue ganadero, socialista utópico, amigo de W. H. Hudson y de Bernard Shaw, escritor de obra prolífica y amante de la naturaleza, y especialmente del caballo. El fragmento reproducido pertenece a *El río de la Plata* (1914).

1871

Manuel Bernárdez
La fiebre amarilla

Durante dos meses, la fiebre amarilla había azotado el Paraguay –y luego Corrientes– sin conmover mucho a Buenos Aires. A mediados de enero empezaron a circular aquí rumores alarmantes; pero un médico demostró –en los diarios, que todo lo sufren– que sólo se trataba de una *fiebre icteroide*. Hasta que, a principios de febrero, se denunció netamente la presencia del vómito negro en el barrio de San Telmo. El joven doctor Wilde, nombrado médico de los pobres en aquella parroquia –y que se portó admirablemente durante la epidemia–, creó un lazareto en el sur e hizo desalojar las manzanas inficionadas. Pasaron algunos días; y, afirmándose por los diarios que el mal estaba "dominado", las únicas comisiones que en esa semana trabajaron "febrilmente" fueron las del carnaval. Aunque numerosos casos esporádicos habían sido comprobados en varios puntos de la ciudad, no pudieron contenerse los excesos carnavalescos. Con todo, los cascabeles de Momo, como entonces escribían los gacetilleros, no lograron apagar los dobles de las campanas; y el domingo 26, dedicado al "entierro" del carnaval, los que positivamente resultaron enterrados, fueron veinte y tantos calenturientos. Se suspendió la apertura del Colegio Nacional y de las escuelas. Asimismo, no cejaba aún el espíritu de indolencia e incuria; para disfrazar la inercia edilicia, se estableció que la enfermedad "sin carácter epidémico ni quizás contagioso", estaba circunscrita

a los barrios de San Telmo, San Cristóbal y Concepción, cebándose allí mismo "sólo en los conventillos". Pero la realidad abofeteaba el optimismo aristocrático; caían ya víctimas, si bien aisladas todavía, en otros puntos que los citados y en otros grupos que los proletarios. La epidemia ganaba terreno diariamente.

La población, desprovista de municipalidad regular, librada a una comisión desautorizada, emanación de un gobierno provincial sin energía ni prestigios, se sentía desamparada, inerme ante el peligro...

Entonces, al solo impulso de la prensa y con acuerdo general, produjose un movimiento de solidaridad popular... Héctor Varela, pues, discurrió esta heroica "orionada": juntar al pueblo en la plaza de la Victoria, para que de ese plebiscito surgiera una junta de salud pública que asumiese la defensa sanitaria del municipio. Así nació, el 14 de marzo, la "Comisión Popular" que, anunciándose con tales orígenes como una behetría, resultó ser, a pesar de los inevitables abusos y errores, un núcleo de fortaleza y cohesión, una fuente abundante de auxilios materiales, y, sobre todo, un llamamiento incesante y eficaz –pues disponía de la prensa unánime– a la caridad pública y al cumplimiento del deber. Figuraban en la lista aclamada los nombres más respetados o queridos de Buenos Aires: era presidente el enérgico Roque Pérez, que cayó al pie de su bandera humanitaria; eran vocales: Adolfo Alsina, Juan Carlos Gómez, Guido y Spano, Irigoyen, Mitre, Quintana, etc. Verdaderos *tribuni plebis*, sin mandato oficial, sin relación, al principio, con el gobierno, al que no atacaban ni acataban, llegaron los comisionados populares a concentrar en sus manos todos los medios de resistencia contra el flagelo. Fue una dictadura de beneficencia, con las formas draconianas que las circunstancias exigían. La prensa vino a ser el pretorio de esa justicia expeditiva: pedestal de los generosos o valientes, picota de los egoístas y desertores. Un miembro de la comisión fue públicamente destituido por faltar a tres sesiones consecutivas. Se devolvió con afrenta a cierto millonario antonomástico su óbolo irri-

sorio. Imperaba una arbitrariedad obsidional, el régimen implacable de una plaza sitiada: *salus populi, suprema lex.*

Gradualmente, desde mediados de marzo, el cuadro fue cobrando cada vez tintes más sombríos. La mortalidad crecía al paso que la ciudad se despoblaba. El éxodo se hizo general cuando se comprobó que, al contrario del cólera reciente, la fiebre no se alejaba de la costa, quedando indemnes las regiones mediterráneas. Por el consumo de la población, se deduce que, a fines de dicho mes, ésta no alcanzaba a sesenta mil almas; solamente en abril, pasaron de ocho mil las defunciones: cerca del 14 por ciento. Como en un gran cuerpo herido que va perdiendo por partes el calor vital, en la ciudad enferma, uno por uno, los órganos activos rehusaban el servicio. Después de los sospechosos saladeros, que de orden superior interrumpieron sus faenas, fueron cerrando sus puertas, por falta de elementos, las principales fábricas. Cada día señalaba un nuevo paro. Siguiendo a las industrias, se paralizaron las instituciones. En abril, habían dejado de funcionar sucesivamente: las escuelas y colegios, los bancos, la bolsa, los teatros, los tribunales, la aduana, etc. Los gobiernos nacional y provincial decretaban la feria de sus oficinas, fuera de no dar personalmente el presidente ni el gobernador, ejemplo de heroísmo. Los pocos periódicos que pudieron subsistir salían por tanda. Las casas de negocio se entreabrían algunas horas; ciertas provisiones escaseaban en los mercados; y la población entera hubiera sufrido el hambre, a no sobreponerse a todo la otra *sacra fames,* superior al terror de la muerte. Durante una semana, las lluvias diluvianas acrecentaron las escenas de horror: los "terceros" del sur, torrentes callejeros, nos enseñaban brutalmente las miserias de los suburbios inundados, arrastrando en su carrera airada por los barrios centrales, maderajes, muebles, detritos de toda clase, hasta cadáveres. La población, más que diezmada, había dejado de contar sus desaparecidos. Ya no eran coches fúnebres los que faltaban y tenían que suplirse con carros abiertos, sino carreros que aceptasen la espantosa tarea. Intereses, deberes, vínculos sociales y acaso carnales: todo se

había destemplado y relajado en ese general menoscabo de la vida... Por centenares sucumbían los enfermos, sin médico en su dolencia, sin sacerdote en su agonía, sin plegaria en su féretro. Tal era el pánico reinante, que un escribano cobró fama y dinero comprometiéndose públicamente a realizar esta hazaña jocomacabra: redactar testamentos, aun de "febrífugos" *(¡sic!)*. En la ciudad desierta, casi sin policía, la bestia humana, suelta, rondaba las calles, husmeando la presa. A veces el crimen no esperaba la noche, su habitual cómplice: los diarios dieron cuenta de asaltos perpetrados en pleno día, en la calle Florida. Andaban bandidos disfrazados de enfermeros: y se denunció con horror el caso de un médico –extranjero– que robó 9.000 pesos.

Manuel Bernárdez (Cádiz 1867-Montevideo 1942). Escritor, diplomático y político uruguayo, vivió doce años en la Argentina y escribió los libros *De Buenos Aires al Iguazú* (1901) y *La Nación en marcha* (1904) del que se ha tomado "La fiebre amarilla".

1883

Lucio Vicente López
Las tiendas

Las tiendas europeas de hoy, híbridas y raquíticas, sin carácter local, han desterrado la tienda porteña de aquella época, de mostrador corrido y gato blanco formal sentado sobre él a guisa de esfinge. ¡Oh, qué tiendas aquéllas! Me parece que veo sus puertas sin vidrieras, tapizadas con los últimos percales recibidos, cuyas piezas avanzaban dos o tres metros al exterior sobre la pared de la calle; y entre las piezas de percal, la pieza de pekín lustroso de medio ancho, clavada también en el muro, inflándose con el viento y lista para que la mano de la marchanta conocedora apreciase la calidad del género entre el índice y el pulgar, sin obligación de penetrar en la tienda.

Aquella era buena fe comercial y no la de hoy, en que la enorme vidriera engolosina los ojos sin satisfacer las exigencias del tacto que reclamaban nuestras madres con un derecho indiscutible.

¡Y qué mozos! ¡Qué vendedores los de las tiendas de entonces! ¡Cuán lejos están los tenderos franceses y españoles de hoy de tener la alcurnia y los méritos sociales de aquella juventud dorada, hija de la tierra, último vástago del aristocrático comercio al menudeo de la colonia! No pasaba una señora ni una niña por la calle sin tributar los más afectuosos saludos a la rueda de contertulianos, sentados cómodamente en sillas colocadas en la calle y presididos por el dueño del establecimiento. Y cuando las lindas transeúntes penetra-

ban a la tienda, el dueño dejaba a sus amigos, saludaba a sus clientes con un efusivo apretón de manos, preguntaba a la mamá *por ese caballero*, echaba algunos requiebros de buen tono a las señoritas, tomaba el mate de manos del *cadete* y lo ofrecía a las señoras con la más exquisita amabilidad; y sólo después de haber cumplido con todas las reglas de este prefacio de la galantería, entraban clientes y tenderos a tratar de la ardua cuestión de los negocios.

Había siempre en las tiendas de antaño un olor inextinguible a tripe, porque nunca faltaban cuatro o seis grandes cilindros de tripe inglés formados a la entrada de la casa que, a su calidad de mercadería de fondo, reunían la ventaja accesoria de servir de poyos para sentarse, a los tertulianos habituales del establecimiento. Y después, los mostradores estaban alfombrados con tripes representando todo un jardín zoológico de fieras estampadas, tigres, panteras, gatos monteses y leones rubicundos, reposados majestuosamente sobre paisajes historiados de selvas de lana con que las fábricas de Manchester reemplazaban en nuestras mansiones aristocráticas de entonces la carencia de Aubousson y de gobelinos.

¡Qué agilidad aquella con la que el patrón, apoyándose sobre la mano izquierda, saltaba el mostrador! ¡Qué gracia con la que desplegaba ante los ojos de los clientes, de un golpe, y como un prestidigitador, la pieza de percal, de muselina o de *barège* envuelta alrededor de la tablilla que quedaba desnuda de su preciosa mercancía, abandonada indiferentemente sobre el mostrador! ¡Qué elasticidad de movimientos, qué vertiginosa rapidez la que el tendero de aquel tiempo desplegaba para medir sobre la vara el lote vendido, dejándolo amontonarse ampulosamente sobre el mostrador con elegante negligencia, acariciando el género con los dedos, llevándolo a los ojos de la compradora, poniéndoselo en la mano, refregándolo para justificar la falta absoluta de goma y otras añagazas de fábrica, y hasta trayendo el único vaso de la trastienda lleno de agua para ensopar en él el extremo de la pieza de muselina y justificar la tinta indeleble de la tela!

No había marchanta que resistiera a las gracias, al donaire y a la fuerza de las evoluciones de aquellos hechiceros.

Pero éstos eran los tenderos *dandys;* había además los tenderos *sirenas,* llamados así porque su cuerpo estaba dividido por la línea del mostrador como el de la encantadora deidad de los mares está dividido por la línea de agua.

El tendero sirena era ser humano desde la cabeza hasta el estómago, y pescado desde el estómago a los pies. De busto correcto, su medio cuerpo no dejaba nada que desear desde el punto de vista de la elegancia; desde la parte exterior del mostrador el parroquiano no tenía nada que observar, pero la sirena no podía salir del mostrador sin peligro, porque, como ése era su elemento, si lo abandonaba, mostraba por la fuerza la cola indecorosa: el tendero sirena usaba levita de faldón largo para economizarse el uso de los pantalones, y zapatillas para ahorrarse las incomodidades del calzado; de modo que el mostrador servía para cubrir la parte menos bella, pero no por eso menos interesante de la estatua.

Lucio Vicente López (Montevideo, 1848-Buenos Aires, 1894). Nieto del político Vicente López y Planes (también autor de la letra del Himno Nacional) e hijo del político e historiador Vicente Fidel López. Fue ministro, interventor en la provincia de Buenos Aires, profesor, periodista. Lo mató el coronel Carlos Sarmiento en un duelo a pistola. "Las tiendas" es un fragmento de su novela *La Gran Aldea* (1884), cuyo título consagró un período de la historia porteña.

1890

Julián Martel
La Bolsa

De todos los sitios en que se forman agrupaciones humanas, ninguno que presente más ancho campo de observación al curioso que el salón central de la Bolsa de Comercio. El traje nivelador le da, a primera vista, cierto aspecto de homogeneidad que desaparece cuando la mirada sagaz ahonda un poco en aquel mar revuelto en que se mezclan y confunden todas las clases, desde la más alta hasta la más abyecta.

El fastuoso banquero, cuyo nombre sólo con ser mencionado, hace desfilar por la mente un mundo fantástico de millones, estrecha con su mano pulida la grosera garra del chalán marrullero; el humilde comisionista se codea familiarmente con el propietario acaudalado, a quien adula según las reglas de la democracia en boga; el mozalbete recién iniciado en la turbulenta vida de los negocios, pasea por todas partes sus miradas codiciosas; el estafador desconocido, el aventurero procaz, roza el modesto traje del simple dependiente con los estirados faldones de su levita pretenciosa; el insulso petimetre ostenta su bigote rizado a tijera bajo la mirada aguda del periodista burlón que prepara su crónica sensacional husmeando todas las conversaciones y allegando todos los datos que, destilados en el alambique de su cerebro vertiginoso, han de llevar después la buena nueva a los afortunados, o el luto y la congoja al corazón de los maltratados por la suerte; el especulador arrojado formula sus hi-

pótesis paradojales ante las caras atónitas de los corredores sin talento, que le escuchan con más atención que un griego a la pitia de Delfos; el anciano enriquecido por largos años de duro trabajar, comenta, con la frialdad del egoísmo que dan los años y el éxito tras rudos afanes alcanzado, esa crónica diaria de la Bolsa, muchas de cuyas páginas están escritas con sangre; el usurero famélico gira y gira describiendo círculos siniestros en torno de sus víctimas infelices...

Promiscuidad de tipos y promiscuidad de idiomas. Aquí los sonidos ásperos como escupitajos del alemán, mezclándose impíamente a las dulces notas de la lengua italiana; allí los acentos viriles del inglés haciendo dúo con los chisporroteos maliciosos de la terminología criolla; del otro lado las monerías y suavidad del francés, respondiendo al ceceo susurrante de la rancia pronunciación española.

Un tímido resplandor penetraba por las altas vidrieras, y después de juguetear en las doradas molduras del techo, iba a embotarse en las paredes pintadas de color terra-cotta dejando al salón envuelto de aristocrática penumbra. Reinaba allí esa misteriosa media luz que las religiones, amigas siempre de rodearse de misterios, hacen predominar en sus templos. Pero el carácter de solemnidad que tal circunstancia pudiera imprimir al recinto, era frustrado por el continuo ir y venir de gente, y el rumor de las conversaciones que se levantaba envuelto en el vaho de los cigarros.

A través de las grandes y majestuosas arcadas que unen al salón central con los laterales, se veía moverse una muchedumbre compacta, numerosa, inquieta. Notábase mucha agitación en los diversos grupos por entre los cuales se deslizaban de vez en cuando esas figuras pálidas, trémulas, nerviosas, que sólo se ven en la Bolsa en los últimos días de cada mes; figuras que suelen representar a los protagonistas de tragedias íntimas, espantosas, no sospechadas. El doctor se abrió paso como pudo hasta que consiguió llegar a la reja que limita el recinto destinado a las operaciones, vulgo rueda.

Agolpándose a aquella reja una multitud ansiosa, estremecida por corrientes eléctricas, se veían pescuezos estirados en

angustiosa expectativa, con la rigidez propia del jugador que espera la salida de la carta que ha de decidir la partida; ojos desmesuradamente abiertos, siguiendo con fijeza hipnótica los movimientos de la mano del apuntador, el cual, subido sobre su tarima, anotaba las operaciones en las pizarras que, negras, cuadradas, siniestras, se dibujaban como sombras en la pared del fondo.

En medio de ellas se destacaba la blanca esfera del reloj, sereno e imperturbable como el ojo vigilante del destino; la esfera de aquel reloj que era lo único que permanecía inalterable en aquel lugar de donde la tranquilidad y la estabilidad de las cosas están desterradas para siempre.

Julián Martel (seudónimo de José María Miró, Buenos Aires, 1867-1896). Periodista de *La Nación*, donde publicó en 1890, en forma de folletín, su única novela, *La Bolsa*, a la que pertenece el fragmento reproducido.

1892

Macedonio Fernández
La calle Florida

¿Qué es la calle Florida? ¿Qué significa? Tratemos de averiguarlo. Ante todo, vámonos a la calle Florida, porque no hay cosa como encontrarse en el lugar del suceso, para ignorar lo que ocurre. Suponga pues el lector que estoy en la esquina de Victoria y Florida.

Desde luego veo una columna (el nombre no es propio porque todas las columnas que he visto son perpendiculares y sirven para sostener algo, en tanto que ésta es tan horizontal como el dormir y no sostiene más que el sombrero de cada uno) que se prolonga interminablemente hacia el Norte, formada por una mezcla heterogénea de cosas y personas, estas últimas metidas en trajes de todo género y de toda clase de géneros, que viene y va, se mueve y se detiene con acompasado movimiento.

La primera observación que se presenta a mi espíritu es que sólo personas de muy poca ocupación pueden perder tres y cuatro horas en tan insípido entretenimiento. Apuntada esta observación, clasifiquemos:

Allí veo venir una hilera de jóvenes de rostro alegre y ademanes despreocupados con los brazos entrelazados como si no pudieran tenerse solos, acompañando sus pasos con risotadas y mirando atrás y adelante, a derecha e izquierda, cual personas que temen que les arrimen un golpe repentino.

Si pasa una señorita sin protector, cae sobre ella un huracán de piropos, unos burlones, otros sentimentales y todos

impertinentes, que son celebrados con general hilaridad. Como se ve pues, estos tales pierden el tiempo lastimosamente.

Aquí vienen dos personas de diferente sexo número singular, es decir un matrimonio, y digo número singular, porque como a cada cónyuge se la llama *mi cara mitad* es claro que dos mitades forman una sola unidad y más si se tiene en cuenta que el matrimonio es un vínculo tan estrecho como cualquier estrecho de los que se encuentran repartidos por sobre la faz de la tierra.

Pues como iba diciendo venía el mencionado matrimonio caminando con cuatro piernas, no obstante ser una sola persona, como acabo de demostrar (lo que significa que el matrimonio es un animal cuadrúpedo), y trayendo ambas mitades dos caras tan mustias y tristes, con dos lenguas tan silenciosas, que en estas circunstancias me fundé para creer que eran esposos.

Iban pues caminando con tardo y aburrido paso, deteniéndose ante los escaparates, abriendo tamaña boca para dejar escapar un bostezo, mensajero del fastidio: ¡Cómo se divierten! pensaba yo.

En la esquina de enfrente se hallaba parado un joven que me pareció ser el modelo perfeccionado del *high-life*.

Está sostenido por un trípode formado por sus dos piernas y un bastón de grueso calibre, el cual no siempre servía de pie, sino que a veces giraba entre los dedos de las extremidades superiores, lo cual lo hacía parecerse mucho a un molino de viento.

Esta semejanza trajo a mi espíritu involuntariamente el recuerdo de las extravagancias de la inmortal creación de Cervantes y naturalmente pensé que si el Caballero de la Triste Figura hubiera pasado en aquel instante por allí no habría dejado muy bien parado al sujeto de que hablo.

Este individuo era más ropa que persona; tenía los pies y las manos metidas en cabritilla negra, las demás prendas del vestido eran del mismo color y otro tanto sucedía con la cornisa del edificio, vulgo sombrero, de modo que por lo oscuro parecía un razonamiento escolástico.

Su nariz conducía un par de lentes colocados a manera de vidrieras delante de los ojos; de los lentes pendía una

cadena que iba a esconderse entre los repliegues del ropaje; otra salía de un bolsillo de chaleco y se metía en el vecino, y finalmente otra de más robustos eslabones amanecía por debajo del saco, con lo cual parecía una exposición de cadenas; o, si se quiere, el símbolo de la libertad.

No permanecía un momento quieto: unas veces cambiaba de posición, pero sin salir nunca de posiciones de retrato; otras echaba el sombrero a la nuca o arreglaba los puños de la camisa, o limpiaba los lentes con el pañuelo o decía alguna tontería a alguna joven que pasaba, o se paseaba fingiendo prisa o simulaba esperar a alguien, mirando a lo lejos; pero lo que más le preocupaba era el arreglo de su persona, no por vanidad, no lo piensen ustedes, sino por amor al arte, por sentimiento estético.

Estuve mirándolo un rato y considerando el pésimo uso que hacen de su existencia estos seres llamados lechuginos, que no conocen más instrumentos que el peine y el cepillo, que gastan deplorablemente el tiempo en bailes y clubes y teatros y cafés contemplando platónicamente alguna belleza de balcón, etc.

Antes de terminar este artículo diré al lector que se me ocurre una dudilla, y es la siguiente:

Esta multitud de individuos que se pasea todas las noches por la calle Florida ¿es aristocrática, burocrática o democrática?

A primera vista parece democracia, puesto que para ella no hay diferencia entre arroyo y vereda; casi todos van por los adoquines de madera; pero por otra parte el lujo y el boato que ostentan me induce a creer lo contrario.

En fin, en mi humilde opinión, es *burrocracia* o *aburrocracia*.

El lector resuelva.

Macedonio Fernández (Buenos Aires, 1874-1952). Poeta, narrador, humorista, cuestionador de la realidad, fue fiscal y abogado del foro porteño, profesiones que dejó un tiempo después de morir su esposa Elena de Obieta, para dedicarse a la escritura y a la reflexión sobre la vida. Fue un habitante discreto y enamorado de su ciudad natal. "La calle Florida" se publicó en *El Progreso*, el 25 de septiembre de 1892 y está recogido en *Papeles Antiguos* (Buenos Aires, Corregidor, 1981) y en las *Obras completas*, Tomo I, publicadas por la misma editorial.

1897

Fray Mocho
Memorias de un vigilante

Ellos

Entre los *lunfardos* hay cinco grandes familias: los *punguistas o* limpiabolsillos; los *escruchantes* o abridores de puertas; los que dan la *caramayoli* o la *biaba,* o sea los asaltantes; los que *cuentan el cuento* o hacen el *scrucho,* vulgarmente llamados estafadores, y finalmente, los que reúnen en su honorable persona las habilidades de cada especialidad: estos estuches son conocidos por *de las cuatro armas.*

Más vale toparse con el diablo que con uno de estos príncipes de la uña, de los cuales Buenos Aires cuenta con más de un ejemplar.

Ellos son, generalmente, los que educan y forman *los muchachos,* esmerándose en aquellos que revelan mejores facultades: son los que dirigen los *golpes* de importancia, los que *dan el cebo,* o sea el dinero necesario para realizar el robo, que hasta para eso se precisa plata, dada la situación a que ha llegado el mundo; en fin, son los grandes dignatarios de su orden.

Cada especie tiene su fisonomía especial, sus costumbres propias y su manera de ejecutar un trabajo, por más que todas tengan siempre un punto de contacto, menos el punguista, que es siempre el empresario de sí mismo.

Al revuelo

Los lunfardos que *cuentan el cuento*, dan a cada uno de sus robos un nombre distinto y apropiado a los medios que usan para efectuarlo.

Cuando estafan, valiéndose de los sentimientos religiosos, dicen que han hecho "un católico", y si han empleado el recurso de los papeles inservibles, o sea el balurdo, han hecho un *toco* o un *vento, misho*.

También tienen otro golpe lucrativo, que es el *cambiazo* o sea el engaño, la mistificación, otra prueba de ingenio de estos perdularios que si dedicaran su inventiva y sus facultades a cosas útiles, producirían verdaderas maravillas.

Un señor, vestido con cierta elegancia, comienza a llegar a hora determinada a un almacén, cuyo propietario encierra en el fondo de su alma un inmoderado deseo de lucro, que tal vez ha pasado desapercibido para el vulgo, pero que el olfato finísimo de los estafadores ha descubierto.

Compra, por ejemplo, un paquete de cigarrillos y una caja de fósforos, diariamente a la misma hora: el almacenero nota la singularidad y designa su cliente con el mote del "de los cigarrillos", llegando un momento en que ya el cliente no tiene ni necesidad de solicitar su consumo.

Cuando ya ha sido notado, pregunta un día si hay buen oporto o buen coñac y toma una copita de pie, al lado del mostrador, con aires de hombre cuya dignidad se sentiría deprimida penetrando al despacho de bebidas donde pulula el vulgo de los bebedores.

Este pequeño consumo a hora fija, establece una especie de intimidad entre el almacenero y su cliente, que, como es locuaz y comunicativo, le hace saber que es un funcionario de categoría elevada, más o menos en los ramos que el almacenero pueda tener algún día necesidad de un buen padrino, o si no hombre de influencia en el círculo político dominante o con el comisario de la sección o con la comisión de higiene de la parroquia.

Iniciada la amistad, y luego intimada, merced a la regula-

ridad del consumo de la copita, y el buen pago diario, con propina de los dos o tres centavos sobrantes y sin aceptar el fiado ofrecido, un buen día el hombre se saca un anillo con un gran solitario, o un rico reloj de oro, con cadena maciza y vistosa, y dice al almacenero:

—¡Vea!—... ¡Hágame el favor de hacerme tasar esta prenda con algún joyero de confianza, algún amigo de conciencia! ¡Tengo necesidad de saber exactamente su precio!

El almacenero acepta complacido la comisión, y al otro día le informa que la alhaja es riquísima y que puede valer como mínimo seiscientos pesos.

—¡Bueno, amigo!... ¡Me alegro!... ¡Estoy salvado!... Figúrese que necesito trescientos pesos por cuatro o cinco días por un compromiso, y un usurero a quien le llevé la prenda me dijo que ésta no era buena y que por ello, si me daba los pesos por cinco días, me cobraría cincuenta de interés.

—¡Qué bárbaro! –dice el almacenero escandalizado, pero brillándole los ojos.

—Voy a buscar otro más humano, ¿no le parece?

—¡Claro!

—¡Le dejo la prenda y le pago treinta pesos cuando más!

—¡Es natural!... ¡Vea, si no se ofende... ocúpeme con confianza!... Qué diablos, ¿para qué son los amigos?

Y cierran el trato.

A los dos días se presenta el cliente con un amigo que va a comprar la prenda en setecientos pesos y quiere verla. El almacenero la trae, la ven, la revisan, y luego se la devuelven y se retiran los amigos, después de un consumo moderado del "oportito" famoso o del "coñaquito capaz de despertar a un muerto".

Y el cliente no vuelve a aparecer más por el almacén.

El almacenero, cansado de esperarlo, pone avisos en los diarios, llamándolo, si es muy amigo de las formas legales, pero constatando con dolor, recién, que ignora, no solamente el domicilio del cliente, sino también su nombre y apellido.

La duda le asalta y va a ver al joyero que le tasó la pren-

da, y éste le declara rudamente que no es la misma que le llevó la primera vez, sino una imitación.

Y aquí son los improperios, las maldiciones, el lamento con todas las personas que entran al negocio, pero nada le vale: el *cambiazo* se efectuó delante de sus ojos y no supo verlo, y los trescientos pesos volaron del cajón como por arte de encantamiento.

Fray Mocho. Uno de los seudónimos de José Zeferino Álvarez (Gualeguaychú, provincia de Entre Ríos, 1858-Buenos Aires, 1903), quien también utilizó los de Fabio Carrizo o Nemesio Machuca. Fue cofundador de la revista *Caras y Caretas* (1898) que publicó sus cuentos, crónicas o aguafuertes, muchos de los cuales tratan sobre Buenos Aires, sus gentes y su habla. Fue empleado policial y de su experiencia sacó las *Memorias de un vigilante* (1897), al que pertenece el fragmento aquí publicado, y una *Vida de los ladrones célebres de Buenos Aires*. También *Viaje al país de los matreros* (1897) y *En el mar Austral* (1898), veraz crónica de un viaje a la Tierra del Fuego, lugar donde nunca estuvo.

1899

Baldomero Fernández Moreno
Avenida de Mayo 1130

Parte de septiembre y los últimos meses de 1899 nos encontraron, pues en la avenida de Mayo 1130, quinto piso. Mis tíos Gutiérrez se instalaron en la calle Brasil 1025, al margen de la plaza Constitución. Don Simeón, mi abuelo, vivía solo en una pensión, aunque comía en lo de Gutiérrez y se pasaba el día de casa en casa, visitando a sus hijas. Los hijos de mi tía abuela Adela, no sé por dónde. Tío Noel, hermano de mi padre, y su mujer, María, en dura lucha con la vida, pasaban temporadas con nosotros. Los hijos permanecían en España, con los abuelos, en espera de mejores tiempos, sin duda, y también Juan y Federico, hermanos de mi padre.

Mi padre se levantaba temprano y se iba a su negocio, que estaba cerca. En nuestra casa la existencia se regularizó pronto. La sala y el comedor daban a un amplio balcón con algunas plantas, un par de jazmines del Cabo entre ellas. Tenía por delante un gran golfo de luz por donde se dominaba, entre dos edificios, un horizonte inmenso de azoteas y, al fondo, la mole de ladrillos del teatro Colón, rojiza, en carne viva.

Yo dormía solo en una habitación, la última, y era dueño absoluto del escritorio, en que había una gran mesa, una biblioteca vacía, pues se limitaba a varios volúmenes, muy bien encuadernados, que regalba *La Ilustración Artística* de Barcelona y algunos más, amén de los números acumulados de dicha *Ilustración*. Sobre la mesa campeaba un enorme tinte-

ro con el busto de Beethoven y a uno y otro lado dos depósitos de cristal para tinta azul y roja, cuyo contraste me deleitaba. Contaba con un sillón giratorio y una mullida alfombra. Allí empecé mis primeras tentativas literarias.

Por una escalerilla en el corredor, cerca de la cocina, se subía a las habitaciones de servicio. La mucama se llamaba Teresa y era vivaracha y lectora. La luz del gas abría su ancha lengüeta en grandes bombas por toda la casa.

Como estábamos en vacaciones, para que no perdiéramos el tiempo, venía a darnos clase un señor Brey, español, delgado, de barbita negra, que también vino en el *Cataluña*, amigo o recomendado de mi tío Eugenio, y que se encontró en Buenos Aires sin mayores recursos, y que, al parecer, venía nada menos que de San José de Flores. Era un hombre verboso, soñador, del que no sacamos gran provecho, salvo que se nos pegara parte de su ensueño. Entre tanto, se iba pensando a qué colegio concurriríamos con mi hermano Alberto, nacido en Bárcena, y al cual llevaría yo cinco o seis años. Se tomó un profesor de música para mi hermana, Parborell, catalán, canoso, que tenía discípulos entre la colectividad y que desató en casa una furia increíble de escalas y solfeos.

Hacía mucho calor y, por las noches, en el alto y abierto comedor los insectos zumbaban y golpeaban en la gran araña de gas como yo no había visto nunca, todo lo cual me parecía muy americano, y hubiera deseado más calor, y más frondas, y más insectos, y hasta mariposas policromas alrededor del gas amarillo. Las veladas se pasaban así, con los balcones de par en par sobre la avenida, con sus victorias y sus focos, y sobre todo el gran boquete de enfrente, que se prolongaba hacia el norte en sombras y estrellas.

Una de las primeras visitas fue la de don Ricardo Augusto Nieto, que vino a cenar una noche. Un extraño personaje a quien se recibió con mucha consideración y que recuerdo sentado al balcón, abanicándose con una pantalla. Era español, alto, ya viejo, muy atildado y perfumado, de modales medidos y palabras sopesadas. Oí decir a mi madre que es-

taba relacionado con la mejor sociedad y que él mismo provenía de muy alta alcurnia. Era muy aficionado a la música y tradicional su abono en el viejo teatro de la Ópera. Tenía el pelo gris muy peinado y los bigotes, que arrancaban gruesecillos, se afilaban hacia la comisura de los labios en dos verdaderas agujas de pelo y de pomada. Entendí que era director de un gran colegio: el Liceo Ibérico Platense.

Así llegó la Navidad, sin nieve. Las familias se reunieron a comer juntas –siglo XX–, pero era visible que la vida tenía mas preocupaciones por un lado, menos sosiego por otro.

Para Reyes, con gran alborozo, fuimos al club Español, de cuyas fiestas tanto había oído hablar. Yo subí las escaleras deslumbrado: por la palabra fiesta y porque había reparto de juguetes.

Aquel primer verano me lo pasé en el balcón mirando la ciudad, adormecido por el rumor de su tránsito y muy entretenido con mi caja de acuarelas, iluminando cuanta figura caía en mis manos. Así eché a perder un volumen o dos de la historia de Napoleón III. Me especializaba en las batallas y, en cuanto a los generales, no les perdonaba banda, ni charretera, ni cruz, ni placa. Todo chispeaba bajo mis pinceles. Era una tendencia irresistible. También por mi cuenta, en maderas y cartones, me dedicaba al paisaje. Para mí no había mejor regalo que una caja de pinturas.

Salíamos a explorar Buenos Aires, guiados por tía Julia, ducha en tranvías y paseos. Así conocí la Recoleta, Palermo y el verdioscuro e íntimo parque de Lezama. Después de cenar, en aquellas noches estuosas, bajábamos con Teresa a la acera. Nos divertíamos viendo pasar los tranvías, entre cuernos y látigos, tableros pintorescos, caballos fogosos y las cortinas sueltas, como veleros desmantelados. Recuerdos en que se mezclan por igual la melancolía y el tránsito.

Algunas noches cruzábamos hasta el vecino teatro de Mayo, que colmaba el renombre de Juárez o Palmada. Una esquina casi española, madrileña, empapelada de revistas de allá y que me hacía tocar, tan cerca estaba, el recuerdo castizo del Madrid de mis tíos.

En la esquina de Lima estaba la antigua botica de Puiggari y en la misma cuadra una casa de bicicletas con muchas alineadas en la vidriera, como si el vidrio hubiera detenido su ímpetu. Para nosotros, chicos del velocípedo, la bicicleta era una tentación, en sus manubrios se arrollaban todos los caminos. Pero no era tiempo de bicicletas. Para mí no llegó nunca. Esa cuadra estaba casi toda por edificar, así que había solares temerosos, repletos de tinieblas. Dar una vuelta a la manzana ya parecía cosa arriesgada. Todavía leía un rato antes de acostarme y aun prolongaba en la cama la lectura. Era aquélla una avenida de un tiempo más lento, de un sol más dorado, de una noche más cerrada.

Enfrente, sobre un paredón que cerraba un solar, había un aviso enorme de un chocolate famoso, que contemplé horas y horas, pero lo que a todos nos empujaba al balcón era un cañonazo sordo y lejano que retumbaba en el precipicio de la calle: se trataba de una propaganda de una marca de cigarrillos Un enorme bombo montado sobre un carruaje tirado por cuatro caballos magníficos, y que trataba de reunir lo suntuoso y lo comercial. Las victorias y cupés corrían en la avenida vertiginosamente. En las esquinas estaban clavados los vigilantes de Fray Mocho, quepis inclinado, la blanca rebanada de las polainas sobre el asfalto. El paso de los bomberos de Calaza, cuya figura de capitán de las llamas se exaltaba en casa a cada momento, nos infundía terror y angustia. Aquel toque de clarín hendía el tránsito y la multitud, y parecía desgarrarme las carnes y revolverme el nido agazapado donde se ocultaba el pánico. Visión roja y negra que parecía anticipar en crepitaciones y chispas, bajo la cabellera infernal de las antorchas, la hoguera en que tendrían que maniobrar como salamandras los heroicos bomberos.

Los domingos solíamos ir a Palermo, al famoso paseo de las Palmeras, ancho, liso, simétrico, y hoy solitario, triste y hasta olvidado. Era un tumulto de coches, un desfile de riqueza. Me entristecía un poco la pobre victoria de plaza, con su jamelgo, pues todos lo parecían al lado de los soberbios troncos. Era algo que yo no podía reprimir. Y siempre he sido

así. Pero después de un rato de impetuoso desear volvía a caer en una languidez soñadora, que me hacía vivir para adentro mundos especiales de trabazón personal intransmisible. Todo ello en una ráfaga de tiesos uniformes y de lustres y charoles cegadores.

Cuando nos reuníamos en la calle Brasil uno de los paseos obligados era el puerto. Allá íbamos con los primos por el borde de los diques, un cajoncito tras otro, en los quietos domingos portuarios, quebrando maníes. Pero aún tenía uno demasiado presente la travesía atlántica para entusiasmarse con los navíos somnolentes. Detrás, siempre callado, pensativo, iba mi tío Vicente, a pasos medidos, con un movimiento rítmico y particular de su bastón.

Baldomero Fernández Moreno (Buenos Aires, 1886-1950). Poeta de Buenos Aires en verso y prosa, es autor del famoso poema "Setenta balcones y ninguna flor", de una "Elegía al viejo Nacional Central" y de muchas páginas sobre su barrio, Flores. "Avenida de Mayo 1130" pertenece a su autobiografía *Vida* (Buenos Aires, Guillermo Kraft, 1954). También fue médico.

Tercera parte

1900-1949

Fervor de Buenos Aires

El Centenario es evocado en este libro a través de las observaciones de Georges Clemenceau, uno de los tantos ilustres que llegaron para celebrar la opulencia de los ganados y las mieses, cantadas por Leopoldo Lugones. Pero también está la contracara del festín oligárquico, la bomba en el Teatro Colón que recuerda Horacio Salas.

Es el tiempo de la bohemia porteña descrita por José Antonio Saldías en su boceto sobre el Café Los Inmortales. Gardel es convocado en un texto de Carlos de la Púa. Los inmigrantes comparecen en un croquis sobre los italianos de la Boca (Pedro Orgambide) y en otro sobre los judíos del gueto porteño (César Tiempo). La Boca es el barrio de los trabajadores que consagró al primer diputado socialista de América (Alfredo L. Palacios, 1904), pero también el salón prostibulario que develó Albert Londres, el final de aquel Chamin de Buenos Aires que recorrieron tantas pupilas. Se publican por entonces libros que intentan síntesis literario-urbanas, como El hombre que está solo y espera *de Raúl Scalabrini Ortiz en 1931,* La cabeza de Goliat *de Ezequiel Martínez Estrada en 1940 y* Geografía de Buenos Aires *en 1945.*

El diario El Mundo *publica, en la brecha abierta por Fray Mocho, las aguafuertes de Roberto Arlt. Sus miles de lectores asisten cada día al psicodrama de una ciudad que Arlt lleva también a la literatura y al teatro. Es la época en que vende quinientos mil ejemplares el diario vespertino* Crítica, *que sa-*

lió a la calle entre 1913 y 1963. En su Revista Ilustrada de los Sábados *(1933), Jorge Luis Borges publica las prosas que luego formarán* Historia universal de la infamia. *Se editan las revistas literarias* Martín Fierro *(1924-1927), órgano oficioso del grupo de Florida, y* Los Pensadores, *expresión del grupo de Boedo, aunque, como lo han confesado luego los protagonistas de aquellos simulacros, esa guerrilla literaria no era sino un juego: varios combatientes militaban en ambos grupos o, indistintamente, en uno o en otro. Son los años treinta en Buenos Aires: década infame, fraude: "donde hay un mango, viejo Gómez, los han limpiado con piedra pómez", reza el tango del cantor amargo de la ciudad de la crisis, Enrique Santos Discépolo. El ejército rechaza a miles de jóvenes tuberculosos, los aristócratas venden sus palacios, la quinta Unzué, la casa de Del Solar Dorrego. El hombre que preside esa Argentina miserable es Natalio Botana, el director de* Crítica, *que fuma un puro con el busto de Gorki a su espalda y la Avenida de Mayo a sus pies. Las muchachas de la clase media se prostituyen por cinco pesos. Gardel, niño mimado de los conservadores y protegido del caudillo Alberto Barceló, estrena el tango* Viva la patria *para celebrar la caída de Hipólito Yrigoyen.*

En la década del cuarenta Buenos Aires condensa toda la potencia de un mito que ha ido elaborándose a lo largo de los años. La ciudad es un caldero creativo en plena ebullición, en sus calles se entrecruzan Jorge Luis Borges y Witold Gombrowicz, que había desembarcado en 1939, Ramón Gómez de la Serna y el joven Julio Cortázar, el uruguayo Juan Carlos Onetti y el argentino Roberto Arlt. En esta Buenos Aires escriben Miguel Ángel Asturias y Rafael Alberti, y aquí los editores españoles corridos por la guerra civil como Gonzalo Losada, Antonio López Llausás o Josep Merli convierten la industria editorial argentina en la más dinámica de la lengua. En ese Buenos Aires pintan Antonio Berni y Lino Eneas Spilimbergo y Emilio Pettoruti. En ese Buenos Aires un sabio poeta secreto –secreto para el mundo y para los propios argentinos, el tipógrafo Antonio Porchia– recita sus Voces *en una*

peña de la Boca. Increíble Buenos Aires, donde en un bar de la calle Veinticinco de Mayo se emborrachan codo a codo el marinero Eugene O'Neill, el agitador Josep Broz, Tito, y el aspirante a millonario Aristóteles Sócrates Onassis. Pero allí mismo, a la vuelta, en la calle Viamonte, respiran el aire húmedo de Buenos Aires, toman cerveza y oyen el pregón de los diarios de la tarde anunciando las noticias de la lejana guerra, Rabindranath Tagore, el de las barbas proféticas y también Krishnamurti y el conde Keyserling y José Ortega y Gasset y tantos otros huéspedes de la revista Sur, *salvo que estuvieran más al norte, en San Isidro, en la casa de Victoria Ocampo... Ésta es la década en la que el tango alcanza su apogeo como creación musical propia de la cultura de Buenos Aires (y de Montevideo, esa ciudad hermana, distante y lejana a la vez, que tanto tiene que ver con Buenos Aires, o a la inversa, pero ésa es otra historia). En 1917 se estrena el primer gran tango-canción* Mi noche triste, *en 1935 cae en Medellín (Colombia) el avión en el que viajaba Carlos Gardel, en los años que van de 1940 a 1949 tocan en teatros y clubes de Buenos Aires Julio de Caro, Aníbal Troilo, Osvaldo Pugliese y un joven bandoneonista que también compone y forma su orquesta: Astor Piazzolla.*

En las notas bio-bibliográficas sobre los autores de esta antología, el lector encontrará la referencia precisa, en la medida en que he podido encontrarla, sobre la primera publicación de cada uno de los textos. El continuum *de esas notas ilustra sobre cómo el tema de Buenos Aires impregna a la vez a escritores de procedencias, estéticas y estrategias literarias tan diversas. Algunos (Arlt, Nalé Roxlo, González Carbalho, como años después lo harán Laura Ramos o Antonio Dal Masetto) crean secciones fijas en los medios. Otros usan un espacio esporádico. Borges publica un texto sobre Buenos Aires en una revista de arte, Bioy Casares en un periódico de humor, mientras que el dibujante Luis J. Medrano no sólo dibuja sobre Buenos Aires sino que, como muestra el relato que aquí se publica, también escribe. Años después Cortázar no desdeñará redactar pies de foto, bien que para*

dos grandes fotógrafas argentinas. Marechal se vale de un libro encargado por la Municipalidad, Soiza Reilly de una historia del fútbol, Last Reason del lunfardo y del turf, César Fernández Moreno de una guía turística. Victoria Ocampo usa el prólogo al libro de otro escritor, César Tiempo el prólogo a un libro propio...

Diversidad de formatos, imaginación para encontrar vehículos, perseverancia en la búsqueda de cualquier resquicio que ofrezca la industria de la cultura y el ocio, la iniciativa propia u ajena, el formato masivo o el minoritario. Todos se las arreglan para desahogar esa obsesión: escribir sobre Buenos Aires, aportar su ladrillo a esta construcción cultural que es Buenos Aires.

1900

Bernardo González Arrilli
El organillo

Sus abuelos fueron los que encorvaron las espaldas del portador del mono sabio o de la cotorra adivinadora que sacaba un papelito con la suerte del crédulo buscador de venturas baratas. Su padre, ya sobre ruedas, había envejecido con premura, señaladora de los galopes del progreso. Los progenitores fueron unos pobres organillos sobre un carrito de dos ruedas y un par de varas desde donde el mismísimo organillero estiraba los músculos de sus brazos y de sus piernas fungiendo de caballito arrastrador y de músico arrebatado por el fluir de las notas. Éstos que acababan de llegar para reemplazarlos traían una evidente juventud bullanguera, un tanto exhibicionista, como quien hereda una fortuna o gana dinero sin trabajo. Venían instalados sobre cómodos carricoches de cuatro ruedas, que tiraba un caballo "de verdad". La caja del piano, negra y brillante, se adornaba en cada una de sus aristas con bronces refulgentes y en los planos de sus caras con paisajes al óleo de sonrientes lugares itálicos, llenos de flores, de sol, de agua de mar; la isla de Capri, verdeando entre arreboles; Nápoles multicolor; el Vesubio humeante. Sobre la tapa del piano, tres compartimientos cerrados por vidrios guardaban unos muñequitos vestidos de seda, unas niñas con trenzas rubias, unos caballeros de pantorrillas rosadas y peluquín empolvado en blanco, que danzaban cuando todo aquel aparato se ponía en funcionamiento bajo la acción circular de un manubrio, que

ahora era una rueda que ahorraba esfuerzos al brazo impulsor y aseguraba una más pareja rotación musicante.

La novedad de aquellos organillos no estaba en el caballo auténtico, ni en los muñequitos danzantes, ni en la rueda niquelada del manubrio, sino en los agregados instrumentales que, a vista de todos, multiplicaban estruendosamente la música general: dos tambores, un bombo, cuatro platillos y un triángulo, todo accionado desde adentro por la maravillosa máquina importada por los hermanos Rinaldi.

A los valses, a las mazurcas, a los pasodobles, puestos de moda por los teatros zarzueleros "por secciones" –el Mayo, la Comedia, alguna vez el Apolo–; a los tangos, que púdicamente comenzaban a meterse en las casas de familia decentes; a las canzonetas y tarantelas, que llenaban de nostálgicas remembranzas a la mayoría de las encargadas de casas de inquilinato, se unía ahora un estruendo cocinero de vajilla removida constantemente, unas percusiones tesoneras como de entrada a los circos de pruebas, un campanilleo ardiente de la varita de acero sobre los tres lados vibrátiles, anunciadores de maní caliente o de churros pringosos.

El dueño de la máquina flamante, luminosa y sonora, cobraba cinco centavos cada pieza. Vino aquella noche hasta el portal de la casa y arrimó su carricoche al cordón de la vereda. El caballo antifilarmónico amustió sus orejas y se puso a dormitar sobre dos patas rígidas, rodeado por una nube de chiquilines embobados por los muñecos danzantes. El organillero dio, pausado y seguro, vueltas a su rueda niquelada, que las luces de la calle reflejaba en brillo suave sobre las maderas negras.

Venían del patio gritos y risas, junto con el título de la pieza requerida por el concurso. Cada tanto tiempo, un hombre se asomaba por el zaguán y daba un peso al organillero, quien continuaba impasible dándole a su rueda.

Las figuritas Luis XV bailaban dentro de sus cajas de vidrio una gavota interminable, en tanto el organillo tocaba el coro de *La Gran Vía*, un trozo de *Marina* o el tango *La Morocha*, sin que nadie riera de tan desconcertado espectá-

culo. Los tambores bien templados, los platillos vibrantes, el triángulo de eco largo, estaban allí, no sólo para reforzar el estruendo, sino también para alegrar el ánimo de cuantos se detuvieran para contemplar aquella máquina refulgente.

Una franja de coco colorado avisaba en letras negras que el organillo se había construido en Milán y que la casa que los introducía en Buenos Aires abría sus puertas en la calle tal y tantos.

Bernardo González Arrilli (Nogoyá, provincia de Entre Ríos, 1892-Buenos Aires, 1987). Autor de narraciones como *Protasio Lucero*, *Mangangá*, *Los charcos rojos*, y de una *Vida de Lisandro de la Torre*, publicada en 1941, además de una larga serie de biografías argentinas. Sus dos libros de memorias porteñas son: *Buenos Aires 1900* y *Corrientes entre Suipacha y Esmeralda* (Buenos Aires, Guillermo Kraft, 1954) del que se ha tomado *El organillo*.

1900

León Benarós
El almacén del Burro Blanco

Les estoy hablando de cuando, en este Buenos Aires, Cabildo era la calle de Las Piedras, digamos como para el 900, y más atrás también. Entonces el Bajo Belgrano era otra cosa. Tiempos de gente resuelta, sí, señor, pero que también sabía divertirse con respeto. Entonces el inglés Kelly era hombre temido. En el "salón" de Blanco Encalada y Cabildo se podía bailar por cinco centavos la pieza. Una doña muy señorona andaba con la cartera, cobrando, y caracoleaba entre las chinas contratadas.

Como para ese tiempo empezó a tener mentas el Gurí Cantor. Para el Centenario, le improvisó a la Infanta Isabel y lo premiaron con una medalla. Cantaba aquellas cosas tan lindas de Betinoti, y caía al Café de Rosendo –de Rosendo Drago– que venía quedando en Mendoza y Blandengues. Allí se hacía ver ese Picabea, gran jugador de pelota; los Irusta, el indio Morales, Tomás Cisneros. Se armaban unas lindas exhibiciones de billar, y era un gusto oír a ese moreno tan señor que fue Gabino Ezeiza. El famoso improvisador de *Saludo a Paysandú,* andaba siempre muy prolijo. Era hombre discreto y nunca pasó el platito, aunque alguno lo pasaba por él. No había tablados en aquella época, y todo era subir a una silla arriba de una mesa y ver a los parroquianos amontonarse alrededor del cantor.

En ese tiempo hasta el Estado Mayor del Ejército era gustoso de payadas y contrapuntos, y hay muchas fotos de gen-

te importante, como don Joaquín V. González, retratándose con Betinoti, Cazón o Gabino. Ezeiza murió viejo y ya canoso, seña de muchos años para un negro.

¡Era lindo ese Belgrano! Que lo diga si no don Julio Simón, que se acuerda de esos tan bonitos estilos que se cantaban antes, y de tantas otras cosas... Entre la gente más concertadora estaba Panchito el Billetero, que se aparecía a cada rato en los cafés con payadores de los buenos. También había taba.

Pero les quiero hablar del Almacén del Burro Blanco. No sé de dónde le salió el nombre. Estaba en la esquina de Echeverría y Miñones y le habían puesto afuera un letrero que lo nombraba. Tenía cara de almacén de campo. Daban comida no del todo mala, y por cinco centavos le alargaban a usted un buen pedazo de pescado frito. En la esquina, un farol a querosén le mandaba más sombra que luz. El dueño era un tal Campos, "Campitos". Allí se largaban a tomarse una cañita los areneros que llegaban al río a cargar sus carros, que luego iban a volcar al hipódromo a razón de cincuenta centavos por carga. Eran aquellos carros cortos de tres caballos: el tronquero y dos cadeneros. Tropas famosas de entonces las hubo, como la de Ferrari. Como les decía, allí iban al almacén gente de *stud*, jockeys, cuidadores y vareadores y también gente de dormírsele a un encordado. Se armaban unas payadas famosas. Ese José Betinoti sacaba unas trovas muy sentidas. Le gustaba entonarse con un buen trago de caña y no lo volteaba ni la servida en uno de esos vasos como para agua.

Broncas las hubo también en el Almacén del Burro Blanco, consecuencia, a veces, de esos partidos de bochas que se armaban en el patio grandote. Algunas fueron más sonadas que las que se armaban un día sí y otro también en el conventillo de la negra Julia –Blanco Encalada entre 11 de Septiembre y Arribeños– o en el conventillo de las Buenas Aguas, en Blandengues, al llegar a Nahuel Huapi.

Por allí tartamudeaba El Terrible, carrero airoso en su tiempo, rubión, alto y flaco, datero y amigo de andar armando

camorra. Vestía con discreción el hombre, y estuvo preso, pero nunca robó: cosas del genio. Hoy lo han doblado los años, si ya no ha muerto.

El que se pegó un balazo fue el Gurí Cantor. Vino medio mal de Chile, resultado de sus andanzas entre el mujererío. Cayó en una esquina, allá por Arribeños, bajo un farol a querosén. Lo velaron en el stud Rancagua, en Blandengues y Congreso. Muchachada toda aquélla por la cual prende aún, en el corazón de la porteñidad, la lucecita del recuerdo.

León Benarós (Villa Mercedes-provincia de San Luis, 1915). Poeta (*El rostro inmarcesible*, 1944), romancista admirado por Neruda (*Romancero argentino*, 1959), crítico literario (sus estimulantes estudios sobre Eduardo Gutiérrez), escribe desde 1967 la sección "El desván de Clío" en la revista *Todo es historia*, donde recrea episodios de la historia argentina y de la vida porteña. "El Almacén del Burro Blanco" pertenece a su libro *Mirador de Buenos Aires* (Buenos Aires, Corregidor, 1991).

1904

Juan José de Soiza Reilly
Recuerdos del fútbol del tiempo viejo

A medida que voy envejeciendo ¡qué cerca veo los recuerdos viejos! Mi padre era un gran caminador. Siendo yo niño, todos los domingos me llevaba a pasear por las quintas de la Gran Aldea. Un día, nos detuvimos frente a un terreno –a los fondos del manicomio– o sea la "Convalecencia". Varios muchachos rubios y fornidos corrían detrás de una pelota que a mí me dio la sensación de que era enorme. (Soy del tiempo de la bolita...).

Puse el oído: hablaban en inglés. Mi padre me explicó:

—A este hermoso ejercicio físico de los británicos se le llama "fútbol".

Dos hombres que parecían guardianes del manicomio se detuvieron para contemplar el espectáculo. Uno de ellos le preguntó al compañero:

—¿Se pelean por una pelota? ¿Quiénes son?

—Ingleses. Es un juego de locos...

(Fue el primer nombre que los criollos le dieron al fútbol).

Elogio

Mi padre quería que yo aprendiera el inglés. Mi madre –mujer maravillosa–, jamás lo contradecía. ¡Era tan silenciosa! Pero, cuando papá decía:

—"Este chico necesita aprender el inglés"...

...ella pensaba, por dentro, con palabras mudas que yo le leía en los ojos:

—"¡Yo no quiero que aprenda el idioma de los ingleses!"

¿Por qué? Sentía en sus venas el misticismo de su sangre irlandesa, profundamente católica, herida por las persecuciones de los herejes protestantes.

—"Quiero que conozcas –me dijo mi padre–, a un caballero inglés de excepción que merecería ser hijo de Irlanda: don Alejandro Watson Hutton, director de una escuela famosa de Buenos Aires: la "English High's School". Allí aprenderás el inglés"...

El director salió a recibirnos con su levita negra y su corbata blanca. Abrazó con cariño a mi padre. A mí me miró como si me midiera con un metro. Acarició mi cabeza rebelde. Me dio dos golpecitos afectuosos en la espalda. Al verme tan flaco, tan largo, tan pálido, exclamó con voz suave, como médico que receta un tónico:

"A este niño le haría falta mucho fútbol".

Y agregó, dirigiéndose a mi padre:

—"Llega usted en buen momento. Acabo de recibir de Inglaterra la primera pelota de fútbol destinada a los cuadros argentinos. Asómese al patio con su hijito. Va a empezar el partido..."

El propio director, con su solemne levita y su corbata blanca, jugaba a la par de sus alumnos.

—"¡Mira! –me indicó mi padre–. ¡Con qué destreza y con qué elegancia varonil, Mr. Hutton le pega a la pelota!"

En efecto: a pesar de que aquel noble maestro de varias generaciones argentinas, ya no era un muchacho –y no obstante su estrecha levita a la moda–, saltaba con una agilidad maravillosa.

Juan José de Soiza Reilly (Concordia, provincia de Entre Ríos 1880-Buenos Aires, 1959). Escritor muy popular en su época, por sus colaboraciones en revistas como *Caras y caretas*, *El Hogar* y en diarios como *La Nación*, para el que cubrió la Primera Guerra Mundial como

—"Se ve –agregó mi padre–, que esa destreza elegante la adquirió en el fútbol siendo joven".

(Fue el primer elogio que escuché sobre el fútbol.)

enviado especial. Roberto Arlt, al que estimuló de joven, lo consideraba su maestro. Algunos de sus muchos libros se titulan *Pecadoras, El alma de los perros, Cien hombres célebres, Las timberas, Mujeres de amor, Crónicas de amor, de belleza y de sangre.* El texto incluido en este libro proviene de la *Historia del fútbol argentino*, tomo II, Buenos Aires, Editorial Eiffel, 1955.

1904

Conrado Nalé Roxlo
Barrio de Flores

El "breack" que hacía el recorrido entre la plaza de Flores y el cementerio me lleva por los imprevisibles caminos de la memoria a un Flores muy anterior: al de mi infancia. Estos recuerdos son anteriores a 1905, pues aún vivía mi padre. Yo tenía entre cinco y seis años. Los frecuentes viajes de mi padre nos dejaban en libertad para ir a pasar unos días a casa de mi abuela, una casa grande con árboles y fondo en la calle Unión (hoy Ramón L. Falcón) entre Miró y Malvinas. Enfrente se elevaba la tapia gris de un asilo de huérfanos. A veces veía salir a los pobres chicos con sus tristes uniformes, de dos en dos, en largas filas y acompañados por un maestro. Yo deseaba ardientemente ser huérfano para participar del paseo, que se me ocurría era a lugares inaccesibles para los niños con padre y madre. ¡Por lo menos saber adónde iban! Desde la puerta les gritaba:

—¿Adónde van?

Pero ellos me respondían con morisquetas y el maestro con una adusta mirada.

Mi tío Armando, que tenía diecisiete años, se dedicaba a pintar acuarelas en platos; todas eran marinas y no había paño de pared donde no colgaran las suyas. Él me alzaba y me las iba mostrando una por una, y yo quedaba extasiado ante toda aquella agua azul y verde que se encrespaba en el fondo de los platos. Su pasión pictórica era tal que no dejaba limpios más que los estrictamente indispensables para la

comida de los habitantes habituales de la casa. Y así, con nuestra llegada, se producía un conflicto, que vi repetirse cien veces.

—Armando –le decía la madre–, necesito más platos.

—¿Y por qué no se traen ellos platos cuando vienen?

—Hijo, sé razonable.

Pero los artistas no son razonables. ¿Qué sería del arte si lo fueran? Y defendía sus olas y sus espumas tercamente. Yo estaba de su parte y hubiera preferido comer en el plato del perro o directamente de la fuente a ver diluirse los procelosos mares en caldo vulgar. Pero mi abuela tenía autoridad, y por fin Armando transigía en desprenderse de algunas tormentas para que nosotros comiéramos. Como es natural, la elección era difícil y la comida se pasaba y la sirvienta gruñía. Pero bien o mal todo se arreglaba y nos sentábamos a la mesa. Pero la historia no había terminado, pues entre el almuerzo y la comida el artista había vuelto por sus fueros y los platos pintados estaban de nuevo en su sitio, y vuelta a empezar.

Yo era muy chico y no tengo una visión de conjunto para decir hasta qué punto Flores estaba separado del centro, pero sé que las señoritas y los jóvenes se paseaban en la estación a la llegada de los trenes como aún se hace hoy en pueblos lejanos.

Otros de los encantos del Flores de mi infancia eran las quintas, las grandes quintas señoriales de artísticas rejas y jardines poblados de blancas estatuas. Para muchas familias eran residencia habitual y para otras lugares de veraneo. Se daban suntuosos bailes; se organizaban brillantes cabalgatas. Recuerdo, como un cromo inglés, las amazonas de larga falda y galerita montando briosos caballos de sangre.

En las quintas se practicaba una cordial hospitalidad. Los cuidadores, con permiso de sus dueños, franqueaban las puertas a los visitantes que por una propina, que no pasaba de los diez centavos, tenían derecho a comer toda la fruta que

quisieran. Los concurrentes habituales eran, salvo alguna que otra señora con niños, jóvenes y señoritas que iniciaban allí honestos idilios a la sombra de los parrales. Un racimo de uvas cortado con destreza por el galán y picoteado entre sonrisas y arrumacos por la damisela fue el origen de muchos matrimonios de señoras que hoy son abuelas.

Y esto es todo lo que recuerdo del Flores de principios del siglo, por cuyas calles he vagado y divagado tanto el resto de mi vida.

Conrado Nalé Roxlo (Buenos Aires, 1898-1971). Poeta de clásica serenidad, el autor de *El grillo, Claro desvelo* y *De otro cielo*, hizo célebres sus intervenciones periodísticas con la firma de Chamico, recopiladas en nueve libros. Comediógrafo, cuentista, novelista participó en la bohemia de Buenos Aires. Dejó un *Borrador de memorias* (Plus Ultra, 1980), anticipado como serie en *El Mundo*, del que se ha extraído "Barrio de Flores".

1910

Georges Clemenceau
Una gran ciudad

El matadero de la *Negra,* del que M. Carlos Luro (hijo de Francia) se ha dignado hacerme los honores, es un establecimiento modelo que no sacrifica menos de 1.200 bueyes por día, sin hablar de los carneros y puercos. Es una fiel reproducción de los famosos mataderos de la América del Norte. Llegada a la extremidad de un corredor, donde queda inmovilizada, la res recibe en el testuz un golpe de maza, bajo el cual cae, y se desliza sobre un plano inclinado, al final del cual se corta al animal la arteria carótida; hecho esto, el cuerpo, enganchado a una vagoneta que marcha por un rail aéreo, sufre la serie de operaciones conocidas, cuyo último resultado es entregarlo en dos pedazos a las cámaras frigoríficas, hasta su próxima partida para Inglaterra, gran mercado de las carnes argentinas.

Un francés, el genial M. Thays, bien conocido de todos sus colegas de Europa, es el que tiene la dirección soberana de las plantaciones y de los parques de Buenos Aires. M. Thays, que sobresale en el arte francés del jardín, se complace en poner todos sus pensamientos y toda su vida al servicio de sus árboles, de sus plantas y de sus flores, dispuesto siempre a defender contra todo detractor, lo cual es superfluo, la población de Buenos Aires, no dejando escapar una ocasión de atestiguarle su reconocimiento. ¡Gracias le sean dadas!

El famoso paseo se anuncia noblemente en la Recoleta, donde las líneas de arquitectura sirven de marco armonioso a los céspedes y bosques. Carruajes de una corrección británica, soberbiamente atalajados y ruidosos automóviles se cruzan a toda velocidad. Si no fuera por las espesuras de árboles exóticos, nos creeríamos en el bosque. Palermo se anuncia en belleza.

¿Tengo necesidad de decir que todos los paseos públicos y parques están superabundantemente adornados de esculturas y monumentos "decorativos" en los que se puede ejercer la crítica? Nada más natural, en una sociedad joven, que el deseo de suscitar a toda prisa hombres eminentes en todos los dominios. Sin embargo, las realizaciones de idealismo tienen necesidad, según parece, del sólido fundamento de las cosas establecidas. En un país donde se mezclan todas las sangres de la latinidad, no dejará de florecer el arte. Éste se desprenderá de su ganga a medida que el gusto del público se purifique. Obras como las de M. Paul Groussac, y como la curiosa novela de Enrique Rodríguez Larreta, el distinguido ministro de la República Argentina en París, atestiguan ya un desarrollo bastante hermoso de literatura a orillas del Río de la Plata.

Para explicar tanto dinero amontonado y hasta arrojado por las ventanas, es preciso saber que todos los ingresos de los hipódromos –salvo un ligero descuento de la administración– vienen al Jockey Club que los emplea con toda libertad. De aquí la gran fortuna de la institución que acaba de comprar en el más hermoso barrio de Buenos Aires, para la construcción de un palacio aún más grandioso, un terreno que no ha costado menos de 7 millones. He leído en los periódicos que el Jockey Club se proponía ofrecer al gobierno el edificio que ocupa hoy en la calle Florida, y donde se instalaría, según se cree, el ministerio de Negocios Extranjeros. Ya ven ustedes que los ganaderos argentinos están bien *forrados,* y que les va muy bien.

El presidente del Jockey Club, señor Benito Villanueva, es

un senador, muy lanzado en el mundo de los negocios, cuyo arte particular es el de reunir y fundir agradablemente las cualidades superlativas del *go ahead* norteamericano y las gracias de una urbanidad superior diluida en *hombría de bien* europea. Entretiene relaciones constantes con todos los mundos de la capital, y, si no tiene parte en todos los negocios, podría tenerla a su gusto. Personas que no le han hablado jamás se complacen en designarle por su nombre de bautismo, y, como no hay dos "Benito" de esta estatura, nadie tiene lugar a extrañarse de ello. Grueso hasta la redondez, muy desprendido, sonriente y hasta con asomos discretos de aristocracia moderna, es un manipulador de hombres que no vacila en hacer los sacrificios necesarios a los resultados. Pequeños ojos negros que hieren como una punta de acero me harían creer que no es bueno ser su enemigo. Como todo hombre mezclado en las luchas de la política, tiene sin embargo sus adversarios, sobre todo cuando se presentan conflictos de intereses. Pero él no se preocupa por estas pequeñeces. Su estancia El Dorado, con cuadra de caballos de carrera, ganados de cría, el Senado donde parece extremadamente asiduo y las empresas sin número en que está metido (sin hablar de la administración del Jockey), deben hacer de él uno de los hombres más ocupados de Buenos Aires.

Georges Clemenceau (Movilleron-en-Pareds, Vendée, Francia, 1841-Paris, 1929). Político radical francés, apodado El Tigre cuando fue primer ministro durante la Gran Guerra. Su frase predilecta era *Je fais la guerre*. El texto incluido pertenece a *Notas de viaje por la América del Sud* (Buenos Aires, Hyspamérica, 1985).

1910

Horacio Salas
La bomba en el Colón

En la duodécima función de abono, con un teatro repleto, como era hábito en ese año, se representaba *Manon* de Massenet, con Rossina Storchio y José Anselmi en los papeles protagónicos. "Al levantarse el telón para comenzar el segundo acto, y cuando Des Grieux escribe la carta a su padre, comunicándole su deseo de casarse con Manón –narra el cronista de *La Prensa*– se oyó un estampido seco, formidable. Era en la parte derecha de la platea, antes de llegar al pasadizo de entrada. Allí se elevó una intensa nube que no permitió apreciar los efectos producidos por el estampido. El pánico se había apoderado de los asistentes, especialmente de las señoras y niñas y, como sucede siempre en estos casos, todos trataban de salir con verdadera precipitación. Se oyeron gritos de dolor y muchos se precipitaron a auxiliar a los heridos. Todo el teatro se dio cuenta entonces de que se trataba de un inicuo atentado anarquista. Se levantó una protesta unánime contra el autor del atentado."

Los aterrorizados espectadores que intentaban huir de la sala chocaban con el personal del teatro que acudía junto con la policía, que llegó muy velozmente para impedir que los responsables del crimen pudiesen escapar. Se produjo más de un tumulto, hubo varias crisis de nervios y desmayos, mientras las ambulancias de la Asistencia Pública llegaban al *foyer* del Colón para atender a los heridos.

En un primer momento se supuso que la bomba había sido arrojada desde las localidades del último piso donde estaba ubicado el *gallinero*, donde sólo se aceptaba el ingreso de hombres, o desde la *tertulia*. El empleado de la boletería aseguró que dos personas le habían llamado la atención por su aspecto desaliñado. Como consecuencia, todos los ocupantes de los últimos pisos fueron detenidos. Una vez más funcionó el prejuicio: era imposible que la bomba hubiese estado en la misma platea, tenía que venir de las ubicaciones baratas; los palcos y las plateas del Colón eran un coto privado donde no podían ingresar los enemigos de la sociedad.

A los pocos minutos se presentó el propio jefe de Policía, coronel Luis Dellepiane, y pudo comprobar que el artefacto había hecho volar por el aire las butacas 422 y 424 de la fila catorce, y que las delanteras de la 388 a la 394 habían resultado destrozadas.

El atentado produjo varios heridos, algunos de gravedad, entre ellos el ingeniero José Zamboni, el doctor Ricardo Guido Lavalle y un ciudadano alemán, José Scherrer, así como dos mujeres que resultaron con profundas heridas en la espalda.

En realidad la bomba había sido colocada debajo del asiento de César Ameghino, quien esa noche había optado por concurrir a otra función teatral y había dejado sus dos plateas desocupadas; pero aún cuando días más tarde se conoció la realidad, para la opinión popular, el artefacto había provenido de las alturas, y así lo recogió la leyenda aceptada hasta hoy, entre los habitués del Colón.

Horacio Salas (Buenos Aires, 1938). Otra faceta del poeta lírico y coloquial de *El tiempo insuficiente* o *Mate pastor* es la investigación biográfica (*Homero Manzi: antología*, Buenos Aires, Brújula, 1968 y *Borges, una biografía*, Buenos Aires, Planeta, 1994), histórica (*El Centenario*, Buenos Aires, Planeta, 1996, del que se ha tomado "La bomba en el Colón") y sobre otros temas porteños (*El tango*, Buenos Aires, Planeta, 1986).

1914

Enrique Gómez Carrillo

Teatros

Las noches del Colón, las noches de los grandes estrenos, de las grandes funciones de gala, de los grandes *débuts*...

¿Era una alucinación? Tal vez. Pero sinceramente llegué a creer que ni en la Ópera de París; ni en el Real, de Madrid; ni en el Covent Garden, de Londres; ni en ninguna parte, nunca, pero así, nunca, tan bello, tan inmenso florecimiento había animado ante mis ojos las clásicas c*orbeilles* de un teatro. Todo era impecable, y al mismo tiempo, todo era amable. ¿Dónde estaba la inmovilidad, la impasibilidad temida? A decir lo cierto, ni siquiera una seriedad excesiva notábase. Como en el jardín de otro ensueño wagneriano, las flores se animaban, las flores vivían, las flores sonreían. Un grande y discreto y dulce soplo hacía ondular los tallos de mil matices sobre el fondo rosa de los cortinajes y el oro grave de las molduras. Era la vida, era la noble vida de todo un universo femenino.

Y por una especie de milagro que honra a los argentinos, hubiérase dicho que los hombres se habían puesto de acuerdo para desaparecer, poco a poco, hasta no dejar en los palcos sino los ramilletes de damas color de abril, de damas flores, en el gran panorama que habría hecho larga y místicamente palpitar el alma del caballero Lohengrin. ¿Era alucinación?...

Yo me pregunto, no obstante tantos esplendores, si más tarde, cuando de nuevo en mi rincón parisiense evoque, con

algo de nostalgia, las noches argentinas que ahora estoy viviendo, si será la del Colón, con sus lujos maravillosos, con su fasto implacable, con su brillo casi inverosímil, la que más gentilmente me hablará de Buenos Aires.

Porque, aun siendo menos vasto y menos rico, el cuadro que vi la noche anterior al asistir al debut de María Guerrero y las sensaciones que allí experimenté durante los minutos, demasiado cortos, de los entreactos, me quedan en el recuerdo entre lo más grato de mi vida porteña.

Que mis buenos amigos Fernando Díaz de Mendoza y Eduardo Marquina me perdonen, en efecto; pero de los dos espectáculos odeónicos, el más sublime no es el que se representaba en las tablas, a pesar del genio de María Guerrero, a pesar del encanto de Carmen Moragas, a pesar de los pesares, en fin, sino el que se daba en la sala, en los palcos, entre las luces que sólo se encienden cuando las del escenario se apagan. ¡Ah! ¡Y cómo comprendo ahora esta costumbre de representar a oscuras los dramas, venida, según dicen, de Escandinavia, y que hasta ayer me había parecido, en España, un poquito absurda! Pudiendo ver esos rostros deliciosos, esas sonrisas seductoras, esas frentes olímpicas, esos talles finos y felinos; pudiendo seguir en esas pupilas luminosas las impresiones que causan las peripecias de una tragedia en un alma primaveral; pudiendo embriagarnos con la exquisita gracia dispersa de tantas gargantas adolescentes, pienso ahora que probablemente ni aun la fuerza de Esquilo bastara para obligarnos a no apartar los ojos de la escena. "Tú, que distraes el santo en sus fervores –dice a la blanca Pazmela un asceta–, tú, la que siendo pura haces pecar, maldita seas." Y yo, a las niñas morenas que brillaban cual íconos de esmalte en la penumbra de un palco, a dos pasos de mi butaca, les digo: "Sed benditas, hermanas, aunque me hayáis hecho cometer el pecado de no enterarme de lo que son los P*ecados de Rey;* sed benditas, aunque me hayáis impedido ver con la devoción de otros días a la sublime y gorjeante María la Candada; sed benditas, aunque hayáis perturbado mi po-

bre ánima; sed benditas, porque me dejáis, para enriquecer el museo de mis visiones, algunas divinas imágenes inmarcesibles."

—Y lo extraordinario es que estos seres, que podrían contentarse con ser ídolos, se dignan tener espíritu e ingenio y ser curiosas de todo lo artístico, de todo lo intelectual, de todo lo bello...

Esto ya no lo digo yo. ¿Cómo, sin ser mago, habría de adivinarlo? Esto me lo dice un hombre eminente que debe saberlo. Y este hombre agrega:

—Entre nosotros, las mujeres son superiores a los caballeros, por razones de educación...

—Como en el resto del mundo –voy a contestarle, pero, temiendo una discusión que me distraiga de mis devociones femeninas, callo y contemplo.

¡Oh, cuadro encantador!... No se ve una figura que parezca tener más de veinte años; no se distingue una sola boca crispada; no se advierte una arruga, por prematura que sea. Yo me sirvo, algo impertinentemente, de unos gemelos prismáticos que me ha prestado un vecino y que me permiten examinar los más nimios detalles. Gracias a ellos descubro, al fin, en el fondo de los palcos, a las damas maduras, que deben ser las mamás.

¡Con cuánto pudor se esconden detrás de sus lindas hijas adolescentes! Y pienso en el buen tirano que en Madrid y en París podría, inspirado en esta costumbre, dar una ley ordenando que en todos los teatros parisienses y madrileños se hiciese lo mismo.

Mi amigo me dice:

—¡Si hubiera usted visto esto hace algún tiempo, cuando sólo nuestra aristocracia ocupaba los palcos!... Entonces sí que podía decirse que no había nada tan distinguido en el mundo.

—Pero, ¿y ahora? –le pregunto, lleno de estupefacción.

—Ahora –me contesta– todos nuestros grandes teatros comienzan a ser invadidos por las nuevas capas sociales, que ni en gustos, ni en modales, ni en belleza, pueden compa-

rarse con las antiguas. En el Colón, sobre todo, nótase este cambio. Hace todavía cinco o seis años, en las noches de abono, era aquello una verdadera reunión de familia. ¡Ah! Entonces sí hubiera usted comparado cada palco con un estuche de joyas de alto precio... No había sino ojos negros, caras pálidas, cuerpos altos, gargantas admirables, cabelleras de azabache... ¡Y qué recato en todas partes!... ¡Qué silencio tan absoluto durante los actos!... ¡Qué majestad en los movimientos!...

Veíase que aquéllas eran niñas nacidas en casas patricias y criadas en un medio ambiente de cortesía, de buen gusto, de tacto, de tono, de lujo, de orgullo y de virtud... Hoy ya ve usted...

—Yo no veo sino grupos exquisitos de muchachas enloquecedoras...

—Eso es... enloquecedoras; está bien dicho... ¿Y sabe usted cuáles son las que enloquecen con sus miradas llenas de languidez exótica, con sus labios demasiado rojos, con sus cabelleras teñidas de rubio, con sus talles frágiles y nerviosos?... Pues las intrusas, las que no tienen raíces en nuestro país, las hijas de los inmigrantes recién enriquecidos, las que en sus casas oyen todavía hablar italiano, o alemán, o ruso; las que están acostumbradas a no darle importancia sino al lujo, al negocio, a la riqueza, a la vanidad, al oro... Se visten bien, sin duda... Son ricas, son coquetas, van a París todos los años... Pero no tienen la "manera", no, ni tienen tampoco la belleza criolla...

Enrique Gómez Carrillo (Guatemala, 1873-París, 1930). Narrador, periodista y esposo de la cupletista Raquel Meller, fue corresponsal en París del diario porteño *La Razón*. Sus obras completas ocupan 26 tomos. El texto reproducido pertenece a *El encanto de Buenos Aires* (1914).

1915

José Antonio Saldías
Los Inmortales

Las quiebras de los periódicos o de nuestro aguante, nos dejaban a veces holgando. Retornábamos a la tertulia de Los Inmortales, café el más típico de la bohemia del segundo decenio de 1900.

Era el único café, donde con un café uno se pasaba la tarde sin que nadie se atreviera a desalojarlo. ¿Sabéis lo que eso representa para quien no tiene trabajo ni alegría; para quien resulta un tormento ir de día a la pieza inhóspita, de la que sólo interesa la cama cuando estamos rendidos de cansancio, a la media noche o a la madrugada? En estos casos, nada mejor puede apetecerse que tener una mesa en un café y una tertulia, con aquellos camareros más gauchos que el chiripá, que no se quejaban si de ese congreso no percibían ni una moneda de propina.

A veces, la rueda se componía de diez personas, que en las discusiones se sacaban chispas, porque cada persona era una distinta opinión. Cuando la tenida empezaba a flaquear por la hora, a medida que los congresales se levantaban, Jacinto, el mozo paraguayo, iba levantando las tazas, debajo de cuyo platillo el cliente había dejado su moneda de diez centavos. Como el paraguayo era un mozo muy competente, una tarde el dueño de un gran café de la Avenida de Mayo fue a buscarlo. Le prometía clientela rumbosa, que le dejaría de seis a ocho pesos diarios de propina, sin contar los sábados y domingos.

Al preguntarle Félix Alberto de Zavalía por qué había rechazado esa ganga, contestó:

—Y a ustedes, ¿quién los iba a servir más a gusto?

Al cabo de treinta años, en una excursión que hice a la Casa de Descanso de la Gente de Teatro, que tenemos en la estación Thea, de las sierras de Córdoba, lo encontré al paraguayo de mozo en el restaurante de la casa.

—Qué quiere, señor... Es un colazo de Los Inmortales...

Los mozos de Los Inmortales no eran camareros comunes. No ganarían mucho de propina, pero vivían en un clima de inteligencia que los hacía comprensivos. Conocían a los hombres que realmente tenían algo en el espíritu y a los que discutían por entretener el hambre. Pero a todos, en trance de llegar de la calle a la hora de comer demasiado temprano y con un palillo entre los dientes, era seguro que le servirían el café con leche, pan grande y mucha manteca, que valía por una cena. Deuda de honor aquel "completo" salvador, que siempre se pagaba con el primer peso ganado.

En una extensa nota publicada hace ya tiempo, hice una circunstanciada descripción de las tertulias y los personajes que actuaban en ese café de la calle Corrientes 920-24, donde, en el atardecer del 7 de noviembre de 1910, irrumpió Evaristo Carriego, sombrero en mano, y con un grito reclamó atención:

—¡Muchachos! ¡Ha muerto Florencio!

De pie la concurrencia, sacudido cada corazón por la congoja, se oía el silencio sucesivo. Acababa de caer una de las banderas de la bohemia. Florencio Sánchez, que en menos de diez años dejaba con su obra recia la base inconmovible de un teatro. Allá, en un hospital de Milán, lejos de todo lo que quería, sus pobres pulmones habían dejado de padecer. Esos dos minutos de Los Inmortales constituyeron el primero y el más espontáneo de los funerales...

Rubén Darío en Los Inmortales

Atraído por la simpatía de aquel ambiente que él había bautizado, porque fue Rubén Darío quien llamó "los inmor-

tales" a los concurrentes de aquel café, a Los Inmortales fue a buscar unos hombres jóvenes que le ayudaran.

Él se marchaba de Buenos Aires; quizá en su decisión estaba el designio de no volver, o intuía simplemente que nos dejaba definitivamente. Quería llevarse la producción dispersa en diarios y revistas, que como buen bohemio no guardaba. Desdichadamente, en aquella época Buenos Aires no se preocupaba ni poco ni mucho del espíritu, y las editoriales no se arrebataban como en Europa los originales de Darío para editar libros. Fuimos elegidos Edmundo Guibourg, Francisco Palermo y yo para hacer esas copias, que nos llevaron varios meses de revisión en las colecciones, guiados apenas por algunas fechas que el mismo poeta nos dio...

José Antonio Saldías (Buenos Aires, 1891-1946). Hijo del historiador Adolfo Saldías, fue un comediógrafo muy popular en su tiempo (*Blasón de plata, El distinguido ciudadano*). Su libro de memorias *La inolvidable bohemia porteña* (1968) se publicó como serie en la revista *¡Aquí está!*

1918

José González Carbalho
El día que nevó en Buenos Aires

El frío se hizo sentir con ganas aquel 22 de junio de 1918, mientras el cielo de un gris plomizo presagiaba tormenta. Y en Buenos Aires cayó nieve... Llegó de sorpresa la extranjera de pies livianos y blanca vestidura aérea, despertando en el corazón de los porteños la emoción de lo maravilloso. Porque tal fue ver la ciudad ataviada de blancura. Al comenzar la tarde de ese día, después de ensombrecerse el aire hasta semejar una avanzada de la sombra nocturna, la nieve inició el descenso bajo la apariencia de largas gotas de lluvia que tardaban en caer. Hasta ese momento, nadie pensó en que tendríamos nevada, y sí en la tormenta descargándose con furia tropical. En los cuartos se encendieron las luces y las gentes se prepararon a adelantar la noche, como tantas otras veces en días semejantes de invierno.

Pero aquellas aparentes gotas de lluvia que se demoraban y hasta quedaban flotando levemente, se transformaron en copos. Y se dijo la palabra: nieve, en Buenos Aires, como fenómeno aconteciendo en la ciudad que desconocía a este huésped misterioso y alado. Nieve, nieve... Las mujeres levantaban la cortina de la ventana para mirar hacia afuera, hacia la calle, donde las personas se apresuraban por las aceras, comentando el mágico suceso y alguno pegaba el resbalón y había que ayudarlo a levantarse. Falta de costumbre; nunca habían caminado sobre aceras con nieve.

Necesito vincular a mi experiencia este recuerdo en que viví por primera vez un clima de fábula, y anotar algunos hechos que vinculan el extraordinario acontecimiento a mi memoria. Esa noche, en el Ateneo Íbero Americano, de Avenida de Mayo y Lima, Alfonsina Storni leía los versos que compondrían su libro *El dulce daño*. Grato es inscribir el nombre de la escritora en esta página, porque, alentadora de mis primeros entusiasmos poéticos, me permitió aquella noche del 22 de junio de 1918 contemplar el espectáculo de la nevada que no se volvió a repetir. En el camino de ida, poco observé que me llamara especialmente la atención. El frío más intenso y las calles más solas. Eran las nueve de la noche. Pero al regreso, el espíritu encendido aún por la cálida armonía de los versos, me esperaba el purísimo alfombrado de las calles, el deslumbramiento de ese blancor derramado sobre todas las cosas. Caminé por la avenida hasta la Plaza de Mayo y allí me sentí de pronto en una ciudad distante, en alguna de esas villas predilectas de las viejas litografías. Los árboles desnudos tenían en sus ramas oscuras la flor del alba de la nieve. Habían florecido, como los almendros en la estación propicia. No se veían caminos enarenados ni recuadros con césped. La plaza era una pequeña estepa y los altos edificios que la rodeaban mostraban sus pardos frentes ribeteados por un festón luminoso, formado por la nieve depositada en las cornisas. Me imaginé turista por una ciudad nórdica, viendo a los transeúntes que se detenían a crear figuras grotescas. El clásico oso, de la altura de un ser humano, se levantaba cerca de la pirámide, mirando hacia el oeste. Y hasta se veía en el aire volar los bolos en las improvisadas guerrillas entre grandes y chicos. Todo el Buenos Aires que salía de teatros y cinematógrafos vivió ese instante de inesperada albura que hoy rememoramos en su valor histórico.

Aceleré el paso hacia mi casa, imaginando el primer cigarrillo, porque el aliento se volvía corpóreo en el aire, como las volutas del humo. El hecho me reconfortó del frío penetrante y dormí unas horas como un bendito. No sé en qué momento me desperté, y a través de la cortina que velaba el

cristal de la puerta que daba al patio alcancé a divisar el aljibe, las plantas, bajo el encantamiento de la nevada. En el olvido del sueño habíase borrado el recuerdo de la noche y volví a maravillarme. Tanto que me levanté, acercándome a la puerta. Y vi lo que ningún otro recuerdo podrá superar en magia. El patio era un país de fábula todo inundado de lunares resplandores. No sólo las baldosas del patio, las plantas en sus macetas, y el arco del aljibe eran blancos; también el aire y el cielo mismo, en lo que alcancé a contemplar, pertenecían a una noche antártica. La casa entera dormía, y hubiese querido gritarles para que se asomasen, como yo, a observar el milagro. Y volví al lecho inundado el corazón de un sentimiento de Nochebuena arcaica, con villancicos y cantos de pastores. Habíamos vivido una noche pascual. Y el sueño que siguió fue de una paz dichosa como jamás volvió a sentir el alma. Era adolescente y la existencia tenía para mí una claridad de música. A la mañana siguiente, mientras el congregante hacía el trayecto a pie hacia Regina Martyrum, presenció, con el marco de un cielo espléndido y una luz arcangélica, el espectáculo de la nieve derritiéndose. No había sido un sueño la nevada pero, ¡qué lástima!, duró sólo una noche.

José González Carbalho (Buenos Aires, 1899-1958). Poeta *(Campanas en la tarde,* 1922), perteneció el grupo de la revista *Martín Fierro* y fue un prolífico aguafuertista de la ciudad, cuyas crónicas se publicaron en *La Prensa*, *El hogar*, *Nosotros*, y en los diarios *Crítica* y especialmente en *Noticias Gráficas*, en una sección fija llamada Barrilete. Están recopilados en *La estrellita del troley* (Buenos Aires, CEAL, 1967), *Estampas de Buenos Aires* (Buenos Aires, CEAL, 1971), de donde se tomó "El día que nevó en Buenos Aires", y *Jardín perdido* (Buenos Aires, Plus Ultra, 1979).

1919

María Rosa Oliver
La Semana Trágica

Al ver llegar el automóvil mucho antes de lo habitual, supuse que mis padres no habían podido soportar el calor de la ciudad, pero mamá, que bajó con el sombrero en la mano desabrochándose el vestido, me explicó:

—Estábamos almorzando en Harrods y de pronto se apareció Sebastián Chico (el chofer) a avisarnos que había barullo, que en algunas calles los huelguistas había levantado barricadas, que sería más prudente volvernos enseguida. Tu papá no quería creer, hasta que en Liniers unos hombres con fusiles detuvieron el coche. Después nos dijeron: "sigan nomás".

Así tuve la primera noticia de un acontecimiento que comenzó cuando un grupo de huelguistas volcó un camión de Vasena, cargado de hierros. De pronto me pareció quedar incomunicada con Buenos Aires, aislada de lo que estaba sucediendo: el teléfono andaba peor que de costumbre y los diarios que llegaban a la chacra informaban sobre hechos contradictorios pero interpretándolos de manera unánime. En esos diarios se veían obreros en mangas de camisa apilando cosas de vereda a vereda, o asomados a azoteas o entre sables y patas de caballos, y se leían sesudos editoriales en los que se criticaba al gobierno por no emplear a fondo "las fuerzas del orden". (Así las llamaban ya cuando el orden que defendían era modesto: carecía de ejecutivos –nominales por lo menos– y se las arreglaba sin relaciones públicas. Sólo la

opinión era pública, y el dominio en todo lo demás –¡qué decir de las mujeres!– era algo de la calle, o sea cosa de poca monta.)

En Merlo, a treinta y cuatro kilómetros del "foco tumultuoso", mi padre y mis hermanos debían sentirse muy ajenos a él porque no parecían preocupados ni deprimidos. Si de algo teníamos que defendernos todos era de un calor que, según mi madre, amenazaba con ser igual, o peor, que el del año 1900. A pesar del aire de horno, el domingo siguiente se presentaron a tomar el té un jurista vecino y su huéped, un abogado muy próspero. Pasaron al billar, habitación interna y, por lo tanto, más fresca.

—Buenos Aires era ayer una *città morta*... y no de calor –anunció el vecino abanicándose con una pantalla de palma.

—Y mañana será peor... esto va para largo –pronosticó su huésped, echándose aire con el jipijapa.

—¿Por qué tan pesimista, doctor? –preguntó mi padre.

—Porque no habrá arreglo mientras se siga sosteniendo artificialmente a la industria...

El otro lo interrumpió:

—No es sólo por eso...

—Sí, sí, ya sé. No niego que en parte haya influencia maximalista, pero el encarecimiento de la vida es un hecho... Un hecho concreto que le debemos a la limitación de importaciones.

Calmo, mi padre le preguntó:

—Dígame, doctor Echeto, ¿qué alimento básico importamos? ¿Carne? ¿Verduras? ¿Trigo? ¿Leche...? ¿Entonces?

—Por algo será que ni los demagogos que tenemos en el gobierno se atreven a aplicar gravámenes a la importación.

—Por supuesto, a los radicales también les sigue pareciendo imposible que el país pueda prescindir de lo que llega de afuera...

—¿Y realmente usted cree que puede?

—Sé que puede: durante los cuatro años de guerra la entrada de mercaderías extranjeras fue restringiéndose, año

tras año, hasta llegar a ser en 1918 una tercera parte de la de 1913...

—¿Tanto?

—¿Ve? Ni siquiera lo había advertido. Es que a nadie le ha faltado lo indispensable.

—Bueno, admitiendo que la guerra haya favorecido a una industria como la de Vasena, habrá que ver si sus productos podrán competir con los de la industria europea no bien ésta salga a los mercados exteriores.

—Sí, por ahora la calidad de los productos europeos es superior... Después veremos.

—Dudo que lo veamos... Somos chapuceros... Y me extraña, doctor Oliver, que a usted, tan aficionado al arte, no lo haya molestado últimamente la falta de artículos finos, bien terminados –insistió el librecambista con leve ironía y abanicándose con tal ímpetu que poco faltó para que su panamá quedase pegado al papel atrapa-moscas colocado sobre la borda del billar.

—Sí, han faltado algunos artículos superfluos, en su mayoría de bazar... Lo demás, la industria nacional lo ha suplido con tal exceso que hasta hemos llegado a exportar...

—¿Qué? ¿Ponchos o dulce de leche?

—¿Y quién le dice que algún día no exportemos dulce de leche? Pero no me refería a la manufactura sino a la industria. Créalo o no, el año pasado en la provincia de Buenos Aires se han expedido mil patentes de fábrica.

Por primera vez interesada en un tema que creía árido e incomprensible, yo iba vislumbrando en lo que decía mi padre un patriotismo nuevo y sin retórica, pero el abogado debía de pensar lo contrario porque, secándose el sudor de la calva, espetó como si estornudara:

—¡Argentina país industrial!

—Así es, o protegemos la industria y el trabajo nacionales o volvemos a la situación de preguerra pero en condiciones infinitamente peores.

—¿Por qué peores?

—Porque habremos aceptado ser, y para siempre, los tri-

butarios sumisos que pagan sin chistar cuanto les exigen los fabricantes del exterior.

—Acaba de mencionar el trabajo, doctor, ¿no cree que el obrero sería el primero en sufrir las consecuencias de una industria protegida? –preguntó el jurista.

—Al obrero no lo seducen las teorías. Sabe muy bien que el librecambismo no lo favorece... Por ejemplo, libere usted de impuestos el azúcar y el vino importados y en Tucumán los cañeros pasarán hambre y los mendocinos tendrán que volver a pastorear cabritos. A los buenos cuyanos sólo les quedará una industria sin competencia exterior...

—¿La del queso Tafí?

—No, la política electoral.

Desde la puerta del comedor, mi madre nos llamó a tomar el té. Sentados a la mesa, el jurista, después de examinar una de esas tazas de loza que tienen como adorno un puente en zigzag, un sauce y un pabellón, la dio vuelta y leyó: *Made in England*. Su huésped miró en torno y, cediendo a la tentación de adjudicarse un punto, preguntó:

—¿Cuándo haremos aquí algo como esto?

—No sé –contestó mi madre, ajena a lo discutido hacía un instante, y agregó: —Pero... ¿qué tienen esas tazas? Son ordinarísimas: no hay bazar que no las venda y en distintos colores.

En la ciudad el orden fue finalmente restablecido y los acontecimientos de la Semana Trágica se olvidaron pronto. Salvo uno: que en aquellos días turbulentos, y a causa de ellos, se habían conocido y enamorado mutuamente una "niña encantadora hija de un arquitecto con apellido escandinavo, pero conocido, con un joven naviero, pero de apellido menos conocido". Así, o en términos parecidos, se anunció el próximo noviazgo en una de esas "siluetas" que en forma de acertijo ciertas revistas, y hasta periódicos, publicaban para el selecto grupo de iniciados que podía descifrarlas. Se comentaban también, es justo reconocerlo, algunos "nuevos valores" surgidos de entre los nuevos industriales y grandes comerciantes que, según se oía decir, cotizaban ge-

nerosamente en una suscripción abierta por la Bolsa de Comercio para ayudar a una "Guardia Blanca" que, presidida por el vicealmirante Domecq García, alistaba voluntarios en el Círculo Naval. Tarea en la que también se hallaba empeñada la Liga Patriótica Argentina, presidida por Manuel Carlés y a la que igualmente ingresaban cientos de mocitos.

María Rosa Oliver (Buenos Aires, 1898-1977). Aristócrata y militante comunista, inválida desde los diez años, integrante del Consejo de Dirección de la revista *Sur*, amiga de Victoria Ocampo y de muchos escritores, autora de una trilogía autobiográfica: *Mundo, mi casa* (1965), *La vida cotidiana* (1969) y *Mi fe es el hombre* (1981). Del segundo de estos libros, que cuentan la vida de una mujer argentina durante el siglo XX, fue extraído "La Semana Trágica".

1925

Victoria Ocampo
Carta a Alberto Salas

Las dos ciudades divididas por la Avenida de Mayo tenían también dos caras y significaban dos cosas para mí. Las dos ofrecían su encanto. En Florida, Viamonte, Lavalle, Tucumán vivía la familia de mi padre. Del otro lado, en la "rive gauche" de lo que entonces parecía un inmenso Río-Avenida, vivían los parientes de mi madre. Las casas eran diferentes. Me gustaban, o disgustaban, por sus distintas características. Tanto en Lavalle como en Perú (cuando nací, mi abuela ya se había mudado de México, hoy la SADE), los viejos tomaban mate, con bombilla naturalmente. Al decir viejos me refiero a mi abuelo (muy de campo) y a un tío abuelo (ídem). Pero en Perú había siempre pan criollo que nos deleitaba. Este pan era considerado indigesto para los estómagos infantiles en las casas de la "rive droite". Detalles como el que señalo eran índices de leves variantes entre el criterio de las dos familias (...)

¿Y el tango? Lo que me llegó del tango, al comienzo, pasó a través de un tamiz, como muchas otras cosas. Su melodía siempre quejumbrosa y su ritmo pausado, como arrastrado, no me atraían. Menos aún el énfasis llorón y la sentimentalidad barata de las letras. Sólo me gustó, y mucho, cuando empecé a bailarlo. Como baile, descubrí su carácter inimitablemente argentino. En el buen y en el mal sentido. Pero tardé en conocerlo bajo ese aspecto. El tango no se bailaba en los "salones" porteños, ni entre las adolescentes de la clase

hoy vilipendiada. Lo vi bailar por primera vez (¡oh profanación!) en la casa de mi abuelo (el del mate), Lavalle 777 (hoy cine Ambassador). El caserón con patios y magnolias en el del fondo era invadido, periódicamente, por 32 nietos turbulentos, de varias edades. Esto permitía, felizmente, dividirlos en tandas (los de quince para arriba, los de quince para abajo) y una vez por semana se presentaba uno de los dos grupos a almorzar o comer con los abuelos. El nieto mayor se ennovió. Era gran bailarín de tango, fuera del hogar paterno, y un día, tomando las máximas precauciones para no ser "pescado", nos deslumbró al bailar un tango con su novia. Nos encerramos en una salita de Lavalle (centro de la platea del Ambassador actualmente) poco frecuentada por los mayores. La pareja (él y ella eran ejemplares excepcionales de belleza juvenil) bailó cara contra cara en medio de un silencio casi religioso. Ésta fue mi primera visión del tango y no comprendí por qué nos prohibían un baile tan solemne.

Años pasaron y llegó la época en que todos los jueves, lloviera o tronara, entraba a casa, seguido por sus acompañantes, el Pibe de la Paternal (Fresedo). Se bailaba tango la tarde entera. Los campeones de estas memorables *jornadas* eran Ricardo Güiraldes (sin más celebridad que la que nosotros, sus amigos, sospechábamos que alcanzaría a tener) y Vicente Madero. Este último era un genio en la materia y no creo que nadie haya podido superarlo. Cuando *caminaba* el tango, todo su cuerpo, al parecer inmóvil, seguía elásticamente el ritmo, lo vivía, lo comunicaba a su compañera que, contagiada, obedecía a ese perfecto y acompasado andar. Poco importaba entonces que las palabras de aquellos tangos fueran dramáticamente sentimentaloides. Estaban redimidas por bailarines tan perfectos como Vicente y Ricardo.

Percanta que me amuraste...
Romántico bulincito...
etc., etc., etc.

Éramos jóvenes y aquello de "fané y descangallada" no se aplicaba a nuestros rostros sin arrugas, ni a nuestros cuerpos ágiles e incansables. De París, Ricardo Güiraldes me escribía: "Verdad es que me han recibido bien en lo de Mme. Bulteau [señora que tenía un salón literario de gran fama] y que me presentaron personas agradables, pero aquellos Miércoles no valían los anteriores Jueves... ¡Juventud, belleza! Eternos trampolines del ideal (véase mi *Salomé* del *Cencerro de Cristal* u otras divagaciones)".

Eso fue para mí el tango. Y no importa que algunos pretendan que *eso* no es el verdadero tango. Era el mío.

Victoria Ocampo (Buenos Aires, 1890-1982). Animadora cultural, protofeminista y autora de extensa obra crítica y de una autobiografía en varios tomos, fue fundadora, editora y directora de la revista *Sur* (1931) que introdujo a grandes escritores del siglo XX en América Latina. El texto reproducido indaga la relación entre la autora y la ciudad de Buenos Aires, y forma parte del prólogo a *Relación parcial de Buenos Aires* de Alberto M. Salas (Buenos Aires, Sur, 1939).

1925

Last Reason
El hombre que juega a las carreras

Era ya tiempo de que un cronista vivaz, sin pelos en la lengua, tomara valientemente a su cargo la honrosa tarea de reivindicar para los jugadores a las carreras, el puesto preponderante que en la escala humana les pertenece. Es fama vieja, que el catedrático adolece de todos los defectos imaginables, careciendo en cambio de las más modestas virtudes. Se nos calumnia groseramente sin conocernos; se nos desprecia sin oírnos; se nos vitupera sin asco; y a nosotros se nos importa un comino de todo eso, conscientes como somos del propio valer. Sin embargo, bueno será que, siquiera una vez, alcemos la voz que el "vulgar vulgo" sepa a qué atenerse y se deje de amolar la divina paciencia. Al tomar a mi cargo esta alta misión lo hago en el doble carácter de cronista y de jugador, y si se me corta el doblete no va a ser por falta de estado ni corazón. Y pico.

El hombre que juega a las carreras es, por lo general, manso y apacible de condición, no le dispara a los trabajos ni siente el rigor de la lucha por la vida. Acepta el cotidiano laburo sin protestas, ya que de éste depende su concurrencia a los clásicos, y sigue su línea de conducta ajena a los miserables problemas que entorpecen la acción de los demás seres. Con un pucherito diario, cero diez para "Crítica" y unos manguitos para el domingo, el hombre que juega tiene ya resuelto el magno asunto de vivir alegremente y cumplido el programa de su esperanza. Que revienten los

ambiciosos, que se quemen las cejas los pedantes, que sufran los avaros y se rompan el alma los conquistadores... Para el hombre carrerista todo eso es superfluo, reducido como vive al mínimo de pretensiones. Si tanto se alaba su frugalidad a los espartanos, su filosofía noncuranza a los atenienses, y su arrogante pujanza a los romanos, ¿por qué se denigra a una raza que participa de todas esas cualidades sin que pueda imputársele los vicios y grosería de aquellos reos en sandalias?

Si la humanidad entera fuese, por su fortuna, aficionada a las carreras, cesarían de inmediato las luchas de clases, de razas y de partidos. ¡Qué nos venga a nosotros con fascismo, irredentismo o bolcheviquismo! ¿Para qué lo queremos? El mundo no va a ser mejor o peor bajo la doctrina de Marx, de Kropotkine o de Mussolini: cambiarán los collares, pero los perros serán siempre los mismos. ¿Y, entonces, a qué hacerse mala sangre y andarla de contundencia? No, no joroben... Que nos den un programa con numerosas inscripciones, un día de sol, un buen largador y un juez de raya que no haga macanas, y con eso y un poco de suerte, el mundo es una papa. Ya ven ustedes cómo se impone una reconsideración al concepto de elemento pernicioso, con que generalmente se nos tira por el mate. Si los gobiernos quieren resolver de inmediato los arduos conflictos que envenenan la existencia humana, no tienen más que multiplicar los hipódromos, difundir el amor a las luchas hípicas y abrir escuelas de buenos ventanilleros: lo demás vendrá de por sí.

La igualdad, la fraternidad, ¿dónde rigen sino en las tribunas del circo? Ahí todos somos iguales, y el doctor Anchorena es capaz, en un día de mucha gente, de arrimarse a un farabutti cualquiera que esté bien ubicado en la cola de la taquilla y decirle democráticamente:

—Che, viejo, sáqueme uno y uno ¿quiere? no sea que me cierren...

Del mismo modo puede el más humilde de los rantes, tocarle el hombro a un señor diputado nacional y rogarle...

—Me da un poco los borrados, si los tiene.

Y claro que, si los tiene, él se los va a dar.

Además del sentimiento igualitario a que conduce la afición sportiva, podemos agregar que ésta eleva los espíritus a un plano de superioridad moral, a efectos del eterno rayo de esperanza que alumbra la vida del carrerista. No hay un solo aficionado que deje de dormir sobre la almohada de las más bellas ilusiones. Y de ahí que el hoy amargo se sobrelleve con un estoicismo sereno, en espera del mañana dulce y sabroso como la fruta del mercado del Plata. Y tocante al punto religioso, no me quedo atrás. ¿Qué dicen todas las religiones del mundo? Que hay que tener fe en el Omnipotente, pese a los más grandes descalabros y metejones. Pues eso hacemos todos los carreristas. Pregúntele si no al reverendo padre Coffa. *¿Non e vero*, reputadísimo padre?

Last Reason (seudónimo de Máximo Teodoro Sáenz, Montevideo, 1887-Buenos Aires, 1960). Periodista de turf en diarios y revistas, entre otros *La Montaña*, *El Telégrafo de Montevideo*, *La Nación*, *La Razón* y sobre todo *Crítica*, donde hizo popular sus crónicas escritas en lunfardo, algunas de las cuales fueron reunidas en *A rienda suelta* (Buenos Aires, Gleizer, 1925), libro en el cual Leopoldo Marechal encontró "un aire inconfundible de verdad".

1925

Enrique Wernicke
El cine ABC

El cine ABC ocupaba el antiguo local de un pobre teatro al que habían modernizado la fachada con dos manos de pintura. Venía a quedar en pleno arrabal de Belgrano, a unas cinco cuadras de la estación y a la orilla de un pantano amarillento, que delineaba el fin de la ciudad.

Era un edificio recargado de molduras y firuletes. Tenía estampado en el frente un lema retorcido que decía: "La muerte sí, pero antes la vida". Y en las carteleras, donde exponían el programa, con sólo raspar fuerte con la uña, se adivinaban anuncios pasados, de compañías ya muy lejanas y perdidas, que hacían un efecto tan fúnebre como el lema de la fachada.

Daba funciones los sábados y los domingos. Todos los viernes santos presentaba "La Pasión". Y cada tanto, cuando se atrancaba la máquina Pathé, o así lo exigían los oficiales de Justicia, cerraba por tres o cuatro semanas. En este último caso, un cartelito manuscrito, clavado en la puerta, anunciaba el motivo de la medida:

"Nuestra casa permanecerá cerrada durante breves días a causa de dificultades financieras."

El dueño del cine era un viejo francés, espiritista y solitario. Se conocía poco y se hablaba mucho de su vida. Como había pintado los telones de la sala con motivos de ninfas y centauros, corría la historia de que cada uno de los desnudos reproducía algún amor de su vida. Pero la leyenda era

falsa. El francés tenía muy poco que ver con las mujeres y siempre que las nombraba agregaba unas maldiciones. Además, en cuestiones de moral, mostraba ser muy exigente, sobre todo con los niños. No perdonaba ninguna travesura. A tal punto exageraba su celo, que había hecho un agujero en la boletería, que le permitía espiar desde su silla a los chicos que fumaban de contrabando en el servicio. Si llegaba a pescar a alguno ensayando unas pitadas, pateaba en el tabique y gritaba enfurecido:

—¡Tirá ese pucho! ¡Te voy a pegar, mocoso peste!

En realidad, el único amor del viejo era su sala de espectáculos. Para ella vivía y se afanaba. Ponía en su cariño un calor humanista y había logrado infundirle el mismo color y misterio de su vida.

Recuerdo aquel cine de barrio como la primera diversión de mi infancia. Debía tener por entonces unos doce o trece años. Era bastante hombrecito. Conocía los recovecos del amor y empezaba a dolerme la mujer porque me había enamorado de Clod, una nieta deliciosa del francés.

Este amor me obligaba durante el día a portarme como un grande. Pero mi niñez se desquitaba con la almohada, soñando con fugas tropicales y peleas a lo pirata Morgan.

A veces me ponía melancólico y lloraba mirando el techo. No sé por qué mi vida era muy triste. Quizás me aplastaba la sordidez de mi barrio. También, es verdad, aquel condenado amor me hacía sufrir lo indecible. Mi madre opinaba que yo pensaba demasiado y para arrancarme una hipotética sonrisa me llevaba de la mano al cine.

Ahora me doy cuenta de cuánto se equivocaba. Por culpa del cine yo pensaba tanto, y por culpa de Clod estaba tan pálido.

No puedo precisar aquel día en mi calendario. En cambio recuerdo nítidamente haber despertado con un cielo gris. Hacía calor. Me asomé a la ventana en camisa y la ciudad me pareció terriblemente silenciosa.

Estos detalles se han grabado en mi memoria. También

recuerdo que mi madre me regañó y que yo me largué a llorar. Después no quise ir al colegio y me escondí en mi cuarto. Estaba enormemente triste.

Debe haber sido tan significativa mi cara, que mamá decidió llevarme al cine.

Llegamos con mi madre a la hora de la matinée, después de haber capeado un vendaval que azotaba el desamparo de la calle.

El portero nos recibió con una sonrisa complaciente, un poco tortuosa y extravagante. Hablaba con gestos apurados mientras espantaba a manotazos a una turba de chiquillos pedigüeños.

—Hoy tenemos un magnífico programa –nos dijo–. ¡Chaplin! ¡Extraordinario! –y volviéndose hacia los chicos que asediaban la entrada:

—¡Fuera la chinche! ¡No hay colada! Perdón. Pase usted, señora. Por la derecha. –Nos hizo una pantalla de secretos con la mano y agregó con la voz confidencial:

—¿Sabe? ¡La izquierda es la entrada de los anarquistas!

Nunca había visto la sala tan llena. Indudablemente el programa había entusiasmado a toda las familias del barrio. Estaban repletas la platea y el paraíso. Y una animación inusitada, sofocante y aturdidora, espesaba la atmósfera del cine. Había un aire de estreno o de mitin político.

Por milagro encontramos dos sillas y en ellas nos ubicamos. Mamá me decía, continuando un responso que traía desde la calle:

—Tú, mi chiquito, no tienes que ser tan malo. Los hombres no deben ser tristes. Hace mal. ¿No ves qué buena parece la gente, cuando está animada?

Y de pronto se turbó, porque había advertido que aquella animación era demasiado extraña.

Un hombre gritaba junto a nosotros:

—¡El trabajo es una peste! ¿Qué me dice usted? ¡A mí me duelen "todos" los brazos! –suspiraba fuerte, y seguía–: Los patrones debieran reventar. Menos mal, ¿eh? Ahora vamos a ver algo bueno –se ponía a reír y cortaba de golpe su carcajada.

El resto de las voces nos llegaba como una ola. Unas palabras se sumaban a las otras, perdían su sentido y formaban una montaña de exclamaciones. Desde el paraíso desbordaba otro murmullo y caía en cascada sobre la platea. El cine resollaba como un fuelle.

Mi madre quiso seguir hablando:

—Mi chiquito, no ves... –pero no pudo decir más.

Una voz gruesa y sonora la interrumpió.

—¿Por qué demonios no empieza?

En el paraíso acompasaron los gritos con un pateo regular.

Para calmar el alboroto nos enviaron al chico del Portero. Subió al escenario con un clarín en la mano y el programa en la otra. Desafinó tres trompetazos y después leyó con una voz destilada:

—Programa extraordinario, chusco-trágico. Chaplin y sus zapatetas. Directamente importado de Francia. Tres cintas de mucho espíritu y otra de largo metraje. Director del espectáculo: Jacques Dupont.

Y como si continuara leyendo el programa, con el mismo tono indiferente, agregó:

—Que el patrón manda decir, que se aguarden un momentito, que en seguida va a comenzar.

Ya casi había abandonado el escenario cuando recordó un detalle, volvió corriendo y exclamó:

—¡Gracias!

El remiendo fue tan sincero, que el público lo aplaudió como a un astro.

Volvimos a la espera. Otra vez los murmullos rellenaron el cine. Mamá terminó de aclararme su pensamiento:

—Porque la vida hay que tomarla como viene. ¿Has visto? Siempre pasa igual. Y hay que comer mucho, ¿eh?

Sus palabras eran inútiles. Encerrado en mí mismo, sólo acertaba a contener las ganas de llorar. Tenía la vergonzosa sensación de estar derramando una tristeza tan palpable y visible como un plato de leche volcado en el suelo.

Clod había dado un paseo por la sala sin acercarse hasta nosotros.

Temía que llegara demasiado pronto, antes de poder espantar mi desazón. Temía saludarla y ponerme a moquear y a la vez desesperaba por sentirla a mi lado. Estos deseos tan opuestos me distendían el alma.

Repentinamente nos dejaron en tinieblas. Todos nos levantamos para ver mejor, y en medio de las protestas de los que no veían, comenzó a iluminarse la pantalla. Calmando las exclamaciones, el portero anunció gritando:

—¡Carlitos Chaplin, el mago!

Aplaudieron frenéticamente. En ese instante sentí que Clod me tomaba las manos.

Como lo suponía, me largué a llorar.

Enrique Wernicke (Buenos Aires, 1915-1968). Del novelista de *La ribera* y *El agua*, también cuentista y autor teatral, se reproduce un texto de *Función y muerte del cine ABC* (1940).

1926

Enrique González Tuñón
Camas desde un peso

Me río de la bondad del mundo y de la justicia de los hombres. Ahí tiene a la Nucha. Hace algunos años le permitían que vendiera drogas a todos los viciosos de Buenos Aires. Ahora la persiguen, la encarcelan y le niegan la dosis de morfina que necesita para seguir muriendo lentamente. Antes era amante del comisario, del subcomisario, del inspector y del auxiliar. Ahora la pobre es un desecho.

Eran las tres de la mañana. La lluvia descendía melancólicamente sobre la ciudad. Caminábanos juntos, con las ropas mojadas, los zapatos encharcados, la cara y las manos húmedas, cada uno con su pensamiento abriendo a la honda pena humana el refugio cálido del alma.

Me pregunté desesperado:

—¿Por qué habrá muerto mi madre?

Recordé su voz en la negra soledad.

—Hijo, hijo, hijo mío... Yo te protegeré siempre. Jamás te faltará el calor del hogar.

El mundo es un desierto. Soy un hombrecillo anónimo, un dolor anónimo en la inconmensurable superficie de la tierra. Quisiera llamar a mi madre para que me diera su caricia y levanto al cielo la mirada. ¿En cuál estrella se habrá asomado para proteger mis pasos?

Indalecio me toma del brazo y me dice:

—Tristeza, tristeza, tristeza, amigo mío.

No tengo un cobre. No tengo a quién pedir un cobre. He agotado todos los recursos. Desde hace ocho días me alimento con café con leche y me voy sin pagar de las lecherías aprovechando el menor descuido del mozo. Tengo en la pituitaria ese olor de la leche recalentada.

He digerido ya mi honestidad. Pienso que después de todo soy un hombre liberado; un hombre que arrojó por la ventanilla de su desván de miseria el lastre inútil de la honestidad.

Al fin de cuentas, ¿qué es un hombre honesto? Un fabricante que explota a cientos de obreros, paga impuestos cuando no puede eludirlos con una coima, cumple con las reglamentaciones legales, engorda, cohabita con libreta de registro civil, educa a sus hijos en la misma escuela, come con voluptuosidad animal, ocupa su butaca en el teatro, se deleita con la música empalagosa, eructa y se duerme pacíficamente, es un hombre honesto.

El empleado que acepta su situación de súbdito, escala puestos, es el perfecto alcahuete del amo, vende a sus compañeros por mucho menos de treinta dineros, obedece al horario, goza su licencia, fabrica hijos y se pavonea con la mujer preñada, es un hombre honesto y, además, un hombre que mira por su porvenir.

El funcionario que usufructúa una posición holgada conquistada horizontalmente por su cónyuge; el canalla político que alienta encomiásticas aspiraciones de inmortalidad, son señores honestos.

Estoy harto de la honestidad. Harto de las personas honestas. Asqueado de la mediocridad con dos patas. El abdomen burgués me produce asco. Me indigna la injuria de esa bestia que se nutre junto a la vidriera del restaurant abofeteando a la miseria que pasa. La imparcialidad me revienta e igual me acontece con la vida normal. ¿Qué es la vida normal? Vivir sin una aspiración, vegetar pasivamente. No tener jamás un sueño luminoso ni alumbrar la oscura existencia con un rayo de locura.

¿Para qué quiero cien años de vida normal? La rabia se transforma en lástima y compadezco a esas pobres criaturas

normales que quedan bien con todo el mundo. Con la ley y con Dios. Para obtener su asiento en el Paraíso les basta con la señal de la Cruz a la hora de dormir. Y después de la señal de la Cruz, bajo las abrigadas cobijas, el compadecer a los desdichados que se mueren de frío en los umbrales inhóspitos.

No tengo un cobre. No tengo honestidad. La he regalado al mundo. Venga en buena hora la locura, la ardiente locura de un sueño que será mi eternidad. Comprendo al individuo estrafalario que vivaba a los faroles encaramado en un poste telegráfico, pues de cada farol un día no lejano será necesario colgar un canalla.

He llegado al hotel. En la puerta recórtanse las figuras de los facinerosos. Al acercarme me observan con minuciosidad de policías y en el instante de transponer el umbral uno de ellos musita:

—Parece un chorro.

Voy subiendo la escalera del hotel y el edificio me pesa sobre el alma. Por primera vez cuento los peldaños. Son sesenta y cada uno se empina en mi orfandad. En el "hall" descubro a un amigo de otros tiempos y siento que me mortificaría si supiera que todas las noches duermo allí, porque me humillaría con sonreír compasivo. Y en el momento en que me decido a explicarle que he perdido el tren –un tren cualquiera que pudiera llevarme a un hogar– el hombre del hall descubre mi intención y no me da tiempo a mentir. Con sorna, seguro de que me está haciendo daño, deja caer estas palabras:

—Amigo, hoy no hay cama para usted. Ni de un peso, ni de un peso cincuenta.

Enrique González Tuñón (Buenos Aires, 1901-Cosquín, provincia de Córdoba, 1943). Hermano mayor y ángel tutelar del poeta Raúl González Tuñón, murió tempranamente de tuberculosis. Del autor de *Camas desde un peso* (al que pertenece el fragmento elegido), *Tangos* y *El alma de las cosas inanimadas*, César Tiempo dijo que tenía una "mente en incandescencia"; fue un feroz ilustrador de la crisis argentina de 1930.

1927

Adolfo Bioy Casares
Diario para monos

Sostuve siempre que por los años veintitantos Buenos Aires fue un emporio riquísimo, donde encontrábamos cualquier cosa, aun la fantasía, en su más extraordinaria profusión. Los verdaderos excéntricos, del género de mi tío Joaquín, en aquella época eran más comunes que ahora.

Mi tío descollaba por sus concepciones originalísimas. Desde luego, una gran idea no cruzó nunca su mente. Como inventor yo lo pondría, sin embargo, cerca de un Henry Ford o de un Edison: genios que amasaron una envidiable fortuna para los herederos. Lo que dio a mi tío Joaquín la mayor fama fue su diario. Cuando yo era joven, el nombre del diario sugería inmediatamente el de mi tío, y viceversa. En cambio, en los tiempos actuales... ¿Habrá que admitir que somos desmemoriados? Una rápida encuesta entre los amigos del club parece indicarme que hoy nadie se acuerda del pionero del periodismo que tuvimos en la familia.

Hubo muchos fundadores de diarios, pero únicamente a mi tío Joaquín se le ocurrió la idea de fundar un diario para monos. Como si fuera ayer, recuerdo la noche en que nos refirió el proyecto. La familia en pleno, reunida alrededor de una larga mesa, lo escuchaba sin pestañear. Mi tío Paco, el eterno escéptico y polemista, por último protestó:

—¿Un diario para monos? Te vas a arruinar. Ni que viviéramos en el centro del África. Contestáme con la mano en el

corazón: ¿creés que son una infinidad los monos afincados en territorio nacional?

—Yo lo he pensado –replicó Joaquín–. Sean los que sean, carecen de diario. El que estoy planeando llevará como subtítulo: *Todo lo que interesa a los monos.*

En cuanto al título propiamente dicho, al comienzo fue: *Diario exclusivamente para Monos*, pero después de los tres o cuatro primeros números, mi tío descartó la palabra *exclusivamente*, argumentando que podría atraer, por curiosidad malsana, a lectores humanos. Como lo prueba el referido escrúpulo, Joaquín era una persona de acrisolada honestidad y de razonamientos agudos, que de vez en cuando se apoyaban en bases poco resistentes. El diario, aunque de gran tirada, alcanzó vida efímera. De modo irrefutable mi tío Arturo, el más atinado de todos nosotros, objetó:

—¡Diario para monos! ¿Con qué mono especulás?, lo que interesa al mico, provoca la indiferencia del chimpancé.

Adolfo Bioy Casares (Buenos Aires, 1914-1998). La ciudad en la que nació, donde vivió toda su vida y por cuyas veredas caminó, está presente en la obra del cuentista de *La trama celeste* (1948) y del novelista de *El sueño de los héroes* (1954). "Diario para monos" se publicó en el N° 1 de la revista *Feriado Nacional* (1983).

1928

Roberto Arlt
El ómnibus de extramuros

Hoy el cronista se ha despertado con furor profético. Augura males infinitos, prevé que cualquier día de estos habrá una degollina de guardas de ómnibus... Sí, tiene ese fatal presentimiento. El de una carnicería que diezme por completo el gremio forajido y temible. ¿Y por qué el cronista alberga ese fatal presentimiento? Pues porque ha descubierto la *parrilla criolla* a bordo de los ómnibus de extramuros.

¡Era lo único que faltaba! Que en los ómnibus se instalaran cocinas portátiles, donde se fríen chorizos y chinchulines.

Viaje de extramuros

¿Quién ha viajado en ómnibus de extramuros? ¿Quién ha tenido el coraje de recorrerse este circuito que se llama Lope de Vega y Jonte o Liniers y San justo? ¿Quién ha tenido el coraje de efectuarlo? ¿Dónde está ese magnánimo héroe para que el cronista lo felicite e inmortalice?

Aventura ardua y peligrosa. No conoció nada peor Ulises, llamado el Odiseo o el Sutil.

¿Qué quieren los griegos con sus Caribdis y Scila, y con su Quimera de chafalonía, y con sus medusas de papel pintado? Aquí, en Buenos Aires, en pleno ómnibus quisiéramos verlo a Héctor o Aquiles, o Hércules. Sí, aquí, a bordo de un ómnibus y entonces se acabaría la Ilíada, a manos de un

barbudo boletero cuyo infatigable grito de guerra es siempre: ¡Córranse más adelante! ¡A ver ese primero si se corre! ¡¡¡Corrannnsennn!!!

Sí, qué héroe griego hubiera resistido el circuito Lope de Vega-Rivadavia por Jonte, o Liniers-San Justo-Haedo.

De lo que ocurre en los ómnibus

Admitamos que "eso" sea un ómnibus. Lo admitimos aunque la teoría lo niega. Lo admitimos. Eso es un ómnibus. Un cajón pintado de color chocolate o sangre de toro. En el interior una ringlera de asientos. Llamémoslo asientos, porque si no ni Dios nos entiende. Pero son asientos de teoría. Por entre las roturas de los "cueros de cartón piedra" salen brulotes de alambre de púa. Más que asientos parecen aparatos destinados a tormentos inquisitoriales. El piso está rajado en largas hendiduras, lo cual es un beneficio que le dispensa la compañía al cliente, para que no se asfixie. Cierto es que por esa hendidura entran "raudales de polvo", como diría un poeta de parroquia, pero no siempre se puede "hermanar el arte con la industria". Un facineroso que se roba la mitad de los boletos oficia de boletero. Pertenece a la escuela estoica.

No habla, sino que a empujones introduce al pueblo en el carricoche. Esgrime el aparato boleteril como Hércules su clava. ¡Guay del que se le insolente!

Conduce el ómnibus un sujeto provecto, embufandado hasta los ojos, catadura de misántropo escéptico en todo lo que se refiere al motor de su coche. Y decimos escéptico porque este hombre a mitad del camino detiene el vehículo, levanta el capot del motor y se queda mirando el esperpento como quien asiste a un prodigio. Luego "le da" a la manivela, y el arca arranca otra vez. Así dos cuadras. Luego el mismo juego. ¿Qué es lo que pasa?

¡Pues que el hombre está asombrado de que el motor funcione!

Los que suben

Suben. Sube una señora. La señora es gorda, pero en los brazos trae un bulto. La señora es pantalonera. El bulto es negro y grandote. Como el pasillo es estrecho, la señora apoya su bulto en la crisma de sus semejantes y creen que se les viene una casa encima. El facineroso de los boletos se ríe graciosamente y a empujones enfarda la señora en el coche.

Viene otra señora a dos cuadras de distancia. Hace más señales que un semáforo. El coche aguarda. Sube la señora y sube un perro. Un perro que después que subió se asustó. Y hay que echarlo al perro. Y echarlo al perro es un problema. El perro muestra los dientes y gruñe razonablemente. El guarda toca repetidas veces el timbre y el Arca de Noé arranca con perro y todo. El guarda quiere cobrarle boleto de perro a la señora y se arma allí una disputa de los mil diablos. Pero al pagar la señora su boleto se le caen diez centavos al suelo. Y la señora comienza a buscar los diez centavos. "Permiso, señor", "permiso, señora". La maldita vieja molesta a todo el mundo. Y sube un manisero. Un manisero con el cachivache que echa más humo que una locomotora. Nos asfixiamos todos y no se entiende nadie. El perro inicia un conato de tarascón en la pantorrilla de una mocita y se produce una algarabía infernal. Por fin desciende del coche maldiciendo a todo el mundo la mujer del can, y el can mostrando tremendos dientes. Un anarquista silba *El barquero del Volga* y lo acompaña el manisero con el cornetín. Dan ganas de implantar el fascismo.

Y ahora es la parrilla criolla

Y esta mañana, amén de un naranjero que se disputa la clientela, el cronista ha descubierto a bordo de ese *piccolo navío* a un soberbio granuja con una parrilla criolla portátil. Y el hombre, junto al motor, con su cocinilla minúscula, hacía freír chorizos y chinchulines, preparaba emparedados de ubre y los ofrecía a los tripulantes del Arca. Un rico olor de

grasa se desparramaba en poéticos bucles de humo por el carruaje de Satanás. Y como hacía frío, y el olor a comida incita a alimentarse, pronto ocurrió que el ómnibus estuvo convertido en un restaurante automóvil. ¿Se dan cuenta ustedes? Un naranjero también hacía correr la mercadería mientras un ruso vendía cinturones y carteras.

—¿Dónde ocurre esto?, nos preguntará el lector. Pues nosotros le contestamos: esto ocurre en Buenos Aires, a 20 minutos de la Plaza de Mayo, y a 20 cuadras de Rivadavia, ya tome usted por el Norte o por el Sur.

© Editorial Losada S.A.

Roberto Arlt (Buenos Aires, 1900-1942). En 1928 se publicó en el diario matutino *El Mundo* la primera de sus aguafuertes porteñas. Retomando el artículo de costumbres de Fray Mocho y al mismo tiempo que elaboraba sus novelas y cuentos (*El juguete rabioso, Los siete locos, Los lanzallamas, El amor brujo, El jorobadito*), Arlt usó esas crónicas como bastidor de su obra literaria, y como medio para convocar a un público lector que lo siguió con inalterable interés. "El ómnibus de extramuros" apareció en *El Mundo* del 23 de julio de 1928.

1929

Albert Londres
El camino de Buenos Aires

Yo he visto puertos.

—Los he visto. Los he visto y... veré todavía.

Pues bien, en nombre del respeto que a veces tengo por la verdad.

En nombre de los cabellos blondos de mi amiguita.

Ver La Boca es ver algo más también.

La Boca: La Boca de Buenos Aires.

Buenos Aires es uno de los tres grandes puertos, el más al Sur de la tierra. Es necesario también andar tres kilómetros para llegar a La Boca. Mirad el plano y veréis que las mujeres que están allí no podrían descender más bajo.

Así como hay el cabo del mundo, La Boca es el cabo del mar.

André Tudesk pretendía que el mar comenzaba en un punto determinado y que ese punto era Trieste. Una vez me tuvo un buen rato ante el Adriático hablando sobre ese tema. Trataba de probarme a fuerza de razonamientos grandiosos que su afirmación no debía nada a la fantasía. Y viendo un remolino que se produjo en el puerto, gritó: ¡Mire, mire el nacimiento, mire cómo hierve!

Si él no me hubiera abandonado, a mí su viejo amigo, para morir en Saigón, lo hubiera llevado aquella noche a La Boca y le hubiera dicho: Tú me has revelado un secreto, me has descubierto el nacimiento del mar. Te lo agradezco. Ahora bien, si el mar nace o empieza, debe terminar y yo he en-

contrado el término del mar. No se lo digas a nadie, pues podrían robarme el descubrimiento, pero mira, estamos en él.

La Boca parece una conciencia que se hubiera cargado de todos los pecados mortales y que abatida viviera allí en medio de la maldición.

El cuadro que presenta tiene el poder espantoso del juicio final de Miguel Ángel.

Todos aquellos barcos que hay en el río no tienen seguramente otras misiones que la de recorrer los vastos mares en busca de almas condenadas a La Boca.

Condenadas no a morir, sino a vivir.

Lo mismo que los naranjos en flor embalsaman el camino hasta una distancia de dos o tres mil kilómetros del huerto, las mujeres que se prostituyen allí cargan la atmósfera de compasión.

Una fábrica de automóviles decía, haciendo su "reclame".

Nuestra fábrica es una fábrica de besos. Es uno de los puntos del mundo donde, a este respecto, se trabaja más regularmente, matemáticamente, en serie.

Los barcos están anclados. Los paquebotes duermen a un lado en los muelles de Buenos Aires. Vapores de carga recibiendo lanas, reses que no solamente se han partido en dos, sino que se las ha hecho congelarse, para estar más seguros de que no se escaparán en el transcurso del viaje. Vapores que remontan el río y lo remontan tan alto que van hasta una ciudad llamada Asunción. Viejos veleros de carga salidos del estrecho de Magallanes. Últimos veleros, prisiones flotantes donde la miseria de los hombres es grande y que vienen de buscar el viento a través del cabo de Hornos y de los fríos de la Tierra del Fuego. ¡Todos los arrastra chancletas del mar, todos los desheredados de la navegación, todos los afiebrados del gran lago!

Es el reino de los polacos.

Se trabaja en La Boca. Eso no es nada. Se come y se bebe; tampoco es nada. Nada es nada, ni esto ni aquello. ¡Pero la polaca no cuesta más que dos pesos y eso es todo!

La Boca no tiene intendente. ¿Es porque depende de Buenos Aires y es Buenos Aires mismo? No. Es que el intendente que le hubiera convenido no es elegible. No es de este mundo, y además está fuera de la ley: es Lucifer el amo de la danza luciferiana.

¡El baile de La Boca!

El baile sombrío, melancólico, abrasador de la carne solitaria. Y la polaca su pareja.

Es preciso decir lo que se ve allí.

Se veía un cinematógrafo público en el cual se compraban boletos a la entrada como ocurre en todos los cines. A la puerta dos vigilantes os palpaban, os registraban y os desarmaban y era arrojado uno a la sala, como a una cima.

Lucifer estaba en la orquesta y con una batuta arrancada en ciertas puertas de Pompeya, dirigía sobre la pantalla las rondas afrodisíacas.

Alrededor de la sala estaban los palcos.

Eran algunos de esos paraísos que los polacos prometen a las polacas.

Mientras la pantalla materializaba ante vosotros esos sueños que no tienen otro encanto que el que dimana del espanto, la polaca, sin duda auxiliar de la policía, pasaba entre las filas de los espectadores. Registraba a los hombres, los palpaba y, si no habían rendido todas las armas, los conducían a los pequeños palcos para proceder, según la ley, a un segundo desarme.

La barraca está todavía allí en el Matadero. Y como espíritus no satisfechos, sombras atraídas por el fuerte olor del pasado, rondan alrededor de las ruinas del templo.

Se ven allí espectáculos que según vuestra naturaleza os harán tapar o cerrar los ojos. El desorden llevado hasta allá se convierte casi en inocencia. Por eso es por lo que por mi cuenta he abierto los ojos todo cuanto he podido. Y lo he visto todo. ¿Que qué es lo que he visto? Los que quieran saberlo no tienen más que dirigirme una palabra, yo les daré cita y, a las damas sobre todo, les referiré la cosa gratuitamente. Así crearía en el ramo de librería el suplemento gratuito y oral. ¡Yo debo ser un precursor!

He aquí los bares. En los bares la mujer os cae del cielo, os brota a vuestros pies. El cielo está representado por un estrado levantado cerca del techo. En ese estrado tocan el violín veintidós mujeres. Todas ellas ejecutan movimientos con los brazos y sin embargo no se oyen más que las notas de tres instrumentos. ¡Ah oídos míos! ¿No eres tú el servidor más fiel de mi entendimiento? ¿Veintidós señoritas tocando apasionadamente el violín y eso me hace el efecto de un trío?

Las otras diecinueve instrumentistas no tienen pez en los arcos. Por mucho que toquen no darán jamás una nota falsa. Por otra parte, su arco no está destinado a producir notas sino para hacer señas.

Ven conmigo, pequeño...

¡Un golpe de arco en dirección al pequeño!

Las camareras no os llevan nunca el vaso solo. Al colocarlo en la mesa, sientan su miseria en vuestras rodillas. ¿Vas a tomar o vas a dejar? Responde. ¿Elegiréis la artista y la que no sabe tocar el violín sin resina? Deben estar fatigadas, no las hagáis esperar mucho tiempo, vienen de muy lejos: de Varsovia. Ésta es francesa.

—¿De dónde eres?

—De Angulema.

Con la bella iglesia en alto,
Angulema en tu castillo

He aquí las calles que recuerdan tan bien a la colonia, el muelle desolado a lo largo del río. Helas aquí en el cabo del mar, a donde han venido a hacer la guardia como pobres soldados de infantería colonial...

No dejarán el sitio a causa del coronel.

Pero es el resto lo que canta, es el resto lo que hace La Boca. Es a causa del resto por lo que los polacos firman contratos en las pocilgas israelitas de Polonia.

Es la "casita" de La Boca.

Esto es insospechable.

En estas "casitas" la sala de recepción es el patio. Un patio alumbrado solamente con una lamparilla. Este patio, por comparación, no despierta en sí más que un recuerdo: el corredor secreto de los fumadores de haschich, en El Cairo.

No se pronuncia una palabra ni se hace un gesto. Los hombres en vez de estar sentados, están de pie, con la espalda contra la pared. Humildes, pacientes, resignados, como un grupo de pobres que esperan en invierno a la puerta de un establecimiento de beneficencia.

Y esperarán tres horas ese otro pan que van a buscar allí.

A causa del silencio religioso, se creería estar en una iglesia. No se admiraría uno de ver a aquellos fieles hacer señal de la cruz al pisar el dintel. Pero falta la pila del agua bendita.

¡La entrada es libre!

La guardiana no está allí más que para tocar un silbato en caso de trifulca, y acudirá el vigilante, el vigilante a quien el polaco da dos pesos diarios. ¡Lo cual hace que la mujer trabaje una vez para el vigilante!

La guardiana es una chilena muy vieja y que roe un hueso de pollo y una banana.

También los atorrantes se aprovechan de ello. Además, tienen derecho como los demás habitantes de La Boca.

Todo el mundo es admitido a comulgar.

Todos esperan en el mayor recogimiento.

No se mira al vecino. Los ojos están fijos en las baldosas y no se levantan más que cuando aparece la sacerdotisa. Entonces todas las miradas se dirigen a ella, y vuelven a posarse en las baldosas cuando cierra nuevamente la puerta.

En ciertas épocas la cierra de setenta a setenta y cinco veces por día.

Esto es cierto.

Son nuestras pequeñas polacas las que cumplen el contrato a fin de dejar a salvo el honor de la familia.

¿Y esos hombres? ¿Creen ustedes que son hombres que van a divertirse como se dice? Son mendicantes de la gran limosna.

Algunas veces la policía hace irrupción en la "casita". Entonces los mendigos levantan los brazos dulcemente y comienza el registro. La joven judía abría la puerta precisamente en ese momento.

Aquellos quince hombres que la miraban con los brazos levantados, parecían balancear palmas en su honor.

¡Hosanna!

Albert Londres (Vichy, Francia, 1884-algún lugar del océano Atlántico, 1932). Reportero francés cuyos libros de viajes, crónicas de aventuras e investigaciones especiales fueron grandes éxitos de librería. *Le chamin de Buenos Aires*, serie sobre la trata de blancas en la Argentina, publicada por el diario *Petit Parisien*, fue recogido en libro por la editorial Albin Michel en 1927. Hubo muchas ediciones argentinas, algunas piratas. En 1991 Bernardo Kordon tradujo y prologó este libro (Legasa, Buenos Aires, 1991). Otros títulos de Londres son *Le juif errant est arrivé, Au bagne, Le pecheur de perles.* Desapareció en el mar al incendiarse el paquebote *Philiper*, en el que viajaba.

1931

Carlos de la Púa
Che, Carlitos... ¡largá la canzoneta!

Anoche andábamos en banda por la ciudad con Discepolín, el punto más alto de la emoción milonguera. Cuando llegamos al Broadway para oírte cantar. Desde la vereda de enfrente, para que no se nos escapara ninguna letra, ni un foquito, campaneamos con orgullo el cartelazo que se fajó el amigo Álvarez en tu honor, en el frente del rascacielo criollo, y en un estado de ánimo macanudo entramos para oírte de nuevo, para escucharte con verdadera devoción, con profunda fe milonguera, embargados por el recuerdo porteño de tu voz que alumbró una hora lunga y querida de nuestras vidas.

Desensillamos en una platea pullman, tiramos el lente a la sala, que presentaba un aspecto magnífico, llena de mujeres hermosas, de puntos filipinos y tibia de entusiasmo. Pasaron unos minutos que nos parecieron años por la ansiedad, cuando entre una descarga nutrida de aplausos apareciste vos... más pibe que nunca, más camba que siempre, repartiendo sonrisas como si fueran mangos.

No hay nada que hacer, Carlitos: sos grato de verdad, sos canchero y entrador como ninguno; la sala entusiasmada aclamaba a su ídolo y fue entonces cuando ante ese sostenido palmear de manos blancas de mujer y curtidas manos de hombres, advertí el mejor homenaje a tus condiciones indiscutidas de cantor típico de un pueblo como el nuestro, taura para el amor y taura para el arte.

Hicieron un paseíto preliminar las violas y en medio de un silencio impresionante tu voz de oro, tu voz que desde los piringundines reos de la ciudad arrastró a poco elevándose, transfigurándose, recorriendo toda la gama de la emoción hasta culminar en un sostenido final que hizo estallar a la sala de aplausos.

Ni una sola mano se quedó quieta, hasta los acomodadores aplaudían a la calandria criolla, que tan alto hacía tallar el sentimiento.

Después del primer tango vino otro, luego una ranchera y después... cuando la sala enardecida de criollismo con una hermosa confusión de chicas fifís y de reos pedían "Mano a mano" y "Confesión"... vos, Carlitos Gardel, el brillante puntero de nuestro corazón orre, te adelantaste y con la misma serenidad y con la misma entonación que ayer ponías en decir: "Ahora voy a cantar tal tango", dijiste: "Ahora voy a cantar una canzoneta napolitana".

Bueno, mirá viejo, si en una de mis andanzas por el mundo lo hubiera encontrado al Viejo Vizcacha del *Martín Fierro* fumando cigarrillos Camel, no me hubiera causado tanta sorpresa.

Nos miramos con Discépolo y con nuestro lengue que estaba acostumbrado a almacenar mocos, nos secamos una lágrima.

No podíamos entender lo que escuchábamos, allí mismo, sobre la calle Corrientes, frente al público porteño que nunca le importó, tal vez, sino tu corazón y tu entonación porteña, donde vibra el alma de nuestro pueblo; vos, Carlitos Gardel, anunciabas una canzoneta. Parecía imposible y sin embargo era verdad.

Mirá, Morocho, por llamarte como los muchachos de antes; vos sabés bien que yo soy un amigo sin grupo; que en estas mismas páginas que las trabajan de recién nacidas me he jugado muchas veces en tu defensa, para señalar a cada rato la diferencia enorme que hay entre vos, milonguero clásico, y los otros milongueros de hándicap.

Vos sabés que soy incapaz de tirarte, porque sería tirarme

sobre algo mío, como son las cosas que vos cantás y que te dieron nombre, pero siento la necesidad de decirte esto, que me sale del corazón: largá las gringadas esas que serán muy bonitas pero que nosotros no las concebimos cantadas por vos.

No profanés, hermano, las cosas nuestras que te dieron gloria y guita alternándolas con esas macanas franconapolitanas, que no nos interesan, que no las sentimos y que... bueno. No te dejés engrupir, Carlitos, largá a tiempo antes que se te pase el santo por el elemento rante y empiecen a disminuir los discos, que bien sabés que no los compran los bacanes.

Hacé como yo, que dejé el chamuyo inglés al desembarcar, junto a la propina del camarieri de a bordo.

Pensá que mañana se te puede pinchar un neumático y cuando te quedés en yanta... el amor del pueblo vale mucho, por eso no tenés que dar motivo para que pueda echarte nada en cara.

Tu querido Buenos Aires, la calle Corrientes, la Cortada, los burros, el tango, la milonga, ésa es tu vida, tu verdadera vida; todo lo demás es grupo.

Abrite de esas cosas raras y algún día me lo vas a agradecer.

Carlos de la Púa (Seudónimo de Carlos Raúl Muñoz y Pérez, Buenos Aires, 1898-1950). Su poemario escrito en lunfardo *La crencha engrasada* (1928), subtitulado *Misal reo*, es considerado, junto con los *Versos rantifusos* de Yacaré (Felipe H. Fernández), la cumbre de la poesía lunfarda. "Literatura y buena", dijo de *La crencha...* Borges a quien le gustaba, de Carlos de la Púa, "la sentencia inmediatamente feliz, la definición inventora". Fue también un popular periodista, que a veces firmaba como "El Malevo Muñoz". El texto elegido se publicó en *Crítica* del 15 de septiembre de 1931.

1931

Raúl Scalabrini Ortiz
Libreta de apuntes

ENCANTO DE BUENOS AIRES. —La trabazón que da la soledad. El porteño es un marino. Buenos Aires es un enorme barco inmóvil que está varado en la vida.

ESTADO DE ÁNIMO. —Un atardecer en la esquina de Santa Fe y Junín. El cielo que se empaña. Un rastro rojizo de luz. Amarillean ya las ventanillas de los tranvías y las vidrieras de los comercios. Cada tranvía conduce una mujer bonita. ¿Quién será? ¿Adónde irá? Se recuerdan los lugares en que se conocieron muchachas. Es una imagen rápida y fugaz. Casi una idea. Flores. Cabildo. En cada barrio hay una novia que se tuvo y se reencontraría encantado. Su conocimiento fue obra de la casualidad. Pero está el centro... Todos los tranvías con mujeres bonitas se van para allá. ¡La calle Florida, angosta y sensual! ¡Oh, si uno pudiera estar en todos lados al mismo tiempo! Y de pronto, sin motivo, el apabullamiento. Es la tristeza que chorrea. "De todas maneras no me van a querer. No tengo auto". Y se va contristado. En la esquina a boca de jarro tropieza con un amigo algo entrado en carnes. No alcanzó a componer y el gesto y el otro observa: "Che, usted parece triste. ¿Qué le pasa?" "¿Triste yo? No, hombre, le habrá parecido. Pero de lo que no hay ninguna duda es de que usted está cada vez más barrigón". "La buena vida, che". Y ambos ríen.

PRECIO. —La mujer porteña pide dinero al hombre. Pide autos, trajes, cosas lujosas. No pregunta: ¿Qué es usted? sino ¿Qué

ha hecho y qué ha conseguido? Y el hombre, que ha sacrificado todo a la fidelidad de su espíritu, que ha cultivado su humanidad y nada más, advierte que eso no vale nada para la mujer, vale menos que el tapizado de un mueble o el barniz del auto.

DESENCUENTRO. —Las mujeres invaden las calles a la hora en que todos los hombres están enjaulados en sus oficinas. Al caer de la tarde –cuando comienzan las sombras; más tarde en verano, más temprano en invierno– las mujeres huyen a sus casas despavoridas. Las pocas rezagadas se enjambran en algunas esquinas y aceras, en Suipacha, en Lavalle, en Corrientes, en Florida. Esas rezagadas alcanzan cotizaciones elevadísimas de miradas, de deseos, de apetencias. Entonces hacen su presentación las mercenarias. Quieren hacer creer que son las que huyeron y vuelven, pero no engañan más que a los muy apurados. Así en la posesión de la calle se procede por turno riguroso. Es tan inusitado encontrar de noche una mujer en la calle Corrientes, como un hombre a la hora de la siesta en Suipacha.

SUEÑOS. —El porteño envuelve a la mujer que le atrae en una malla de sueños tan densa que la mujer es apenas la bolita de nieve que comenzó a rodar. Inventa proezas en que él es el héroe. Puerilidades. Él se avergüenza hasta de ellos. Se avergüenza hasta de haber cedido a su encanto.

ESCENA. —"No me hable de una mujer, exclamó. Tengo una fantasía exuberante e inmediatamente me forjó una imagen obsesionante, una imagen que me atrae como ninguna mujer podría atraerme. Entonces necesito ver a la mujer que me ha descripto para destruir la ficción que yo he creado, para despejar la alucinación". Y no le hablé. Quién sabe lo que hubiera ocurrido con ese tremendo porteño que se pasó de la raya, porque la mujer de quien yo iba a hablar era muy linda y no iba a encontrarla, porque ya se había muerto. Esto sucedía en el Café Tokío, frente a los Tribunales, en un ambiente de leguleyos y avenegras. Él era una de ellas.

CACHADA. —La cachada es la suplantación de la sorna. El Hombre es respetuoso con su interlocutor. La socarronería no es de su carácter. Cachar es inducir al otro con seriedad a una lamentable equivocación. Burlarse sin socarronería. Burlarse, pero no delante de él. El Hombre prefiere pelearse. La sorna se gasta solamente en complicidad chacotona con la víctima o cuando odia.

ODIO. —El odio porteño es insidioso y lento. Carcome pero no mata. Lo odiaba y le dio un puntapié al jarrón de Sevres que él más cuidaba. Se hizo el distraído. "Te voy a dar jarrones, pedazo de maricón", pensaba. El odio es tenaz, anida siempre detrás del hombre odiado. No hay comentario en que no reluzca y le dé un tarascón. "No me hables de ese idiota", dirá. Y fue él quien lo trajo a colación.

AVENTURA. —¡Qué prodigiosa aventura es para el porteño el relato de las aventuras de los otros! Oye con fruición las vidas ajenas. Las revive en él. El capataz del Banus, dice: "Yo quisiera una motocicleta para irme a Perú". El porteño ríe enamorado de ese disparate. El capataz es un alemán veterano de la guerra.

CINE. —El cinematógrafo es el mayor enemigo del espíritu porteño. Debía ser penado con fuertes impuestos para evitar una corrupción lamentable. Por él se cuela lo más antipático del ademán norteamericano: el elogio de la ambición, la pornografía apenas orillada, la sensualidad sin altura. El cine norteamericano es, además, un estupefaciente tan poderoso como el opio o la morfina. Es un substituto de la vida en que el uso de la vida se relaja. El espectador consuetudinario de cinematógrafo es un ente muy inferior en humanidad al lector de crónicas policiales. En las crónicas policiales suelen mentarse maestrías de humanidad insuperables.

DOMINGO. —El domingo porteño es tristemente célebre por su tedio. Ahora por lo menos, están los profesionales del fútbol.

ALEGRÍAS. —Ese miope porteño era un defraudador. Se recreaba con la policromía de los letreros luminosos y no veía las letras. Todos los porteños son algo miopes para las cosas que no llaman sus sentimientos. El introductor del Yum Yum, goma de mascar, hizo una propaganda de todos los diablos. Gastó un dineral. Todo Buenos Aires se divirtió a su costa, comentando el asunto; pero el introductor fundió hasta el último cobre. Las tragaderas porteñas no se adaptan al chicle.

EVASIÓN. —El Hombre casado que se evade de la tiranía de su mujer. La manda a Mar del Plata y él reemprende la vida de soltero. Se va a la milonga, a la trastienda de almacén que frecuentó antes. Busca a sus amigos. Es más feliz. No lo confiesa y dice añorar la mujer. No quiere demostrar su defraude.

PARÁSITOS. —Como toda especie exuberante, el Hombre porteño soporta parásitos que medran a sus expensas, chupan su savia y en compensación niegan su existencia o le vilipendian. Hablan ahora de la chusma agringada, de la pleble inculta, como antes hablaban de los tapes, de los mulatos, de los zambos, de los indios, de las chiruzas...

PATRIARCAL. —La familia porteña es patriarcal. Nada se insinúa en contra. Ver la obediencia que el dueño de la casa exige a sus hijos. El obrero está en la puerta de su casa. De pronto dice a los chicuelos, con una voz que no admite réplica: "A ver, mocosos, no molesten a su madre".

Raúl Scalabrini Ortiz (Corrientes, 1898-Buenos Aires, 1959). Narrador (*La manga*), poeta (*Tierra sin nada, tierra de profetas)* e investigador de temas histórico-económicos (*Historia de los ferrocarriles argentinos*), faceta que ligó con intervenciones políticas. De su ensayo de indagación porteña *El hombre que está solo y espera* (Buenos Aires, Gleizer, 1931) se ha tomado la "Libreta de apuntes" que aquí se publica.

1937

César Tiempo
Nuestro gueto

Nuestro gueto –judería, para decirlo en palabra que no exaspere el crespo nacionalismo verbal de los puristas al uso– unque nunca se haya parecido a los típicos guetos venecianos, sórdidos y bien queridos como una pequeña patria, según gustaban decir los Tharaud, ni a los que cuentan con más representantes entre nosotros, de Lemberg, Varsovia, Vilna, Cracovia, Berdichev, Kovno, Ekaterinoslav, Odesa o Kiev, ni al fijado para siempre por el genio conmovido de Israel Zangwill: el Londres de Peticoat Lane y Wentworth Street, y por Michael Gold, el soñador rebelde del East Side neoyorquino, nuestro gueto, sin murallas, tiene un alma y nadie podrá negar la existencia de sus "shnorers" (vagos) y de sus "shlemils" o "shlimazls", los "Zogoibis" o desventuradillos israelitas cuya encarnación máxima se realiza en Carlitos Chaplin, judío por los cuatro costados. Ellos son en las calles soñolientas, el estigma y el paradigma de una incapacidad para la lucha que se resuelve en pura reacción dialéctica. Contrariando esa inercia, o por eso mismo tal vez, se conservan los ritos y las sinagogas, junto a las prenderías y los "cleitlaj" (boliches de despensa) en una promiscuidad que irá desplazando poco a poco el rascacielo y la diagonal, sin alterar su espíritu, en constante tensión. Entretanto, los soñadores esperan plácidamente en la esquina de Junín y Lavalle la llegada del Mesías.

Pobres y ricos, desalmados y puros, sabios y zafios, abri-

gan una sola ambición, que se sobrepone a todas las otras, contingentes y lacias: esperar el milagro. Y la sustentan con la tenacidad que otros ponen en la búsqueda de un yacimiento de oro o de una sinecura para vegetar.

Las paredes de la judería se van desmoronando penosamente, pero Israel no quiere disolverse, ni se fundirá nunca, porque conoce el sacro encanto antiguo de los sanhedrines y siente su corazón, al decir de Cansinos, hecho un nudo de lazos, grave y henchido como una intercesión de ramas. Es en verdad una alegría teúrgica la que lo empuja a esta solidaridad, que quizá él mismo no sepa explicarse, fuera del placer ocioso y astringente de hallarse nuevamente entre los suyos en las tertulias lentas de los sábados.

Adhesión a la Torá, la novia coronada, y al Talmud, compendio de toda la sabiduría y la picardía hebraicas, que cualquiera puede constatar a poco que abra los ojos en los Templos de la calle Libertad o Paso, o en las modestísimas sinagogas privadas de la calle Lavalle, de Villa Crespo o de Mataderos. Atravesemos la calle Junín, de Corrientes a Tucumán (o sus alrededores) a cualquier hora del día, y podremos darnos de narices con una multitud abigarrada de barbas proféticas, amarillentas sonrisas, ojos verdes y azules, salpicando el cuadro matronas en perpetua gravidez, apellidos intransitables cabalgando sobre los turbios cristales de los comercios escuchimizados y muchachas en flor, cuya alegría prenupcial es el candelabro fragante que arde en la mano oscura del gueto.

En Lavalle rumbo a Pueyrredón, la judería cambia de semblante como si hubiéramos traspuesto un pueblo a través de la niebla. Aquí, a los característicos cambalaches, de compra y venta, a las inclusas de relojes, a las "bakerais" (fábricas de pan), en cuyas vidrieras florece el "koilech", ese pan ensortijado y a veces dulce, a las quesadillas, a los "beiglaj", ha sucedido un hacinamiento de caserones y conventillos, zaguanes con puestos de fruta y balcones donde se orea la colchonería privada, mientras surcan aquel orco babélico morconas y chamarileros piafantes. Al lado de ese edificio

recién nacido, que ayer nomás fue albergue de media colectividad y ahora abre insolentemente sus fauces de garage nos hallamos con la sinagoga y Talmud-Torá Bnei Israel, cuyos oficios rituales nos es dado contemplar desde la calle, a través de la sala, y a la caída de la tarde, cuando un grupo de fieles eleva sus preces a Adonai conducidos por la voz elástica y poderosa de un hebreo esmirriado, revestido del clásico "tales" (manto religioso).

Hervidero rubio de las calles judaicas, cruzada por la verde corriente de los Lacrozes, diferenciado y presente como un barco encallado en un puerto de promisión, en cuya cubierta un mundo laborioso, hormigueante y febril, detiene un instante su trabajo para saludar a Dios con las palabras de su profeta: *Kadosh, Kadosh, Kadosh, Adonai Tsevaot, Nimló jol Haaretz jevodó* (Santo, Santo, Santo, Señor de los Ejércitos, llena está toda la tierra de la majestad de tu gloria).

César Tiempo (Seudónimo de Israel Zeitlin, Ekaterinoslvav, Ucrania, 1906-Buenos Aires, 1982). Poeta de la judería argentina en *Libro para la pausa del sábado* o *Sabadomingo*, fue un cronista de la bohemia literaria y artística, de los personajes que conoció y de múltiples facetas de la ciudad. "Nuestro gueto" es parte del prólogo a su obra teatral *Pan Criollo* (1937).

1938

Pedro Orgambide
La Boca

—¡Ragazzi... attenzione que va la vara!

Así, con previo aviso, el guardián de la plaza Matheu tiraba su bastón sobre los chicos que lo molestábamos con toda clase de maldades. Pasaban los músicos de Filiberto con sus trajes negros, sus violines, sus bandoneones, sus caras blancas de noctámbulos. Por la calle, un pizzero ambulante llevaba, haciendo equilibrio sobre la cabeza, la enorme bandeja de latón, olorosa de pizza, fugaza y fainá. Un carro florido, desbordante de sillas y mesas de mimbre, de escobas y plumeros, se bamboleaba bajo un puente. Se oía, monótono, el ruido de los telares de la Fábrica Argentina de Alpargatas. Treinta años después, las mismas imágenes permanecen como detenidas y solo la trasmutación de la herrería en taller mecánico, de un corralón transformado en garaje, delatan las mudanzas del tiempo.

Allí está el pintor dominical, el pequeño ahorrista de la fama, tratando de llevar a su tela algo del encanto del barrio. Y el otro, más austero, que se contenta con vivirlo. Y el vendedor de cuadros, que sale a la calle para vender su mercadería. En la misma cuadra, una clínica de muñecas, y más allá, en lo alto de la casa de madera, una peluquería de señoritas. Cada cuadra, cada esquina, sirve de telón para el vivir puertas afuera de La Boca. De pronto aparece la capilla de Cristo Obrero, con bancos de madera que fueron de viejos tranvías donde ahora se sientan las devotas. Enfrente, dos viejos en camiseta, con los brazos tatuados, observan, descreídos, a los jóvenes de jeans y camperas.

En el boliche de la ochava, antiguos residentes juegan a la murra, mientras otros (los más) discuten el fútbol.

Si como intuía Pascal hay razones del corazón que la razón no entiende, las del fútbol, y las del fútbol boquense en particular, no admiten los rigores de la lógica y entran decididamente en el dominio de la devoción. Los imprecisos avatares de la suerte, todas las fealdades de la derrota, se compensan con ese estribillo que se oye en las tribunas de la *Bombonera*, en ese canto que se alza junto a las banderas y que sigue en los camiones, trenes y ómnibus del domingo de fútbol, donde el hincha de Boca expresa el triunfo del afecto sobre la fría certidumbre de los números:

Ganamos, perdemos,
a Boca lo queremos.

Pero la ecuménica, estoica aceptación del destino, suele ser sospechosa. No le falta tristeza al barrio cuando el domingo es adverso, ni una alegría estrepitosa (que alguien confunde con insolencia) cuando se festeja la victoria. Al fin, el barrio es la prolongación emocional de la cancha, del campo de batalla donde se juega su prestigio. Nombres ilustres –...Tesorieri, Varallo, Cherro, Boyé...– vienen desde el pasado con la exigencia que imponen los ídolos. Entretanto, en la calle, en los baldíos ("semillero", escuela empírica del fútbol), otras generaciones retoman la bandera y se preparan para nuevos combates.

No siempre la lucha es incruenta; a veces queda un saldo, de heridos y contusos. En el barrio no falta hospital ni farmacia "ni buena voluntad", como dicen los vecinos. En las *Aportaciones para una historia boquense del arte de curar* del doctor José Julio Degrossi, hay una prolija enumeración de benefactores, comenzando por don José Ragozza o simplemente *Don José* o familiarmente *Papá Ragozza*, que atendía su farmacia "con la, clásica gorra negra de visera y guardapolvo de, seda cruda" o que llevaba consuelo a su clientela en una "victoria" alquilada. *"Ya ni Ragozza te salva"* fue, según el cronista, una muestra de humorismo del barrio. Desde 1910 y hasta la década del 30, la

farmacia boquense fue, también, sala de partos. Por otra, parte, no faltaban peluqueros que recordaban las buenas épocas, cuando todo barbero idóneo era, además, un maestro en sacar muelas, en aplicar ventosas y sanguijuelas, "para renovar la sangre y sacar las porquerías del cuerpo", como decía seriamente un ex cultor de esas curaciones.

En una de esas viejas peluquerías, con lustrosas y adornadas navajas alemanas, con sillones de esterilla, entre un almanaque campero de Molina Campos y un retrato de Gardel, vi cómo afeitaban al legendario Ruggerito, que solía llegar de Avellaneda. En el mercado donde tocaba un cuarteto típico solían platicar los matarifes y verduleros con los Jugadores de Boca, a quienes el barrio siempre dio apodos de brillo ("Cabeza de Oro", "El Pibe de Oro") y a quienes paseó en andas al final de memorables campeonatos. Gente de la Boca: italianos, vascos entreverados en su origen, negros orilleros que apuntara: don Vicente Rossi, gringos y criollos en bailongos y en duras jornadas de trabajo junto a las estibas, en las curtiembres, los aserraderos, las fábricas. Barrio de corraleros, con tipos tan curiosos como el carrero y tanguero Antonio Gutman (el ruso Antonio), que nunca habló una palabra derecho, tal era su afición al *vesre*.

Muchos hijos, de inmigrantes abandonaron la Boca y se fueron al centro; otros emigraron hasta allí no más, a los pueblos suburbanos del sur, donde cambiaron la casa de madera por la residencia con jardín o el pequeño boliche por la gran casa de comercio. Sus artistas le fueron más fieles. Algunos cruzaron el charco, se fueron a Europa, pero volvieron a la modestia del barrio, a recorrer amorosamente esas calles que desembocan en el río.

Pedro Orgambide (Buenos Aires, 1929). Parte del medio centenar de sus libros (novela, cuento, ensayo, autobiografía, poesía, teatro, historia...) tratan sobre su ciudad natal. Por ejemplo *Gardel y la patria del mito* (1985) o *Todos teníamos veinte años* (1985). El texto recopilado se publicó en la revista *Humor* (1984).

1939

Paul Morand
Aire indiano

Buenos Aires al borde del estuario platense, al margen del río, ancho de ochenta kilómetros, laguna color gris azul nacarado, playa cenicienta con agujeros azul de cielo y canal balizado de negro... Entreveo su puerto substancioso dominado por la cúpula del Congreso y seis torreones cilíndricos de cemento sin aspilleras, uno al lado del otro, estrechando en el estilo de los muros de Ávila: los elevadores de granos de la casa Luis Dreyfus... Lo que las torres de la catedral son para una ciudad del Perú, los silos lo son para Buenos Aires. El imperio caribe ha sido creado por la naturaleza, el imperio del inca ha sido engendrado por los dioses, pero la Argentina ha sido hecha por los hombres. Todo en ella lleva el sello del hombre. No es a Dios que se le hubiera ocurrido la idea de hacer viajar a través de los mares a la vaca holandesa para cruzarla con los toros australianos; tampoco ha sido él quien ha imaginado batir la leche eléctricamente o hacer meter a los bueyes enteros, en una botellita.

Cuando su majestad muy católica prohibía a su colonia platense el intercambio de productos con cualquier otra nación extraña, se mostraba previsora; ponía bajo llave la despensa del mundo y se aseguraba clientes cada vez más deseables. El habitante de la ciudad de Santa María de los Buenos Ayres tenía que comprar en España su jergón y su vino, su cuchillo y su sudario; los recibía al cabo de dos años transportados a lomo de mula o de indio, vía Panamá, a tra-

vés de los Andes. El fin del mundo, no era entonces el Perú sino esta Buenos Aires, visitada a veces por algunas caravanas de Jesuitas a horcajadas sobre sus mulas. Buenos Aires, puerto de cuarentena aislado, final de una zona perdida, fondo de saco apestando a indígena, a cogulla y capuchino; triste poblacho chato, con subsuelo sin metales, sumidero donde, en cuanto se cavaba, manaba el agua. Después de los gritos de los últimos salvajes fusilados por Rosas y tendidos sobre sus escudos de cuero, he aquí el cencerro de las primeras vacas, las campanas de las primeras locomotoras. El que ha creado la Argentina no ha sido español, es el vasco, es el alemán, es el italiano; no es Juan de Garay, es Liebig, no es Don Pedro de Mendoza, es el francés Tellier, inventor del frigorífico.

El tango es a la ciudad lo que la "ranchera", la "chacarera" y el "pericón" son a la pampa. La polca ciudadana se encuentra en toda la América del Sur, bajo diversos nombres, pero el tango... es de Buenos Aires... Data de nuestro siglo, es tierno, sensual y está matizado de italiano; el tango habla andaluz con acento napolitano al son del acordeón alemán; en otro tiempo, los hombres no lo bailaban más que entre sí, en las calles estrechas con la flor en la gorra; el tango ha ido a sacar sus títulos de nobleza a París, donde lo aclimataron hasta antes de la guerra las gentes de la clase media; de allí pasó a los tés de los grandes hoteles; luego volvió a hacerse abrir las puertas de los salones "porteños", costándole algún trabajo conseguirlo, como improvisado cosmopolita que es. Así es como hay que tomarlo y quererlo. Esa copulación ritmada no la bailaban los virreyes del Perú ni las castas que bailaban vis à vis. El tango es ya viejo porque tiene treinta años; pero sobrevive a la moda, París lo ha abandonado, Londres y Nueva York no lo han adoptado jamás, pero Buenos Aires lo ama y lo conserva; el tango es mediterráneo, tiene ese aire de familia que tienen Buenos Aires, Argel, Barcelona, Esmirna y Marsella. Bien marsellés es el acento de ese profesional del tango popular que dice con jactancia en la canción argentina:

¡Cuando se hacía en el Sur
el doble corte
Se hacía el comentario hasta en el Norte!

La última visión que tengo de Buenos Aires, perdida en la bruma a medida que me alejo, es la gran mancha verde de Palermo, el barrio elegante. En La Boca el dinero escasea, en Palermo abunda. Palermo, tan triste en su riqueza, tan absolutamente de buen tono, el barrio de los cabellos relucientes y de los botines charolados, donde los automóviles, más relucientes todavía, circulaban lentamente llenos de familias vestidas de negro, que saludan a otros carruajes que van en sentido contrario, llenos también de familias vestidas de negro (porque la Argentina es una nación de primos unidos por lutos), y el todo sobre fondos de sauces excesivamente llorones.

Jockey Club fortaleza del aburrimiento masculino.

Yo no hago a Buenos Aires más que un reproche, y es el de haberme hecho descuidar a la Argentina. Los argentinos conservan, gracias a sus dominios, el contacto con la naturaleza, con los animales, con los frutos, con las estaciones; pero el extranjero se duerme en las delicias urbanas, no siendo las menores de éstas, las adorables argentinas...

Paul Morand (San Petersburgo, Rusia, 1888-París, 1976). Escritor, diplomático, viajero francés cuyos relatos cosmopolitas y exploraciones de mundos exóticos tuvieron muchos lectores y le granjearon la admiración de Marcel Proust. *Ouvert la nuit* (1922), *Fermé la nuit* (1923), *Venices* (1937), *Nueva York* (1938) son algunos de sus muchos títulos. "Aire indiano" ha sido tomado de *Crónicas de Buenos Aires,* ciudad que visitó en los años treinta (Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1965).

1940

Arturo Cancela
Calles de Buenos Aires

La calle Homero

La calle Homero nace en Rivadavia al 9300 y termina en la avenida Coronel Roca, cerca del parque de La Tablada. Es una de las calles largas del municipio. Tiene como cinco quilómetros de extensión, vale decir, dos más que el camino que iba de Atenas al Pireo.

En recuerdo del aeda ciego, la calle Homero carece de alumbrado en parte de su trayecto y, en celebración del mismo que, como ustedes saben, compuso la "Batracomiomaquia" en sus charcos, al llegar la noche, las ranas cantan incesantemente...

Una tarde pregunté a varios vecinos de la calle Homero a qué se debía este nombre; sólo uno supo contestarme. Era un pichón de filólogo, quien me sostuvo que Homero debía de ser una corrupción del apellido Romero.

La calle Lope de Vega

Algo semejante ocurre en la calle Lope de Vega, que sale también de Rivadavia, tres cuadras más abajo y que se dirige al Norte hasta concluir en el límite del municipio, por las vecindades de Villa Real. Como ustedes no ignoran aunque nunca lo hayan leído (en eso consiste precisamente la gloria

literaria), Lope de Vega es autor de un poema por el estilo de la "Batracomiomaquia", sólo que en vez de tener por protagonistas a batracios y roedores, celebra los amores triangulares de tres gatos cuyos nombres han pasado a la historia: Zapaquilda la gata primero, Micifuz y Marramaquiz. El poema se llama la "Gatomaquia" y fue publicado hace justamente tres siglos, un año antes de la muerte del autor.

Por una de esas misteriosas coincidencias que yo soy el único en descubrir, así como en la calle Homero abundan los charcos con ranas, en la de Lope de Vega pululan los gatos de albañal. La vía con que el Municipio de Buenos Aires ha inmortalizado el nombre del autor de la "Gatomaquia" es, de noche sobre todo, un verdadero gatuperio. En primavera y al comienzo del verano, en cuanto los "speakers" de las estaciones de "radio" dan por terminada su audición, inician los gatos las suyas, que suelen prolongarse hasta la madrugada, pues, como dice Lope de Vega en su poema:

¿Qué cosa puede haber con que se iguale
La paciencia de un gato enamorado
En la canal metido de un tejado
Hasta que el alba sale...?

La calle Cervantes

Y mientras los gatos de Lope de Vega maúllan sus ternuras, tres cuadras más arriba los perros de Cervantes ladran y aúllan a la luna.

Aquí, en esta calle, destinada a honrar la memoria del autor de "El Coloquio de los Perros", todos los canes son flacos y filósofos como Cipión y Berganza. Y, como ellos, emplean la noche para comunicarse sus impresiones, sólo que lo hacen a la distancia, a través de los cercos y los canceles cerrados, en gran desmedro de la paz del barrio.

El barrio del Parnaso

Barrio que debiera llamarse del Parnaso, puesto que en él figuran, además de los ya citados, Leopardi, Manzoni, Dante y Byron, a la izquierda; Calderón, Milton, Virgilio, Moliére y Víctor Hugo, a la derecha.

En esta distribución no se ha tenido en cuenta para nada las tendencias de los autores, ya que Víctor Hugo aparece como derechista y Dante como un poeta "zurdo".

Cervantes ambidextro

No se ha reparado tampoco en el absurdo que significa que Homero y Cervantes nazcan en el mismo lugar (Rivadavia al 9300) y que Cervantes tenga dos manos, cuando en vida sólo pudo disponer de una: la derecha.

Arturo Cancela (Buenos Aires, 1892-1957). Narrador, autor teatral, periodista, a quien "Buenos Aires le pertenecía como cosa propia" (Rodolfo Modern), integró la narración y el humor en *Tres relatos porteños* (1922) e *Historia funambulesca del Profesor Landormy* (1943). Sus glosas porteñas están recopiladas en *Campanas y rascacielos* (Buenos Aires, Espasa Calpe, Colección Austral, 1965) de donde proviene "Calles de Buenos Aires".

1940

Alberto Salas
La casa

La puerta se abría a una casa acogedora y profunda, que sólo puedo recordar en la generosidad del verano, cuando la vida se desparramaba por los patios. A la izquierda se prolongaban las habitaciones espaciosas, de techo muy alto; las paredes cubiertas con papel de graves florones. Las puertas pintadas de color oscuro tenían largos pasadores verticales y cortinas almidonadas, en cuyos calados, mirando con fijeza, se podían ver figuras sorprendentes, pero sin repetición posible. La sala, habitualmente usada como comedor, se asomaba a la calle a través de un ancho balcón, delicia de los atardeceres. A la derecha un patio de baldosas y más allá un ancho jardín cubierto por el añoso emparrado. Los jazmineros, los rosales contenidos en opulentas macetas, las hortensias, una gran planta de tártago junto a la pared frontera, la diosma, el heliotropo –preferencia de muchos– y los numerosos helechos poblaban aquella tierra. A un lado de la casa un potrero que llegaba hasta Cerviño, sin alambrar, accesible a nuestras diarias exploraciones, siempre fecundas. Nos separaba de él una pared baja, sin revocar, habitada de arañas y rematada por plantas de palán-palán, que crecían largas y escuálidas entre la barda de vidrios de botella. La otra medianera correspondía a "la casa de al lado", todo un mundo que solicita algunas páginas de la memoria.

Más allá de las habitaciones se extendía el fondo, inmenso, lleno de cosas y de animales, de árboles, de plantas. Era

el trajín de todos los días, el reniego de las mujeres, la fatiga de mi madre, la mirada satisfecha de mi padre, nuestra alegría. Todo cabía en el fondo: varias grandes higueras, un sauce de blandas ramas que casi tocaban el suelo, gallineros, palomares, nutrias, una vieja chiva que se comía hasta la ropa, cinco o seis perros, un petiso en el cual intentábamos los primeros galopes, en fin, hasta dos galpones llenos de misterio, de humedad y de herrumbre. A lo lejos, como panorama sin obstrucciones, el terraplén del Pacífico, donde se recortaban los trenes como en un dibujo nuestro. En los días de viento norte parecía que el tren se nos metía en casa, y era grato en las noches en que algún temor nos desvelaba, oír la pitada familiar, amiga.

En invierno el lugar de reunión familiar era en torno del mate y de la plancha, la cocina o una de las habitaciones en que la madre trajinaba la ropa, estiraba puños y cuellos con el agua del arroz que nos comíamos con azúcar. El mate prefería la cocina entibiada por una económica de plancha ennegrecida, y cuyas hornallas nos miraban en la noche con sus redondos ojos de fuego. Allí el viejo Montes, uno de los tantos agregados que liberalmente admitía la familia, iniciaba sus cuentos de Juan Soldado, de Juan Sin Miedo, nos asombraba tomando una brasa con sus manos encallecidas por el hierro o nos freía la fariña con azúcar. Si la visita era de algún respeto se la atendía en torno de la felpa roja que cubría la mesa de la sala. Infatigables tomadores de mate, nunca nos dejaban oír el "gracias" que ponía fin a nuestro ir y venir. —¿Será en el próximo? —Bueno, ésta es la vencida. —¿Si paráramos una escoba detrás de la puerta?

Cuando el tiempo se suavizaba, la vida huía de las habitaciones, de la cocina que se convertía en un sufrimiento. En el jardín, entre la parra llena de fruta se iluminaban los faroles con vidrios de color; los grandes bancos de madera, la mecedora de viena soportaban la tertulia hasta muy avanzada la noche. A veces la conversación se desplazaba a la vereda, donde se chismorreaba, se comían helados y se hacían comentarios sobre el tiempo. Éste era

el tiempo de regar las plantas y aprovechar la oportunidad para empaparse, de aspirar el olor que como agradecimiento despide la tierra reseca al sorber el agua; de ver cómo se erguían las hortensias, vencidas por el bochorno de la tarde. Noches de grillos, de bichos de luz –que parecen haber abandonado definitivamente la ciudad–, de los temibles insectos que la luz atraía. El verano era para los hijos la vida amplia, dichosa, de los juegos en la vereda, del olvido de la escuela, esa diaria angustia, de los paseos al atardecer, del dormitar en medio de la charla de los mayores. No oíamos, desde la cama tempranera, el apagado tintineo de los cubiertos, el ruido de la soda precipitándose en los vasos, esas conversaciones lejanas, incomprensibles. En el verano estábamos con ellos y solíamos tender una frazada en madreselvas en flor. A través de la cancela de hierro, se entreveía un patio atestado de macetas y cajones de verdura. En la esquina, un bar, un puesto de diarios, muchachos... ¡fútbol!

Junto al bar, frente al tapial cargado de madreselva, Serafín abrió el carro y sonrió con orgullo. ¡El suyo era un carro único en Buenos Aires! Gracias a un mecanismo inventado por él, los costados se podían levantar hasta el techo y entonces el carro, totalmente cerrado, se transformaba en una suerte de carretón gitano. Era su casa rodante.

Partió en dos una sandía bien jugosa y la expuso encima del montón. Se sentó sobre la vara de carro: transpiraba. El sol cálido y el aroma de la madreselva lo sumergieron en una oleada de recuerdos. De repente se vio sentado en la plazoleta de su pueblo y sintió el viejo sol sobre la piel. Era la misma luz diáfana, el mismo zumbido callejero, el mismo arrastrado pregonar del lejano pueblo calabrés. Entrecerró los ojos: ¿dónde se habían metido los cerros? ¿Y el mar? Allá, detrás de esa cortina de recuerdos borrosos... Fragmentos de vida deambulando bajo el sol, con los contornos siempre distorsionados por su fantasía meridional...

De pronto, en su memoria brotaron las sandías: bolas que sobresalían en las huertas, trepando por los tejados: bolas que

se amontonaban en los carros, que rodaban por las calles, que calmaban la sed, que insinuaban recursos...

—¡Sandías!

El grito hendió el sol; se adhirió a la calle alquitranada, pegajosa... Le raspó la garganta y le rebotó en la espalda.

Sandías cosechadas en los campos, robadas, llevadas en carretilla, vendidas, regaladas a las muchachas... Su vida emergía de pilas de sandías como su destemplada guitarra que ahí estaba, sobre el cajón de los limones.

Alberto Mario Salas (Buenos Aires, 1915-1991). Historiador, ensayista, en cuya obra Enrique Pezzoni encuentra un "severo pudor". De su memoria infantil *El llamador* (Buenos Aires, Losada, 1950) se ha tomado el fragmento "La casa". Es autor de un ensayo sobre la ciudad, *Relación parcial de Buenos Aires* (Buenos Aires, Sur, 1959) y de las epístolas morales *Nueve cartas a un joven intelectual* (Buenos Aires, Troquel, 1966).

1945

Florencio Escardó
La pampa en la ciudad

Esa proximidad tremenda de la ciudad con la pampa es significativa y aleccionadora, y tal vez el rasgo más típico de Buenos Aires, ciudad de la llanura. Para alcanzarla le basta al habitante de Buenos Aires seguir la avenida Sáenz y antes de llegar al viejo puente Alsina, hoy el teatral y barroco puente Uriburu, doblar a su derecha, tomando la avenida Coronel Roca; a las diez cuadras de recorrerla el fenómeno es impresionante: van quedando atrás las casas modestas del arrabal neopompeyano y se viene sobre los ojos la pampa misma, típica, inmensa e intensa, virgen; sin sembrados, sin huellas; con bañados, con lagunas, con espadañas, con pasto y con horizontes; a la derecha se levanta el macizo de árboles del Cementerio de Flores y a lo lejos el perfil de la ciudad brumoso y humoso, y entre él y el observador los bañados de Pereyra, libres de toda mácula civilizadora, salvo alguno que otro horno de ladrillos, con ranchos y casas de adobe, con el Puesto del Carro, la Pulpería de la Banderita y una aguda sensación de orilla sin orillas, con pastos olorosos y viento libre, patos que vuelan bajo y una presencia de lejanía que cuesta asociar con la idea de que se está a media hora de la Plaza de Mayo. Si se sigue la avenida Roca hasta el fin, se cae en Villa Lugano: sobre un alto un pueblito de la pampa, con chicas que tomadas del brazo pasean por la avenida de la Riestra los domingos de tarde, como en Chivilcoy. Un poco más y se llega a los Mataderos,

con una calle ancha con churrasquerías y casas que venden aperos; jinetes en fletes compadrones, ganado, olor a caballeriza, reseros, las últimas victrolas sobre un proscenio cursi... En esas pocas cuadras de la avenida Chicago que arranca de la estatua del Resero, la pampa está presente en tono, intensidad, timbre y sobre todo en su figura de gran alimentadora, de madre nutricia...

Los porteños no van nunca por allí, los turistas no se llegan jamás; sin embargo ese sitio, si se le aborda por la avenida Roca, dice más del significado geológico de Buenos Aires que todo el resto de la ciudad.

Florencio Escardó (Buenos Aires, 1904-1992). Ensayista y pediatra, autor de la entrañable *Geografía de Buenos Aires*, cuya primera edición es de 1945. También publicó ensayos sobre ética médica y textos de humor breve con el seudónimo de Piolín de Macramé, reproducidos en diarios como *Crítica* y *El Mundo* y recogidos en los tres volúmenes de su libro *¡Oh!*

1946

Ezequiel Martínez Estrada
Estadios y regreso

Mucho mejor que en barrios y en clases sociales, la población de Buenos Aires se encuentra dividida en clanes, según los clubes de fútbol, y esos clanes pueden coincidir o no con el plano de la ciudad, aunque la simpatía no establezca entre los individuos ningún vínculo superior al de un previo acuerdo. La condición positiva del clan es la tensión contra los demás clanes; tiene como función esencial la descarga de enconos y esto da los caracteres bélicos entre los clanes, en que los miembros de cada uno de ellos no se sientan ligados entre sí sino en cuanto combaten juntos contra el enemigo común.

Estos tumores dominicales y festivos que se forman y se disuelven inadvertidamente para la actividad restante de la urbe, purgan a sus células patógenas de peligrosas fuerzas antisociales que podrían hacer trepidar la ciudad y, en cualquier grado, henchirla de humores y gases maléficos hasta que estallara. Purgados así los espíritus para llamarlos de algún modo, los ciudadanos regresan a sus casas despojados de una carga hostil, aun cuando su club haya perdido y lleven en el corazón los resabios amargos de la derrota que los alcanza a ellos, inevitablemente, con visos de desdicha personal. Ese encono, esa amargura están purgados también. Son formas atenuadas y de laboratorio de aquellos virus destructores. Pero tampoco, para ser justos, debe atribuírseles a los pobres adeptos más culpa de la que tienen. Es el clan, insti-

tución eterna, que los precedió por decenas de millares de siglos y que los sobrevivirá con no menos largueza, el núcleo de esas fuerzas antisociales y disolventes que se cuajan con aspectos deportivos y mancomunales. La ciudad engendra esos tumores que rellena con ciudadanos; ellos no vienen a tener otra intervención que la de los rehenes que no se sabe por qué destino han de aplacar con sus vidas las furias de las divinidades de ébano. Toda ciudad se gesta partenogenéticamente sus estadios de box, de fútbol, de competiciones violentas, sus hospitales, sus bibliotecas, sus comisarías y sus hampas. Está en el plano de la ciudad.

"El estadio, donde se reúnen las grandes multitudes para presenciar esos espectáculos es, lo mismo que la fuerza de la policía, uno de los estigmas característicos del régimen metropolitano; aquí está, si es que existe en alguna parte, su drama esencial: la proeza *espectacular* y la muerte *espectacular.*

"En la mayoría de esas exhibiciones se estimula un sentido invertido de la vida, como consecuencia del miedo y de la proximidad de la muerte. La mutilación de las víctimas destinadas al sacrificio es uno de los momentos intensos del espectáculo, tal como ocurría antaño en los combates de gladiadores romanos o en los asesinatos exigidos por el ritual azteca. Sin la muerte, o la amenaza de la muerte, el populacho siente que ha sido engañado; por eso es necesario reforzar la intensidad de los juegos menos peligrosos, tales como el béisbol o las carreras de caballos, con apuestas, a fin de alcanzar el grado de excitación que produce una competencia de *cow-boys* o una carrera de automóviles. No sólo los que presencian esos mórbidos espectáculos sienten las emociones que producen, sino también aquellos lo suficientemente humanos como para aborrecerlos, pues la radio y el diario les darán todos los detalles de esas exhibiciones". *(La cultura de las ciudades,* por Lewis Mumford, IV, 12).

Cuando esas conglomeraciones adventicias revisten su papel auténtico, despojadas del hábito circunstancial con que asisten al estadio, es al derramarse por la ciudad, regularmente en camiones, agitando sus lábaros y entonando estribillos de júbi-

lo que no alcanzan a ser canciones. Son gritos, actitudes que se vociferan y se arrojan a la cara de los transeúntes, bocanadas de ancestrales hálitos de caverna. Se siente un estremecimiento en las carnes no menos antiguo que esas voces. Esas partículas de población pueden polarizar por cualquier motivo de análoga naturaleza. Son las que también engruesan las manifestaciones políticas, en muchedumbres que emplean los mismos estribillos.

Regreso

Los domingos, al caer la tarde, llegan a las estaciones trenes cargados hasta rebosar, de excursionistas que han pasado el día en las riberas, refrescándose. Los trenes sueltan esa carga que vino apiñada, estrujándose unos contra otros, sudorosos, en los pasillos, en las plataformas, en los estribos. Un hacinamiento de seres humanos y todos los consiguientes contratiempos del alborozo. Cantan, recitan, dicen chistes y observan el efecto que sus impertinencias causan en los demás. Algunos llegan en camiseta, o en saco de pijama, o con camisas arremangadas hasta el codo y, otros más tórridos, con los pantalones subidos hasta la rodilla. Son masas informes, montones de escombros humanos, pertenecientes a una sociedad que se ignora que existe. Vuelven del *pic-nic* y se derraman por los andenes como manchas andantes, como grumos y bolos fecales que expelen los coches.

¿Quiénes son? ¿A qué país, ciudad, raza, comunidad, secta, pertenecen? Durante los días hábiles no se los ha visto. Cuidaban sus trajes, estaban reducidos al ritmo y las convenciones del empleo y de la ciudad. Ahora han recobrado su libertad, proclaman su bajeza, se empeñan en demostrar que son efectivamente seres inferiores con los cuales no podría constituirse ni un presidio. Han pasado todo el día en mallas, entrando al agua y tumbándose en las playas, bebiendo y bailando con músicas de fonógrafos portátiles. No están cansados porque no han terminado de expectorar y expulsar sus enconos. Quisieran ser más sucios, más soeces, más groseros, en una especie

de frenesí lascivo. Ésa es una forma de la lujuria, las contemporáneas formas de las bacanales que tarde o temprano habrá que reinstaurar en bien de la salud pública.

Mujeres y hombres, niños y también ancianos, vienen de la saturnal al sol y al aire, insatisfechos, con algo que eyacular todavía. Trepan a los tranvías y a los ómnibus con sus canastas y valijas, e irrumpen sin descabalgar. Así regresan a sus casas. ¿Dónde? Se reintegran a la vida de la ciudad que los absorbe callada, maternalmente.

No desaparecen. Subsisten mezclados con los demás, forman parte de las cifras de las estadísticas y censos. Los restantes días será difícil distinguirlos en los talleres, las oficinas, los comercios; será muy difícil si no se tiene agudizados los sentidos de captación de la realidad total, porque los mostradores, las máquinas, los pasillos de los escritorios los disimulan, los recubren piadosamente con su moblaje y sus instalaciones. Pero quien los ha visto bien, quien los ha observado profundamente y ha sentido que no son parias, sino fragmentos minúsculos y dispersos de la gran urbe; quien ha presenciado la recua y oído sus voces, percibiendo bien sus gestos, no los olvida ni los confunde. Entonces por las calles, en los cafés, en los tranvías y en los cinematógrafos de pronto siente que lo ciñe el miedo; lo asalta un temor remoto e inexplicable como si estuviera solo entre centenares de conciudadanos. Los grandes edificios desvanecen su silueta en una niebla gris, los vehículos se deforman y empequeñecen hasta deslizarse como ratas, las luces se atenúan, surge de las bocacalles un hálito de campo reseco y en las entrañas de la ciudad desovan miríadas de insectos, miríadas de termitas.

Ezequiel Martínez Estrada (San José de la Esquina, provincia de Santa Fe, 1895-Bahía Blanca, provincia de Buenos Aires, 1964). Poeta, dramaturgo, narrador. Escritor caudaloso y polémico, el cuentista de *Marta Riquelme* (1957), el lírico de *Oro y piedra* (1918) quedaron desplazados, quizás injustamente, por el ensayista de *Radiografía de la pampa* (1933), *Muerte y transfiguración de Martín Fierro. Ensayo de interpretación de la vida argentina* (1948) y *La cabeza de Goliat. Microscopia de Buenos Aires* (1940), su personal sociología porteña, a la que pertenecen los textos aquí incluidos, y que se incorporaron a la segunda edición (1946) de ese libro.

1946

Baldomero Fernández Moreno
Subterráneos

No me gusta el subterráneo por eso, por subterráneo. Lo odio como podría odiar la sinuosidad, la hipocresía.

Prefiero la superficie, el tranvía o el colectivo, y lo que crece en ella, transeúntes o arbolitos. Me cuesta trabajo decidirme a bajar sus escaleras de granito, desgastadas ya como la de un santuario. No puedo soportar la soledad y la penumbra de sus estaciones, peligrosas de rayos y de truenos, ni la trompetilla agria e infantil de los guardas. Y, como uno lo sabe cifra de la velocidad, se quisiera más aún, y trasladarse de un lado a otro como una exhalación, como el pensamiento.

Me limito a hablar del viejo subterráneo, el de la calle Rivadavia, el que vi construir, el que fue dedicado a nuestra generación, como si tuviéramos un destino de gusanos. Todos los pasajeros están apresurados. A la prisa personal parece sumarse la de los demás. Es difícil leer y meditar. La meditación exige menos vértigo: bamboleantes diligencias, veleros de antaño. Cada uno hace lo posible por guardar el equilibrio. El piso vacila. Algunos lo confían todo a su atención constante, esparrancados y las manos en los bolsillos. Otros se sujetan con timidez, con delicadeza, a la U de las correas, como diciendo: "esto no hace falta para nada". Otros la exprimen violentamente, con todo el puño, con las mangas sobarcadas, casi desnudo el antebrazo, como si fuera un

racimo. Otros se agarran con las dos manos, como si quisieran levantarse a pulso en un gimnasio.

Yo no veo el momento de salir, de subir las escaleras de nuevo, inundándome, peldaño a peldaño, de luz y de aire, de humanidad, de vida, como una planta que fuera rompiendo alegremente la costra de la tierra...

Ver nota bibliográfica en pág. 143. "Subterráneos" fue tomado de la deliciosa *Guía caprichosa de Buenos Aires* (Buenos Aires, Eudeba, 1964).

1948

Ramón Gómez de la Serna
El conferenciante

Sabido es que la Argentina es la primera consumidora de conferenciantes del mundo.

El conferenciante es una ilusión de Buenos Aires, pero él debe saber desvanecerse como una ilusión.

Yo no me di cuenta, y la primera vez que vine me quedé muchos meses, y ya llegaron a pararme en la calle y a decirme:

—Pero ¿no se va usted? El conferenciante no puede quedarse tanto tiempo.

Por eso, el ideal conferenciante fue Paul Morand, que vino en un vuelo de avión y se fue en otro vuelo.

La ciudad, rica en inquietudes intelectuales, quiere probar al conferenciante, pero que se desvanezca, que se lo lleven como el plato del que no quiere más.

He seguido muchas experiencias de conferenciantes, algunos eminentes y otros docentarios, y he visto con el cuidado y la persistencia con que les han ido empujando hacia el puerto, hasta que han tomado el barco y se han ido.

Es que el alma estable de Buenos Aires no quiere esa inestabilidad del conferenciante que ni se queda ni se va. Necesitamos saber, los que permanecemos, con quién contamos para el establecimiento constante de los días. Se tiene el ansia de que arraiguen los seres en este suelo, no que anclen solamente.

¿El conferenciante ha dejado su huella de cultura? Pues que se marche, para que los laboratorios se encarguen de ella y la mezclen al pan de los futuros días.

La experiencia de la conferencia aquí es estimuladora del espíritu, y se siente cómo la tierra recoge y rechupa la palabra que mana. En seguida de comenzar una disertación, si se ha acertado con el tono de atención del público, se siente una afluencia verbal y espiritual como en ningún otro sitio, y pronto –a los diez minutos– hay una confluencia rayana en lo mágico entre el escuchar y el decir, como la reunión, en el delta, del río y del mar.

Por eso se puede decir que no es un fenómeno vano de las conferencias, sino un fenómeno fértil. Con graciosas derivaciones, con una viva transfusión a través de hombres y mujeres, gracias a lo que se apodera el despierto criollismo del sentido de lo que se va diciendo, en mezcla viviente de comprensión y supercomprensión.

Las lámparas de los conferenciantes, que se encienden a las siete de la tarde, proyectan una luz entendedora y confidencial, teniendo la escena una emotividad de hondo sentido teatral, de tertulia y decencia, de té mundano y parlamentación socrática, con el pecho desnudo.

Hay que saber entrar con sigilo y, acomodándose en seguida en esa tensión de concierto en que está viviendo la conferencia al caer de la tarde, todo su afable drama o su amena comedia, concertado con el coro mudo de los avezados espectadores.

El actor de la conferencia tiene que darse cuenta de que no está representando un papel superfluo, sino algo profundo, que tiene que tener gestos, finas expresiones, pausas intensas.

Me contaban en un centro de importancia, que a un conferenciante extranjero que repitió con monotonía una conferencia que acababa de dar en otro lado, se le iba rebajando el precio de la misma por aquella inexpresividad, porque no movía ni un brazo ni levantaba los ojos de las cuartillas para mirar al público, ni tenía el tembloroso momento de beber agua...

No importa el tema, pero es necesaria esa aportación de carácter, ese patetismo serio o jocoso, esa persuasoria comunión.

A otro conferenciante sin gestos, y sólo de cuartillas, leídas casi sin voz, le dijeron que había habido algunos auditores que se habían aburrido, pero él contestó:

—Lo comprendo... Más me aburrí yo.

Las conferencias aquí parecen una cosa fácil, y no lo son –como no sean las de barrio o centros localistas regionales–, pues si se dirigen a los públicos del gran abono han de ser verdaderas, caudalosas, hamletianas, con huella en la máscara y en el rostro desenmascarado.

Público entendido en conferencias, en seguida se da cuenta del tono que tiene la moneda que se le quiere endilgar, y no la pasa si es falsa o tiene hoja. Escucha impasible y cortés, pero no ayuda en ese examen que se celebra entre el público y el conferenciante, hundiéndose el que no ha llenado la papeleta de signos sabios o, por lo menos, humanos.

Se presencia una lucha invisible, pero encarnizada, entre el osado conferenciante y el inocente (¿?) auditorio. No se lo podía imaginar el que por primera vez ocupa la tribuna, pero si sus conferencias son en serie, la segunda ya tendrá otra acometida, otras revelaciones, más fluido personal, más fibra, más contextura, será más alerta, y de cuando en cuando se encomendará al cielo para que los que le devoran con los ojos le dejen salir con vida.

Ramón Gómez de la Serna (Madrid, 1886-Buenos Aires, 1963). Novelista, cuentista, ensayista, biógrafo, autobiógrafo, protagonista de la bohemia madrileña e inventor de un género propio, la greguería. Vivió entre 1936 y 1963 en Buenos Aires, donde usaba un reloj con la hora de Madrid. Dispersos como su obra misma quedaron los rostros de Buenos Aires dibujados por Ramón. Autor de *Interpretación del tango* (1947) y *Explicación de Buenos Aires* (1948, reeditado por Ediciones de la Flor, Buenos Aires, en 1975).

1949

Luis J. Medrano
El hombre que no va al fútbol

La población masculina de nuestra capital puede ser dividida en dos grandes grupos: hombres que van al fútbol y hombres que no van al fútbol. Estos últimos se privan del popular espectáculo atraídos por otro no menos apasionante: las carreras de caballos. El porteño "carrerista" esgrime, para justificarse ante su conciencia y su bolsillo, la siguiente conjetura:

—¿Cómo creen ustedes que yo pueda avenirme a pagar un solo centavo para ver veintidós grandulones corriendo detrás de una pelotita?

Autosugestionado por el aparente peso de esta despectiva apreciación, concurre asiduamente a los diversos hipódromos, hasta que las leyes de la vida señalan al *turfman* el día de su enlace. A partir de la gran fecha, la responsabilidades del hogar y el rígido control administrativo de su compañera, le retienen en su casa los domingos, al principio de buen grado y más tarde ceñudo y fumando abundantemente. La primera rencilla matrimonial sorprende a nuestro hombre proclamando airadamente que tras una semana de encierro en su oficina, tiene perfecto derecho de pasar las tardes del domingo al aire libre; y es entonces cuando la femenina sutileza de la esposa encuentra, a su vez, la primera oportunidad de manifestarse:

—¿Por qué no vas a ver un partido de fútbol?

Cualquier esposo amistosamente predispuesto a admitir la

autenticidad de nuestro punto de vista podrá completarlo haciendo el siguiente relato.

—Aquel domingo que, gracias a la comprensiva sugestión de mi mujer, abandoné mi casa empujado a presenciar un partido de fútbol, no logré acertar una sola carrera y, en consecuencia, perdí doscientos pesos. Este brusco llamado a la realidad de la Fortuna guió mis pasos la siguiente semana hacia uno de nuestros rumorosos estadios. Ya en el umbral, besé a mi mujer y me agregué a la presurosa caravana de ávidos espectadores. A medida que se agrandaba a lo lejos la embanderada mole de cemento, la columna se hacía más compacta y más veloz. A cuatro cuadras del estadio, aquello cobró para mi afiebrada nostalgia, una interesantísima sugestión de carrera, cuya emoción se acentuaba cuando conseguía superar la acción de tres o cuatro individuos y cobraba pueriles giros de angustia al sentirme superado por otros tantos. Llegar y asaltarme el temor de que no me sería fácil alcanzar el privilegio de disfrutar del espectáculo, fue simultáneo. Una muchedumbre revuelta disputábase un puesto frente a cuatro pequeñas ventanillas para adquirir su boleto, mientras seis policías montados pugnaban, al parecer, por impedir que el público consiguiera su propósito. A pesar de ese desconcertante antagonismo entre las fuerzas del orden y los organizadores de la fiesta, a intervalos surgía algún individuo forcejeante y desabrochado portando con mano férrea un billete de color azul. El vocerío me inyectó un coraje desconocido, y resueltamente arremetí yo también contra las ventanillas, contra la turbamulta y contra los policías. Los cascos de los caballos levantaban entre las heterogéneas piernas un impresionante chisporroteo, cuando una violenta contracarga de la multitud me hizo retroceder un instante. Ahí se me acercó un muchachón con varios de los ansiados papeles azules entre sus manos:

—No pelee –me dijo–; un peso más que en ventanilla.

Formalicé de inmediato la operación y lleno de gozo superé en la entrada la oposición policial filtrándome por entre las paralelas de gruesos barrotes de hierro. Al fondo me es-

peraban tres inspectores, el primero de los cuales me colocó una mano en el pecho al tiempo que recogía mi billete:

—¡¿Dónde compró esto?!

La ruda requisitoria me hizo concebir una cruel sospecha, que se transformó en tremenda depresión moral, al preguntarme el segundo de los centinelas si me habían "arrancado verde". Gané la calle ciego de ira y con tal sed de venganza, que en el breve trayecto ideé infinidad de sádicas torturas. Estos refinamientos me dieron la pujanza necesaria para volver a lanzarme contra las bloqueadas ventanillas. Al cabo de diez minutos de duro forcejeo en el cual dejé casi todas mis energías y varios botones, me vi en posesión de mi santo y seña. Entramos en tropel y luego de franquear la barrera de inspectores comprobé que éstos no habían mostrado el menor interés en exigirme el indispensable billete.

Las negras tribunas prorrumpieron sobre mi cabeza en una clamorosa ovación; los equipos acababan de hacer su aparición en el *field*. Corrí hacia las gradas, ansioso de escalar un peldaño; inútil empeño. Traté de obtener un puesto contra las alambradas, con igual éxito. Mi estatura, marcadamente inferior a la normal, no me permitía superar con la vista el hombro de ninguno de aquellos espectadores más previsores, y así, cuando comenzaron las acciones, el brillante color de las casacas de los jugadores y del verde césped, aparecía fugazmente ante mis ojos, merced a los desesperados brincos con que pretendía seguir el desarrollo del juego. Una veintena de chiquilines desataron una batalla entre mis piernas para recoger los níqueles que habían saltado de mis agitados bolsillos, a tiempo que la muchedumbre hacía explosión en un rugido increíble: la pelota había sacudido las redes por primera vez.

¡Con qué angustiada envidia me volví hacia los rostros jubilosamente epilépticos de los espectadores, como inquiriendo detalles de cuanto estaba aconteciendo en el campo! ¡Qué terrible sensación de inferioridad! En aquellos momentos me hubiera desprendido de cualquier cosa por compartir con el efervescente concurso la emoción del momento. Adi-

vinando mi estado de ánimo, un individuo, moreno y no muy bien trajeado, me vendió por quince pesos un pequeño cajón que coloqué estratégicamente y mediante el cual gané veinte centímetros de estatura.

El verde rectángulo apareció ante mi vista en casi toda su amplitud; la pelota, hábilmente impulsada, iba de uno a otro campo creando frente a las vallas excitantes situaciones de peligro. En una de ellas, el árbitro acordó un *penalty-kick*, y el público, tenso, esperó la ejecución del correspondiente *shot*. Un muchachón poco más alto que yo, pero muy fornido, tras un rápido "¡permiso, don!" subió entonces al precario escalón, para apreciar desde mi atalaya la jugada decisiva. A tiempo que sonaba el silbato del juez, la débil plataforma cedió oblicuamente bajo nuestros pies, y mientras la muchedumbre aclamaba al autor del tanto, mi arbitrario compañero se alejó defraudado, echando maldiciones.

Mis relatos, que impresionaron vivamente a mi sensible esposa, le inspiraron esta frase categórica:

—La próxima vez te preparo un sandwich y te vas bien tempranito. La vida es de los previsores. Compras tu entrada tranquilamente y te ubicas en el lugar que te plazca.

Sin testigos que pudieran advertir la fatiga que el esfuerzo me produjo, trepé el domingo siguiente hasta el último peldaño de cemento del estadio, portador de mi pequeño envoltorio. Eran las diez de la mañana. Una mañana fresca, luminosa y perfumada. Alegre de vivir, respiré concienzudamente aquellas suaves brisas absolutamente mías, que llenaban mis pulmones con olor a río de la Plata. Estoy en condiciones de afirmar que nada hay que tanto excite el apetito de un individuo, como encontrarse a solas en una tribuna en posesión de un sandwich de salamín y jamón cocido. Huelga decir que a las diez y media no quedaban ni las migajas de mi frugal almuerzo.

Las tribunas fueron poblándose gradualmente y bloqueándome en tal forma, que a las doce dejé de añorar los excelentes tallarines que mi mujer prepara. Al comenzar el partido preliminar, no cabía un alfiler en las amplias instalaciones,

lo cual no fue óbice para que luego penetraran otras treinta mil almas. La bullanguera expectación del rumoroso marco estalló al aparecer saltando ágilmente sobre el césped los tradicionales rivales. Yo sentía una tibia simpatía por el equipo visitante, debido a no sé qué vieja añoranza de mi juventud, simpatía que no me fue difícil trocar por el adversario al advertir que cuantos me rodeaban recibieron al equipo forastero con una estridente rechifla.

Es notable comprobar cómo la solidaridad deportiva permite ganar en una tribuna sólidas amistades y hasta –algunas veces– concretar ventajosos negocios. Recuerdo que en un momento dado fui un tanto lejos en mi afán por conquistar la voluntad de mis correligionarios; una brusca jugada en detrimento de uno de los "nuestros" me arrancó del pecho un estentóreo:

—¡¡¡Matálo!!!

Pero el fútbol tiene, como todas las cosas, su faz desconcertante. Un joven, tocado de gorra y campera, me miró de reojo con las manos en los bolsillos, y encogiéndose de hombros dijo con preceptiva calma:

—¿Por qué matálo? ¿Y la cultura? Si sacamo la cultura del fulbo... ¿qué queda?

Me encerré en un enconado mutismo.

El bello espectáculo finalizó con el triunfo de los "nuestros" por uno a cero, conquista obtenida gracias a una dudosa jugada dentro del área extrema enemiga, castigada por el árbitro con liviano criterio. De acuerdo al plan que me había trazado, resolví permanecer en mi puesto hasta último momento, a fin de eludir las peligrosas incomodidades de otras veces.

Aquí necesito decir que durante el desarrollo del *match* no había escapado a mi observación el notable parecido que el árbitro del importante partido tenía con mi modesta persona. Mi rubio cabello, que es lo único que poseo para que se me pueda tomar por británico, contribuía decisivamente a afirmar la semejanza.

Bajé las gradas sin prisa cuando calculé que sería el último en salir. Las sombras de la noche comenzaban a esfumar los

perfiles y las formas. A medida que me aproximaba a las puertas, una grita furiosa y amenazante llegaba a mis oídos en aterrador crescendo. De pronto un policía me asió fuertemente de un brazo: "¡Acompáñeme!", ordenó, y sin escuchar explicaciones me condujo velozmente por entre una doble hilera de colegas a caballo que, sable en mano, defendían con ardor mi preciosa vida. Pese a ello no pudieron evitar que una naranja batiera en mi ojo izquierdo con tal violencia, que a la postre había de anular sus funciones por cuarenta y ocho horas.

En el recinto policial el comisario me dijo que "la había sacado barata".

Ya saben ustedes ahora por qué yo no voy al fútbol, ese incomparable espectáculo enardecedor de multitudes, y los domingos opto por refugiarme en la tibieza de mi hogar y saborear unos ricos tallarines, enguantados los pies en cómodas y silenciosas pantuflas.

A veces enciendo la radio y escucho:

"—...El partido momentáneamente suspendido. ¿Qué dice usted, Manolo? ¿Tiene algo importante por ahí?

"—¡Sí, García! ¡Por aquí hace bastante fresco, pero además hay mucha enjundia!

"—¡Gracias, Manolo! ¡Saludos a la patrona! ¿Y usted, Rodríguez? ¿Qué ocurre allí? ¿Cómo están los chicos?

"—¡Muy bien, gracias! ¡Es decir... el del medio tiene tos convulsa! ¡Aquí el partido con las mismas características: cuando un equipo ataca, el otro se defiende!

"¡Magnífico! ¡Muchas gracias, Rodríguez! Aquí en la 'bombonera' se reanudan las acciones!..."

Y no podrá negarse que esto es también una interesante diversión.

Luis J. Medrano (Buenos Aires, 1915-1974). Humorista, dibujante conocido por su serie de Grafodramas, publicados en *La Nación*. Dirigió una revista propia, *Potpourri* (con dos salidas, en 1946 y en 1955). Practicó el humor escrito, como lo muestra "El hombre que no va al fútbol", publicado en la *Revista Argentina*, n° 9, el 1° de octubre de 1949.

1949

Juan José Sebreli
Constitución

En mi memoria se acumulan lugares, calles, de los rincones más lejanos y raros del mundo, pero fatalmente estoy condenado a ser sólo un porteño nacido en el barrio Sur. Mis recuerdos más entrañables estarán para siempre ligados a algunas modestas calles de Buenos Aires, que tal vez no tengan el menor valor para nadie fuera de sus propios habitantes: la calle Brasil, donde nací, la calle Pedro Echagüe, donde vivió mi madre. Durante muchos años las calles tenían la dirección en que yo las recorría siempre, Salta, que iba de mi casa al Centro, y Santiago del Estero, que volvía del Centro a mi casa. Me alegro de haber nacido y vivido largos años cerca de una gran estación terminal con su movimiento, su cambio constante, su inestabilidad, esa impalpable sensación de aventura que traían los silbatos desgarrados de los trenes en las noches de viento. La estación Constitución era una especie de puerto enquistado en el corazón de la ciudad.

Pienso que esa atmósfera influyó algo en mí. Alguna vez me he preguntado si mi visión del mundo diferiría si hubiera nacido en esas casitas con jardín del barrio Oeste, con su aire apacible e inmutable. También los modos de habitar o de trasladarse afectan los modos de ser.

La imponente estación de ferrocarril, de estilo victoriano, era un resumidero de los pueblos oscuros, de las viviendas de obreros, de los terrenos comprados a plazos, del balneario de Quilmes, la playa de los pobres.

Frente a la estación, la calle Lima, bullente de fondas con las paredes pintadas por artistas populares, auténticos *naïfs*, hoteluchos, cafetines, bares automáticos, bazares de baratijas, ropavejerías, casas de remate permanente y la vereda llena de vendedores ambulantes, charlatanes de feria, mendigos, canillitas, lustrabotas, le daban un aire de mercado persa. Cerca de la estación, entre las calles Pedro Echagüe y 15 de Noviembre, un callejón amarillento hacía pensar en el Londres de las novelas de Dickens. Siguiendo por el empedrado de Pedro Echagüe hacia Entre Ríos, se abría un amplio horizonte de cielo, cayendo sobre azoteas abiertas en una perspectiva uniforme de casas bajas. Ese cielo muy cerca de la calle realzaba los distintos matices de la luz, el resplandor silencioso de la siesta, el melancólico celaje lila del crepúsculo o el claroscuro de la noche. También ese cielo desapareció con la ciudad vieja; el cielo de Buenos Aires es hoy muy alto, recortado por los últimos pisos de las torres, muy alejado de la calle.

Cruzando los puentes de Constitución, los mismos del poema de Borges, desde cuyos hierros mi infancia contemplaba la carrera de las locomotoras a vapor entre chispas y humo negro, y a un costado un cementerio de locomotoras detenidas en vías muertas que no iban a ninguna parte, comenzaba una de las zonas con más carácter de la ciudad. Una perspectiva de calles en declive, veredas desparejas con plantas silvestres creciendo entre las baldosas, corralones, interminables paredones de ladrillo ennegrecidos por el humo, chimeneas, y un tren aéreo pasando por encima de las casas. Mis paseos por Barracas terminaban en el umbrío Parque Pereyra, con su encanto melancólico de jardín abandonado, con un lago artificial surcado por puentes rústicos, y hasta con una leyenda gótica de fantasmas nocturnos. (...)

Gente de todos los barrios venía a comprar al gran mercado de Constitución, al almacén La Estrella Española y a las tiendas de la calle Lima, desde San Juan a Independencia, donde se agrupaban por aquel entonces numerosas sederías de judíos sefardíes a los que se llamaba los "turcos". La ave-

nida Santa Fe era aún desconocida; "ir a tiendas", significaba ir a Lima. Una de las sederías más famosas era El Imán de Salomón Salmun, abierta a la calle, sin vidrieras y con las piezas de seda, terciopelo, taffetas, apiladas sobre la vereda para que los transeúntes pudieran apreciarlas. El trato familiar usual en las tiendas de la Gran Aldea tuvo sus últimos vestigios en esas sederías, donde se reconocía a las clientas habituales como mi madre y mis tías, y vendedores como el turco Elías eran tipos populares.

Los lugares de reunión donde sentarse y tomar algo tenían su ritual, sus horas y su público propio. Calori, de la calle Brasil era la fonda donde comían trabajadores modestos sin familia, y por la tarde se tomaba una copa de vino o se jugaba a los naipes. Una convención de los sábados y domingos antes del almuerzo o de la cena era el vermouth en lo de Gazzolo, un despacho de bebidas en los alrededores de la estación que era familiar a esas horas y se transformaba en algo más turbio por la noche. En el verano se tomaba cerveza en el bar alemán La Guillermina, de la calle Salta, entre picheles de cerámica y grabados vieneses. Para los varones solos estaba el café con billares Los 36, de Bernardo de Irigoyen, y en la misma calle a las mujeres o parejas les estaban reservadas las columnas de mármol y las arañas de caireles de la confitería Los Leones. (...)

No quiero idealizar al Constitución de ayer; sé muy bien que las brumas del recuerdo transforman al barrio natal en algo que no existió del todo realmente como pensamos después, del mismo modo que el salón versallesco en el que la dama madura de *Carnet de baile* cree haber pasado su primera fiesta poco tiene que ver con el ramplón club de horteras de provincia donde efectivamente transcurrió. La "vuelta al barrio de ayer" pertenece, es sabido, a la mitología reminiscente del porteñismo y del tango, y como tal es una actitud reaccionaria y pasatista frente a la inevitable transformación social de la ciudad. Pero, por otra parte, las calles, las casas, los lugares de una ciudad son como hitos que sirven de orientación y reconocimiento de sus habitantes en el

espacio y de permanencia en el tiempo. Buenos Aires es como Babilonia, Alejandría, Nínive o Sodoma, una ciudad desaparecida bajo los cataclismos y los avatares de la historia; nada permanece mucho tiempo donde estaba ni como estaba. No hay progreso, pero todo cambia, y en un corto lapso de vida no se puede volver a encontrar las calles de la niñez: uno se pierde en un laberinto de calles nuevas, desconocidas, sin recuerdos. Las calles, las casas, los lugares que formaron una parte inseparable de mi vida, han sido tan fugaces como los momentos que en ellas pasé, tan inasibles como los años; ya no existen en el espacio real, visible, sino tan sólo en la frágil trama de mis recuerdos.

Juan José Sebreli (Buenos Aires, 1930). Ensayista cuyo tercer libro, *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación* (1964), obtuvo gran repercusión, la que se repitiría en otros ensayos en los que tocó temas como Eva Perón, el fútbol, Mar del Plata, la familia Anchorena, el peronismo... El texto incluido está tomado de *Las señales de la memoria. Diálogos con Orfilia Polemann* (Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1987).

Cuarta parte

1950-2000 (¿o 3536?)

La reina destronada

Buenos Aires había llegado al millón de habitantes en 1905. Cuando termina el siglo XX la urbe, incluyendo el distrito de la Capital Federal y los 24 partidos colindantes, reúnen 14 millones de personas. La desmesura de esa inflación, que concentra a un tercio de la población argentina, es la consecuencia del desequilibrio connatural a Buenos Aires. Sus efectos perniciosos fueron anticipados ya en los primeros años del siglo por los escritores que hicieron entonces sociología porteña. La decadencia anunciada se produjo y el país no pudo resolver el problema. La mega-ciudad corre el riesgo de abdicar al trono de Reina del Plata, corroída como está por una distribución injusta de la riqueza, por una cultura de la violencia, y por otros males que exceden largamente la explicación local pero que en la ciudad porteña rinden el amargo fruto cotidiano de la inseguridad, el caos urbano, la corrupción estructural y diversos vicios.

Pero la ciudad, lo hemos visto antes en esta antología, sigue viva en un tiempo que le es propio, respirando sus aires, buenos o malos, que hacia el fin del siglo XX la han convertido en atracción turística de masas, ya no de viajeros ilustres o arriesgados.

Durante este último medio siglo, la ciudad no ha hecho sino incrementar su prestigio como tema literario y lo autoreferencial está omnipresente, a despecho de que los creadores tangueros, que le habían puesto música a lo literario, no

han podido repetir aquella generación mayor que creaba en los años cuarenta. Sin embargo, Astor Piazzolla desplegó en estos años, hasta su muerte en 1992, su experiencia musical, explorando los límites del tango hasta sus confines. Se siguieron publicando narraciones y ensayos sobre la ciudad y en la prensa, la viñeta porteña, en sus diversas vertientes, lacrimógena y nostálgica o ácida y mordaz, ha encontrado nuevos cultivadores, de los cuales esta antología convoca a unos cuantos.

El diario Clarín tiene una sección, llamada "Calles de Buenos Aires", donde escritores argentinos, nuevos y veteranos, ensayan la cuerda que Fray Mocho y Arlt llevaron a su culminación. "La mitología reminiscente del porteñismo... –sostiene Juan José Sebreli, que la ha practicado en algunas de sus mejores páginas– es una actitud reaccionaria y pasatista frente a la inevitable transformación social de la ciudad". Esa rememoración, tenga el carácter que tenga, estimulada por la emoción de un cambio de siglo y de milenio, está en pleno auge.

Entre los textos que reúne esta sección de El libro de Buenos Aires se incluye una descripción de la casa porteña en la década del cincuenta y ese fragmento debe ligarse con otros que a lo largo de los siglos, y de este libro, también ensayaron descripciones de interiores, y de hecho hay en este libro varias páginas que se llaman "La casa". Es que la ciudad vive hacia adentro y hacia afuera y el lugar de lo privado es también una forma de la ciudad. El afuera en cambio comparece en diversas perspectivas, entre las que destaco el registro verbal del inimitable César Bruto, que vale más que mil discursos sociales o literarios para retratar unos años, los de la emergencia peronista, apresados en su parla. Luego, viene la época de la violencia desatada. La antología incluye un texto, el de Jorge Asís, significativo de la forma en que pervivió, durante la dictadura militar 1976-1983, que para tantos argentinos resultó un hachazo que dividió historia personal y civil, el género del aguafuerte porteño. Más tarde comparecen escritores que retomaron el género de 1983 en adelante, y en-

tre ellos destaco la página de Antonio Dal Masetto, que introduce la pesadilla política en la crónica.

¿Qué Buenos Aires nos ofrecen los herederos de Fray Mocho? Una ciudad fascinante en sus mil matices, densa de historia y de futuro, un territorio ya tan vasto en términos de lo privado y lo social, que resulta inabarcable. Por eso uno de los últimos y más jóvenes antologados, Christian Ferrer, la presenta desde el aire, como subrayando ese carácter de inapresable para el ojo de la superficie. La ciudad ha acentuado la dureza que Arlt vio en su época. La ciudad de los pícaros, de los miserables, de los explotadores está ahora en la ironía de alacrán de Laura Ramos y en la durísima, panfletaria requisitoria de Carlos Ares, aunque también en otras miradas que van de la lucidez a la ternura.

1950

Ernesto Goldar
La casa

Los cincuenta registran cambios arquitectónicos que, dirigidos con un sentido social, tratan de absorber la afluencia de trabajadores de origen rural asimilados a la industria. El prototipo son los monobloques que se construyen en límites capitalinos –parque Chacabuco, Saavedra– y en el conurbano –Bolívar, 22 de Agosto, Los Perales. Sobre los monobloques y sus nuevos habitantes circula una leyenda negra. Se dice que por falta de educación urbana los moradores de viviendas precarias que son "realojados" en los flamantes departamentos cometen toda clase de desatinos, entre los que se enumera levantar el parquet para hacer asados, sembrar en la bañadera y vender la broncería. La especie se difunde, pero los hechos jamás serán probados. Se destinan a habitación en 1951, 11.660.000 metros cuadrados, y se toman medidas municipales para abrir al público espacios verdes de la ciudad, eliminando rejas de los parques y retirando de las plazas el cartelito de "prohibido pisar el césped", con la intención de que los niños deben disfrutar de los canteros y jugar a la pelota.

Deja de ser problemático ascender a propietario de la casa que se habita, pues desde 1943 la ley de alquileres, desalienta a los pequeños rentistas que se ven obligados a enajenar las unidades a bajo precio. Por su parte, la ley de propiedad horizontal dictada en 1948 genera al titular de departamento como nuevo propietario de inmuebles. Una de las mejores experien-

cias corresponde al ensayo cooperativo de "El Hogar Obrero", una torre de veintitrés pisos proyectada por el arquitecto Beretervide, erigido en Rivadavia y Angel Giménez, hacia 1954, conocida como el "elefante blanco". En 1952 se alza otra torre, el edificio A.L.A.S., en Viamonte y Leandro Alem, con 42 pisos y 14 ascensores. Pese a las preocupaciones y declaraciones oficiales –anteriores y posteriores a 1955– quedan vastos sectores de población migrante recluidos en las "villas miserias", en un ambiente promiscuo, sórdido, donde hay una canilla cada quince cuadras y permanentes problemas de salud, adaptabilidad, falta de expectativas y ausencia total de privacidad. (...)

En adornos y útiles se vive la gloria del dorado y del plástico, que permite flores, veladores en forma de casita o barco, ceniceros, juguetes, marcos, y todo aquello que a alguien puede ocurrírsele que parezca "americano", ya sean mesas y sillas de fórmica, tubos de luz Silvania, relojes eléctricos Election, despertadores con cuadrante luminoso, alacenas colgantes de metal y los desopilantes motivos kitsch –negros bailando rumba y palmera, estatuitas con morenos, máscaras, Quijotes y Sanchos en bronce, perros pequineses de yeso. (...)

El frenesí por modernizar se resume en la posesiva consigna "tener todos los adelantos", proceso de consumo que en la vida alimentaria comienza por la cocina a gas (las mentadas Longvie), descartando al carbón y a la electricidad.

Aunque, físicamente, en los lugares donde todavía no han llevado las cañerías, predominan las cocinas a gas de querosene y el tradicional calentador con tanque de bronce y mechero regulable. Los usuarios están hartos de ese mechero que se ahoga y exige se lo destape con el portagujas de lata. La Carú –la "carucita"– es la cocina más popular, de una sola hornalla alimentada a querosene. En las viviendas barriales sostiene la sartén de los almuerzos, pues como dice la publicidad "siempre hay una Carú para cada necesidad y para cada presupuesto". En el lenguaje

deportivo, Carú quiere decir estómago, y en el Luna Park se grita "a la carú" cuando se quieren presenciar golpes bajos.

Ernesto Goldar (Buenos Aires, 1941). Poeta (*Feria en San Telmo*) y ensayista: *El peronismo en la literatura, Los argentinos y la guerra civil española*. "La casa" pertenece a *Buenos Aires: vida cotidiana en la década del 50* (Buenos Aires, Plus Ultra, 1980).

1952

César Bruto
La boemia

Cada vez quenpiesa a venir el fresquete y uno presisa ponermás cobijas y reforsar la comida y mandarse alguna copa de algo que raspe para que le venga la calor por adentro, yo menrrecuerdo de los pobre boemiO que viben arriba de una buardilla, todos tiritando de frío, con el viento que les entra por todos los augeros de la paré, el agua que filtra por el techo, la niebe que senchufa por los vidrio roto... y, sin tener un triste pedaso de pan o de quesO para comer, endemientras que afuera, envueltos en sendas pieles y autos de lujo, rechondos de soculentos cabiares, malionesa de langostA y fine chanpane francaiS estrangero, los chanchos burguéS se rien con sus 2 mandíbula batiente y silban una canción ordinaria endemientras chupan un sigarro grande, caro y dibno de mejor causa. ¡Así es la vida del mundO, y así es el pago que le da la jente a los artistA que se sacrifican y se mueren de hambre, en lugar de agarrar y ir a trabajar por egenplo de mosoS labacopa en una tenporada de maR del platA y ganar sus buenos sinco a 6 mil $$$$$ con los cual conprarse un terrenito y venderlo a los 3 mes en 15 ó 20 miL, y despué comprar tirantes de fierrO en linieR y venderlo en barracA, ganando el siento mil quiniento por siento, o sea de que ante de un ánio el tipo no se deja cortar la cabesa por meno de 2 ó 3 miliones de $$$$$! Por eso yo, al ques boemiO le saco el sonbrero y lo almiro, y si un día tengo plata de sobra lo

primero que hago es construir una buena casa de alto con muchas buardilia con lindas ventana, bastante calefasión para el inbiernO, uno heladera de cubitos para el veranO y una despensa siempre cargada de cosas de comer a todo pasto. ¡Cuesta tan poco haser felis a la jente!

Hase siento de miles de miliones de siglO, dise mi tío aquileZ de que arriba de la tierrA vibían apenas 8 ó 7 honbres, los cual se mantenían de la fruta de los árbol que arrancaban, o de los pescados que pescaban, y para taparse del frío se ponían ensima alguna piel de oso polar, sienpre y cuando al ir a casar el oso no les tocara la partede caer abajo, porque en ese caso el que se abrigaba era el oso con la piel del tipo, o sea la vesiversa.

Y dise la historia de que endemientras que unos hombres agarraban y se dedicaban a guardar adentro de su cueba más fruta de la que podían comer, y acaparaban cueros y pieles, lo cual pasaba de que después los podían esplotar a los quen lugar de acaparar nada se pasaban los día abajo de un árbol pensando de haser un sonetO, o escribiendo una obra de teatrO, o pintando en la paré un cuadro, o hasiendo con barro una bélia escultura... ¡Y despué a la final, para poder comer, el pobre artistún tenía que ir en casa del cabernícolo que agarró todos los frutos del paíx y darle a lo mejor casi todas sus obras conpletA en cambio de un manojo de pasa de uba, algún arenque, 4 ó 3 sebólias y alguna otra berdurita! La cual historia se sigue y se sigue repitiendo, y si uno por una casualidá o por un capricho un día le da la loca de agarrar y entrar adentro de un museO, es una fija que sencuentra conque todas las obras la hiso la jente boemia y pobre, y en ninguna parte figura un cuadro ni siquiera a la cuarela de un roquE félleR, ni de un enrrI forD, ni de un banderviL, ni de un bunjiboR, ni de tántos y tántos que cuando sienten hablar de la boemia torsen la cara como hasiendo jesto de asco, pero a lo mejor en su grandiosa mansión seniorial tienen una bibliotecA cargada de libros y una cuadrotecA de cuadros, que los hisieron con el sudor de la frente de los pobres boemiO

que a lo mejor se murieron en la cama blanca y fría de un frío y blanco hospital. ¡Bha, si uno se hase mala sangre es peor, porque se rebuelve el estómago y no se gana nada!

El inbento de la boemiA es bien triste visto de un lado, pero tiene su ventaja dentro de su indiosincrasia, como ser no pagar el alquiler, no pagar al sastre y no pagar la comida, porque aquelia persona ques boemiA no se puede andar fijando en esos detalies y sienpre agarra y promete de pagar las cuentas cuando le dean el premio taL o cuaL o el día que le venga la consagración, como aquel caso que le pasaba al padrino de un visecuniado mío, liamado juansitO, el cual tenía una buardilla de boemiO en un techo de la calie colonbrE y andaba sienpre por las pénia del barriO boedO, en los tienpo que cada cual era más anarquista quel otro y las buelgas se arreglaban a tiros...

Y resulta de quel padrino del visecuniado mío se hiso cliente del despensero de la vuelta de casa, llamado don bachichA, quera genovéS y poco afisionado a hacer obras de benefisiencia ni siquiera conprando un biliete de loría nasional. Y resulta de quel boemiO lo fue metiendo poco a poco con hogitas de la libreta del fiadO, agregando cada día ya sea veinte demortadela, ya sea quinse de salame y un pan, ya sea una lata de sardina y 10 de queso fresco, ya sea un poco de lierba y asúcaR...

—¡E, me diga un pó! –le dijo un día el bolichero–. Hase 3 ánios y masomenos 25 meses de que usté no paga minga un sentavo de lo que gasta...

—Pero, don bachichA, mestrania lo que dise –le contestó el boemiO–; usté sabe de que la vida boemiA es vida boemiA... Yo agarro y mensierro con el papel y la tinta, y el día meno pensado me mando una obra, me la estrenan adentro de la "tipográficA buenarensE", me vengo famoso y le pago todo...

El jenovéS lo miró de arribabajo, se sacó el escarbadiente que siempre tenía para evitarse el visio de fumar en la bocA, y le dijo:

—Mire un poco, cuansitO, yo le propongo de haser un canbio: desde maniana a la maniana, yo le doy la despensa a usté y yo me hago el boemiO... ¡No es justo que usté se sacrifique tanto, sacramente! ¡Un poco de boemiO a cada uno no le hase mal a nenguno, he!...

¡Son tántos desos inconprendido arriba deste belio mundO!

César Bruto (seudónimo de Carlos Warnes, Buenos Aires, 1905-1984). El humor paródico y paradójico de César Bruto fue admirado por Cortázar, quien puso uno de sus textos como epígrafe de *Rayuela*. Warnes (también con los seudónimos de Napoleón Verdadero, Pinocho Pataleta y otros) colaboró en diversos medios gráficos y escribió libretos televisivos para el cómico Tato Bores. Sus textos están recopilados en los libros *El pensamiento vivo de César Bruto* (La Cuerda floja, Buenos Aires, 1946, del que se tomó *La boemia*), *Lo que me gustaría ser a mí si no fuera lo que soy*, *Los grandes inbento deste mundo*, *El secretario epistolárico*, *Brutas biografías de bolsillo* y *Brutos consejos para gobernantes*.

1955

Witold Gombrowicz
Fin de año

Lunes

Aullidos de sirenas, pitidos, fuegos artificiales, descorchar de botellas y el vasto murmullo de una gran ciudad en gran agitación. En este instante hace su entrada el año nuevo, 1955. Camino por la calle Corrientes, solo y desesperado.

Delante de mí no veo nada..., ninguna esperanza. Se me está acabando todo, no consigo iniciar nada. ¿El balance? Después de tantos años llenos, a pesar de todo, de esfuerzos y de trabajo, ¿quién soy? Un oficinista rendido por siete horas diarias de darle vueltas a la noria, ahogado en todos sus proyectos literarios. No puedo escribir nada aparte de este diario. Todo se va al garete porque cada día durante siete horas cometo el asesinato de mi propio tiempo. Tantos esfuerzos dedicados a la literatura y ella no es capaz de asegurarme hoy un mínimo de independencia material, ni siquiera un mínimo de dignidad personal. ¿"Escritor"? ¡Qué va! ¡Sobre el papel! En la vida, un cero, un ser mediocre. Si el destino me hubiese castigado por mis pecados, no protestaría. Pero yo he sido destruido por mis virtudes.

¿A quién debo culpar? ¿A los tiempos? ¿A la gente? Pero cuántos hay todavía más destrozados. No he tenido suerte en el sentido de que en Polonia me trataban con desprecio, y hoy, cuando por fin alguno que otro empieza a respetarme, no queda lugar para mí, soy forastero en todas partes, como

si no habitara en la tierra sino que estuviera suspendido en el espacio interplanetario, como un astro solitario.

Jueves

¿Lo digo o no lo digo? Hace más o menos un año, me ocurrió lo siguiente. Entré en el lavabo de un café de la calle Callao... En las paredes, diversos dibujos e inscripciones. Pero jamás aquel delirante antojo me habría pinchado como un aguijón venenoso, si casualmente no hubiese palpado un lápiz en el bolsillo. Era un lápiz-tinta.

Encerrado, aislado, con la seguridad de que nadie me vería, en una sosegada intimidad..., y el murmullo de agua que decía: hazlo, hazlo, hazlo. Saqué el lápiz. Lo ensalivé. Escribí en español, en lo alto de la pared para que fuera difícil borrarlo, algo, oh, algo absolutamente vulgar, al estilo de:

"Señoras y señores, para nuestro beneficio,
No lo hagan en la tapa, sino en el orificio."

Guardé el lápiz. Abrí la puerta. Atravesé el café y me mezclé con la muchedumbre en la calle. Pero mi inscripción se había quedado allí.

Desde entonces vivo con la conciencia de que allí está mi inscripción.

Witold Gombrowicz (Maloszyce, Polonia, 1904-Vence, Francia, 1969). Escritor polaco, autor de *Ferdydurke, Cosmos, La pornografía*, vivió veinticuatro años en Buenos Aires. El texto elegido pertenece a su *Diario I 1953-1956* (traducción de Bozena Zaboclicka y Francesc Miratvilles, Madrid, Alianza, 1988).

1955

José Pablo Feinmann
Villa Urquiza

En Villa Urquiza había cines y pizzerías, en Belgrano R no. Esto, en los años cincuenta.

Belgrano R se extendía desde la estación del tren hasta la calle Donado, pasando, hecho fundamental, por la iglesia San Patricio. De modo que si un pibe de los años cincuenta vivía frente a esa iglesia, o cerca de ella, y quería ir al cine y a comer unas porciones de pizza a la salida, tenía dos opciones: Cabildo o Villa Urquiza, donde estaba, no solamente pero sí sobre todo, el Edén Palace, hoy Gran Urquiza, en la calle Bauness.

Nosotros, los pibes de Belgrano R, elegíamos Villa Urquiza.

Íbamos caminando. Salíamos por Estomba y llegábamos a Olazábal, doblábamos a la izquierda, atravesábamos Triunvirato, llegábamos a Álvarez Thomas, doblábamos, ahora, a la derecha, cruzábamos la barrera de la estación y llegábamos al Edén Palace.

Era un cine pequeño (aunque ¿quién podría recordarlo como pequeño en su memoria?), con muchas puertas y el afiche de una película en cada puerta. Y los afiches estaban llenos de colores, y contrastaban las letras amarillas de los nombres de los actores con el rojo violento, subyugante de los incendios, de los disparos, de las explosiones. Ahí, los pibes de los cincuenta vimos películas de cowboys (que algunos, la mayoría, nombraban como películas de *cónbois)*, de gángsters (de donde todos aprendimos a decir *jansáp*,

que luego, mucho después, averiguaríamos que era *hands up*, es decir, simple y maravillosamente: ¡arriba las manos!) y de piratas. Sobre todo, en verdad, de piratas. Porque, en el Edén Palace, vimos *El Cisne Negro*, *El Halcón de Oro* y *El Pirata Hidalgo*, con Tyrone Power, Sterling Hayden (¡y Rhonda Fleming!) y Burt Lancaster respectivamente. Y Burt Lancaster no se decía –como algunos aprendimos a decirlo a partir de *Il Gattopardo*– *Bart Láncaster*, sino que se decía *Burt Lancáster*, y la primera novela que escribió el que de aquellos pibes habría de convertirse en novelista se llamó *El Águila Roja*, y plagiaba con prolija veneración a *El Halcón de Oro*, que se basaba en una novela de Frank Yerby, tal como "La espada sarracena", que también vimos en el Edén Palace.

Y luego, a la salida, luego de las tres películas de la matinée, cruzábamos otra vez las vías e íbamos a una pizzería que estaba en la esquina del cine Grand Bourg, en la calle Monroe y que se llamaba El Volcán. Y hacían una pizza de masa gruesa, que comíamos en porciones que sujetábamos con papel y que era muy aceitosa; tanto, que un aceite casi rojizo como la metralla de *El Cisne Negro* o *El Halcón de Oro* o, sí, *El Águila Roja* (todos ellos barcos piratas) se nos deslizaba por la palma de la mano hacia la camisa, creo, casi siempre azul. Y luego, al atardecer, nos volvíamos por Olazábal, doblábamos por Estomba y llegábamos a la iglesia San Patricio, cerca de la que estaban nuestros hogares. Volvíamos llenos de imágenes, romances y memorables aventuras.

Años después elegimos Cabildo. O el centro. Y hasta nos mudamos. Es decir, crecimos. Y Villa Urquiza se transformó en un barrio de Bancos Cooperativos, de una clase media laboriosa, que vive de los créditos, que compra en cuotas, que anhela la estabilidad. Pero, para nosotros, los pibes de

José Pablo Feinmann (Buenos Aires, 1943). Novelista (*Últimos días de la víctima*, *El ejército de ceniza*, *Ni el tiro del final*), autor de

los cincuenta que vivíamos cerca de la iglesia San Patricio, Villa Urquiza fue y será el barrio del Edén Palace. El barrio del pirata hidalgo.

---

ensayos histórico-sociales (*Filosofía y nación*) y de mucha obra periodística. "Villa Urquiza" se publicó en el libro de dibujos de Miguel Rep *Y Rep hizo los barrios* (Buenos Aires, Ediciones Página/12, 1993).

1966

Nicolás Olivari
Los remates pobres

Todavía quedan algunos. Pocos, pero quedan. Son los remates pobres. En zaguanes hundidos en calles de tránsito, se subastan esas quiebras entre fraudulentas y misteriosas. Frutos de las llamadas liquidaciones forzosas en las que proliferan las colchas. Esas colchas de exóticos arabescos, fabricadas en Puente Alsina, que parecen envolver a una serie de "gurupíes" de nariz a la granolina efervescente, que están allí con su perfecto aire de quien papa moscas, pero que de vez en cuando hacen caer al transeúnte incauto.

Se rematan allí galeras de felpa para cocheros de funerarias, sacos para aviadores nostálgicos, impermeables que se deshacen como arcilla entre los dedos y, sobre todo eso, colchas: colchas amarillo ictericia, rojo bolchevique, negro anarquista, verde enfermo. Colchas para todas las amas de pensión, para todos los hoteles ínfimos, para todas las camas dudosas de la ciudad.

La voz del rematador es tan inconfundible como incansable. Los más modernizados se ayudan con un altavoz unido a un micrófono para mayor arte embaucador. Y esa voz está allí presente en todas las horas válidas de la jornada, vociferando, desde luego, enarbolando la colcha de siempre, cuyo intrincado tejido de remoto origen la mantiene rígida, dispuesta en todo momento a transformarse en ese imposible tapiz de Aladino, viajero de los aires. Pero también dispues-

ta, como sus hermanas de un mismo telar de mecánica surrealista, a partir para quién sabe qué deshonroso destino.

Está igualmente un maniquí de cara de cartón y piedra momificada por los tiempos. Un maniquí de ojos fijos de pescado muerto, a veces con un bigote duro y negro, con un jopo del tiempo de "La verbena de la paloma", aguantándose en invierno una veste de rayón pautado como una partitura y en verano una chaqueta de cuero, lo que le hace sudar y tiritar a la vez y le presta un aire vencido, decadente, de muñeco de ventrílocuo.

No hemos visto jamás que nadie comprara algo en esos remates a los que se asoma nuestra avidez porteña, nuestra curiosidad internacional. Algunas señoras gordas han sido vistas en un remate cerca del bajo y las mismas fueron luego localizadas en otro lugar muy al sur, lo que hace suponer que existe un sindicato de compradoras de alfombras mágicas que, a lo mejor, han sido importadas también directamente desde Damasco. Las dichosas colchas y alfombras en la ciudad cosmopolita traen su oasis de palmeras y sus lejanías de aduares, amén de sus odaliscas muy metiditas en carnes, inmovilizadas en una abominable danza oriental.

En resumen, todo aquello parece el saldo definitivo de un cruento naufragio, de un incendio colosal.

Y muchas veces para atraer al curioso se invoca la espeluznante tragedia que cabe en el aviso: "Mercaderías salvadas del..."

En realidad, tratan de salvarse del olvido. Se obstinan en permanecer, en ser, antojándoseles una higa la moda tornadiza cuyas veleidades desprecian ceñudamente. Por eso se subastan los zapatos de tacones incongruentes y las corbatas estupendas, con diseños dignos de la escenografía macabra de un misterio medieval.

La nota es pintoresca, indudablemente, pero no deja de tener su matiz de tristeza. No sabemos por qué, pero lo tiene. Porque es como lanzar al aire de la curiosidad pública lo que ha envejecido sin haber sido usado, lo que nació muerto, lo que debió ser y que no fue. Y si, como es posible, las

cosas inanimadas pueden tener su alma, uno se imagina un llanto secreto, una vergüenza escondida, en esos pliegues de telas subastadas, en esas prendas desnudas, en esos tejidos de tinieblas que se intenta hacer revivir en la voz plañidera del rematador en los zaguanes de la ciudad, cuando ya todo estaba definitivamente muerto.

Nicolás Olivari (Buenos Aires, 1900-1966). Poeta y prosista de abundantes motivos porteños, el autor del poemario *La musa de la mala pata* (1926) es también un memorialista de la ciudad: *El almacén* (Buenos Aires, Tirso, 1958) y *Mi Buenos Aires Querido* (Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1966).

1968

Jorge Luis Borges
Monserrat

Basta el examen de un álbum de fotografías de Buenos Aires, por bien ejecutado que esté, para llegar a la conclusión, acaso un tanto melancólica, de que las calles y los barrios de nuestra bien amada ciudad se diferencian menos por lo que son, que por la imagen que nos han legado los años. Así, desde un punto de vista arquitectónico, la calle Florida nada ofrece de memorable, pero es indiscutible que pasear por la calle Florida –mejor dicho, la conciencia de ser una persona que va por la calle Florida– tiene algo de agradable y de singular. El hecho se repite en el Barrio Norte. Distraídamente lo reducimos a las nobles y a veces vanidosas mansiones que edificaron algunos caballeros nostálgicos para jugar a estar en París; distraídamente no vemos los departamentos, los comercios, las casas viejas, los conventillos y el paredón del ferrocarril. En cuanto al Sur... la imagen que perdura es de casas bajas, de manzanas monótonas y parejas, de azoteas con balaustrada, de llamadores de bronce, de zaguanes abiertos en cuya hondura está la íntima claridad de los patios. Así lo ven los ojos de nuestra fe. En realidad, ese platónico Sur no está en lugar alguno del mapa. Siempre nos estorba una circunstancia, una estación de servicio, un laboratorio; el anhelado Sur está siempre un poco más lejos, siempre a la vuelta de la esquina en que lo buscamos.

¿Qué es Monserrat? ¿Qué es ese barrio viejo de Buenos Aires del que ahora soy vecino? Es, ante todo, una memoria

de las cosas que fueron. Al promediar el siglo XVIII, era un vago arrabal. Podemos pensar en alguna chacra, en torpes callejones de tierra, quizá en alguna quinta. La variedad de flores era menor, pero cabe esperar que no faltarían la madreselva, la retama, la rosa, los jazmines y las violetas. El Norte y el Sur no separaban entonces a Buenos Aires; el eje era la Plaza Mayor y la creciente población iba abriéndose en arcos, tanto más solitarios y pobres cuanto más alejados. Para decirlo con alguna pompa, la aurora y el poniente nos regían y no la calle Rivadavia.

El puntual historiador de la zona, Francisco L. Romay, acaba de informarme que la parroquia de Monserrat data del 3 de octubre de 1769. Treinta años después, funciona en el antiguo Hueco de Monserrat la Plaza de Toros, que llegó a congregar, algún domingo, más de dos mil espectadores.

Las instalaciones eran precarias; antes de la lidia, los animales solían salvar la valla de los corrales y perseguir a los vecinos; muertos y abandonados a los cuervos, el hedor apestaba. Hacia 1800, el espectáculo se llevó a un barrio más lejano: el Retiro. He sabido que en 1816 tomamos la decisión de dejar de ser españoles y de ser esa cosa nueva, argentinos; la corrida era específicamente hispánica y acabó, como era de prever, por ser abolida. Lo mismo, en los Estados Unidos, ha acontecido con el uso del té, juzgado y condenado por británicos.

A las parroquias de la Concepción y de Monserrat se les dio, en aquel entonces, el nombre de Barrio del Tambor. Ese instrumento resonaba, ensordecedor y monótono, en los candombes de los negros. De la Concepción y de Monserrat salió el famoso Regimiento 6, de Pardos y Morenos, eufemismo administrativo que sorteaba los riesgos de las palabras "negro" y "mulato". Ese regimiento se distinguió en la carga del Cerrito, en Montevideo, victoria que los biógrafos de Soler, atribuyen a Soler, y los biógrafos de Rondeau, a Rondeau. Del regimiento 6 diría el poeta Hilario Ascasubi, "más bravo que gallo inglés", aludiendo a una estirpe acreditada.

Monserrat, como tantos otras parroquias de Buenos Aires,

tiende a perder sus rasgos diferenciales y a confundirse con el centro, pero en lo memoria común perdura este alarde de sus antiguos compadritos:

Soy del barrio 'e Monserrate,
Donde relumbra el acero;
Lo que digo con el pico;
Lo sostengo con el cuero.

Voy a concluir con una anécdota, en la que relumbra el acero. Hará diez años, en la esquina de Bolívar y Venezuela, un muchacho injurió a un desconocido y lo mató de una puñalada. Serían las ocho de la mañana; antes de las nueve, el comisario fue a un conventillo de la calle Chile y arrestó al malechor. Nadie lo había delatado, pero la policía no ignoraba que era el último pendenciero del Sur que todavía usaba cuchillo. El culto de la tradición tiene sus peligros.

© Emecé Editores

Jorge Luis Borges (Buenos Aires, 1899-Ginebra, 1986). Publicó numerosos textos de rememoración y glosa de Buenos Aires. *Monserrat* apareció en un número especial (el 207/209, de diciembre de 1968) de la revista de arte *Lyra*, dirigida por Francesco de Egli Negrini, y dedicado a la ciudad, junto a colaboraciones de otros treinta escritores, periodistas y artistas gráficos.

1968

Julio Cortázar
Buenos Aires Buenos Aires

Alta pared de caras, Buenos Aires efímera de domingos y campeonatos, de carreras y mitines, castillo de naipes que la ciudad levanta con la espuma de los medio litros nada más que por jugar, como una gata con la laucha, sabiendo que las barajas se dispersarán al primer viento, a la hora de la pizza y la TV, que nada la amenaza, que sigue siendo el ama protectora y despótica, dispensadora de los juegos, del primer gol a las tres y media, de la potranca por medio cuerpo, del líder que promete, del ciclista que taja el aire con el cuchillo del récord.

Y está el que no comulga, el que prefiere vivir vicariamente las ceremonias y los sacrificios de la ciudad, el que no presta la cara para hacer otro ladrillo en la alta pared de la muchedumbre. Alienado por ausencia, nada lo distingue en el fondo de los otros; Buenos Aires le cede sus cafés, sus diarios, sus cines y sus radios. Decir Buenos Aires es decir el mundo, ahora.

Por ósmosis, por lentos reflujos, a través de inconcebibles síntesis, ocurre que de tanto anónimo trajinar asoma la excepción, el individuo que de alguna manera crea esa ciudad que lo creó, la modela otra vez exigentemente, la arranca al hábito y a la conformidad. Inmóvil en sus cimientos, Buenos Aires es una ola que se repite al infinito, siempre la misma

para el indiferente y cada vez otra para el que mira su cresta, la curva de su lomo, su manera de alzarse y de romper.

Durante mucho tiempo Buenos Aires propuso una visión horizontal, la proximidad tranquilizadora de sus paredes y sus ventanas. Vivir, entonces, era caminar hacia el prójimo, salirle al encuentro a nivel de tranvía, de primer piso, de confitería con balcón. Hoy ya no quiere, encaramada en sus rascacielos ha desnudado el río de un tirón de sábana, nos regala sus incontables automóviles como un montón de zapatos alineados.

De los porteños se podrá decir que no hemos hecho gran cosa y a lo mejor es cierto, pero nadie nos quita la fiaca, madre de la poesía, amiga de la silla en la vereda y de tanto mate amargo.

Algo en el pelo, en la manera de inclinar la cabeza, algo en la voz y acaso en las palabras: Buenos Aires inventa sus mujeres, las confina irónicamente en el barrio donde han nacido y donde elegirán el shampoo y el marido. Los cruces y la propiedad siguen siendo horizontales.

El circo de la noche porteña, inconcebible en otros climas. Después de un invierno rápido y sin historia, del que nadie se acuerda, empieza la noche sedosa y caliente, con los perfumes de las plazas y el perfil de las mujeres, la noche que dura meses, la invitación a la caminata, al carnaval, a la cerveza helada después de tanto cine y tanto calor. Para esta memoria empecinada la noche porteña huele a calle con árboles y sombra, Boyacá, Tinogasta, Paraguay al dos mil, a interminable discusión sobre las cosas del cielo y de la tierra a lo largo de itinerarios y cigarrillos que entran hasta las dos o las tres de la mañana, a zaguanes con mayólicas o puertas de departamentos donde las manos y los labios se despiden en un silencio roto apenas por un grillo en el patio, por un raro golpe de viento en las copas de los plátanos.

Los domingos son del pobre, inútil que yates y petisos de polo, inútil que autos con chófer y que mandatarios y estancieras en peristilos o palacetes, el domingo porteño es ese camión donde los muchachos instalan a mama y a tía, ponen el cajoncito de cerveza y los chorizos para la parrillada, la sandía, la radio, entre discusiones y silbidos y Dios querido carpeteá esa nube, a ver si ahora yueve justo cuando estábamos fenómeno.

No he pisado jamás un hipódromo, pero viví en una pensión donde se hablaba todo el día de carreras. Una noche de los años cuarenta soñé que un caballo llamado Halifax ganaba un clásico y lo conté a mis compañeros, que me miraron compasivos. Halifax ganó y pagó una barbaridad; también en Buenos Aires la naturaleza imita al arte.

Las opciones del domingo porteño son pocas y precisas, la iglesia y los ravioles, el fútbol y los burros, el ciclismo y los balnearios, el picnic y la visita a los familiares, el cine y los bailes, el bodegón y la milonga. Ciudad moderna, sus domingos tienen esa penetrante tristeza enmascarada con gritos y risas y el mejor traje, tienen la caída de hombros del que vagamente busca escapar a la alienación de la semana y de la vida, encontrar una reconciliación que todo le niega y que sólo la esperanza vestida de gol o de batacazo le muestra desde lejos.

Trato de imaginar al novelista de Buenos Aires, a la mujer o al hombre que un día obligarán a la ciudad a rendir sus más secretas llaves, como ya estas imágenes rinden tantas puertas. Parado en una esquina, con su bufanda y su chambergo, Roberto Arlt fuma y espera. Cuando pasen esa mujer o ese hombre, él los mirará largamente antes de irse. El vigía podrá descansar.

Esos purretes que ríen, ¿serán un día la gente que entra una vez más en el brete de los subtes, en el ir y venir del Buenos Aires cotidiano?

En sólo 20 sábados, como dice el cartel, en tantos otros 20 sábados, ¿cambiarán esas risas por la espalda vencida del ciudadano camino del trabajo?

Pero arriba, más allá del último escalón, se adivina brillando el sol porteño, empieza la calle, sigue la vida.

Julio Cortázar (Bruselas, 1914-París, 1984).Vivió fuera de Buenos Aires durante largas temporadas, en el interior durante su juventud, en Francia luego, pero la ciudad porteña es una presencia/ausencia que circula por toda la obra del autor de *Rayuela*. Los textos de *Buenos Aires Buenos Aires* provienen del libro del mismo nombre con fotografías de Sara Facio y Alicia D'Amico (Buenos Aires, Sudamericana, 1968).

1969

Juan José Saer
Palos borrachos

Esa mañana, mi intención era dejar atrás el centro para inaugurar mi estadía con una visita al río, de modo que, bajando hacia el este por la avenida Belgrano, el taxi dobló por la avenida 9 de Julio y empezó a rodar hacia el norte. Esta avenida merece que nos detengamos (metafóricamente desde luego, porque al taxi sólo los semáforos y los embotellamientos lo inmovilizan en forma provisoria) un momento a considerarla, no en tanto que realización urbanística, sino como síntoma: así como la avenida Rivadavia es la más larga, la 9 de Julio es *la más ancha del mundo.* Que la avenida es ancha, es innegable; que es la más ancha del mundo podría, aun careciendo de referencias comparativas, aceptarse como plausible; pero que hasta los provincianos más resentidos contra la hegemonía de Buenos Aires sobre el resto del país no puedan nombrarla sin agregar con orgullo desafiante que *es la más ancha del mundo,* revela una tendencia a la exaltación de lo nimio que podría deberse a la convicción inconsciente de una escasez penosa de cosas verdaderamente exaltantes. El inmenso obelisco de cemento que la adorna en la intersección de la avenida Corrientes no constituye para mí su atracción principal, sino los palos borrachos *(choricia speciosa),* con sus troncos inflados y espinosos de un verde claro, árboles de los que no he podido todavía, mediante la observación directa, deducir el ciclo de floración, ya que he visto ejem-

plares florecidos en diferentes épocas del año, junto a otros completamente pelados, como si existiese un individualismo en el reino vegetal, lo que confirma una anotación anterior en mi libreta de apuntes: "4 de abril. Av. 9 de Julio a las 11.45. En taxi. Palos borrachos florecidos (rosa, blanco, marfil). Acacias o tipas muy verdes todavía".

En las ciudades del litoral –que el lector *no-idiota* tolere esta digresión pedagógica–, es decir, de las provincias que costean los ríos principales que confluyen para formar el río de la Plata, tres grandes árboles se disputan el estrellato estético cuando avanza la primavera, y florecen en este orden: el lapacho, cuyo nombre científico se me escapa, la acacia amarilla, lo bastante frecuente en Europa como para que el nombre latino que la identifica merezca ser mencionado, y el jacarandá o *jacaranda mimosifolia*, llenando, sucesivamente, los parques, las plazas y las avenidas, de flores rosa fuerte, amarillas o lilas que cubren no solamente las copas de los árboles, en los que a veces ni siquiera hay hojas, sino sobre todo el suelo, de modo que en ciertas calles estrechas y arboladas se camina literalmente sobre una alfombra, de uno de esos colores, o a veces bicolor, ya que la floración de las acacias y de los jacarandáes es más o menos simultánea. En Caballito, las enormes acacias de la calle Pedro Goyena –a mi juicio, una de las más lindas de Buenos Aires– llenan la vereda y la calle, durante medio kilómetro, de una capa amarillo vivo, en tanto que la transversal que la corta, Del Barco Centenera –el primer poeta que cantó a la Argentina– opta, con abundancia idéntica, por el lila de los jacarandáes. Esta belleza es tan espectacular que aun los entes más insensibles la perciben, y en los años de la dictadura militar, entre 1975 y 1983, la más sangrienta de todas las dictaduras sangrientas que hemos padecido, la propaganda del régimen pretendía ocultar los crímenes atroces que perpetraba todos los días detrás de una cortina, no de humo, sino de evanescentes flores rosas, amarillas y lilas –lo que debería recordar a los ciudadanos que, en las sociedades autoritarias,

todo es pasible de anexión–. A causa de esto, un contendor anónimo de la tiranía, forjó dos neologismos despectivos –lapachiento y jacarandoso– para calificar al país que los sediciosos en el poder pretendían exhibir en el extranjero.

Juan José Saer (Serodino, provincia de Santa Fe, 1937). El novelista de *Responso* o de *La ocasión* es autor de un ensayo sobre el Río de la Plata, *El río sin orilla* (Buenos Aires, Alianza, 1991) en el que hay páginas sobre Buenos Aires como "Palos borrachos".

1972

César Fernández Moreno
El colectivo

Los colectivos son creación totalmente argentina. Nacieron en 1930, el año de la crisis, hijos de la "colectivización" del taxi. Son, pues, los precursores de los campos de concentración : se parecen a ellos en su desprecio por la personalidad humana. Un poeta ciudadano lo registró en estos términos:

> Acomódate, ¡oh cuerpo!, al auto colectivo,
> agobia las espaldas, encoge los hinojos,
> piensa por diez minutos que no eres un ser vivo,
> que no tienes oídos, ni narices, ni ojos.

A pesar de sus evidentes limitaciones técnicas, el hallazgo porteño provocó estupor en los dueños ingleses de las acciones ferroviarias, y también una ley monopolista del transporte. Además de esas implicaciones económicas, el colectivo viene a ser el correlato ciudadano de una necesidad campesina y nacional: exigir los músculos, arriesgar el cuerpo, ejercer el poder en la dorna y la equitación.

Para entenderse con los colectivos hace falta una sola virtud, también esencialmente porteña: la viveza. ¿Qué es la viveza? Agustín Álvarez la define como "una aleación de talento y mistificación que casi nunca pasa de la zoncera y en algunos casos llega hasta la pillería lisa y llana que se traduce en la inclinación a correr la vida con la vaina, a la irresponsabilidad por cuerpeo, al auxilio externo, a las transacciones de tira y

afloja...". Cuerpeo, tira y afloja: las expresiones de Álvarez nos llevan de la mano a la esencia del colectivo: es un vehículo para vivos. Para jóvenes y fuertes, desde luego: pero esencialmente para vivos. Las señoras embarazadas, los viejos, pueden muy bien utilizarlo, a condición de ser, en proporción a sus respectivas debilidades, más vivos que los otros.

Así como sus pasajeros deben sacarse ventajas entre sí, el vehículo mismo saca ventajas en el tránsito. Si el colectivero jinetea su vehículo, el peatón, en cambio, debe torearlo. Vehículo unipersonal: no le hacen falta un conductor y un guarda. El colectivo es una de las estructuras ideales del porteño: en ella puede expresar su capacidad para desdoblar su atención para improvisar su ironía, su prepotencia. El colectivo, como el porteño, es un atropellador.

La viveza del pasajero debe empezar al tomar su colectivo: hacerlo sin desperdiciar ni uno solo de los segundos de su fugaz detención y nuevo arranque en cada parada. Sigue con el pago del boleto, que debe ser simultáneo con la puesta en primera velocidad. Cuando entra la segunda, es cuando el colectivero da el boleto y el vuelto. La viveza continúa con la técnica precisa para sentarse en un colectivo completo: ubicarse en la parte del pasillo desde donde se domina mayor cantidad de asientos.

Tanto para entrar como para bajar, es necesario correrse entre los vecinos con hábiles esguinces, sustituyendo gradualmente el propio cuerpo por el otro, y éste por el de otro, para llegar entre todos los pasajeros a ese movimiento oscilante y bullente que unifica el conjunto en una especie de emulsión. Cabe trazar, dentro del pasillo, una gráfica de las zonas de roce: indudablemente, las más intensas son las más cercanas a las puertas: el pasajero que se niega a correrse hacia el fondo, ignora la serenidad que se pierde. El proceso entero debe realizarse a la inversa, pero mucho más velozmente, cuando el colectivo, llega a la parada donde el pasajero debe descender. El vehículo desova sus pasajeros Y sigue su ruta oscilante.

"Flor de vivo", el colectivero. Debe serlo forzosamente, para

poder superar esa gran dificultad creada por él mismo: el colectivo. Tiene la capacidad de un gran pianista para mover las distintas partes de su cuerpo fuera de toda sincronización. Maneja con la izquierda. A veces fuma y hasta manipula una radio portátil. A través del tráfico, conduce su pequeño mastodonte con la soltura de un ciclista. Con la derecha corta el boleto y da cambio. Puede hablar solícitamente con el vigilante o el amigo que viaja de pie en el estribo de su lado.

El colectivero es como el capitán en alta mar: su poder es absoluto. En realidad debería autorizárselo a casar a los pasajeros (no faltan parejas, preexistentes o improvisadas, en el orbe del colectivo). Y, desde luego, a divorciarlos. Un garrote o una barra de hierro cuelga a veces al alcance de su mano; sedicentemente, para verificar la presión de las gomas, en realidad como símbolo de su poder. Pero normalmente le sobra con la voz, y no parece imposible que algún día el colectivero instale un sistema de altoparlantes para lanzar desde su asiento confidenciales invectivas a los pasajeros remisos en correrse hacia atrás (y de costado). Es algo duro todo esto, pero el porteño no sabe obedecer sino a caudillos; para él, los colectivos son escuelas de solidaridad a palos. Hay distintas clases de conductores; su tipología (como la del caudillo) sería vasta. Hay el maduro, tranquilo, "canchero". Hay el agresivo, el escéptico. El que expele comentarios sarcásticos sobre la contumacia del pasajero. Hay el joven, a veces infantil, pues ha aparecido ya una segunda generación de colectiveros: ellos no tienen todavía mucha autoridad, pero el solo hecho de estar colocados en su sitial (como un monarca niño) impone el suficiente respeto (basta con que hayan cambiado la voz). En estos casos, eso sí, hay que sufrir la fuerza de su juventud: los piques, las frenadas y las bruscas maniobras exigirán, a su vez, elasticidad y destreza en el pasajero que pretenda conservar alguna elegancia. Hay, por último, el colectivero neurótico: una luz peligrosa brilla en sus ojos, y el pasajero a quien le toque viajar con él deberá lanzarse a la aventura con ánimo esforzado.

Para dar cauce a su viveza, el colectivero se ha rodeado

de una serie de aparatos *ad hoc*: el de los boletos, debidamente iluminado; mecanismos ingeniosísimos para dar cambio, que han proliferado en la medida que la inflación ha ido exigiendo apilar, además de monedas, billetes primero de un peso, luego hasta de cien (viejos), y siempre monedas. Una verdadera oficina rodante. Un complicado sistema de pasamanos protege al colectivero de la presión de los pasajeros amontonados, y los encauza hacia el fondo del coche, donde la originaria ventanita trasera, al crecer el vehículo, ha devenido salida de emergencia.

El colectivo invita a pensar, dentro y fuera de él. El equilibrio en el colectivo, la sexualidad en el colectivo, serían posibles capítulos de una teoría exhaustiva, a partir de la cual podría explicarse toda nuestra sociología, nuestra historia, nuestra política, nuestra economía. Hay colectivos burgueses, llenos de señoras bien vestidas, que hablan en tonos discretos y producen el cuchicheo de una fiesta bien servida: se reciben y despiden llenas de cortesía y modosas exclamaciones a los galanes que montan y descienden del colectivo con la mejor gallardía de sus pantalones de franela. Hay colectivos populares, que arrancan desde el corazón oxidado de las villas miserias.

El tamaño de los colectivos crece año a año, pero con un límite: hay un mecanismo homeostático que los detiene antes de llegar a las dimensiones y la despersonalización del ómnibus. En realidad todos los vehículos de transporte colectivo que ruedan sobre los pozos de Buenos Aires, tienden a resbalar del sustantivo al adjetivo, tienden a ser colectivos. Ya no hay tranvías ni hay trolebuses, pero cada vez hay más colectivos: se sabe ya que, llegando a la esquina de su casa, cada uno encontrará el suyo. Es un placer usar el sistema entero de colectivos para desplazarse entre los distintos barrios, como quien pulsara un enorme órgano de tubos multicolores. Hay un puente abstracto tendido entre nuestra casa y nuestra oficina: nos acercamos al ideal de la calzada rodante. Yo tengo el vicio de viajar en el 102.

Pero... la viveza es una forma inferior de la inteligencia que sirve para superar la dificultades creadas por la falta de inteli-

gencia superior. Sirve, a lo más, para vencer obstáculos inmediatos: "más vale rodear que rodar", enseña el general San Martín desde el fondo de nuestra historia. Pero no sirve para los obstáculos mediatos: es más, sus limitaciones inherentes van creándole dificultades que debe luego superar con más y más viveza, hasta que llega a sus propios límites y no puede más. La viveza es un atajo que lleva a su propio punto de partida.

En los colectivos la necesidad de obtener más beneficios con menos inversión va reduciendo el número de pasajeros sentados y aumentando hasta la cámara de gas el hacinamiento de los parados. Los propietarios individuales se van soldando en empresas, y las empresas van reemplazando a los propietarios individuales por peones insuficientemente asalariados. El colectivo sigue siendo un vehículo para vivos, pero para propietarios vivos.

Sin embargo, es también un vehículo desinteresado, estético. Su carrocería sigue desbordando florcitas, sutiles filetes de color, cortinas con flecos, tonos vivos en el material plástico del techo y paredes, relucientes escamas nacaradas o esmeraldinas en el volante. Los seguimos esperando en las grandes avenidas, avizorando desde lejos su ancha frente Iluminada. Se hace querer. De pronto se desocupa el mejor de los lugares al lado del ingenuo que acaba de subir, y él se sienta sin esfuerzo, empujado por el vaivén humano. Mientras tanto, el vivo debe continuar de pie hasta el fin del trayecto, y es duro ser el único pasajero parado del colectivo. Es que hasta en los colectivos el destino puede más que la técnica. Señor vivo: baje ya. Y al bajar lea el cartelito que, en su momento, le servirá también para morir: "antes de descender, mire hacia atrás".

César Fernández Moreno (Buenos Aires, 1919-París, 1985). Poeta (*Gallo ciego, Sentimientos, Argentino hasta la muerte, Los aeropuertos*) narrador y ensayista (*La realidad y los papeles*), hijo de Baldomero, porteño recalcitrante, condición que cultivó e incrementó en su largo alejamiento. El texto reproducido pertenece al libro *Argentina* (Barcelona, Editorial Destino, 1972), suma de la ciudad y del país bajo la apariencia de una guía para turistas.

1973

Isidoro Blaisten
San Juan y Boedo Antiguo

Durante siete años, de 1973 a 1980, tuve una librería en San Juan y Boedo. Estaba en el interior de una galería, no se veía desde la calle y, salvo los amigos escritores, no entraba casi nadie. Pero de todas formas, tenía que abrirla todos los días.

Por aquella época, yo vivía en el pasaje Tres Lomas, en La Paternal. De manera que estaba en la otra punta de la ciudad y, como nunca fui muy lúcido para los negocios, siempre se me hacía tarde para abrir el local. Fue entonces que adquirí la costumbre (la mala costumbre) de viajar en taxi todas las mañanas.

Durante siete años, de lunes a sábados, corriendo, agitado, paraba un taxi en la avenida Juan B. Justo y con la voz entrecortada de fumador decía: "Chofer, a San Juan y Boedo". En el 99 por ciento de los casos, el chofer, al bajar la banderita, comenzaba a entonar el tango "Sur". "San Juan y Boedo antiguo...", entonaba el chofer, y yo cabeceaba asintiendo y sonreía.

Hoy, veinte años después, cuando acabo de subir a un taxi en Santa Fe y Talcahuano, cuando acabo de decirle al chofer que voy a San Juan y Boedo, cuando el chofer acaba de oprimir el botón del taxímetro (porque ya no hay banderita) y ha comenzado al entonar el tango "Sur", ahora que ya no fumo, me pregunto cuántas ciudades en el

mundo tienen un tango así, un poema y una música que identifica una esquina a través del tiempo, la distancia y el recuerdo.

Isidoro Blaisten (Concordia, Entre Ríos, 1933). Tiene larga residencia en Buenos Aires el cuentista de *Dublín al sur* o *El mago*, también ensayista de *Anticonferencias*. "San Juan y Boedo Antiguo" fue publicado en *Clarín* el 23 de noviembre de 1998.

1975

Bruce Chatwin
Una semana en Buenos Aires

La historia de Buenos Aires figura escrita en la guía telefónica. Pompeyo Romanov, Emilio Rommel, Crispina D. Z. de Rose, Ladislao Radziwill y Elizabeth Marta Callman de Rothschild –cinco nombres tomados al azar de las columnas correspondientes a la letra "R"– describían una historia de exilio, desilusión y ansiedad detrás de las cortinas de encaje.

La semana que estuve en Buenos Aires reinaba un magnífico tiempo estival. En las tiendas se veían los decorados de Navidad. Acababan de habilitar el Mausoleo Perón en Olivos. Eva estaba en buen estado después de su peregrinaje por diversos sótanos europeos. Algunos católicos habían rezado una misa de difuntos por el alma de Hitler y todos esperaban un golpe militar.

Durante el día, la ciudad se estremecía bajo una fina película de aire contaminado. Por la noche la gente joven paseaba por la costanera junto al río. Se la veía dura, elegante y frívola y caminaban tomados del brazo, riendo con risa fría, separados del río rojizo por la balaustrada de granito del mismo color.

Los ricos comenzaban a cerrar sus departamentos para el verano. Las telas blancas cubrían los muebles dorados y en el vestíbulo había pilas de valijas de cuero. Durante todo el verano los ricos se divertirían en sus estancias y los muy ricos viajarían a Punta del Este, donde corrían menor riesgo

de que los secuestrasen. Algunos de los ricos, los aficionados a las bromas, por lo menos, afirmaban que el verano no era temporada para realizar secuestros. También los guerrilleros alquilaban casas de veraneo o bien viajaban a Suiza para esquiar.

Durante un almuerzo nos sentamos bajo un cuadro de uno de los gauchos de Rosas, pintado por Monvoisin, discípulo de Delacroix. Aparecía envuelto en un poncho de color rojo sangre, una especie de odalisca masculina, de un aspecto felino y de erótica pasividad.

"Se necesita un francés", pensé, "para que capte los lugares comunes alrededor del gaucho".

A mi derecha estaba sentada una novelista, quien afirmó que el único tema del cual valía la pena hablar era la soledad. Contó la historia de un violinista de fama internacional que se encontró una noche, durante su gira por el interior, en un hotel del centro del país. La historia giraba alrededor de la cama, el violín y la pata de palo del violinista.

Años atrás había conocido a Ernesto Guevara, a la sazón un joven bohemio que se esforzaba por hallar un lugar en la sociedad.

—Era muy macho –dijo–, como casi todos los chicos argentinos, pero nunca supuse que llegaría a esos extremos.

Todo el tiempo la ciudad me recordaba a Rusia: los automóviles de la policía erizados de antenas, las mujeres de anchas caderas lamiendo helados en parques llenos de polvo, las mismas estatuas amenazadoras, la arquitectura ornamentada, las mismas avenidas que no son del todo rectas y dan la ilusión de espacio infinito hasta llevar a más espacios.

Rusia zarista, más que soviética. Bazarov podría ser muy bien argentino y "El huerto de Cerezos" una situación argentina. La Rusia de *kulaks* codiciosos, de funcionarios corruptos, de productos alimenticios de lujo importados y de terratenientes con la nostalgia de Europa.

Se lo comenté a un amigo.

—Muchos dicen lo mismo –dijo–. El año pasado una emigrada rusa blanca fue a visitarnos al campo. Se mostró profundamente emocionada y pidió recorrer cada cuarto de la casa. Subimos hasta los altillos y me dijo: "¡Ah, lo sabía! ¡El olor de mi infancia!"

Bruce Chatwin (1940-1989). Escritor inglés, voraz viajero, autor de *El virrey de Ouidah*, *Utz*, *Sobre la colina negra*, y otros libros. Murió de un raro virus contraído en China. Sus reportajes se publicaron en *Granta* y otros diarios y revistas. El fragmento incluido pertenece a *En la Patagonia*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1979.

1976

Edgardo Cozarinsky
Shangai Blues

En Buenos Aires los días se hacen más largos cuando llega setiembre. Nunca lo pensaste ¿verdad? No importa: de pronto, una tarde, estás en la calle a eso de las siete y adviertes que aún hay un poco de luz en el cielo. Es una luz muy especial. Se borra lentamente, se desprende de los hoscos edificios de oficinas, de las altas ventanas, casi matiz tras matiz, hasta un último momento en que se detiene: pálido color rosado que interfiere con un azul ya gris acero. Esa quietud, desde luego, es una mentira. Mientras dura, mientras te parece que dura, es como si el tráfico malhumorado y los vociferantes negocios de discos se fueran ahogando en aquella magia suspendida. ¿Para qué? Antes que se te ocurra una respuesta, o que sospeches que no la hay, ya ha desaparecido: el cielo es color tinta, la gente a tu alrededor ha cambiado.

Es un espejismo resistente. A fines de octubre, a principios de noviembre, antes que pueda sentirse realmente el verano, no es raro que bajes por Corrientes y observes a las amas de casa, cargadas de compras, impacientes en la cola del ómnibus, junto a los empleados de banco, agotados por horas extra y aire acondicionado defectuoso, con la camisa adherida tanto al cuerpo como al traje en un solo intenso malestar. Entonces llega el 303. Baja un chico: camisa de manga corta en pleno esplendor *wash & wear*, cabeza agraciada por un corte de pelo demasiado costoso para el con-

texto social que, peine y cédula de identidad, puestos de relieve por la presión de nalgas insolentes, deletrean desde los bolsillos traseros de los pantalones de verano. Comprendes, entonces, lo que ellos ignoran, o dan por sentado en tácita aceptación: que es hora de relevo. La gente del día da por terminada la jornada. La gente de la noche se apresta para salir a escena. Tal vez también te des cuenta de que estás a mitad de camino, o en ninguna parte: despertaste a cualquier hora, saliste, volviste a casa, ahora vas a ver un film o a encontrarte con un amigo en algún café, y nada te importa esa cesura bien regulada que pocas horas más tarde colocará a la señora, con un marido silencioso al lado, frente al televisor, después de cenar, ambos ya en ropa de entrecasa, y al chico ante el mostrador de Tazza d'Oro o de Caravelle, tomando un café más, al lado de un señor atildado, impecablemente bronceado aunque la temporada sólo empieza.

Pero no es tan fácil. Lo primero es la luz, desde luego, pero también, si te quedas en esa parte de la ciudad –Corrientes entre Florida y Alem– tan espontáneamente desprovista de todo color local que Buenos Aires puede mostrar pocas cosas más típicas, está la brisa. De un soplo alivia a la tarde del calor que disminuía lentamente. Aunque no es salada (¿cómo podría serlo? Asombrados por su ancho, los descubridores llamaron al río Mar Dulce) te permite oler los muelles, adivinar la herrumbre de barcos condenados: promete hacerte partir.

A lo largo de los años te acostumbraste a ella. Bajando por Viamonte te acercabas a una parte de la ciudad que te parecía tan rica en promesas: librerías, la Facultad de Filosofía y Letras, las galerías de arte, el café Florida, hasta el incongruente convento con su solitaria palmera en la esquina de San Martín. ¿Qué leías en ese decorado de retazos? A la luz de

Edgardo Cozarinzky (Buenos Aires, 1939). Escritor y cineasta, radicado en París desde 1974. Algunas de sus películas mezclan el do-

unas falaces candilejas, no viste la advertencia garabateada en la pared, la que estaba dirigida a ti: un adolescente, impaciente por escribir y leer, por que lo asegurasen de que no estaba equivocado, de que no había aventura más gloriosa que emprender.

cumental con la ficción como *Puntos suspensivos, Les apprentis-sorciers, La guerre d'un seul homme. El guerrero y la cautiva* recrea un cuento de Borges sobre el que escribió *Borges y el cine.* También un libro que oscila entre la ficción y el ensayo, *Vudú urbano* (Barcelona, Anagrama, 1985) del que se ha seleccionado un fragmento.

1977

Jorge Asís
Disfrazado de turista

Qué lindo sería vivir en Buenos Aires, lástima que uno sea porteño. Si yo fuera venezolano, yanqui, fran-cés, brasileño, no dudaría un solo instante: me autoexilaría aquí. Es decir, si tuviera bolívares, dólares, francos o cruceiros. Ah, entonces sí que me atragantaría con churrascos, tangos, cafés concerts. De veras, con dinero, Buenos Aires es la mejor ciudad del mundo.

Muchachos, cómo me gustaría ser turista –les decía a mis amigos–, y ellos, por supuesto, reían. Y me decían "turco reventado, no sabés qué inventar". Suponían que yo les hablaba en broma. Pobres de ellos. Entonces agarré y, para darme el gusto, me disfracé de turista. Decidí quemar dos millones, y salí, en principio, a caminar por Florida.

Aclaro que tengo un amigo, Natán, que confecciona ropa de cuero y me hace caso. Entusiasmado, me proporcionó un saco de color guinda. Me compré una moderna camisa a cuadros, me puse anteojos, una pipa, una cámara fotográfica muy visible.

Las sensaciones que experimenté fueron fabulosas, las recomiendo. A Florida, por ejemplo, nunca la sentí tan mía. Los comerciantes se desvivían por atenderme, hacía años que no me sentía tan importante. El primer obstáculo –mi alcahueta cara de turco aporteñado– lo superé con rapidez, gracias a los anteojos y a mis virtudes. Ocurre que hablo muy bien el portugués, porque viví en Brasil. Y también sé algo

de inglés, gracias a unos discos que un enloquecido, años atrás, me había vendido en cuotas. Eran discos para aprender inglés durmiendo y sin necesidad de estudiar.

Por haber dormido y soñado en ese idioma aprendí unas cuantas frases, con las que ampliamente me defendí delante de los mercaderes. Revolví ropa a rolete, me probé perramus, sacos, pantalones, pijamas, shorts, zapatos, robes de chambre, gamulanes. Y no compraba un pito argumentando cuestiones de estética. Les refería, en un forzado castellano, que en Amsterdam, Roma o Londres, la ropa era así y asá. Aunque les hacía perder mucho tiempo, me despedían con sonrisas y gentilezas, me acompañaban hasta la puerta, era gratificante. Y ni hablar, por ejemplo, cuando les preguntaba por São Telmo, o el Bajou, o por la Nove de Julio. A propósito; me gasté trescientas lucas y fui, en micro, a una excursión. Rodeado por turistas auténticos que también sacaban fotos, me llevaron a conocer São Telmo, el Obelisco, la Vuelta de Rocha, el Rosedal, mientras el guía, que sabía sin grupo todos los idiomas, nos explicaba. Además, me enredé con una japonesa.

Dos días me duró la importancia, el placer, la recuperación y el respeto. Porque se me acabaron los dos palos. Ocurre que se me antojó escuchar unos buenos tangos, tomar unas copas. Fuimos con la japonesa, pero como era estudiante pagamos a la romana. Quedé absolutamente seco, pero no me arrepiento. Desde ya, para repetirla, me pongo a ahorrar dinero. Es que tengo el vicio de escuchar buenos tangos. A lo mejor, la próxima vez me enredo con una sueca millonaria.

Jorge Asís (Avellaneda, 1945). Fotógrafo a domicilio, narrador, periodista, diplomático. El autor de *Flores robadas en los jardines de Quilmes* (1979) y otras novelas y cuentos, publicó a partir de 1977 una serie de aguafuertes porteños en *Clarín*, recopiladas en *El Buenos Aires de Oberdam Rocamora* (Buenos Aires, Planeta, 1997).

1984

Antonio Dal Masetto
Tema: la muerte

Estaba en un bar del Bajo, una madrugada del verano de 1985, cerca ya del amanecer, y alguien preguntó:

—¿Leyó el *Nunca más*?

La voz pertenecía a un anciano que tomaba cerveza en otra mesa. Tenía un cuaderno abierto delante de él. Había estado escribiendo, usaba lentes de vidrios gruesos y parecía tener dificultades para descifrar sus propias anotaciones. Se dirigía a mí, no había nadie más en el bar. Dijo:

—Registran 8.960 desaparecidos, hombres, mujeres y chicos, casi nueve mil, pero seguramente son muchos más y es probable que jamás se sepa la cifra real.

Yo asentí sin hacer comentarios. El anciano preguntó:

—¿Qué le dice ese número? ¿Sería capaz de imaginar 9.000 pares de zapatos?

—No –contesté–, creo que no podría.

Se concentró unos minutos en su cuaderno y volvió a hablar:

—¿Sería capaz de imaginar 9.000 cuerpos? Quiero decir: todos juntos.

Dudé:

—Tal vez pueda imaginarme una concentración de 9.000 personas en una plaza, en la calle, en una cancha de fútbol, pero no de otro modo.

—Estuve haciendo algunos cálculos. Trate de pensar en 9.000 cuerpos acostados en el suelo, uno a continuación de

otro, la cabeza de uno contra los pies del siguiente: ¿tiene idea de qué distancia podrían llegar a cubrir?

—No.

—Colocamos el primer cuerpo justo en la entrada de la Casa de Gobierno, a partir de los dos granaderos, y desde ahí, hacia el oeste, todos los demás, y siempre la cabeza de uno contra los pies del siguiente: ¿sabe hasta dónde llegaríamos?

—No lo sé.

—Sígame en el recorrido.

Asentí.

—Después de los granaderos atravesamos Plaza de Mayo, bordeamos el monumento de Belgrano, la pirámide, los canteros florecidos, pasamos ante la Catedral, ante el Cabildo, tomamos por Avenida de Mayo, y siempre la cabeza de uno contra los pies del siguiente, ¿prefiere que vayamos por la vereda de los números pares o impares?

—Lo que usted diga.

—Dejamos atrás la Municipalidad, Perú, algunas librerías, el Café Tortoni, hoteles, alcanzamos la 9 de Julio, ¿me sigue?

—Lo sigo.

—Cruzamos la plazoleta con las dos figuras femeninas que simbolizan la Virtud y la Sabiduría, al fondo está el Obelisco, del otro lado el grotesco monumento del Quijote, más hoteles, restaurantes, quioscos de diarios, recorremos las últimas cuadras de la Avenida de Mayo, nos metemos en la plaza, el monumento de Moreno a la izquierda, el teatro Liceo a la derecha, el Pensador de Rodin, la fuente, las palomas, el edificio del Congreso, la Confitería del Molino, seguimos por Rivadavia y siempre la cabeza de uno contra los pies del siguiente, ¿me está acompañando?

—Lo acompaño.

—El Café de los Angelitos, negocios, negocios, negocios, avenida Pueyrredón, la recova y su aspecto de mercado persa, Plaza Miserere, Loria, Medrano, la confitería Las Violetas, bancos, inmobiliarias, agencias de automores, escuelas, señales de una ciudad civilizada, avenida La Plata, Parque Rivadavia, el monumento a Bolívar, avenida José María More-

no, pizzerías, negocios, negocios, y siempre la cabeza de uno contra los pies del siguiente, ¿me sigue?

—Lo sigo.

—Estación Primera Junta, las rejas de la terminal del subterráneo, la avenida que se convierte en doble mano, los edificios de departamentos más espaciados, Donato Álvarez, Boyacá, llevamos recorridas unas sesenta cuadras, alcanzamos Plaza Flores, la vieja iglesia, Nazca, mueblerías, casas de antigüedades, los barrios tranquilos que se desgranan a ambos costados de la avenida, las vías del ferrocarril que se divisan a cien metros, y siempre la cabeza de uno contra los pies del que sigue, ¿los está viendo?

—Los veo.

—Cruzamos Segurola, estamos a la altura del ocho mil quinientos de Rivadavia, sigue una serie de calles de nombres gratos, Virgilio, Dante, Víctor Hugo, Manzoni, Leopardi, Molière, Byron, rápidamente llegamos al once mil seiscientos, la última cuadra antes de la General Paz, se nos acabó la Capital y podríamos seguir del otro lado, por la provincia, y siempre la cabeza de uno contra los pies del otro, ¿me estuvo siguiendo?

—Lo estuve siguiendo.

—Ese trayecto y un largo tramo más es lo que se podría cubrir con 9.000 cuerpos.

El anciano calló, se inclinó sobre el cuaderno y volvió a sus cálculos. Amanecía, las fachadas de los edificios se iluminaban arriba y las calles se iban poblando poco a poco.

Antonio Dal Masetto (Intra, Italia, 1938). Narrador, autor de *Siete de oro, Fuego a discreción, Siempre es difícil volver a casa.* Su columna El francotirador se publicaba en *El Periodista de Buenos Aires.* Le siguieron contratapas de *Página/12.* Sus crónicas fueron recopiladas en *Ni perros ni gatos* (Buenos Aires, Torres Agüero, 1984), de donde se tomó *Tema: la muerte.*

1987

Vicente Battista
Discotecas y bailantas

En las discotecas más exclusivas de Buenos Aires sus eficaces porteros destierran a quien huela a barrio plateado por la luna o hable en tono de paredón y después. El problema no se resuelve siendo inoloro o guardando silencio, estos cancerberos también se fijan en la manera de vestir y el color del pelo y de la piel. En el tema colores no hay piedad: el solo hecho de ser morocho y de pelo oscuro veda la entrada al más atrevido. Dicen que la bailanta nació en repudio a la política discriminatoria de esas discotecas. Es posible que en respuesta a esa marginación los expulsados hayan formado su propio gheto. Como sitio de reunión eligieron galpones de considerable tamaño, cercanos a las terminales del ferrocarril. En lugar de llamarlos "discotecas" prefirieron un patronímico más autóctono: le bautizaron "bailantas", y le pusieron música.

Hay quienes aseguran que, como la Reforma Universitaria, la Revolución Libertadora o el Cordobazo, la bailanta nació en Córdoba. Y no les falta razón. "La Mona" Giménez fue quien primero puso en los oídos porteños este ritmo que mezcla bochincheramente algún sonido del trópico, algo de chamamé y mucho de murga de carnaval. Federalistas al fin, se precisó del visto bueno de Buenos Aires para que esa música fuese nombrada además de oída. Y hoy se la nombra, casi tanto como se la oye. Hay quienes le auguran un futuro efímero, sin duda será así, pero mientras tanto ha sido

el ritmo del verano y del carnaval y es, aseguran algunos, la melodía de fondo que mejor encaja con el presente político argentino. (...)

Cada música exige su ropa. Los cantores de tangos insisten con el look malevo: pelo engominado, mirada recia y traje negro cruzado, y los folkloristas –con honrosas excepciones, entre otras las de Yupanqui y Falú– se obstinan con el look gaucho: rastras, ponchos y bombachas. Los bailanteros inauguraron un vestuario singular: zapatos blancos puntiagudos, brillosos y ajustados pantalones, camisas cubiertas de lentejuelas, escamas y otra serie de guirnaldas a tono con el bullicio que pretenden representar. Pero no se detienen en la ropa; transgresores al fin, quebrantan libremente las leyes de la estética, desde las que dictaron los antiguos griegos hasta las que pontifican nuestros actuales diseñadores: son gordos o con vocación a la gordura. Sin embargo, según se mire, de algún modo cumplen con una milenaria leyenda. El dios del vino, de la ebriedad y la desmesura era para los helenos Dionisios, y, para los romanos, Baco. A uno y a otro se lo representaba alegre y burlón, con cierta tendencia a la obesidad. Las ceremonias dionisíacas, para los griegos, y los bacanales para los romanos, consistían en festejos celebrados en honor al dios. En ellos se entonaban cantos fálicos y se intercambiaban bromas obscenas. Esas ceremonias, si bien rituales, no estaban bien vistas por los gentiles griegos; tampoco por los nobles romanos. Se trataba de agasajos populares que, según Aristóteles, dieron origen a la comedia.

Si bien la bailanta no parece que fuera a dar origen a nada, sus intérpretes, obesos o en camino de conseguirlo, podrían ser una versión tercermundista y grotesca de aquel rechoncho dios griego. Algo parecido pasa con las letras de sus canciones: no poseen la disparatada obscenidad que tenían algunos versos helenos y latinos, y es muy poco probable que consigan un Carl Orff que las convierta en cantata, pero, sin embargo, conservan cierto doble sentido pícaro y carnavalesco como una oscura herencia de aquellos tiempos. Claro que no se refieren a los amores imposibles de Catulo por

Lesbia sino de lo que le pasó al petiso, de cuidado con la bomba Chita y otras sutilezas similares; pero como bien se sabe, los tiempos cambian. La alegría que producen las bailantas acaso sea similar a las que provocaban las ceremonias dionisíacas o los bacanales; no hay modo de probarlo.

La gente paqueta de Buenos Aires, y la que aspira serlo, tampoco tiene mayores similitudes con los gentiles y nobles de antaño; sin embargo, cuando la irrupción de las bailantas se comportaron como ellos: admitían estos nuevos festejos al dios Baco, pero de ningún modo se sentían vecinos a esas ceremonias. Tenían todo lo grotesco que, para su depurada estética, posee lo popular. Olían a choripán y a sudor malamente mitigado por litros de colonia barata.

Pero como todo es posible en esta ciudad de la Biblia junto al calefón, el ritmo de Pocho "La Pantera", Los Mala Gata, Alcides y Sebastián comenzó a oírse en las discotecas más distinguidas. Hoy las bailantas le ponen música a casi todos los festejos elegantes de Buenos Aires. Será tarea de sociólogos o de psicólogos de masa investigar las razones de este fenómeno. No es inédito, hace un par de décadas los temas de Palito Ortega solían difundirse en la exclusiva y excluyente Mau Mau; acaso en pocos años "La Mona" Giménez pueda aspirar a la gobernación de Córdoba, o Riki Maravilla a la de Salta. Aún les queda un largo camino. Por ahora viven la alegría del chico que del modesto balero pasó al tren eléctrico. Se han subido a ese tren y gozan del viaje a toda máquina. Ni siquiera en las más delirantes borracheras de cerveza o blanco sanjuanino habrán pensado que alguna vez tocarían en sitios como el Bull Dog, de Punta del Este, o Tio Curzio, de Mar del Plata. Riki Maravilla anduvo con su cuarteto por una y otra discoteca. No es casual que lo hayan elegido a él, es quien acusa el pasado más desvalido, dicen que hasta hace pocos años vivía en el albergue Warnes. En su momento algo similar sucedió con Palito Ortega, más allá de la Felicidad da da, pesó la situación de su familia soportando desventuras en un ingenio azucarero. El pasado pobre a veces enriquece. Riki Maravilla no tuvo que modificar su

look, no debió cambiar de ropas y recortarse las patillas y el pelo para que lo admitieran en sociedad.

Ese privilegio, el de la admisión, se limita a Riki Maravilla, a sus músicos y a los miembros de su equipo. El resto, los fieles seguidores que vociferan su nombre y repiten sus canciones en las tardes del balneario La Salada o en las bullangeras noches de La Matanza o Ingeniero Budge, deberán aguardar con paciencia el regreso del ídolo. Para los negritos que inocentemente corean "qué tendrá el petiso" la entrada sigue prohibida. No tienen con qué pagarla; y aunque tuvieran, el portero-cancerbero seguirá repitiendo que no. Para ellos la historia no habrá cambiado nada.

Vicente Battista (Buenos Aires, 1940). El cuentista de *Los muertos* y el novelista de *El libro de los seres extraños* y *Sucesos Argentinos* ha publicado sus crónicas porteñas, especialmente sobre su barrio, Barracas, en diarios como *Perfil* o *Clarín*. "Discotecas y bailantas" se publicó en este último en 1986.

1990

Enrique Medina
La hora de la verdad

El auto está chusmeando por Constitución. Sus ocupantes discuten acerca de la forma de encarar el asalto. Todavía no tienen decidido el hotel pero consideran precautorio saber de antemano si es mejor conformarse con la recaudación y escapar, o revisar las habitaciones para conseguir algo extra. El Gato gira el volante del Ford Taunus y avanza por Pavón. Él no sabe que el auto que conduce –robado hace una hora de un garage– tiene pedido de captura desde mucho tiempo. Insiste en que hay que ser rápido:

—Entendéme Flaca, sé lo que te digo... Ya es tarde... No hay nadie... Mirá... Un linyera apoliyando sobre la basura...

—No es la basura, no ves. Son sus... Hagamos una cosa. Si hay guita de entrada, pero buena guita eh, rajamos, y si no nos tiramos a las piezas. No todas, lógico...

—No debe haber nadie. A esta hora. ¿Quién va a estar fifando con este frío... Flaca...?

En el asiento de atrás Rodolfo y Andrés fuman. Armados con revólveres calibre 22 estudian la calle. Andrés, empañando el vidrio al hablar, da su opinión:

—No seas calentona, Flaca, no hinchés eh... Que a la final los que hacemos el laburo somos nosotros. Vos te quedás mosca...

Violenta, La Flaca se apoya en el respaldo y lo mira con dureza a Ándrés:

—¡Qué decís! ¡¿Que no me animo?!... ¡Te creés que la valentía te la dan esas bolas que tenés entre las piernas!... Mirá que...

El Gato interviene pacificador:

—Paráala Flaca, parála... Así no se puede laburar... Estamos todos locos... Desde que nos encontramos estamos peleándonos como en la guerra. ¡Paremos la mano, che!...

El Gato afirma lo dicho con un medido golpe en el volante y un seco movimiento de cabeza hacia la calle. La Flaca, Rodolfo y Andrés conocen el estilo de El Gato y saben que está enchinchado y que si ellos siguen jorobando es capaz de plantarlos en medio de la noche. Por eso La Flaca mira para adelante y Andrés dibuja redondelitos en el vidrio empañado. Rodolfo siempre es el más sosegado. Con asombrosa calma portuguesa, desde su llegada al país –tres años largos– ha ido acumulando fracasos y desalegrías casi con vocación de perdedor. Jamás lo dijo pero siente que La Flaca es lo mejor que le pasó en la vida. Ajeno a las constantes peleas de los amigos ha aprendido a mantenerse al margen en una actitud que en el grupo condiciona las agresiones a elementales códigos de convivencia.

Así, casi en silencio, se la levantó a La Flaca en un bailongo del que es mejor no hablar. Ella se había quedado hechizada de sus bigotes y de los pelos enrulados y renegridos que asomaban por la camisa. Pero mucho más por su mirada celeste. La Flaca encontró en esa mirada todo lo que anduvo buscando en cuanto hombre se le cruzaba. Harta, estaba por cambiar de andarivel cuando apareció Rodolfo y la atropelló con su ternura.

—Vamos na cama depois falamos.

Y fue hermoso porque él dejó de extrañar su tierra y ella, más loca que la loca cabra del dicho, no tuvo necesidad de seguir manteniendo relaciones con otros tipos a la vez. Ambos se habían jurado abrirse de este camino y probar ser giles en un departamentito, hasta con chicos...

La Flaca dijo:

—Me gusta éste.

Y desde ese instante se viene todo en banda. Atropelladamente, como la ternura celeste que había penetrado en el corazón de La Flaca sin pedir permiso. El Gato echa una ojeada al hotel y dice que sí. Como siempre, Andrés y Rodolfo descienden casi al parar del auto. Solamente ellos. Pero La Flaca insiste en ir, quiere demostrar que ella también es valiente. Desoye a El Gato y va detrás de la ternura celeste y hasta le aprieta el brazo para que él la vea sonreír y le guiñe el ojo. Entran en el hotel alojamiento "Saba" ubicado en Pavón 1435. Allí, a las cuatro menos cinco de la madrugada, el socio gerente Arturo Buonocore está leyendo la novela "Un pequeño café" de Marco Denevi y se pone contento cuando ve entrar a la mujer acompañada –tan flojo anda el negocio– pero advierte la realidad cuando aparece el tercero con el revólver apuntando. El Gato no se ha avivado de que estacionó mal, en la parada de colectivos, ni que debido a esta infracción un cana detrás de un árbol ha comprobado que la chapa patente la tiene en la lista, ni que de recorrida aparece un patrullero que atiende la seña del cana y se ponen todos atentos. Andrés se ha enojado por los miserables cuatrocientos setenta australes que le da Buonocore, lo golpea en la cabeza con la culata y lo encierra en el cuartito de la ropa de cama. El ruido que han provocado genera pasos peligrosos corriendo por un pasillo y esto es un aviso para el raje inmediato. En la calle aparecen los balazos y la hora de la verdad. El Gato desciende y responde con un pistolón recortado. Ve que Andrés ya está muerto y que La Flaca se esconde detrás de un árbol. Rodolfo corre hacia ella quedándose a mitad de camino con cuatro balas en el cuerpo. La Flaca, recuperando toda su locura reprimida gracias a la ternura celeste, se larga al cuerpo amado, intenta agarrar el revólver pero ya está muerta. El Gato ha logrado escapar a los piques y la única pareja del hotel abre las ventanas para aumentar la excitación. Él dice, refiriéndose a los muertos no a los canas que se acercan cautelosos con las metralletas atentas:

—¡Qué jóvenes son!

Y ella, satisfecha la inmediata curiosidad, previsora como toda mujer, te recomienda y obliga:

—Ponéte algo que hace mucho frío... Después te me resfriás.

Enrique Medina (Buenos Aires, 1935). Narrador cuya infancia en reformatorios dio origen a su primera novela *Las tumbas* (1968). A su larga trayectoria como cuentista y novelista suma las crónicas que publica el diario *Página/12*, recogidas en libros como *El hombre del corazón caído* (1990), al que pertenece el texto reproducido.

1992

Laura Ramos
El Chico Aguja

El Chico Aguja es el típico hijo de la televisión. Hagan cuentas: siete horas diarias de máquina idiota durante los años de su escuela primaria más tres horas diarias de videogames en los años de la secundaria (ahora está en tercer año y sigue deglutiendo, además, las siete horas de TV). El problema es que casi no consumió otra cosa.

Se crió en la trastienda de la mercería de sus padres en el viejo Palermo. La vivienda está tras la mercería y consiste en una habitación grande y húmeda que nunca ve el sol, donde hay una mesa, trescientas cajas de medias de nailon color marrón y, colgando sobre las cabezas, una cuerda con ropa tendida (la ropa huele a frito, como toda la vivienda), una cocina diminuta, un baño y dos piezas (las piezas miran a la calle Godoy Cruz y tienen sol). Frente a una pared, sobre la mesita rodante, el televisor veintiocho pulgadas sonríe satisfecho.

El Chico Aguja maneja el control remoto desde los cuatro años de edad. Sus héroes eran He-Man y Meteoro. Después fue Freddie Krüger. Una vez, su gato se trepó a la mesa y, sin pensarlo, el Chico presionó el control remoto para quitarlo de ahí. ¿Me siguen?

Ve muchos noticieros. Y series de violencia. Pero tiene la inocencia de quien no conoce el mundo y la honestidad de los inmigrantes españoles. Es uno de los mejores alumnos del Nacional Buenos Aires, aunque casi no estudia (por eso de

ver televisión todo el tiempo). Creo que en el colegio le va bien porque mira y atiende cada clase como si fuera un programa de tele (pero el colegio le gusta más porque es de veras). No va a fiestas porque se le ocurre que eso no es para él. Se rapa la cabeza cada seis meses y usa los mismos jeans sin marca de tres años atrás. Se cambia de camisa cada dos días (tiene cuatro en total). Es alto y atlético, pero no hace deportes (no tiene tiempo, ya saben por qué), detesta el trabajo y es fanático de Gun's and Roses y de las papas fritas importadas.

No tiene novia. Sus verdaderos problemas empezaron en segundo año, cuando una chica de primero con la que a veces hablaba de tele y de música lo cercó en la puerta del lavabo masculino.

—Tengo algo que decirte. Esto –susurró ella, y luego le estampó un beso en la boca.

La chica se fue y el muchacho quedó con el corazón haciendo eses. Ella nunca más se acercó, y, ya saben, el Aguja es el tipo más tímido del planeta.

Aunque siguió con emoción las manifestaciones y huelgas estudiantiles del año 1992, en esos días pensaba más en cómo volver a encontrarse con la chica que en inventar fórmulas químicas para liquidar problemas del país (el Aguja es un as en química).

Un buen día estaba atendiendo la mercería cuando entraron dos muchachitos de aspecto por demás extraño.

—Queremos hilo invisible, de tanza, que soporte veinte kilos –le pidieron. Los chicos llevaban sus cabezas parcialmente rapadas, aros en las orejas y buzos de colores.

—¿Veinte kilos? ¿Para qué lo quieren? –preguntó el chico.

Los tipos no quisieron largar prenda, pero después de un buen rato de conversación (los temas fueron Sumo, Mario Pergolini y el zoológico) el Chico Aguja se enteró de que ellos se llamaban Los Bang Bang y que pertenecían a un grupo terrorista-ecologista de niños. El Aguja se comprometió a participar en la próxima reunión de Los Niños Sabios para

ayudarlos con sus conocimientos de química en el atentado que estaban preparando. Esa noche no vio televisión: se quedó pensando en Los Niños Sabios y en que al día siguiente invitaría a la chica a la reunión. La invitó, y días después fueron juntos a una funeraria, donde celebraron la ceremonia de iniciación rodeados de siete Niños Sabios y de tres féretros.

© Editorial Sudamericana

Laura Ramos (Buenos Aires, 1964). Es coautora de *Corazones en llamas* (*Historias del rock argentino en los 80*) y sus crónicas, publicadas en *Clarín*, se recopilaron en *Buenos Aires me mata* (Buenos Aires, Sudamericana, 1993) y en *Ciudad Paraíso* (Buenos Aires, Alfaguara, 1997). "El Chico Aguja" pertenece a *Buenos Aires me mata*.

1993

Carlos Ares
Los días

Aféitate con la espuma de tu rabia. Hoy es día de odio. La radio acaba de contar el asesinato de Ramiro Recalde Flores, un chico boliviano de diecisiete años. Dicen que había llegado un día antes a Buenos Aires para encontrarse con su hermano. Esta mañana es como las otras. La humedad del agua sobre la cara, el doble filo de la hoja, la banda lubricante, la mano que se alza, la franja ancha y lisa en la mejilla. Parecen movimientos, señales de vida, de forma humana que se afeita.

Muérdete los dientes. El hermano de Ramiro trabaja de albañil en una obra, tal vez tenía alguna changa para él. El inspector González habla ahora de una pelea entre patotas. No se sabe bien por qué fue. A quién le importa. A Ramiro lo mató *El Sepi*, otro pibe de diecisiete años a quien en adelante todos llamarán "el criminal". Diecisiete años, sólo diecisiete años pasaron, uno en un barrio de Bolivia y el otro en un suburbio de la Argentina, hasta que se encontraron para caer juntos en la esquina de Iguazú y Newton, Villa Lamadrid.

Hiérvete el hígado en el café. Vuélcalo caliente para que le queme la garganta a la foto del diario donde el Presidente sonríe vestido de golfista. Odia, hoy es tu día. Piensa: ay si pudiera tomarlos del cuello y arrastrarlos por esa esquina para que se manchen el cuerpo con la sangre de los que ellos matan cada día. Amenázalo con el puño en alto y adviértele que vas a empeñarte en recordar, que no podrán con tu memoria.

Ínflate los huevos. Revolea los brazos y déjate conducir por la furia hasta donde puedas conseguir lápiz y papel. Anota para no olvidar: este crimen, aquél, el indulto, la explotación de familias enteras en la cosecha del tabaco, la de algodoneros, la expulsión de chaqueños, la violencia del hambre entre hermanos, la persecución de bolivianos, peruanos, paraguayos y más. Anota más. Aprovecha hasta el final tu día de odio.

Desgárrate de un grito. Saca los colmillos, muerde. Revienta las puertas a trompadas, patalea. Haz todo lo posible para que se aprecie a simple vista cuánta bronca habías juntado. Puedes limpiarte el culo con la cara de un ministro o escupir a la imagen de cualquiera que aparezca en la pantalla del televisor. Todo se permite en un día de odio, ya sabes. Días de odio a los que suceden días de pena y enseguida regresan los días de todos los días. Cuando uno se afeita, desayuna y discute sobre los temas que los diarios y ellos nos han elegido esa mañana para acompañar el café. Y así hasta que los crímenes son tantos que toca odio otra vez.

Carlos Ares (Buenos Aires, 1950). Autor de una novela sobre fútbol (*El clásico de los clásicos,* Puntosur, Buenos Aires, 1991). Sus aguafuertes publicados en el semanario *La Maga*, se recopilaron en *Contratapas* (Buenos Aires, TEA, 1994). "Los días" apareció en *La Maga* el 16 de junio de 1993.

1995

Horacio González
Plaza Güemes

En el obituario que todo nombre escribe sobre sus usos antepasados, Palermo puede reaparecer para contener una mitología turfística o una sinécdoque del federalismo rosista. Y es allí mismo, en Palermo, donde está la plaza que anunciamos como objeto de nuestro breve desvelo. Plaza Güemes, Plaza Freud. La lengua informal de un conjunto de personas suele mencionar la plaza de nombre patrio con el nombre extraído de la patria del inconsciente. Espectáculo contrastante que no es novedoso ni escaso cuando una función notoria y adquirida se apodera –inesperada– de ciertos sitios. Villa Cariño supo llamarse en código travieso un lugar denso y arbolado del barrio de Palermo. La densidad de un uso –en este caso, el apacible estacionamiento de automóviles bajo el paciente sigilo de los árboles– puede torcer el destino apático de la nomenclatura.

Villa Freud, Plaza Freud, es una ciudad imaginaria, lazo cómplice que no tiene estado onírico ni dimensión arcaica. Es un susurro o un momento del lenguaje que ata a las personas para un acuerdo momentáneo, displicente y endogámico.

Ningún nombre se concede fácilmente en la delicia de su propia gratuidad. Quien quiere pronunciar el de Freud para ciertas áreas urbanas, debe saber que colabora con una cadena que se rompe a diario y otra vez aflora sin cesar. La ironía afloja una conversación de sus deberes literales y habitar

una ciudad que postula la absurda sobrecarga de su propio nombre, ayuda a tolerar el modo en que los sujetos se exponen o evidencian.

El viejo prócer Güemes, definitivamente sellado, no tiene por qué entrometerse con los destinos personales, culturales o profesionales de nadie. Es eterno, pétreo e imparcial. Forma elemental de lo patrio y urbano. Infinitamente disponible, se extiende a una calle, un sanatorio y alguna tintorería. Que los bares de los alrededores de la facultad de Filosofía y Letras –la antigua fábrica de cigarrillos Particulares– se llamen Sócrates y Platón deja el ánimo abierto a la ausencia de contrastes, al panorama homogéneo y refrendativo, poco atractivo. Una fábrica de Universales. En cambio, el germen verdadero de un choque galante de mundos dispares, se establece en la confitería San Martín, a tres cuadras de la frontera Güemes. Por las tardes suelen verse allí varios libros de los *Seminarios* de Lacan abiertos sobre las mesas, oponiéndose así el "Padre de la Patria" al "Padre del Inconsciente Estructurado como Lenguaje". Esta oposición es el contraste insinuante entre la hagiografía de las instituciones y lo que en realidad se hace en su interior, sin ignorar, desde luego, que en la mencionada confitería, las habituales señoras que se dan su tiempo para la paqueta ilusión de una merienda atemporal, están más próximas de la máxima sanmartiniana que de la ley moral que estudia Lacan. Por lo demás, en la *Ética* Lacan habla de San Martín... Desde luego, se trata no del santo de la espada sino del que comparte su manto con el mendigo desnudo.

Güemes y Freud no son contemporáneos y sólo se asemejan en la barba, de todas maneras más hirsuta en el primero, si se pueden interpretar bien las iconografías anteriores a la invención de la foto. Aquél es un general criollo a caballo y en su lejana provincia de Salta hay ahora lacanianos. Que un general sobrevuele un panorama donde las ciencias o las artes se adueñen del clima diario, no es algo desacostumbrado para quien conoce que el General Lavalle, trasmutado en Lavalle a secas, es la calle de los cines. Olvidado su

grado y su tragedia, que alguna vez fue filmada, debe convivir con Humphrey Bogart o Isabel Sarli, sin duda, en otro plano. Pero no lejos de allí, Lavalle es vengado, si podemos expresarnos así, por otro general, el General Paz, que le da su nombre a un cine en el barrio de Belgrano, éste también allí general sin grado. Pero el culto Paz, general manco y apreciable memorialista, invierte en verdad la serie nominativa, que Lavalle, al cual se le dijo espada sin cabeza, finalmente acepta con arreglo a la norma universal onírica que hace llamar, a los cines, Metropol, Metropolitan, Atlas o Electric, sin contar con el severo homenaje que implica el Select Lavalle. Pero dijimos que los nombres se desvanecen, ya sea en otro objeto o cosa que plásticamente los admite o en la resignada aceptación de otra capa lingüística que podrá luego llamar la atención al etimologista.

Horacio González (Buenos Aires, 1944). Profesor universitario y ensayista, autor de *La realidad satírica* (Buenos Aires, Paradiso, 1992), *La ética picaresca* (Buenos Aires, Altamira, 1992), *El filósofo cesante* (Buenos Aires, Atuel, 1995), ensayo sobre Macedonio Fernández, y *Arlt. Política y locura* (Buenos Aires, Colihue, 1996). *Plaza Güemes* se publicó en el número 3 de la revista *La Caja* (abril 1993).

1996

Christian Ferrer
Desde abajo

Cuando un avión se ladea para iniciar el descenso hacia Buenos Aires, se engarzan a los ojos de los pasajeros pólderes de tierra, el tapizado agroganadero, los seudópodos suburbanos, y al fin, el relieve orográfico de los centros de gravedad institucional o financiero de la urbe. La mirada hiende el aire en todas las direcciones, pero un complejo sistema fisiotecnológico de cabestros y riendas dirige su atención hacia los surcos trillados. Abajo, penachos electrizados: edificios arponados, pulmones de manzana, escalerillas, portañuelas, tuberías, tanques de plasma, ojos de buey, arbustos inoxidables e insectos paralizados; arrecifes coralinos donde animales inciertos experimentan vidas encapsuladas. Despertadores deshielan los glaciares, y cientos de miles de hombres y mujeres se derrumban cansinamente por las avenidas. Si un avión suspendido en ángulo exacto de 90° tomara una fotografía de las cabezas dispersas en las calles, comprenderíamos la perspectiva de una torreta de bombardero. Si nos mostraran película filmada desde el aire, veríamos innumerables extras abonados. Y si fuera un instantáneo censo urbano, alguien desenfundaría el cuentaganados. En la ciudad del siglo XIX la arquitectura estaba quieta y los hombres agitados; hoy, cuerpos marcados no pueden sino pastar alrededor de mágicas y guiñantes linternas, algunas de las cuales –no todas– conforman una "galería de espejos deformantes". Rearticulación diaria: la imagen del cuerpo humano es contrahecha.

Las ciudades occidentales modernas se erigieron a partir de

una grandiosa voluntad de poder. Desde Roma y la conquista de América no se había visto nada igual. Su piedra basal fue también lápida para el mundo campesino. Desde entonces la vida urbana ha sido confín de la experiencia y de lo visible. No deja de sorprender que los habitantes de Buenos Aires hablen de su ciudad como si la conocieran al dedillo, calle por calle, casa por casa, pues la experiencia de la multitud está encorsetada en el circuito rutinario alguna vez aconsejado por un General. La ciudad únicamente se reconstituye en esas celdillas de panal giratorio que cada persona está obligada a libar en su dormitorio o salón, panal que es, a su vez, doble simétrico de los innumerables ventanales por los cuales aspiramos la porción de aire que nos ha sido racionada. Pero hace ya muchas décadas que la mirada humana no soporta una visión completa de la urbe y de los actos que allí se cumplen. En verdad, muy pocos son capaces de observar ese panorama y todavía el descenso dantesco y el ascenso al Gólgota son lentes para hacerlo. Goya, Baudelaire, Dostoievski, las pulieron. Pero en verdad, un banco de plaza puede ser una cruz y las filas interminables de viejos agónicos la forzada estación. Sólo en el consumo visual de fragmentos soportamos la visión de la ciudad. Sobre el mismo eje, la ciudad nos vigila fragmentariamente –pero reconstituyendo una totalidad– a través de la miríada de cámaras de vigilancia instaladas en espacios donde se juega y se evidencia algo de su matrizado, o auscultando los identikits que en cada formulario burocrático completado confesamos. Sentirnos observados todo el tiempo es el síntoma urbano y sobre nuestra disposición a ser observados se apuntalan los instrumentos de la observación que el Estado refina. El ser-observado apenas puede imaginar la huida. Si lo hace, es perseguido por movileros o por rastreadores satelitales, dientes de una jauría impávida pero eficacísima.

Christian Ferrer (Santiago de Chile, 1960). Editor, ensayista, profesor universitario, su libro *Mal de ojo* (Buenos Aires, Colihue, 1996) –del que se ha extraído el fragmento "Desde abajo"– trata sobre "la violencia que se descarga cotidianamente sobre las ciudades".

3536

Bernardo Kordon
Buenos Ayres Año 3536

Relación atribuida al licenciado Centenera, hallada por tardía expedición de socorros entre los restos calcinados del fuerte Santa María de Buenos-Ayres en el año de gracia de 3539.

De la tierra y su gente

Es ésa una tierra pelada e interminable, cuya sola vista acongoja el alma y aprieta el corazón. Grupo de alborotados salvajes que se dicen *hinchas* recorren esta llanura que en lengua nativa llaman *pampa*. Posiblemente somos los primeros cristianos que ven, pero parecen guardarnos viejos y crecidos rencores.

Poco tiempo tuve para investigar sobre la leyenda de que justamente aquí, donde hemos levantado el fuerte, existió hace más de mil años la Ciudad del Dorado, una de las mayores que conoció la execrable época de la Gran Explosión.

He podido recoger algunos indicios de tal hecho. Por cierto labor plena de dificultades, puesto que estos salvajes no se expresan en ningún idioma conocido. Lamento informar a Su Majestad que es infundada la creencia de que en estas lejanas comarcas se habla el español u otro idioma cristiano. Al principio he tratado infructuosamente de comunicarme con los salvajes que tomamos prisioneros. Son tan feroces que prefieren la muerte a negociar vituallas, e inclusive se

niegan a cambiar cualquier gesto con nosotros, a no ser para herir nuestro pudor con toda clase de ademanes obscenos, única actividad en la que se muestran prodigiosamente imaginativos. Y no es que le dediquen mayores esfuerzos a tales u otros ejercicios. Pues el simple frote de dos dedos, o el círculo que forman uniendo el pulgar con el índice, les basta para expresar una procacidad tan ofensiva que provoca el rubor de nuestra soldadesca más ruda.

Un marinero de nuestra tripulación –genovés él y de bajísima ralea– dijo reconocer en el habla de los salvajes muchos términos y dichos del puerto de Génova, pero esto sólo puede ser atribuido al delirio que provoca el gran hambre que padecemos.

Cierta vez, un prisionero –a quien torturábamos para que renegase de su apostasía– me mostró su lengua, y alcanzó a pronunciar voces que me parecieron latinas, algo parecido a *Joseph Gobellus,* nombrando seguramente al ancestral creador de ese extraño idioma. El hecho de que a continuación se le arrancase la lengua –como escarmiento a su salvajismo– me impidió proseguir el interrogatorio de este prisionero. Pero dedicándome a descifrar el habla de otros salvajes pude deducir que acostumbran a darse el título de *che*, del mismo modo que nosotros los españoles decimos *don*, e inclusive parece que algunos *che* han pasado a la mitología por el valor e inteligencia que demostraron en antiguas batallas.

Al asimilar el difícil uso del *che* pude iniciar los primeros contactos con los salvajes, ya que dentro de su pobreza idiomática, emplean esta voz para expresar muchos y distintos estados de ánimo. Pues con diferentes entonaciones les sirve tanto para expresar la consideración más exquisita como el desprecio más absoluto (...)

De cómo fue castigada la Ciudad del Dorado

Los hombres de la Ciudad del Dorado comenzaron a reverenciar al *Che Coche* porque montaban en el ídolo y po-

día desplazarse de un lugar a otro con harta facilidad. Pero después de un tiempo, cuando ya todos los habitantes de la Ciudad del Dorado se hicieron adeptos a esa idolatría, los llamados *coches* o *checoches* se negaron a moverse por falta de ganas y de espacio. Además estos ídolos exigían cada día mayores sacrificios de vidas humanas. Puede imaginar Su Majestad el desorden que debe provocar una religión que permite a cada adepto la adquisición de uno o varios ídolos, que para colmo se caracterizan por su fuerza destructiva y su infinita crueldad. En las calles sólo se veía el aberrante espectáculo del ciudadano que no sólo se enorgullecía con toda impiedad de su becerro de oro, sino que también trataba de superar, molestar y aun destruir al ídolo de su vecino, produciéndose innumerables riñas y muertes todos los días. De más decir que esta sociedad no podía durar, y la Ciudad del Dorado fue aniquilada por la Invasión de las Ratas. Pues cuando esta legendaria ciudad tuvo unos 10 millones de habitantes, las autoridades o *chantapufis* resolvieron edificar en los terrenos cercanos al Mar Dulce, justamente donde las ratas tenían instalada su antigua capital y portentosa plaza fuerte.

Las ratas de la Ciudad del Dorado ya sumaban unos 300 millones, y fuertes en número pasaron al ataque con gran estrategia. Dado el atiborramiento de ídolos que no permitieron transitar las tropas por las calles, la lucha se produjo en sótanos y cloacas de la gran ciudad, y por supuesto las ratas ganaron fácilmente esa guerra. Felizmente se produjo entonces la Gran Explosión y la consiguiente Lluvia de Fuego, de modo que desaparecidos idólatras y ratas podemos ahora volver a ganar para la Fe estas desoladas tierras americanas.

Hay dos razones que me impiden extenderme en la relación de esta leyenda que pude conocer gracias a la práctica de este bárbaro idioma. En primer término debo señalar que celosos de nuestra labor civilizadora, hemos ejecutado a todos los cautivos, privándome de la materia prima para proseguir mis estudios. La otra razón es que los salvajes que

quedaron vivos ya no se muestran pacíficos. Interrumpieron las negociaciones –sistema por el cual los tomábamos prisioneros– y en cambio parecen resueltos a exterminarnos.

Parece ser que nosotros mismos somos los culpables de esta nueva relación de fuerzas, pues al ajusticiar a los jefes de los salvajes fuimos liquidando a la casta de los *chantapufis* que los dirigían y los mantenían quietos. Sin esos *chantapufis* los salvajes resultan peligrosos en el combate. Han incendiado nuestros barcos y ahora asaltan el Fuerte (...)

Bernardo Kordon (Buenos Aires, 1915). Casi todas sus narraciones, entre ellas *Toribio Torres alias Gardelito, Un horizonte de cemento y Domingo en el río*, recrean la vida de Buenos Aires y sus gentes. El texto anticipatorio aquí incluido pertenece a *Hacéle bien a la gente* (Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1968).